COLECCIÓN UNIVERSAL

N.os 78-80

X35Y
.C2
G
.S

C. J. CÉSAR

La guerra de las Galias

HISTORIA

Precio, 0,90 ptas.

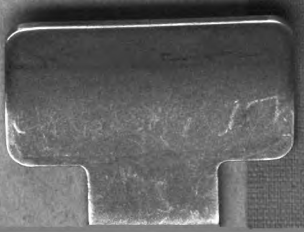
MADRID-BARCELONA
MCMXIX

Library

of the

University of Wisconsin

FROM THE LIBRARY OF
ANTONIO GARCIA SOLALINDE
1893-1937
PROFESSOR OF SPANISH
1924-1937



COLECCIÓN UNIVERSAL

C. Julio César

LA GUERRA DE LAS GALIAS

MCMXIX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1919.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

C. JULIO CESAR

Comentarios de la guerra de las Galias

Traducción del latín por D. José Goya y Muniain, revisada y corregida.

MADRID-BARCELONA
MCMXIX

MADRID.—Sucesores de Rivadeneyra.

1525 541242

X35Y
.C2
G
.S

Los Comentarios de la Guerra de las Galias, *de Cayo Julio César, es obra que siempre se leerá con interés. Posee, en efecto, aparte del literario, un valor histórico inapreciable; el estilo, transparente, sencillo y sobrio, coloca a su autor entre los prosistas clásicos por excelencia; por su contenido, es un documento de gran importancia para conocer la vida y costumbres de los pueblos galo y germano y la ciencia militar romana. Sabe César, en todo momento, poner de relieve su figura y hazañas con exquisita habilidad, y procura presentarnos sus intenciones y su conducta como irresponsables; de aquí que, no poseyendo ningún otro relato de estos hechos, nos sea difícil, o, mejor dicho, imposible, comprobar la veracidad del de César y cerciorarnos de si es o no sincero.*

Espíritu fino, orador no superado sino por Cicerón, gramático, astrónomo, general y hombre de Estado, César es digno de admiración por la variedad de su talento. Nació en Roma en 652 o 654. A los trece años fué nombrado sacerdote de Júpiter; a los diez y ocho contrajo matrimonio con la hija de Cinna. Para evitar el odio de Sila marchó a Posio, de donde volvió a la muerte del dictador. En 680 fué nombrado pontífice, cuestor en 686, época de su viaje a España; edil curul en 689, gran pontífice

22 Ag 92 - Soledad de Call

en 691 y pretor al año siguiente: en calidad de tal administró la provincia de España. En 694 formó con Pompeyo y Craso el primer triunvirato, y un año después obtuvo el consulado. Conocidos son los acontecimientos de la última etapa de su vida: su ruptura con Pompeyo, el paso del Rubicón, límite de su provincia; la batalla de Farsalia y la muerte de su rival. En 709, con la victoria de Munda, César quedó como único dueño de los destinos romanos. Pero su dictadura no fué larga: el día 15 de Marzo de 710 moría violentamente a manos de los conjurados, dirigidos por C. Casio Longino y M. Junio Bruto. "Al ver— dice Suetonio en su Di vus Julius— *que le atacaban puñal en mano, envolvióse la cabeza con la toga y bajó hasta los pies su vestidura interior para caer más honestamente." Esta preocupación, presente a su espíritu en aquellos momentos terribles, nos da idea, mejor acaso que cualquier otro detalle, de la especial psicología del dictador.*

De su producción literaria sólo conservamos los siete libros de los Comentarios de la Guerra de las Galias, *publicados después de terminada la guerra, en 703, y los tres de la guerra civil, que, según parece, no fueron terminados. La primera de estas dos obras narra los acontecimientos de la conquista de las Galias; la segunda los de la lucha con Pompeyo hasta la guerra de Alejandría. El relato de las peripecias del octavo y último año de la conquista es debido a A. Hirtio, que procura imitar, no sin habilidad y talento, el estilo de César.*

Los Comentarios *de César han sido objeto de multitud de ediciones, comentarios y traducciones. Enrique IV de Francia y Napoleón III hicieron de ellos objeto preferente de sus estudios. Una de las primeras traducciones en lengua vulgar fué la castellana hecha por Fr. Diego López de Toledo, comendador de Castelnovo: es obra de juventud, y bastante defectuosa. En el siglo XVI tradujo los* Comentarios *Pedro García de Oliva. Digna es también de citarse la versión publicada en 1748 por D. Manuel de Valbuena; pero la mejor seguramente es la del presbítero D. José Goya y Muniain, tanto por su fidelidad cuanto por la elegancia de su estilo. Dióla a luz su autor en Madrid, Imprenta Real, año 1798, en una edición lujosa, acompañada de mapas y del texto latino; esta versión es la que ahora reproducimos, después de introducir en ella algunas modificaciones. Refiérense éstas al modo de puntuar, a la corrección de algunos nombres propios y a la sustitución de ciertos pasajes o expresiones por otros más en consonancia con las mejoras introducidas en el original de los* Comentarios *por la moderna crítica textual. Hemos tenido presente para esta labor de cotejo minucioso y detenido la edición publicada, con gran número de notas e ilustración, por Benoist y Dosson (París, Hachette, 1617).*

COMENTARIOS DE C. JULIO CÉSAR

DE LA GUERRA DE LAS GALIAS

LIBRO PRIMERO

I. La Galia está toda dividida en tres partes: una que habitan los Belgas, otra los Aquitanos, la tercera los que en su lengua se llaman Celtas y en la nuestra Galos (1). Todos éstos se diferencian entre sí en lenguaje, costumbres y leyes. A los Galos separa de los Aquitanos el río Garona, de los Belgas el Marna y Sena. Los más valientes de todos son los Belgas, porque viven muy remotos del fausto y delicadeza de nuestra provincia (2), y rarísima vez llegan allá mercaderes con cosas a propósito para enflaquecer los bríos, y por estar vecinos a los Ger-

(1) Por eso siempre que César los contrapone con este nombre a los Belgas y Aquitanos, entiende por antonomasia los Celtas. Del mismo modo, cuando nombra la Galia sin otro aditamento, quiere significar la Céltica.

(2) La Provincia Romana respecto de la Galia Bélgica, tenía de por medio toda la Galia Céltica de un lado, y del otro toda el Aquitania. Su cultura provenía no sólo de la dominación de los Romanos, sino también de la vecindad de Marsella, colonia de los Griegos.

manos, que moran a la otra parte del Rhin, con quienes traen continua guerra. Esta es también la causa por qué los Helvecios se aventajan en valor á los otros (1) Galos, pues casi todos los días vienen a las manos con los Germanos, ya cubriendo sus propias fronteras, ya invadiendo las ajenas. La parte que hemos dicho ocupan los Galos comienza del río Ródano; confina con el Garona, el Océano y el país de los Belgas; por el de los Sequanos y Helvecios toca en el Rhin, inclinándose al Norte. Los Belgas toman su principio de los últimos límites de la Galia, dilatándose hasta el Bajo Rhin, mirando al Septentrión y al Oriente. La Aquitania, entre Poniente y Norte por el río Garona, se extiende hasta los montes Pirineos y aquella parte del Océano que baña la España.

II. Entre los Helvecios fué, sin disputa, el más noble y el más rico Orgetórige. Este, siendo cónsules (2) Marco Mesala y Marco Pisón, llevado de la ambición de reinar, ganó a la nobleza y persuadió al pueblo a salir de su patria con todo lo que tenían, diciendo que les era muy fácil, por la ventaja que hacían á todos en fuerzas, señorearse de toda la Galia. Poco le costó persuadírselo, porque los Helvecios, por su situación, están cerrados por todas par-

---

(1) Esto es, según se ha dicho, de la Galia Céltica, que comprendía también a los Helvecios. Se cree que los llamados hoy Suizos habitan, poco más o menos, el país que en tiempo de César fué de los Helvecios.

(2) Este consulado fué el año de 693 de Roma, sesenta antes de Jesucristo.

tes: de una, por el Rhin, río muy ancho y muy profundo, que divide el país Helvético de la Germania; de otra, por el altísimo monte Jura, que lo separa de los Sequanos; de la tercera, por el lago Lemano y el Ródano, que parte términos entre nuestra provincia y los Helvecios. Por cuya causa tenían menos libertad de hacer correrías, y menos comodidad para mover guerra contra sus vecinos; cosa de gran pena para gente tan belicosa. Demás, que para tanto número de habitantes, para la reputación de sus hazañaš militares y valor, les parecía término estrecho el de doscientas cuarenta millas de largo, con ciento ochenta de ancho.

III. En fuerza de estos motivos y del crédito de Orgetórige, se concertaron de apercibir todo lo necesario para la expedición, comprando acémilas y carros cuantos se hallasen, haciendo sementeras copiosísimas a trueque de estar bien provistos de trigo en el viaje, asentando paz y alianza con los pueblos comarcanos. A fin de efectuarlo, pareciéndoles que para todo esto bastaría el espacio de dos años, fijaron el tercero, con decreto en fuerza de ley, por plazo de su partida. Para el manejo de todo este negocio eligen a Orgetórige, quien tomó a su cuenta los tratados con las otras naciones, y de camino persuade a Castico, Sequano, hijo de Catamantáledes (rey que había sido muchos años de los Sequanos, y honrado por el Senado y pueblo romano con el título de amigo), que ocupase el trono en que antes había estado su padre; lo mismo persuade a Dumnórige, Eduo, hermano de Diviciaco (que a la

sazón era la primera persona de su patria, muy bien quisto del pueblo), y le casa con una hija suya. Representábales llana la empresa, puesto que, habiendo él de obtener el mando de los Helvecios, y siendo éstos, sin duda, los más poderosos de toda la Galia, con sus fuerzas y ejército los aseguraría en la posesión de los reinos. Convencidos del discurso, se juramentan entre sí, esperando que, afianzada su soberanía, y unidas tres naciones poderosísimas y fortísimas, podrían apoderarse de toda la Galia.

IV. Luego que los Helvecios tuvieron por algunos indicios noticia de la trama, obligaron á Orgetórige a que diese sus descargos, aprisionado (1) según su estilo. Una vez condenado, sin remedio había de ser quemado vivo. Fijado el día de la citación, Orgetórige compareció en juicio, acompañado de toda su familia, que acudió de todas partes a su llamamiento, en número de diez mil personas (2), juntamente con todos sus dependientes y adeudados, que no eran

---

(1) Quiere decir que le obligaron a que, atado con cadenas, amarrado con prisiones o aherrojado como estaba, se justificase y diese razón de sí. Este modo de proceder en las causas graves no fué particular de los Helvecios, sino conocido también entre los Romanos. Tito Livio refiere un ejemplar en el lib. XXIX, cap. IX.

(2) Este número no debe parecer exorbitante, porque la *familia* se componía de esclavos, horros o libertos y criados, que servían en casa, cultivaban los campos, pastoreaban los ganados y atendían a las demás haciendas y negocios, que crecían y se multiplicaban a proporción del poder y riquezas del dueño. Igual extensión da Suetonio a la voz *familia* in Caes., cap. X.

pocos; por su intervención atajó el proceso. Mientras el pueblo, irritado de tal tropelía, trataba de mantener con las armas su derecho, y los magistrados juntaban las milicias de las aldeas, vino a morir Orgetórige, no sin sospecha, en opinión de los Helvecios, de que se dió él a sí mismo la muerte.

V. No por eso dejaron ellos de llevar adelante la resolución concertada de salir de su comarca. Cuando les pareció estar ya todo a punto, ponen fuego a todas sus ciudades, que eran doce, y a cuatrocientas aldeas, con los demás caseríos; queman todo el grano, salvo el que podían llevar consigo, para que, perdida la esperanza de volver a su patria, estuviesen más prontos a todos los trances. Mandan que cada cual se provea de harina (1) para tres meses. Inducen a sus rayanos los Rauracos, Tulingos, Latobrigos, a que sigan su ejemplo, y, quemando las poblaciones, se pongan en marcha con ellos; y a los Boyos, que, establecidos a la otra parte del Rhin, y adelantándose hasta el país de los Noricos, tenían sitiada su capital, empeñándolos en la facción, los reciben por compañeros.

---

(1) César: *molita cibaria*. No parece se deben entender aquí otras viandas: ἄλφιτα traduce el griego; nuestro Henríquez, *harina;* Luis XIV, *farines*, y *farina* el italiano de Albrici. Ni se debe tener por insoportable tanta carga para un soldado, cuando de los de Escipión dice Mariana "que en España llevaban en sus hombros trigo para treinta días, y cada siete estacas para las trincheras, con que cercaban y barreaban los reales". *Historia de España*, lib. III, capítulo IX.

VI. Por dos caminos tan solamente podían salir de su tierra: uno por los Sequanos, estrecho y escabroso, entre el Jura y el Ródano, por donde apenas podían pasar los carros uno a uno, y señoreado de una elevadísima cordillera, desde la cual muy pocos podían embarazar el paso; el otro por nuestra provincia, más llano y ancho, a causa de que, corriendo el Ródano entre los Helvecios y Alóbroges, con quien poco antes (1) se habían hecho paces, por algunas partes es vadeable. Junto a la raya de los Helvecios está Ginebra, última ciudad de los Alóbroges, donde hay un puente que remata en tierra de los Helvecios. Daban por hecho que, o persuadirían a los Alóbroges, por parecerles no del todo sincera su reconciliación con los Romanos, o los obligarían por fuerza a franquearles el paso. Aparejado todo para la marcha, señalan el día fijo, en que todos se debían congregar a las riberas del Ródano. Era éste el 28 de Marzo, en el consulado de Lucio Pisón y Aulo Gabinio.

VII. Informado César de que pretendían hacer su marcha por nuestra provincia, parte aceleradamente de Roma, y, encaminándose a marchas forzadas a la Galia ulterior, se planta en Ginebra. Da luego orden a toda la provincia de aprestarle el mayor número posible de milicias, pues no había en la Galia ulterior sino una legión sola. Manda cortar el puente de junto a Ginebra. Cuando los Helvecios su-

(1) Esto es, dos años antes que los Helvecios saliesen de su patria.

pieron su venida, despáchanle al punto embajadores de la gente más distinguida de su nación, cuya voz llevaban Numeyo y Verodocio, para proponerle que su intención era pasar por la provincia, sin agravio de nadie, por no haber otro camino; que le pedían lo llevase a bien. César no lo juzgaba conveniente, acordándose del atentado de los Helvecios cuando mataron al cónsul Lucio Casio, derrotaron su ejército y lo hicieron pasar bajo del yugo; ni creía que hombres de tan mal corazón, dándoles paso franco por la provincia, se contuviesen de hacer mal y daño. Sin embargo, por dar lugar a que se juntasen las milicias provinciales, respondió a los enviados que tomaría tiempo para pensarlo; que, si gustaban, volviesen por la respuesta en 13 de Abril.

VIII. Entretanto, con la legión que tenía consigo y con los soldados que llegaban de la provincia desde el lago Lemano, que se ceba del Ródano, hasta el monte Jura, que separa los Sequanos de los Helvecios, tira un vallado, a manera de muro, de diez y nueve millas en largo, diez y seis pies en alto, y su foso correspondiente; pone guardias de trecho en trecho, y guarnece los reductos para rechazar más fácilmente a los enemigos, caso que por fuerza intentasen el tránsito. Llegado el plazo señalado a los embajadores, y presentados éstos, responde que, según costumbre y práctica del pueblo romano, él a nadie puede permitir el paso por la provincia, y que si ellos presumen abrírselo por sí, protesta oponerse. Los Helvecios, viendo frustrada su pretensión, parte en barcas y muchas balsas que formaron, parte ten-

tando vadear el Ródano por donde corría más somero, unas veces de día y las más de noche, forcejeando por romper adelante, siempre rebatidos por la fortificación y vigorosa resistencia de la tropa, hubieron de cejar al cabo.

IX. Quedábales sólo el camino por los Sequanos, mas sin el consentimiento de éstos era imposible atravesarlo, siendo tan angosto. Como no pudiesen ganarlos por sí, envían legados al Eduo Dumnórige para recabar por su intercesión el beneplácito de los Sequanos, con quienes podía él mucho y los tenía obligados con sus liberalidades, y era también afecto a los Helvecios, por estar casado con mujer de su país, hija de Orgetórige; y al paso que por la ambición de reinar intentaba novedades, procuraba con beneficios granjearse las voluntades de cuantos pueblos podía. Toma, pues, a su cargo el negocio, y logra que los Sequanos dejen el paso libre a los Helvecios por sus tierras, dando y recibiendo rehenes en seguridad de que los Sequanos no embarazarán la marcha, y de que los Helvecios la ejecutarán sin causar daño ni mal alguno.

X. Avisan a César que los Helvecios están resueltos a marchar por el país de los Sequanos y Eduos hacia el de los Santones, poco distantes de los Tolosanos, que caen dentro de nuestra jurisdicción. Si tal sucediese, echaba de ver el gran riesgo de la provincia con la vecindad de hombres tan feroces y enemigos del pueblo romano en aquellas regiones abiertas y sumamente fértiles. Por estos motivos, dejando el gobierno de las fortificaciones he-

chas a su legado Tito Labieno, él mismo en persona, a grandes jornadas, vuelve a Italia, donde alista dos legiones; saca de los cuarteles otras tres, que invernaban en los contornos de Aquileya, y con todas cinco, atravesando los Alpes por el camino más corto, marcha hacia la Galia ulterior. Opónense al paso del ejército los Centrones, Grayocelos y Caturiges, ocupando las alturas; rebatidos todos en varios reencuentros, desde Ocelo, último lugar de la Galia Cisalpina, en siete días se puso en los Voconcios, territorio de la Transalpina; desde allí conduce su ejército a los Alóbroges; de los Alóbroges, a los Segusiavos, que son los primeros del Ródano para allá, fuera de la provincia.

XI. Ya los Helvecios, transportadas sus tropas por los desfiladeros y confines de los Sequanos, habían penetrado por el país de los Eduos, y le corrían. Los Eduos, no pudiendo defender sus personas y haciendas, envían a pedir socorro a César, representándole haber sido siempre tan leales al pueblo romano, que no debiera sufrirse que, casi a vista de nuestro ejército, sus labranzas fuesen destruídas, cautivados sus hijos, y sus pueblos asolados. Al mismo tiempo, los Ambarros, aliados y parientes de los Eduos, dan parte a César cómo arrasadas ya sus heredades, a duras penas defienden los lugares del furor enemigo. Igualmente, los Alóbroges, que tenían haciendas y granjas al otro lado del Ródano, van a ampararse de César, diciendo que nada les queda de lo suyo, sino el suelo desnudo de sus campos y heredades. César, en vista de tantos desafue-

ros, no quiso aguardar a que los Helvecios, después de una desolación general de los países aliados, llegasen sin contraste a los Santones.

XII. Iban los Helvecios pasando en balsas y barcones el río Arar, el cual desagua en el Ródano, corriendo por tierras de los Eduos y Sequanos tan mansamente, que no pueden discernir los ojos hacia qué parte corre. Los Helvecios lo atravesaban en barcas y balsas. Mas informado César por sus espías que los Helvecios habían ya pasado tres partes de sus tropas al otro lado del río, quedando de éste la cuarta sola, sobre la media noche (1), con tres legiones, alcanzó aquel trozo, que, aún saliendo del campamento, estaba por pasar el río, y acometiéndolos en el mayor calor de esta maniobra, deshizo una gran parte de ellos; los demás se dieron a la fuga, escondiéndose dentro de los bosques cercanos. Este era el cantón Tigurino, uno de los cuatro (2) en que está dividida toda la Helvecia, y aquel mismo que, habiendo salido solo de su tierra en tiempo de nuestros padres, mató al cónsul Lucio Casio y sujetó su ejército a la ignominia del yugo. Así, o por acaso, o por acuerdo de los dioses inmortales, la

---

(1) César: *de tertia vigilia.* Los Romanos dividían la noche en cuatro partes de a tres horas, que llamaban *vigilias,* y según la variedad del tiempo, eran, ya más cortas, ya más largas. La primera vela se contaba de seis a nueve; de nueve a doce, la segunda; hasta las tres, la tercera; de tres a seis, la cuarta.

(2) César: *in quatuor pagos.* No nombra más que dos: el Tigurino, y más abajo el Verbigeno.

parte del cuerpo Helvético que tanto mal hizo al pueblo romano, ésa fué la primera que pagó la pena, con la cual vengó César las injurias no sólo de la República, sino también las suyas propias, pues los Tigurinos habían muerto al legado Lucio Pisón, abuelo de su suegro, del propio nombre, en la misma batalla en que mataron a Casio.

XIII. Después de esta acción, a fin de poder dar alcance a las demás tropas enemigas, dispone echar un puente sobre el Arar, y por él conduce su ejército a la otra parte. Los Helvecios, espantados de su repentino arribo, viendo ejecutado por él en un día el pasaje del río, que apenas y con sumo trabajo pudieron ellos en veinte, despáchanle una embajada, y por jefe de ella a Divicón, que acaudilló a los Helvecios en la guerra contra Casio; y habló a César en esta substancia: "que si el pueblo romano hacía paz con los Helvecios, estaban ellos prontos a ir y morar donde César lo mandase y tuviese por conveniente; mas si persistía en hacerles guerra, se acordase de la rota del ejército romano y del valor de los Helvecios. Que la sorpresa de un cantón solo en sazón que los otros de la orilla opuesta no podían socorrerle, ni era motivo para presumir de su propia valentía, ni para menospreciarlos a ellos, que tenían por máxima, recibida de padres a hijos, confiar en los combates más de la fortaleza propia, que no de ardides y estratagemas. Por tanto, no diese lugar a que el sitio donde se hallaba se hiciese famoso por una calamidad del pueblo romano, y testificase a la posteridad la derrota de su ejército."

XIV. A estas razones respondió César: "que tenía muy presente cuanto decían los embajadores Helvecios; que, por lo mismo, hallaba menos motivos para vacilar en su resolución, y sólo sí grandes de resentimiento, tanto mayor, cuanto menos se lo había merecido el pueblo romano, quien, si se creyera culpado, hubiera fácilmente evitado el golpe; pero fué lastimosamente engañado, por estar cierto de no haber cometido cosa de qué temer, y pensar que no debía recelarse sin causa. Y cuando quisiese olvidar el antiguo desacato, ¿cómo era posible borrar la memoria de las presentes injurias, cuales eran haber intentado el paso por la provincia mal de su grado, y las vejaciones hechas á los Eduos, á los Ambarros, a los Alóbroges? Que tanta insolencia en gloriarse de su victoria, y el extrañar que por tanto tiempo se tolerasen sin castigo sus atentados, dimanaba de un mismo principio, pues que suelen los dioses inmortales, cuando quieren descargar su ira sobre los hombres en venganza de sus maldades, concederles tal vez mayor prosperidad con impunidad más prolongada, para que después les cause mayor tormento el trastorno de su fortuna. Con todo eso, hará paz con ellos si le aseguran con rehenes que cumplirán lo prometido, y si reparan los daños hechos a los Eduos, a sus aliados y a los Alóbroges." Respondió Divicón: "que de sus mayores habían los Helvecios aprendido la costumbre de recibir rehenes, no de darlos; de lo cual los Romanos eran testigos." Dicho esto, se retiró.

XV. Al día siguiente alzan los reales de aquel

puesto. Hacc lo propio César, enviando delante la caballería, compuesta de cuatro mil hombres que había juntado en toda la provincia, en los Eduos y los confederados de éstos, para que observasen hacia dónde marchaban los enemigos. Mas como diesen tras ellos con demasiado ardimiento, vienen a trabarse en un mal paso con la caballería de los Helvecios, y mueren algunos de los nuestros. Engreídos ellos con esta ventaja, pues con quinientos caballos habían hecho retroceder a cuatro mil, empezaron a esperar a los nuestros con mayor osadía y a provocarlos a combate, vuelta de frente la retaguardia. César reprimía el ardor de los suyos, contentándose por entonces con estorbar al enemigo los robos, forrajes y talas. De este modo anduvieron cerca de quince días, no distando su retaguardia de la vanguardia nuestra más de cinco a seis millas.

XVI. Mientras tanto, instaba César todos los días a los Eduos por el trigo que oficialmente le tenían ofrecido; y es que, a causa de los fríos de aquel clima, que, como antes se dijo, es muy septentrional, no sólo no estaba sazonado, pero ni aun alcanzaba el forraje, y no podía tampoco servirse del trigo conducido en barcas por el Arar, porque los Helvecios se habían desviado de este río, y él no quería perderlos de vista. Dábanle largas los Eduos con decir que lo estaban acopiando, que ya venía en camino, que luego llegaba. Advirtiendo él que era entretenerlo no más, y que apuraba el plazo en que debía repartir las raciones de pan a los soldados, habiendo convocado a los principales de la nación,

que militaban muchos en su campo, y también a Diviciaco y Lisco, que tenía el supremo magistrado (que los Eduos llaman Vergobreto (1), y es anual, con derecho sobre la vida y muerte de sus nacionales), quéjase de ellos agriamente, porque, no pudiendo haber trigo por compra ni cosecha en tiempo de tanta necesidad y con los enemigos a la vista, no cuidaban de remediarle; que, habiendo él emprendido aquella guerra obligado en gran parte de sus ruegos, todavía sentía más el verse así abandonado.

XVII. En fin, Lisco, movido del discurso de César, descubre lo que hasta entonces había callado, y era "la mucha autoridad que algunos de su nación tenían con la gente menuda, los cuales, con ser unos meros particulares, mandaban más que los mismos magistrados; ésos eran los que, vertiendo especies sediciosas y malignas, disuadían al pueblo que no aprontase el trigo, diciendo que, pues no pueden hacerse señores de la Galia, les vale más ser vasallos de los Galos que de los Romanos, siendo cosa sin duda que, si una vez vencen los Romanos a los Helvecios, han de quitar la libertad a los Eduos no menos que al resto de la Galia; que los mismos descubrían a los enemigos nuestras trazas y cuanto acaecía en los reales, y él no podía irles a la mano; antes estaba previendo el gran riesgo que corría su

(1) *Vergobretum:* de las palabras célticas *guerg, efficax* y *breth, judicium;* equivale a *judicium exsequens,* y significa "aquel que tiene poder ejecutivo".

persona por habérselo manifestado a más no poder, y por eso, mientras pudo, había disimulado".

XVIII. Bien conocía César que las expresiones de Lisco tildaban a Dumnórige, hermano de Diviciaco; mas no queriendo tratar este punto en presencia de tanta gente, despide luego a los de la junta, menos a Lisco. Examínale a solas sobre lo dicho en la reunión; explícase él con mayor libertad y franqueza; por informes secretos tomados de otros, halla ser la pura verdad: "que Dumnórige era el tal, hombre por extremo osado, de gran séquito popular por su liberalidad, amigo de novedades, que de muchos años atrás tenía en arriendo bien barato el portazgo y todas las demás alcabalas de los Eduos, porque haciendo él postura, nadie se atrevía a pujarla. Con semejantes arbitrios había engrosado su hacienda y amontonado grandes caudales para desahogo de sus profusiones; sustentaba siempre a su sueldo un gran cuerpo de caballería, y andaba acompañado de él; con sus larguezas dominaba no sólo en su patria, sino también en las naciones confinantes; que, por asegurar este predominio, había casado a su madre entre los Bituriges, con un señor de la primera nobleza y autoridad; su mujer era helvecia; una hermana suya por parte de madre y varias parientas, tenían maridos extranjeros. Por estas conexiones, favorecía y procuraba el bien de los Helvecios; por su interés particular aborrecía igualmente á César y á los Romanos, porque con su venida le habían cercenado el poder, y restituído al hermano Diviciaco el antiguo crédito y lustre. Que

si aconteciese algún azar a los Romanos, entraba en grandes esperanzas de alzarse con el reino con ayuda de los Helvecios; durante el imperio romano no sólo desconfiaba de llegar al trono, sino aun de mantener el séquito adquirido." Averiguó también César en estas pesquisas, que Dumnórige y su caballería (mandaba él la que los Eduos enviaron de socorro a César) fueron los primeros a huir en aquel encuentro mal sostenido pocos días antes, y que con su fuga se desordenaron los demás escuadrones.

XIX. Hechas estas averiguaciones, y confirmados los indicios con otras pruebas evidentísimas de haber sido él promotor del tránsito de los Helvecios por los Sequanos y de la entrega recíproca de los rehenes, todo no sólo sin aprobación de César y del gobierno, pero aún sin noticia de ellos, y, en fin, siendo su acusador el juez supremo de los Eduos, parecíale a César sobrada razón para castigarle, o por sí mismo, o por sentencia del tribunal de la nación. La única cosa que le detenía era el haber experimentado en su hermano Diviciaco una grande afición al pueblo romano, y para consigo una voluntad muy fina, lealtad extremada, rectitud, moderación; y temía que con el suplicio de Dumnórige no se diese por agraviado Diviciaco. Por lo cual, antes de tomar ninguna resolución, manda llamar a Diviciaco, y dejados los intérpretes ordinarios, por medio de Cayo Valerio Procilo, persona principal de nuestra provincia, amigo íntimo suyo, y de quien se fiaba en un todo, le declara sus sentimientos, trayéndole a la memoria los cargos que a su presencia resultaron

contra Dumnórige en el consejo de los Galos y lo que cada uno en particular había depuesto contra éste. Le ruega y amonesta no lleve a mal que, o él mismo, substanciado el proceso, sentencie al reo, o dé comisión de hacerlo á los jueces de la nación.

XX. Diviciaco, abrazándose con César, deshecho en lágrimas, se puso a suplicarle: "que no tomase alguna medida rigurosa con su hermano; que bien sabía ser cierto lo que le achacaban, y nadie sentía más vivamente que él los procederes de aquel hermano, a quien, cuando por su poca edad no hacía figura en la nación, le había valido él con la mucha autoridad que tenía con los del pueblo y fuera de él, para elevarlo al auge de poder en que ahora se halla, y de que se vale no sólo para desacreditarle, sino para destruirle si pudiera. Sin embargo, podía más consigo el amor de hermano y el qué dirán las gentes, siendo claro que cualquiera demostración fuerte de César la tendrían todos por suya, a causa de la mucha amistad que con él tiene; por donde vendría él mismo a malquistarse con todos los pueblos de la Galia." Repitiendo estas súplicas con tantas lágrimas como palabras, tómale César de la mano, y, consolándolo, le ruega no hable más en el asunto; asegúrale que aprecia tanto su amistad, que por ella perdona las injurias hechas a la República y a su persona. Luego hace venir a su presencia a Dumnórige, y delante de su hermano le echa en cara las quejas de éste, las de toda la nación y lo que él mismo había averiguado por sí. Encárgale no dé ocasión a más sospechas en adelante, diciendo que

le perdona lo pasado por atención a su hermano Diviciaco, y le pone espías para observar todos sus movimientos y tratos.

XXI. Sabiendo ese mismo día de los batidores que los enemigos habían hecho alto a la falda de un monte distante ocho millas de su campo, destacó algunos a reconocer aquel sitio y qué tal era la subida por la ladera del monte. Informáronle no ser agria. Con eso, sobre la media noche ordena al primer comandante, Tito Labieno (1), que con dos legiones, y guiado de los prácticos en la senda, suba a la cima, comunicándole su designio. Pasadas tres horas, marcha él en seguimiento de los enemigos por la vereda misma que llevaban, precedido de la caballería, y destacando antes con los batidores a Publio Considio, tenido por muy experto en las artes de la guerra, como quien había servido en el ejército de Lucio Sila, y después en el de Marco Craso.

XXII. Al amanecer, cuando ya Labieno estaba en la cumbre del monte y César a milla y media del campo enemigo, sin que se trasluciese su venida ni la de Labieno, como supo después de los prisioneros, viene a él a la carrera abierta Considio con la noticia de que los enemigos ocupan el monte que había de tomar Labieno, como le habían cerciorado sus

---

(1) César designa a Labieno con el título de *legatus pro pretore:* los legados eran los principales auxiliares del general en jefe, pero no tenían ni magistratura ni grado. Labieno, a juzgar por su título, podía en caso de ausencia reemplazar al mismo César.

armas y divisas. César recoge luego sus tropas al collado más inmediato, y las ordena en batalla. Como Labieno estaba prevenido con la orden de no pelear mientras no viese a César con los suyos sobre el ejército enemigo, a fin de cargarle a un tiempo por todas partes, dueño del monte, se mantenía sin entrar en acción, aguardando a los nuestros. En conclusión: era ya muy entrado el día cuando los exploradores informaron a César que era su gente la que ocupaba el monte; que los enemigos continuaban su marcha, y que Considio, en su relación, supuso de miedo lo que no había visto. Conque César aquel día fué siguiendo al enemigo, con interposición del trecho acostumbrado, y se acampó a tres millas de sus reales.

XXIII. Al día siguiente, atento que sólo restaban dos de término para repartir las raciones de pan a los soldados, y que Bibracte, ciudad muy populosa y abundante de los Eduos, no distaba de allí más de diez y ocho millas, juzgó conveniente cuidar de la provisión del trigo; por eso, dejando de seguir a los Helvecios, tuerce hacia Bibracte, resolución que luego supieron los enemigos por ciertos esclavos de Lucio Emilio, decurión (1) de la caballería galicana. Los Helvecios, o creyendo que los Romanos se retiraban de cobardes, mayormente cuando, apostados el día antes en sitio tan ventajoso, habían rehusado la batalla, o confiando de poder intercep-

(1) *Decurión:* suboficial que mandaba una *decuria* o conjunto de diez hombres.

tarles los víveres, mudando de idea y de ruta, comenzaron a perseguir y picar nuestra retaguardia.

XXIV. Luego que César lo advirtió, recoge su infantería en un collado vecino, y hace avanzar la caballería, con el fin de reprimir la furia enemiga. El, mientras tanto, hacia la mitad del collado dividió en tres tercios las cuatro legiones de veteranos; por manera que, colocadas en la cumbre y a la parte superior de las suyas las dos nuevamente alistadas en la Galia Cisalpina y todas las tropas auxiliares, el cerro venía a quedar cubierto todo de gente. Dispuso sin perder tiempo que todo el bagaje se amontonase en un mismo sitio, bajo la escolta de los que ocupaban la cima. Los Helvecios, que llegaron después con todos sus carros, lo acomodaron también en un mismo lugar, y formados en batalla, muy cerrados los escuadrones, rechazaron nuestra caballería; y luego, haciendo empavesada (1), arremetieron a la vanguardia. César, haciendo retirar del campo de batalla todos los caballos, primero el suyo y luego los de los otros, para que, siendo igual en todos el peligro, nadie pensase en huir, animando

---

(1) *Phalange facta:* literalmente, "formando la falange"; la falange era una disposición militar empleada por los Germanos y los Galos. Los soldados formaban una línea continua y profunda; los de la primera fila sostenían derechos sus escudos, y los demás los elevaban por cima de sus cabezas para proteger a todo el batallón de los proyectiles enemigos. Nuestro intérprete traduce la frase latina por "haciendo empavesada", formación hecha de *pavesas*, esto es, *broqueles* o *escudos*.

a los suyos, trabó el choque. Los soldados, disparando de alto a bajo sus dardos, rompieron fácilmente la empavesada enemiga, la cual desordenada, se arrojaron sobre ellos espada en mano. Sucedíales a los Galos una cosa de sumo embarazo en el combate, y era que tal vez un dardo de los nuestros atravesaba de un golpe varias de sus rodelas, las cuales, ensartadas en el astil y lengüeta del dardo retorcido, ni podían desprenderlas, ni pelear sin mucha incomodidad, teniendo sin juego la izquierda; de suerte que muchos, después de repetidos inútiles esfuerzos, optaban por soltar el broquel y pelear a cuerpo descubierto. Finalmente, desfallecidos de las heridas, empezaron a cejar y retirarse a un monte distante cerca de una milla. Acogidos a él, yendo los nuestros en su alcance, los Boyos y Tulingos, que en número de casi quince mil cerraban el ejército enemigo, cubriendo su retaguardia, asaltaron sobre la marcha el flanco (1) de los nuestros, tentando cogerlos en medio. Los Helvecios, retirados al monte, que tal vieron, cobrando nuevos bríos, volvieron otra vez a la refriega. Los Romanos se vieron precisados a combatirlos dando tres frentes al ejército, oponiendo el primero y el segundo contra los vencidos y derrotados, y el tercero contra los que venían de refresco.

---

(1) César: *latere aperto*. Quiere decir que acometieron a los nuestros por el costado descubierto, es a saber, por el lado derecho, que no tenían defendido con los escudos, como lo estaba el izquierdo; y esto se debe tener presente siempre que se hable de ataque por el lado descubierto.

XXVI. Así, en doble batalla (1), estuvieron peleando gran rato con igual ardor, hasta que, no pudiendo los enemigos resistir por más tiempo al esfuerzo de los nuestros, los unos se refugiaron al monte, como antes, y los otros se retiraron al lugar de sus fardos y carruajes; por lo demás, en todo el discurso de la batalla, dado que duró desde la hora séptima hasta bien caída la tarde, nadie pudo ver las espaldas al enemigo; y gran parte de la noche duró todavía el combate donde tenían el bagaje, puestos alrededor de él por barrera los carros, desde los cuales disparaban con ventaja a los que se arrimaban de los nuestros, y algunos por entre las pértigas y ruedas los herían con (2) pasadores y dardos. En fin, después de un porfiado combate, los nuestros se apoderaron de los reales, y en ellos de una hija y un hijo de Orgetórige. De esta jornada se salvaron al pie de ciento treinta mil de los enemigos, los cuales huyeron sin parar toda la noche, y no interrumpiendo un punto su marcha, al cuarto día llegaron a tierra de Langres, sin que los nues-

---

(1) César: *ancipiti proelio*. Se usa ordinariamente de esta frase latina para significar que *la victoria no se declara o inclina; que está pendiente, en peso o en balanzas, con suceso dudoso;* mas en este lugar de César, es de creer, por las circunstancias, que la batalla se daba en dos distintas partes, y que esto es lo que dice César *que era doble el combate.*

(2) *Tragulas ac mataras.* La primera palabra designa un arma ligera y arrojadiza, conocida de antiguo por los Romanos; la segunda, un dardo usado exclusivamente por los Galos, y cuyo hierro era largo.

tros pudiesen seguirlos, por haberse detenido tres días a curar los heridos y enterrar los muertos. Entretanto, César despachó correos con cartas á los Langreses, intimidándoles "no los socorriesen con bastimentos ni cosa alguna, so pena de ser tratados como los Helvecios"; y pasados los tres días, marchó él mismo con todo el ejército en su seguimiento.

XXVII. Ellos, apretados con la falta de todas las cosas, le enviaron diputados a tratar de la entrega; los cuales, presentándosele al paso, y postrados a sus pies, como le instasen por la paz con súplicas y llantos, y respondiese él le aguardasen en el lugar en que a la sazón se hallaban, obedecieron. Llegado allá César, a más de la entrega de rehenes y armas, pidió la restitución de los esclavos fugitivos. Mientras se andaba en estas diligencias, cerró la noche; y a poco después unos seis mil del cantón llamado Urbigeno, escabullêndose del campo de los Helvecios, se retiraron hacia el Rhin y las fronteras de Germania, o temiendo no los matasen después de desarmarlos, o confiando salvar las vidas, persuadidos a que, entre tantos prisioneros, se podría encubrir su fuga o ignorarla totalmente.

XXVIII. César, que lo entendió, mandó a todos aquellos por cuyas tierras habían ido, que, si querían justificarse con él, fuesen tras ellos y los hiciesen volver. Vueltos ya, tratólos como a enemigos; a todos los demás, hecha la entrega de rehenes, armas y desertores, los recibió bajo su protección. A los Helvecios, Tulingos y Latovicos mandó volviesen a poblar sus tierras abandonadas; y atento que, por

haber perdido los abastos, no tenían en su patria con qué vivir, ordenó a los Alóbroges los proveyesen de granos, obligando a ellos mismos a reedificar las ciudades y aldeas quemadas. La principal mira que en esto llevó fué no querer que aquel país, desamparado de los Helvecios, quedase baldío, no fuese que los Germanos de la otra parte del Rhin, atraídos de la fertilidad del terreno, pasasen de su tierra a la de los Helvecios, e hiciesen con eso mala vecindad a nuestra provincia y a los Alóbroges. A petición de los Eduos, les otorgó que en sus estados diesen establecimiento a los Boyos, por ser gente de conocido valor, y, en consecuencia, los hicieron por igual participantes en sus tierras, derechos y libertades.

XXIX. Halláronse en los reales Helvecios unas memorias, escritas con caracteres (1) griegos, que, presentadas a César, se vió contenían por menor la cuenta de los que salieron de la patria en edad de tomar armas, y en lista aparte los niños, viejos y mujeres. La suma total de personas era: de los Helvecios, doscientos sesenta y tres mil; de los Tulingos, treinta y seis mil; de los Latovicos, catorce mil; de los Rauracos, veintitrés mil; de los Boyos, treinta y dos mil; los de armas llevar eran alrededor de noventa y dos mil: entre todos componían unos trescientos sesenta y ocho mil. Los que volvie-

(1) Registros escritos en lengua céltica con caracteres griegos, que los Galos habían aprendido de los Griegos de Marsella.

ron a sus patrias, hecho el recuento por orden de César, fueron ciento diez mil.

XXX. Terminada la guerra de los Helvecios, vinieron legados de casi toda la Galia los primeros personajes de cada república a congratularse con César, diciendo que, si bien el pueblo romano era el que con las armas había tomado la debida venganza de las injurias antiguas de los Helvecios, sin embargo, el fruto de la victoria redundaba en utilidad no menos de la Galia que del pueblo romano, siendo cierto que los Helvecios, en el mayor auge de su fortuna, habían abandonado su patria con intención de guerrear con toda la Galia, señorearse de ella, escoger entre tantos para su habitación el país que más cómodo y abundante les pareciese, y hacer tributarias a las demás naciones. Suplicáronle que les concediese licencia para convocar en un día señalado cortes generales de todos los estados de la Galia, pues tenían que tratar ciertas cosas que de común acuerdo querían pedirle. Otorgado el permiso, aplazaron el día, y se obligaron con juramento á no divulgar lo tratado fuera de los que tuviesen comisión de diputados.

XXXI. Despedida la junta, volvieron a César los mismos personajes de antes, y le pidieron les permitiese conferenciar con él a solas de cosas en que se interesaba su vida y la de todos. Otorgada también la demanda, echáronsele todos llorando a los pies, y le protestan "que no tenían menos empeño y solicitud sobre que no se publicasen las cosas que iban a confiarle, que sobre conseguir lo que preten-

día, previniendo que al más leve indicio incurrirían en penas atrocísimas". Tomó la palabra, en nombre de todos, Diviciaco, y dijo "estar la Galia toda dividida en dos bandos, que del uno eran cabeza los Eduos, del otro los Arvernos. Que, habiendo disputado muchos años obstinadamente la primacía, vino a suceder que los Arvernos, unidos con los Sequanos, llamaron en su socorro, mediante ciertas promesas, algunas gentes de la Germania, de donde al principio pasaron el Rhin como quince mil hombres. Mas después que, sin embargo de ser tan fieros y bárbaros, se aficionaron al clima, a la civilización y abundantes recursos de los Galos, transmigraron muchos más; al presente sube su número en la Galia a ciento veinte mil; con éstos han peleado los Eduos y sus parciales, de poder a poder, repetidas veces, y siendo vencidos, se hallan en gran miseria, con la pérdida de toda la nobleza, de todo el Senado, de toda la caballería. Abatidos, en fin, con sucesos tan desastrados los que antes, así por su valentía como por el arrimo y amistad del pueblo romano, eran los más poderosos de la Galia, se han visto reducidos a dar en prendas a los Sequanos las personas más calificadas de su nación, empeñándose con juramento a no pedir jamás su recobro, y mucho menos implorar el auxilio del pueblo romano, ni tampoco sacudir el impuesto yugo de perpetua sujeción y servidumbre. Que de todos los Eduos, él era el único a quien nunca pudieron reducir a jurar o dar sus hijos en rehenes; que, huyendo por esta razón de su patria, fué a Roma a solicitar socorro del Se-

nado, como único que ni estaba ligado con juramento ni con otra prenda. Con todo eso, ha cabido peor suerte a los vencedores Sequanos que a los Eduos vencidos; pues que Arioviſto, rey de los Germanos, avecindándose allí, había ocupado la tercera parte de su país, el más pingüe de toda la Galia, y ahora les mandaba evacuar otra tercera parte, dando por razón que pocos meses ha le han llegado veinticuatro mil Harudes, a quien es forzoso preparar alojamiento. Así que dentro de pocos años todos vendrán a ser desterrados de la Galia, y los Germanos a pasar el Rhin, pues no tiene que ver el terreno de la Galia con el de Germania, ni nuestro trato con el suyo. Sobre todo Arioviſto, después de la completa victoria que consiguió de los Galos en la batalla de Magetobriga, ejerce un imperio tiránico, exigiendo en parias los hijos de la primera nobleza; y si éstos se desmandan en algo que no sea conforme a su antojo, los trata con la más cruel inhumanidad. Es un hombre bárbaro, iracundo, temerario; no se puede aguantar ya su despotismo. Si César y los Romanos no ponen remedio, todos los Galos se verán forzados a dejar, como los Helvecios, su patria, e ir a domiciliarse en otras regiones distantes de los Germanos, y probar fortuna, sea la que fuere. Y si las cosas aquí dichas llegan a noticia de Arioviſto, tomará la más cruel venganza de todos los rehenes que tiene en su poder. César es quien, o con su autoridad y el terror de su ejército, o por la victoria recién ganada, o en nombre del pueblo romano, puede intimidar a los Germanos, para que no pase ya más gente

los límites del Rhin, y librar a toda la Galia de la tiranía de Ariovisto".

XXXII. Apenas cesó de hablar Diviciaco, todos los presentes empezaron con sollozos a implorar el auxilio de César, quien reparó que los Sequanos, entre todos, eran los únicos que a nada contestaban de lo que hacían los demás, sino que, tristes y cabizbajos, miraban al suelo. Admirado César de esta singularidad, les preguntó la causa. Nada respondían ellos, poseídos siempre de la misma tristeza y obstinados en callar. Repitiendo muchas veces la misma pregunta, sin poderles sacar una palabra, respondió por ellos el mismo eduo Diviciaco: "Aquí se ve cuánto más lastimosa y acerba es la desventura de los Sequanos que la de los otros, pues solos ésos ni aun en secreto osan a quejarse ni pedir ayuda, temblando de la crueldad de Ariovisto ausente, como si le tuvieran delante; y es que los demás pueden, a lo menos, hallar modo de huir; mas éstos, con haberle recibido en sus tierras y puesto en sus manos todas las ciudades, no pueden menos de quedar expuestos a toda clase de tormentos."

XXXIII. Enterado César del estado deplorable de los Galos, procuró consolarlos con buenas razones, prometiéndoles tomar el negocio por su cuenta; que concebía firme esperanza de que Ariovisto, en atención a sus beneficios y autoridad, pondría fin a tantas violencias. Dicho esto, despidió la audiencia, y en conformidad se le ofrecían muchos motivos que le persuadían a pensar seriamente y encargarse de esta empresa. Primeramente, por ver á los Eduos,

tantas veces distinguidos por el Senado con el timbre de parientes y hermanos, avasallados por los Germanos, y a sus hijos en manos de Ariovisto y de los Sequanos, cosa que, atenta la majestad del pueblo romano, era de sumo desdoro para su persona, no menos que para la República. Consideraba, además, que, acostumbrándose los Germanos poco a poco a pasar el Rhin y a inundar de gente la Galia, no estaba seguro su imperio; que no era verosímil que hombres tan fieros y bárbaros, ocupada una vez la Galia, dejasen de acometer, como antiguamente lo hicieron los Cimbros y Teutones (1), a la provincia, y de ella penetrar la Italia, mayormente no habiendo de por medio entre los Sequanos y nuestra provincia sino el Ródano: inconvenientes que se debían atajar sin la menor dilación. Y, en fin, había ya Ariovisto cobrado tantos humos y tanto orgullo, que no se le debía sufrir más.

XXXIV. Por tanto, determinó enviarle una embajada, con la demanda de que "se sirviese de señalar algún sitio proporcionado donde se avistasen; que deseaba tratar con él del bien público y de asuntos a entrambos sumamente importantes". A esta embajada respondió Ariovisto: "que si por su parte pretendiese algo de César, hubiera ido en persona a buscarle; si él tenía alguna pretensión conmigo, le tocaba ir a proponérsela. Fuera de que no se arriesgaba sin ejército a ir a parte alguna de la Galia

(1) Naciones bárbaras del Septentrión, que, entrando por Italia y la Galia, las arrasaron cruelmente.

cuyo dueño fuese César, ni podía mover el ejército a otro lugar sin grandes gastos y dificultades, no comprendía que César ni el pueblo romano tuviesen que hacer en la Galia, que por conquista era suya."

XXXV. César, en vista de estas respuestas, repitió la embajada, replicando así: "Ya que después de recibido un tan singular beneficio suyo y del pueblo romano, como el título de rey y amigo, conferido por el Senado en su consulado, se lo pagaba ahora con desdeñarse de aceptar el convite de una conferencia, desentendiéndose de proponer y oir lo que a todos interesaba, supiese que sus demandas eran éstas: primera, que no condujese ya más tropas de Germania a la Galia; segunda, que restituyese a los Eduos los rehenes que tenía en prendas, y permitiese a los Sequanos soltar los que les tenían; en suma, no hiciese más agravios a los Eduos, ni tampoco guerra contra ellos o sus aliados. Si esto hacía, César y el pueblo romano mantendrían con él perpetua paz y amistad; si lo rehusaba, no disimularía las injurias de los Eduos, por haber decretado el Senado, siendo cónsules Marco Mesala y Marco Pisón, que cualquiera que tuviese el gobierno de la Galia protegiese a los Eduos y a los demás confederados del pueblo romano, velando así por los intereses de la República."

XXXVI. Respondióle Ariovisto "ser derecho de la guerra que los vencedores diesen leyes a su arbitrio a los vencidos: tal era el estilo del pueblo romano, disponiendo de los vencidos, no a arbitrio y voluntad ajena, sino a la suya. Y pues que él no

prescribía al pueblo romano el modo de usar de su derecho, tampoco era razón que viniese el pueblo romano a poner trabas al ejercicio del suyo. Los Eduos, por haberse aventurado a moverle guerra y dar batalla en que quedaron vencidos, se hicieron tributarios suyos. Que César le hacía grande agravio en pretender con su venida minorarle las rentas. El no pensaba en restituir los rehenes a los Eduos, bien que ni a éstos ni a sus aliados haría guerra injusta, mientras estuviesen a lo convenido y pagasen el tributo anual; donde no, de muy poco les serviría la hermandad del pueblo romano. Al reto de César sobre no disimular las injurias de los Eduos, dice que nadie ha medido las fuerzas con él, que no quedase escarmentado; siempre que quiera, haga la prueba, y verá cuál es la bravura de los invencibles Germanos, diestrísimos en el manejo de las armas, y que de catorce años a esta parte nunca se han guarecido bajo de techado".

XXXVII. Al mismo tiempo que contaban a César esta contrerréplica, sobrevienen mensajeros de los Eduos y Trevirenses. Los Eduos, a quejarse de que los Harudes, nuevamente trasplantados a la Galia, talaban su territorio, sin que les hayan servido de nada los rehenes dados a Ariovisto por redimir la vejación; los Trevirenses, a participarle cómo las milicias de cien cantones suevos cubrían las riberas del Rhin con intento de pasarle, cuyos caudillos eran dos hermanos, Nasua y Cimberio. Irritado César con tales noticias, resolvió anticiparse, temiendo que si la nueva soldadesca de los Suevos se unía

con la vieja de Ariovisto, no sería tan fácil oponerles resistencia. Por eso, proveyéndose lo más presto que pudo de bastimentos, a grandes jornadas marchó al encuentro de Ariovisto.

XXXVIII. A tres días de marcha tuvo aviso de que Ariovisto iba con todo su ejército a sorprender a Besanzón, plaza muy principal de los Sequanos, y que había ya caminado tres jornadas desde sus cuarteles. Juzgaba César que debía precaver con el mayor empeño no se apoderase de aquella ciudad, abastecida cual ninguna de todo género de municiones, y tan bien fortificada por su situación, que ofrecía gran comodidad para mantener la guerra, ciñéndola casi toda el río Dubis como tirado a compás; y por donde no la baña el río, que viene a ser un espacio de seiscientos pies no más, la cierra un monte muy empinado, cuyas faldas toca el río por las dos puntas. El muro que lo rodea forma del monte un alcázar metido en el recinto de la plaza. César, pues, marchando día y noche la vuelta de esta ciudad, la tomó, y puso guarnición en ella.

XXXIX. En los pocos días que se detuvo aquí en hacer provisiones de trigo y demás víveres, con ocasión de las preguntas de los nuestros y lo que oyeron exagerar a los Galos y negociantes la desmedida corpulencia de los Germanos, su increíble valor y experiencia en el manejo de las armas, y cómo en los choques habidos muchas veces con ellos ni aun osaban mirarles a la cara y a los ojos, de repente cayó tal pavor sobre todo el ejército, que consternó no poco los espíritus y corazones de todos.

Los primeros a mostrarlo fueron los tribunos y prefectos de la milicia, con otros que, siguiendo desde Roma por amistad á César, abultaban con voces lastimeras el peligro a medida de su corta experiencia en los lances de la guerra. De éstos, pretextando unos una causa, otros otra, de la necesidad de su vuelta, le pedían licencia para retirarse; algunos, picados de pundonor, por evitar la nota de medrosos, quedábanse, sí, mas no acertaban a serenar bien el semblante, ni a veces a reprimir las lágrimas: cerrados en sus tiendas, o maldecían su suerte, o con sus confidentes se lamentaban de la común desgracia. No se pensaba sino en otorgar testamentos. Con los quejidos y clamores de éstos, insensiblemente iba apoderándose el terror de los soldados más aguerridos, los centuriones y los capitanes de caballería. Los que se preciaban de menos tímidos decían no temer tanto al enemigo como el mal camino, la espesura de los bosques intermedios y la dificultad del transporte de los bastimentos. Ni faltaba quien diese a entender a César que cuando mandase alzar el campo y las banderas, no querrían obedecer los soldados ni llevar los estandartes, de puro miedo.

XL. César, á vista de esta consternación, llamando a consejo, a que hizo asistir los centuriones de todas clases, los reprendió ásperamente: "lo primero, porque se metían a inquirir el destino y objeto de su jornada. Que si Ariovisto en su consulado solicitó con tantas veras el favor del pueblo romano, ¿cómo cabía en seso de hombre juzgar que

tan sin más ni más faltase a su deber? Antes tenía por cierto que, sabidas sus demandas, y examinada la equidad de sus condiciones, no había de renunciar su amistad ni la del pueblo romano; mas, suponiendo que aquel hombre, arrastrado por la cólera y la demencia, viniese a romper, ¿de qué temblaban tanto?, ¿o por qué desconfiaban de su propio esfuerzo o de la vigilancia del capitán? Ya en tiempo de nuestros padres se hizo prueba de semejantes enemigos, cuando en ocasión de ser derrotados los Cimbros y Teutones por Cayo Mario, la victoria, por opinión común, se debió no menos al ejército que al general. Hízose también no ha mucho en Italia, con motivo de la guerra (1) servil, en medio de que los esclavos tenían a su favor la disciplina y pericia aprendida de nosotros, donde se pudo echar de ver cuánto vale la constancia; pues a éstos, que desarmados llenaron al principio de un terror pánico a los nuestros, después los sojuzgaron armados y victoriosos. Por último, esos Germanos son aquellos mismos a quienes los Helvecios han batido en varios encuentros, no sólo en su país, sino también dentro de la Germania misma; los Helvecios, digo, que no han podido contrarrestar a nuestro ejército. Si algunos se desalientan por la derrota de los Ga-

---

(1) César: *servili tumultu*. Los esclavos eran Galos y Germanos en gran número, acaudillados de Crixo, Enomao y Espartaco. Hicieron temblar a toda Roma, no menos que cuando Aníbal estuvo a sus puertas. Al fin los derrotó el pretor M. Craso.

los, con averiguar el caso podrán certificarse de cómo Ariovisto, al cabo de muchos meses que sin dejarse ver estuvo acuartelado metido entre pantanos, viendo á los Galos aburridos de guerra tan larga, desesperanzados ya de venir con él á las manos y dispersos, asaltándolos de improviso, los venció, más con astucia y maña que por fuerza. Pero el arte que le valió para con esa gente ruda y simple, ni aun él mismo espera le pueda servir contra nosotros. Los que disimulan su miedo con la dificultad de las provisiones y de los caminos, manifiestan bien su presunción, mostrando que, ó desconfían del general, ó quieren darle lecciones, que no vive él tan descuidado: los Sequanos, Leucos y Lingones están prontos á suministrar trigo, y ya los frutos están sazonados en los campos; qué tal sea el camino, ellos mismos lo verán presto. Decir que no habrá quien odebezca ni quiera llevar pendones, nada le inmuta, sabiendo muy bien que, cuando algunos jefes fueron desobedecidos de su ejército, eso provino de que, o les faltó la fortuna en algún mal lance, o por alguna extorsión manifiesta descubrieron la codicia. Su desinterés era conocido en toda la vida, notoria su felicidad en la guerra helvecia. Así que iba á ejecutar sin más dilación lo que tenía destinado para otro tiempo, y la noche inmediata, de madrugada, movería el campo para ver si podía más con ellos el pudor y su obligación, que no el miedo. Y dado caso que nadie le siga, está resuelto a marchar con sola la legión décima, de cuya lealtad no duda, y ésa será su compañía de guardias. Esa le-

gión le debía particulares finezas, y él se prometía muchísimo de su valor."

XLI. En virtud de este discurso, se trocaron maravillosamente los corazones de todos, y concibieron gran denuedo, con vivos deseos de continuar la guerra. La legión décima fué la primera en darle por sus tribunos las gracias por el concepto ventajosísimo que tenía de ella, asegurando estar prontísima a la empresa. Tras ésta, luego las demás, por medio de sus tribunos y de los centuriones de la primera cohorte, dieron satisfacción a César, protestando que jamás tuvieron ni recelo ni temor, ni pensaron sujetar a su juicio, sino al del general, la dirección de la campaña. Admitidas sus disculpas, y habiendo tomado lengua de camino por medio de Diviciaco, de quien se fiaba más que de los otros Galos, con un rodeo de casi cuarenta millas a trueque de llevar el ejército por lo llano, al romper del alba, conforme había dicho, se puso en marcha. Y como no la interrumpiese, al séptimo día le informaron los batidores que las tropas de Ariovisto distaban de las nuestras veinticuatro millas.

XLII. Noticioso Ariovisto de la venida de César, envíale una embajada, ofreciéndose por su parte a la conferencia antes solicitada, ya que se había él acercado y juzgaba poderlo hacer sin riesgo de su persona. No se negó César, y ya empezaba a creer que Ariovisto iba entrando en seso, pues de grado se ofrecía a lo que antes se había resistido siendo rogado, y concebía grandes esperanzas de que a la luz de tantos beneficios suyos y del pueblo romano, oí-

das sus pretensiones, depondría en fin su terquedad. Aplazáronse las vistas para de allí a cinco días. Mientras tanto, yendo y viniendo frecuentemente mensajeros de un campo al otro, pidió Ariovisto que César no llevase consigo a la conferencia gente de a pie, que se recelaba de alguna sorpresa; viniesen ambos con guardias montadas, que de otra suerte él no iría. César, que ni quería se malograse la conferencia por ningún pretexto, ni osaba fiar su persona de la caballería galicana, tomó como más seguro el partido de apear a los Galos de sus caballos, montando en ellos a los soldados de la legión décima, de quien estaba muy satisfecho, para tener, en caso de necesidad, una guardia de toda confianza. Al tiempo de montar, dijo donosamente un soldado de dicha legión: "Mucho más hace César de lo que prometió: prometió hacer de nosotros su cohorte pretoria (1), y he aquí que nos hace caballeros."

XLIII. Había casi en medio de los dos ejércitos una gran llanura, y en ella un altozano de capacidad competente. El lugar distaba casi lo mismo del campamento de Ariovisto y del de César. Aquí se juntaron a vistas, según lo acordado. César colocó la legión montada a doscientos pasos del altozano. A igual distancia se apostó Ariovisto con los suyos, pidiendo que la conferencia fuese a caballo, y cada uno condujese a ella consigo diez soldados. Luego que allí se vieron, comenzó César la plática, recor-

(1) La *cohors prætoria* era un cuerpo elegido, que velaba especialmente por la persona del general en jefe.

dándole sus beneficios y los del Senado, como el haberle honrado con el título de rey, de amigo, enviándole espléndidos regalos, distinción usada de los Romanos solamente con pocos, y esos muy beneméritos, cuando él, sin recomendación ni motivo particular de pretenderlo, por mero favor y liberalidad suya y del Senado, había conseguido estas mercedes. Informábale así bien de los antiguos y razonables empeños contraídos con los Eduos; cuántos decretos del Senado, cuántas veces y con qué términos tan honoríficos se habían promulgado en favor de ellos; cómo siempre los Eduos, aun antes de solicitar nuestra amistad, tuvieron la primacía de toda la Galia; ser costumbre del pueblo romano el procurar que sus aliados y amigos, lejos de padecer menoscabo alguno, medren en estimación, dignidad y grandeza. ¿Cómo, pues, se podría sufrir los despojasen de lo que habían llevado a la alianza con el pueblo romano? Finalmente, insistió en pedir las mismas condiciones ya propuestas por sus embajadores: que no hiciese guerra a los Eduos ni a sus aliados; que le restituyese los rehenes, y caso que no pudiera despedir ninguna partida de los Germanos, a lo menos no permitiese que pasasen otros el Rhin.

XLIV. Ariovisto respondió brevemente a las proposiciones de César, y alargóse mucho en ensalzar sus hazañas: "que había pasado el Rhin no por propio antojo, sino a ruegos e instancias de los Galos; que tampoco abandonó su casa y familia sin esperanza bien fundada de grande recompensa; que tenía en la Galia las habitaciones concedidas por los

mismos naturales, los rehenes dados voluntariamente; por derecho de conquista cobraba el tributo que los vencedores suelen imponer a los vencidos; que no movió él la guerra a los Galos, sino los Galos a él, conspirando aunados todos y provocándole al combate; que todas estas tropas desbarató y venció en sola una batalla; que si quieren otra vez tentar fortuna, está pronto a la contienda; mas si prefieren la paz, no es justo le nieguen el tributo que habían pagado hasta entonces de su propia voluntad; que la amistad del pueblo romano debía redundar en honra y ventaja suya, no en menoscabo, y que con este fin la pretendió; que si los Romanos le quitan el tributo y los vasallos tan presto, renunciaría su amistad como la había solicitado; el conducir tropas de Germania, era para su propia seguridad, no para la invasión de la Galia: prueba era de ello no haber venido sino llamado, y que su guerra no había sido ofensiva, sino defensiva; que entró en la Galia antes que el pueblo romano; que jamás hasta ahora el ejército de los Romanos había salido de los confines de su provincia. Pues ¿qué pretende? ¿Por qué se mete en sus posesiones? Que tan suya es esta parte de la Galia, como es nuestra aquélla; como él no tiene derecho a invadir nuestro distrito, así tampoco le teníamos nosotros para inquietarle en el ejercicio de su derecho; en orden a lo que decía que los Eduos, por decreto del Senado, gozaban el fuero de amigos, no se hallaba él tan ignorante de lo que pasaba por el mundo, que no supiese cómo ni los Eduos socorrieron a los Romanos en la última guerra con

los Alóbroges, ni los Romanos a los Eduos en las que habían tenido con él y con los Sequanos, de que debía sospechar que César, con capa de amistad, mantiene su ejército en la Galia sólo con el fin de oprimirle; que si no se retira o saca tropas de estos contornos, le tratará como a enemigo declarado, y si logra el matarle, complacerá en ello a muchos caballeros y señores principales de Roma, que así se lo tienen asegurado por sus expresos, y con su muerte se ganará la gracia y amistad de todos éstos; pero si se retira, dejándole libre la posesión de la Galia, se lo pagará con grandes servicios, y cuantas guerras se le ofrezcan, se las dará concluídas, sin que nada le cuesten."

XLV. Alegó César muchas razones en prueba de que no podía desistir de la empresa: "que tampoco era conforme a su proceder ni al del pueblo romano el desamparar unos aliados que se habían portado tan bien, ni entendía cómo la Galia fuese más de Ariovisto que del pueblo romano; sabía, sí, que Quinto Fabio Máximo sujetó por armas a los Arvernos y Rutenos, si bien por indulto y gracia que les hizo el pueblo romano no los redujo a provincia (1) ni hizo tributarios. Conque si se debe aten-

(1) La rota de los Albernos por Fabio Máximo sucedió por los años de 633 de Roma. Cuando los Romanos reducían alguna nación en forma de provincia, la sujetaban al vasallaje, privándola de sus fueros y nombrando un magistrado que la gobernase y cobrase los tributos en nombre del pueblo romano.

der a la mayor antigüedad, el imperio romano en la Galia se funda en justísimo derecho; si se ha de tener en cuenta el juicio del Senado, la Galia debe ser libre, pues, aunque vencida, quiso que se gobernase por sus leyes."

XLVI. En estas razones estaban, cuando avisaron á César que la caballería de Ariovisto, acercándose a la colina, venía para los nuestros arrojando piedras y dardos. Dejó César la plática, y se retiró a los suyos, ordenándoles no disparasen ni una flecha contra los enemigos; porque, si bien estaba cierto de que con su legión escogida no tenía qué temer a la caballería de Ariovisto, todavía no juzgaba conveniente dar ocasión a que, batidos los contrarios, se pudiese decir que, por fiarse de su palabra, fueron sorprendidos a traición. Cuando entre los soldados corrió la voz del orgullo con que Ariovisto excluía de toda la Galia á los Romanos; cómo sus caballos se habían desmandado contra los nuestros, y que con tal insulto se cortó la conferencia, se encendió en el ejército mucho mayor coraje, y deseo más ardiente de venir a las manos con el enemigo.

XLVII. Dos días después Ariovisto despachó a César otra embajada, sobre que quería tratar con él de las condiciones entre ambos entabladas y no concluídas, o que de nuevo señalase día para las vistas, o, cuando menos, le enviase alguno de sus lugartenientes. No le pareció a César que había motivo suficiente para una nueva conversación, y más cuando el día antes no pudieron los Germanos con-

tenerse sin disparar contra los nuestros. Enviarle de los suyos un comisario, en su sentir, era lo mismo que entregarlo a ojos vistas a las garras de hombres más fieros que las fieras. Tuvo por más acertado el valerse para esto de Cayo Valerio Procilo, hijo de Cayo Valerio Caburo, joven animoso y apacible (cuyo padre obtuvo de Cayo Valerio Flaco los derechos de ciudadano romano), lo uno por su lealtad y pericia en la lengua galicana, que ya por el largo uso era casi familiar a Ariovisto, y lo otro por ser persona a quien los Germanos no tenían motivo de hacer vejación alguna, enviándolo con Marco Mecio, huésped que había sido de Ariovisto. Encomendóles que se informasen de las pretensiones de Ariovisto, y volviesen con la razón de ellas. Ariovisto, que los vió cerca de sí en los reales, dijo a voces, oyéndolo su ejército: "¿A qué venís aquí? ¿Acaso por espías?" Queriendo satisfacerle, los atajó y puso en prisiones.

XLVIII. Ese día levantó el campo, y se alojó a la falda de un monte, a seis millas de los reales de César. Al siguiente condujo sus tropas por delante del alojamiento de César, y acampó dos millas más allá, con el fin de interceptar los víveres que venían de los Sequanos y Eduos. César cinco días consecutivos presentó el ejército armado y ordenadas las tropas, con la mira de que si Ariovisto quisiese dar batalla, no le faltase posibilidad. Todos esos días mantuvo Ariovisto quieta su infantería dentro de los reales, escaramuzando diariamente con la caballería. El modo de pelear en que se habían industriado los

Germanos era éste: seis mil caballos iban escoltados de otros tantos infantes los más ligeros y bravos, que los mismos de a caballo elegían privadamente cada uno el suyo; con éstos entraban en batalla; a éstos se acogían; éstos les socorrían en las situaciones críticas; si algunos, heridos gravemente, caían del caballo, luego estaban allí para cubrirlos; en las marchas forzadas, en las retiradas más presurosas, era tanta su ligereza por el continuo ejercicio, que, agarrándose a las crines de los caballos, corrían parejas con ellos.

XLIX. Viendo César que Ariovisto se hacía fuerte en las trincheras, para que no prosiguiese en interceptarle los víveres, escogió lugar más oportuno como seiscientos pasos más allá de los Germanos, adonde fué con el ejército dividido en tres escuadrones. Al primero y segundo mandó estar sobre las armas; al tercero fortificar el campo, que, como se ha dicho, distaba del enemigo cosa de seiscientos pasos. Ariovisto destacó al punto contra él diez y seis mil soldados ligeros con toda su caballería, y con orden de dar un alarma a los nuestros y estorbar los trabajos. Firme César en su designio, encargó a los dos escuadrones que rebatiesen al enemigo, mientras el tercero se ocupaba en trabajar. Fortificados estos reales, dejó en ellos dos legiones, con parte de las tropas auxiliares, volviéndose al alojamiento principal con las otras cuatro.

L. Al día inmediato, César, como lo tenía de costumbre, sacó de los dos campos su gente, la ordenó a pocos pasos del principal, y presentó batalla al ene-

migo; mas visto que ni por eso se movía, ya cerca del mediodía recogió los suyos a los reales. Entonces por fin Ariovisto destacó parte de sus tropas a forzar las trincheras de nuestro segundo campo. Peleóse con igual brío por ambas partes hasta la noche. Al ponerse el sol, Ariovisto, dadas y recibidas muchas heridas, tocó la retirada. Inquiriendo César de los prisioneros la causa de no querer pelear Ariovisto, entendió ser cierta usanza de los Germanos que sus mujeres hubiesen de decidir por suertes divinatorias si convenía o no dar la batalla, y que al presente decían "no poder los Germanos ganar la victoria si antes de la luna nueva daban la batalla".

LI. Al otro día César, dejando en los dos campos la guarnición suficiente, colocó los auxiliares de a pie delante del segundo, a vista del enemigo, para suplir en apariencia el número de los soldados legionarios, que en la realidad era inferior al de los enemigos. El mismo en persona, formado su ejército en tres columnas, fué avanzando hasta las trincheras contrarias. Los Germanos entonces a más no poder salieron fuera, repartidos por naciones, a trechos iguales, Harudes, Marcomanos, Tribocos, Vangiones, Nemetes, Sedusios y Suevos, cercando todas las tropas con carretas y carros para que ninguno librase la esperanza en la fuga. Encima de los carros pusieron a las mujeres, las cuales, extendiéndo sus abiertas manos (1) y llorando amargamente, al desfilar

(1) Gesto propio del suplicante antiguo.

los soldados los conjuraban que no las abandonasen a la tiranía de los Romanos.

LII. César señaló a cada legión su legado y su cuestor (1), como por testigos del valor con que cada cual se portaba; y empezó el ataque desde su ala derecha, por haber observado caer hacia allí la parte más flaca del enemigo. Con eso los nuestros, dada la señal, acometieron con gran denuedo. Los enemigos de repente se adelantaron corriendo con tal rapidez, que a los nuestros no quedó lugar bastante a disparar sus lanzas. Inutilizadas éstas, echaron mano de las espadas. Mas los Germanos, abroquelándose prontamente, conforme a su costumbre, recibieron los primeros golpes. Hubo varios de los nuestros que, asaltando sobre la empavesada de los enemigos y arrancándoles los escudos de las manos, los herían desde encima. Derrotados y puestos en fuga en su ala izquierda, los enemigos daban mucho que hacer en la derecha a los nuestros, por su muchedumbre. Advirtiéndolo Publio Craso el mozo, que mandaba la caballería, por no estar empeñado en la acción como los otros, destacó el tercer escuadrón a socorrer a los que peligraban de los nuestros.

LIII. Con lo cual se rehicieron, y todos los enemigos volvieron las espaldas; ni cesaron de huir hasta tropezar con el Rhin, distante de allí poco menos de cincuenta millas, donde fueron pocos los que

(1) En Roma eran como tesoreros y contadores de la República, que llevaban la cuenta y razón de las rentas y cualquiera otra hacienda de ella.

se salvaron, unos a nado a fuerza de brazos, y otros en canoas que allí encontraron. Uno de éstos fué Ariovisto, que, hallando a la orilla del río una barquilla, pudo escaparse en ella. Todos los demás, alcanzados de nuestra caballería, fueron pasados a cuchillo. Perecieron en la fuga dos mujeres de Ariovisto: la una de nación sueva, que había traído consigo de Germania; Norica la otra, hermana del rey Voción, que se la envió a la Galia por esposa. De dos hijas de éstas, una fué muerta, otra presa. Cayo Valerio Procilo, a quien sus guardas conducían en la huída atado con tres cadenas, dió en manos de César, que perseguía al enemigo al frente de la caballería; encuentro que para César fué de no menos gozo que la victoria misma, por ver libre de las garras de los enemigos y restituído a su poder el hombre más honrado de nuestra provincia, huésped suyo y amigo íntimo, con cuya libertad dispuso la fortuna que no faltase circunstancia alguna de contento y parabienes a esta victoria. Contaba él cómo por tres veces a su vista echaron suertes sobre si luego le habían de quemar vivo o reservarlo para otro tiempo, y que a las suertes debía la vida. Hallaron asimismo a Marco Mecio, y trajéronsele a César.

LIV. Esparcida la fama de esta victoria por la otra parte del Rhin, los Suevos acampados en las riberas trataron de dar la vuelta a sus casas; los Ubios, habitantes de aquellas cercanías, que los vieron huir amedrentados, siguieron el alcance y mataron a muchos de ellos. César, concluídas dos guerras de la mayor importancia en un solo verano,

más temprano de lo que pedía la estación, retiró su ejército a cuarteles de invierno en los Sequanos; y dejándolos a cargo de Labieno, él marchó la vuelta de la Galia Cisalpina á presidir las juntas (1).

(1) Los procónsules y pretores empleaban el invierno, tiempo en que cesaban las operaciones militares, en decidir pleitos y administrar justicia dentro de sus provincias.

a la entrada del verano envió por conductor de ellas a lo interior de la Galia (1) al legado Quinto Pedio. El, luego que comenzó a crecer la hierba, vino al ejército. Da comisión a los Senones y demás Galos confinantes con los Belgas, que averigüen sus movimientos y le informen de todo. Avisaron todos unánimemente que se hacían levas y las tropas se iban juntando en un lugar determinado. Con eso no tuvo ya razón de dudar, sino que se resolvió a marchar contra ellos. Hechas, pues, las provisiones, toma el camino, y en cosa de quince días se pone en la raya de los Belgas.

III. Como llegase de improviso y más presto de lo que nadie creyera, los Remenses, que por la parte de los Belgas son más cercanos a la Galia, le enviaron una diputación con Iccio y Andecumboria, primeros personajes de su República, protestándole que se ponían con cuanto tenían en manos del pueblo romano; que no habían tenido parte ni dado la más leve ocasión al alzamiento de los otros Belgas, antes estaban prontos a darle rehenes, obedecerle, franquearle las ciudades y suministrarle víveres y cuanto se le ofreciese; que los demás Belgas todos estaban en armas, y los Germanos del Rhin para acá conjurados con ellos; que su despecho era tan universal y tan ciego, que no les ha sido posible apartar de esta liga ni aun a los Suesones, hermanos su-

(1) Tradúcese así, por entenderse que se debe leer en el texto *in interiorem Galliam*, como sienten Escalígero, Davisio y otros.

yos y de la misma sangre, con quienes gozan de igual fuero, se gobiernan por las mismas leyes y componen una república.

IV. Preguntándoles cuáles y cuán populosas y de qué fuerzas eran las repúblicas alzadas, sacaba en limpio que la mayor parte de los Belgas descendían de los Germanos, y que de tiempos atrás, pasado el Rhin, se habían avecindado allí por la fertilidad del terreno, echando a sus antiguos moradores los Galos; que solos ellos en tiempo de nuestros padres impidieron la entrada en sus tierras a los Teutones y Cimbros, que venían de saquear toda la Galia; que, orgullosos con la memoria de estas hazañas, se tenían por superiores a todos en el arte militar. En orden a su número, añadían los Remenses que lo sabían a punto fijo, porque, con ocasión de la vecindad y parentesco, tenían muy bien averiguado cuánta gente de guerra ofrecía cada pueblo en la junta general de los Belgas. Los Bellovacos, como que exceden a todos en valor, autoridad y número, pueden poner en pie cien mil combatientes; de éstos han prometido dar sesenta mil de tropa escogida, y pretenden el supremo mando de esta guerra. Los Suesones, sus vecinos, poseen campiñas muy dilatadas y fértiles, cuyo rey fué, aun en nuestros días, Diviciaco, el más poderoso de toda la Galia; que no sólo reinó en mucha parte de estas regiones, sino también de la Bretaña; el rey de ahora era Galba, a quien por su justicia y prudencia todos convenían en nombrarle por generalísimo de las armas; tienen los Suesones doce ciudades, y ofrecen cincuenta mil

combatientes; otros tantos los Nervios, que son reputados por los más bravos, y caen muy lejos; quince mil dan los Artesios, los Ambienses diez mil, veinticinco mil los Morinos, los Menapios nueve mil, los Caletes diez mil, los Velocases y Vermandeses otros tantos, los Aduáticos veintinueve mil, y los Condrusos, Eburones, Ceresos y Pemanos, conocidos por el nombre común de Germanos, a su parecer, hasta cuarenta mil.

V. César, esforzando a los Remenses y agradeciéndoles sus buenos oficios con palabras muy corteses, mandó venir a su presencia todo el Senado y traer a los hijos de los grandes por rehenes. Todo lo ejecutaron puntualmente en el plazo señalado. El, con gran eficacia, exhortando a Diviciaco el Eduo, le persuade lo mucho que importa al bien común de la república el dividir las fuerzas del enemigo, para no tener que lidiar a un tiempo con tantos, lo cual se lograría si los Eduos rompiesen por tierras de los Beoveses y empezasen a talar sus campos. Dado este consejo, le despidió. Ya que tuvo certeza por sus espías y por los Remenses cómo unidos los Belgas venían todos contra él, y que estaban cerca, se anticipó con su ejército a pasar el río Aisne, donde remata el territorio Remense, y allí fijó sus reales, cuyo costado, de una banda, quedaba defendido con esta positura por las márgenes del río, las espaldas a cubierto del enemigo, y seguro el camino desde Rems y las otras ciudades para el transporte de bastimentos. Guarnece el puente que tenía el río; deja en la ribera opuesta con seis co-

hortes al legado Quinto Titurio Sabino, y manda fortificar los reales con un parapeto de doce pies en alto y un foso de diez y ocho.

VI. Estaba ocho millas distante de aquí una plaza de los Remenses llamada Bibracte, que los Belgas se pusieron a batirla sobre la marcha con gran furia. No costó poco defenderla aquel día. Los Belgas en batir las murallas usan el mismo arte que los Galos: cércanlas por todas partes de gente, y empiezan a tirar piedras hasta tanto que ya no queda defensor en los muros; entonces, haciendo empavesada (1), vanse arrimando a las puertas y abren la brecha, lo que a la sazón era bien fácil, por ser tantos los que arrojaban piedras y dardos, que no dejaban parar a hombre sobre el muro. Como la noche los forzase a desistir del asalto, el gobernador de la plaza, Iccio Remense, igualmente noble que bien quisto entre los suyos, uno de los que vinieron con la diputación de paz a César, le da aviso por sus mensajeros "que si no envía socorro, ya no puede él aguantar más".

VII. César, luego a la media noche, destaca en ayuda de los sitiados una partida de flecheros Númidas y Cretenses y de honderos Baleares, bajo la dirección de los mismos mensajeros de Iccio. Con su

(1) La expresión literal latina es *formar la tortuga;* esta maniobra consistía en hacer avanzar las tropas hasta el pie de las murallas, de tal modo, que los escudos, colocados encima de las cabezas de los soldados, formaban como las escamas de que se compone la caparazón de una tortuga.

llegada, cuanto mayor ánimo cobraron los Remenses con la esperanza cierta de la defensa, tanto menos quedó a los enemigos de conquistar aquella plaza. Así que, alzado el sitio a poco tiempo, asolando los campos y pegando fuego a todas cuantas aldeas y caseríos encontraban por las inmediaciones del camino, marcharon con todo su ejército en busca del de César, y se acamparon a dos millas escasas de él. La extensión de su campo, por lo que indicaban el humo y los fuegos, ocupaba más de ocho millas.

VIII. César, al principio, a vista de un ejército tan numeroso y del gran concepto que se hacía de su valor, determinóse a no dar una batalla decisiva. Sin embargo, con escaramuzas cotidianas de la caballería procuraba sondear hasta dónde llegaba el esfuerzo del enemigo, como también el coraje de los nuestros. Ya que se aseguró de que los nuestros no eran inferiores, teniendo delante de los reales espacio competente y acomodado para ordenar los escuadrones—porque aquel collado de su alojamiento, no muy elevado sobre la llanura, tenía la delantera tan ancha cuanto bastaba para la formación del ejército en batalla, por las dos laderas la bajada pendiente, y por la frente altura tan poca, que insensiblemente iba declinando hasta confundirse con el llano,—cerró los dos lados de la colina con fosos tirados de través, cada uno de cuatrocientos pasos de longitud aproximadamente, y, guarneciendo sus remates con fortines, plantó máquinas de guerra en ellos, a fin de que al tiempo del combate no pudiesen los enemigos (siendo tan superiores en número) acometer por

los costados y coger en medio a los nuestros. Hecho esto, y dejadas en los reales las dos legiones recién alistadas, para poder emplearlas como refuerzo en caso de necesidad, puso las otras seis delante de ellos en orden de batalla. Los enemigos asimismo fuera de los suyos tenían ordenada su gente.

IX. Una laguna no muy grande se extendía entre los dos ejércitos. Esperaban los enemigos a que la pasasen los nuestros. Los nuestros estaban a la mira para echarse sobre los enemigos atollados, si fuesen ellos los primeros a pasarla. En tanto los caballos andaban escaramuzando entre los dos ejércitos. Mas como ninguno de los dos diese muestras de querer pasar el primero, César, contento con la ventaja de la caballería en el choque, tocó la retirada. Los enemigos al punto marcharon de allí al río Aisne, que, según se ha dicho, corría detrás de nuestros cuarteles, y habiendo descubierto un vado, intentaron pasar parte de sus tropas, con la mira de desalojar, si pudiesen, al legado Quinto Titurio de la fortificación que mandaba y romper el puente, o, cuando no, talar los campos Remenses, que tanto nos servían en esta guerra proveyéndonos de bastimentos.

X. César, avisado de esto por Titurio, pasa el puente con toda la caballería y la tropa ligera de los Númidas con los honderos y flecheros, y va contra ellos. Obráronse allí prodigios de valor. Los nuestros, acometiendo a los enemigos metidos en el río, mataron a muchos, y a fuerza de dardos rechazaron a los demás, que, con grandísimo arrojo, pretendían

abrirse paso por encima de los cadáveres. Los primeros que vadearon el río, rodeados de la caballería, perecieron. Viendo los enemigos fallidas sus esperanzas de la conquista de la plaza y del tránsito del río, como también que los nuestros no querían pelear en sitio menos ventajoso, y ellos comenzaban a sentir escasez de alimentos, juntados a consejo, concluyeron ser lo mejor retirarse cada cual a su casa, con el pacto de acudir de todas partes a la defensa del país que primero invadiesen los Romanos, a fin de hacer la guerra con más comodidad dentro de su comarca que fuera, y sostenerla con sus propias abundantes cosechas. Movióles a esta resolución, entre otras razones, la de haber sabido que Diviciaco y los Eduos se iban acercando a las fronteras de los Bellovacos, los cuales por ningún caso podían sufrir más largas sin socorrer a los suyos.

XI. Con esta determinación, arrancando hacia media noche con gran ruido y alboroto, sin orden ni concierto, apresurándose cada cual a coger la delantera por llegar antes a casa, su marcha tuvo visos de huída. César, avisado al instante del hecho por sus escuchas, temiendo alguna celada, por no haber penetrado todavía el motivo de su partida, se mantuvo quieto con todo su ejército dentro de los reales. Al amanecer, asegurado de la verdad por los batidores, envía delante toda la caballería, a cargo de los legados Quinto Pedio y Lucio Arunculeyo Cota, con orden de picar la retaguardia enemiga. Al legado Tito Labieno mandó seguirlos con tres le-

giones. Habiendo éstos alcanzado a los postreros y perseguídolos por muchas millas, hicieron en los fugitivos gran matanza. Como los de la retaguardia, viéndose ejecutados, hiciesen frente, resistiendo animosamente a las embestidas de los nuestros, en tanto los de la vanguardia, que se consideraban lejos del peligro, sin haber quien los forzase ni caudillo que los contuviese, al oir aquella gritería, desordenadas las filas, buscaron su seguridad en la fuga. Con eso, sin el menor riesgo, prosiguieron los nuestros matando gente todo lo restante del día, y sólo al poner del sol desistieron del alcance, retirándose a los reales, según la orden que tenían.

XII. César, al otro día, sin dar a los enemigos tiempo de recobrarse del pavor y de la fuga, dirigió su marcha contra los Suesones, fronterizos de los Remenses, y después de un largo viaje se puso sobre la ciudad de Novio (1). Tentando de camino asaltarla, pues le decían que se hallaba sin guarnición, no pudo tomarla, con ser pocos los que la defendían, por tener un foso muy ancho y muy altos los muros. Fortificados los reales, trató de armar las galerías (2) y apercibir las piezas de batir las murallas. En esto, todas las tropas de Suesones que venían huyendo se recogieron la noche inmediata a la plaza. Mas asestadas sin dilación las galerías, formado el

(1) Hoy Soissons.

(2) César: *vineas agere... coepit*. Eran como unas barracas movedizas; por eso dice *vineas agere*. Dentro de ellas metidos los soldados, se iban acercando al muro para batirlo a su salvo.

terraplén y levantadas las bastidas (1), espantados los Galos de la grandeza de aquellas máquinas, nunca vistas antes ni oídas, y de la presteza de los Romanos en armarlas, envían diputados a César sobre la entrega, y, a petición de los Remenses, alcanzan perdón.

XIII. Recibidos en prendas los más granados del pueblo con dos hijos del mismo rey Galba, y entregadas todas las armas, César admitió por vasallos a los Suesones, y marchó contra los Bellovacos, los cuales, habiéndose refugiado con todas sus cosas en la fortaleza de Bratuspancio, y estando César distante de allí poco menos de cinco millas, todos los ancianos, saliendo de la ciudad, con ademanes y voces le hacían señas de que venían a rendírsele a discreción, ni querían más guerra con los Romanos. Asimismo, luego que se acercó al lugar y empezó a sentar el campo, los niños y las mujeres, desde las almenas, tendidas las manos a su modo, pedían la paz a los Romanos.

XIV. Diviciaco (el cual después de la retirada de los Belgas y despedidas sus tropas había vuelto a incorporarse con las de César) aboga por ellos diciendo: "que siempre los Bellovacos habían sido amigos fieles de los Eduos; que sus jefes, con esparcir que los Eduos, esclavizados por César, padecían toda suerte de maltratamientos y oprobios, los in-

(1) Torres de madera que se movían sobre ruedas. Cuando la plaza sitiada estaba en terreno llano, colocaban la torre sobre el suelo; pero si la ciudad ocupaba un lugar accidentado, la emplazaban sobre un terraplén *(agger)*.

dujeron a separarse de ellos y declarar la guerra al pueblo romano. Los autores de esta trama, reconociendo el grave perjuicio acarreado a la república, se habían guarecido en Bretaña. Por tanto, la suplican los Bellovacos, y juntamente con ellos y por ellos los Eduos, que los trate con su acostumbrada clemencia y benignidad. Que haciéndolo así aumentaría el crédito de los Eduos para con todos los Belgas, con cuyos socorros y bienes solían mantener las guerras ocurrentes."

XV. César, por honrar a Diviciaco y favorecer a los Eduos, dió palabra de aceptar su homenaje y de conservarlos en su gracia; mas porque era un estado pujante, sobresaliendo entre los Belgas en autoridad y número de habitantes, pidió seiscientos rehenes. Entregados éstos, juntamente con todas sus armas, encaminóse a los Amienses, que luego se le rindieron con todas sus cosas. Con éstos confinan los Nervios, de cuyos genios y costumbres César, tomando lengua, vino a entender: "que a ningún mercader daban entrada, ni permitían introducir vinos ni cosas semejantes que sirven para el regalo, persuadidos a que con tales géneros se afeminan los ánimos y pierden su vigor, siendo ellos naturalmente bravos y forzudos; que daban en rostro y afrentaban a los demás Belgas porque, a gran mengua de la valentía heredada con la sangre, se habían sujetado al pueblo romano; que ellos por su parte protestaban de no proponer ni admitir condiciones de paz."

XVI. Llevaba tres días de jornada César por las

tierras de éstos, cuando le dijeron los prisioneros que a diez millas de sus tiendas corría el río Sambre, en cuya parte opuesta estaban acampados los Nervios, aguardando allí su venida, unidos con los Atrebates y Vermandeses, sus vecinos, a los cuales habían inducido a seguir la misma fortuna en la guerra; que esperaban también tropas de los Aduáticos que venían marchando; que a sus mujeres y demás personas inhábiles por la edad para el ejercicio de las armas tenían recogidas en un paraje impenetrable al ejército por las lagunas.

XVII. César, con estas noticias, envió delante algunos batidores y centuriones a procurar puesto acomodado para el alojamiento. Mas como viniesen en su compañía varios de los Belgas conquistados y otros Galos, algunos de ellos (según que después se averiguó por los prisioneros), observado el orden de la marcha de nuestro ejército en aquellos días, se fueron de noche a los Nervios y les avisaron de la gran porción de bagaje que mediaba entre legión y legión, con que al llegar la primera al campo, quedando muy atrás las demás, era muy fácil sorprenderla embarazada con la carga; derrotada ésta y perdido el bagaje, a buen seguro que las siguientes no se atreverían a hacerles frente. Era bien recibido el consejo, por cuanto los Nervios, que ni antes usaron jamás (ni ahora tampoco usan pelear a caballo, sino que todas sus fuerzas consisten en la infantería), para estorbar más fácilmente la caballería de sus fronterizos en las ocasiones que hacía correrías, cortando los arbolillos tiernos, dejando crecer sus

ramas a lo ancho y mezclarse con las zarzas y espinas, habían formado un seto, que les servía de muro tal y tan cerrado, que impedía no comoquiera la entrada, mas también la vista. Con este arte, teniendo atajado el paso a nuestro ejército, juzgaron los Nervios que no era de despreciar el aviso.

XVIII. La situación del lugar elegido por los nuestros para fijar los reales era en un collado que tenía uniforme la bajada desde la cumbre hasta el río Sambre, arriba mencionado. De su opuesta ribera se alzaba otro collado de igual elevación enfrente del primero, despejado a la falda como doscientos pasos, y en la cima tan cerrado, que apenas podía penetrar dentro la vista. Detrás de estas breñas estaban emboscados los enemigos. En el raso a la orilla del río, que tenía como tres pies de hondo, se divisaba tal cual piquete de caballería.

XIX. César, echando adelante la suya, seguíala con el grueso del ejército. Pero el orden de su marcha era bien diferente del que pintaron los Belgas a los Nervios, pues César, por la cercanía del enemigo, llevaba consigo, como solía, seis legiones, sin más tren que las armas; después iban los equipajes de todo el ejército, escoltados de las dos legiones recién alistadas, que cerraban la marcha. Nuestros caballos, pasando el río con la gente de honda y arco, trabaron combate con los caballos enemigos. Mientras éstos, ya se retiraban al bosque entre los suyos, ya salían de él a embestir con los nuestros, sin que los nuestros osasen ir tras ellos en sus retiradas más allá del campo abierto, las seis legiones

que habían llegado las primeras, delineado el campo, empezaron a fortificarlo. Luego que los enemigos cubiertos en las selvas avistaron los primeros bagajes de nuestro ejército, según lo concertado entre sí, estando de antemano bien prevenidos y formados allí mismo en orden de batalla, de repente se dispararon con todas sus tropas y se dejaron caer sobre nuestros caballos. Batidos y deshechos éstos sin resistencia, con velocidad increíble vinieron corriendo hasta el río, de modo que casi a un mismo tiempo se les veía en el bosque, en el río y en combate con los nuestros. Los del collado opuesto con igual ligereza corrieron a asaltar nuestras trincheras y a los que trabajaban en ellas.

XX. César tenía que hacerlo todo a un tiempo: enarbolar el estandarte (1), que es la llamada a tomar las armas; hacer señal con la bocina; retirar los soldados de sus trabajos; llamar a los que se habían alejado en busca de fagina; escuadronar el ejército; dar la contraseña; arengar a los soldados. Mas no permitía la estrechez del tiempo ni la avenida de los enemigos dar expediente a todas estas cosas. En medio de tantas dificultades, dos circunstancias militaban a su favor: una era la inteligencia y práctica de los soldados, que, como ejercitados en las anteriores batallas, podían por sí mismos dirigir cualquier acción con tanta pericia como sus cabos; la otra haber intimado César la orden que nin-

(1) Colocábase sobre la estancia del general, y tenía la figura de un sayo de grana.

guno de los legados se apartase de su legión durante la faena del atrincheramiento. Así que, vista la priesa y cercanía del enemigo, sin aguardar las órdenes de César, ejecutaban lo que parecía del caso.

XXI. César, dadas las providencias necesarias, corriendo a exhortar a los soldados adonde le guió la suerte, se encontró por azar con la legión décima. No dijo más a los soldados sino que se acordasen de su antiguo valor, y sin asustarse resistiesen animosamente al ímpetu de los enemigos. Y como éstos ya estaban a tiro de dardo, hizo señal de acometer. Partiendo de allí a otra banda con el mismo fin de alentarlos, los halló peleando. El tiempo fué tan corto, los enemigos tan determinados al asalto, que no dieron lugar a los nuestros para ponerse las insignias ni aun siquiera para ajustar los cascos y quitar las fundas a los escudos. Donde cada cual acertó a encontrarse al partir mano del trabajo, allí se paró, agregándose a las primeras banderas que se le pusieron delante, para no gastar el tiempo de pelear en buscar a los suyos.

XXII. Ordenado el ejército según lo permitían la situación del lugar, la cuesta de la colina y la urgencia del tiempo, más que conforme al arte y disciplina militar; combatiendo separadas las legiones, cuál en una parte y cuál en otra; impedida la vista por la espesura de los bardales interpuestos, de que hicimos antes mención, no era factible que un hombre solo pudiese socorrer a todos a un tiempo, ni dar las providencias necesarias, ni mandarlo todo. Por lo cual, en concurrencia de cosas tan adversas,

tenían que ser varios a proporción los sucesos de la fortuna.

XXIII. Los soldados de la nona y la décima legión, escuadronados en el ala izquierda del ejército, disparando sus dardos a los Artesios que tenían enfrente, presto los precipitaron el collado abajo hasta el río, ya sin aliento del mucho correr y el cansancio y malparados de las heridas; y tentando pasarle, persiguiéndolos espada en mano, degollaron gran parte de ellos cuando no podían valerse. Los nuestros no dudaron atravesar el río, y como los enemigos, viéndolos empeñados en un paraje peligroso, intentasen hacerles frente, renovada la refriega, los obligaron a huir de nuevo. Por otra banda las legiones octava y undécima, después de desalojar de la loma a los Vermandeses sus contrarios, proseguían batiéndolos en las márgenes mismas del río. Pero quedando sin defensa los reales por la frente y costado izquierdo, estando apostada en el derecho la legión duodécima y a corta distancia de ésta la séptima, todos los Nervios, acaudillados de su general Boduognato, cerrados en un escuadrón muy apiñado, acometieron aquel puesto, tirando unos por el flanco descubierto a coger en medio las legiones, y otros a subir la cima de los reales.

XXIV. A este tiempo nuestros caballos, con los soldados ligeros que, como ya referí, iban en su compañía, cuando fueron derrotados al primer ataque de los enemigos, viniendo a guarecerse dentro de las trincheras, tropezaban con los enemigos y echaban a huir por otro lado. Pues los gastadores que a la

puerta trasera desde la cumbre del collado vieron a los nuestros pasar el río en forma de vencedores saliendo al pillaje, como mirasen atrás y viesen a los enemigos en medio de nuestros campos, precipitadamente huían a todo huir. En aquel punto y tiempo comenzaban a sentirse las voces y alaridos de los que conducían el bagaje, con que corrían despavoridos, unos acá, otros acullá, sin orden ni concierto. Entonces los caballos Trevirenses, muy alabados de valientes entre los Galos, enviados de socorro a César por su república, sobrecogidos de tantos malos sucesos, viendo nuestros reales cubiertos de enemigos, las legiones estrechadas y poco menos que cogidas; gastadores, caballos, honderos Númidas dispersos, descarriados, huyendo por donde podían, dándonos ya por perdidos, se volvieron a su patria con la noticia de que los Romanos quedaban rotos y vencidos, sus reales y bagajes en poder de los enemigos.

XXV. César, después de haber animado a la legión décima viniendo al costado derecho, como vió el aprieto de los suyos, apiñadas las banderas, los soldados de la duodécima legión tan pegados que no podían manejar las armas, muertos todos los centuriones y el alférez de la cuarta cohorte, perdido el estandarte, los de las otras legiones o muertos o heridos, y el (1) principal de ellos, Publio Sextio Baculo, hombre valerosísimo, traspasado de muchas y

(1) César: *primipilus*. Designábase con este nombre al que mandaba la primera centuria del primer manípulo de la primera cohorte.

graves heridas, sin poderse tener en pie; que los demás caían en desaliento, y aun algunos, desamparados de los de la retaguardia, abandonaban su puesto hurtando el cuerpo a los golpes; que los enemigos, subiendo la cuesta, ni de frente daban treguas ni los dejaban respirar por los costados, reducidos al extremo, sin esperanza de ser ayudados, arrebatando el escudo a un soldado de la retaguardia (que César se vino sin él por la priesa), se puso en primera fila, y nombrando a los centuriones por su nombre, exhortando a los demás, mandó avanzar y ensanchar las filas para que pudieran servirse mejor de las espadas. Con su presencia recobrando los soldados nueva esperanza y nuevos bríos, deseoso cada cual de hacer los últimos esfuerzos a vista del general en medio de su mayor peligro, cejó algún tanto el ímpetu de los enemigos.

XXVI. Advirtiendo César que la legión séptima allí cerca se hallaba también en grande aprieto, insinuó a los tribunos que fuesen poco a poco reuniendo las legiones, y todas a una cerrasen a banderas desplegadas con el enemigo. Con esta evolución, sosteniéndose recíprocamente, sin temor ya de ser cogidos por la espalda, comenzaron a resistir con más brío y a pelear con más coraje. En esto las dos legiones que venían escoltando los bagajes de retaguardia, con la noticia de la batalla apretando el paso, se dejaban ya ver de los enemigos sobre la cima del collado. Y Tito Labieno, que se había apoderado de sus reales, observando desde un alto el estado de las cosas en los nuestros, destacó la décima legión a socorrernos. Los

soldados, infiriendo de la fuga de los caballos y gastadores la triste situación y riesgo grande que corrían las trincheras, las legiones y el general, no perdieron punto de tiempo.

XXVII. Con su llegada se trocaron tanto las suertes, que los nuestros, aun los más postrados de las heridas, apoyados sobre los escudos, renovaron el combate. Hasta los mismos furrieles, viendo consternados a los enemigos, con estar desarmados, se atrevían con los armados, y los caballeros, por su parte, queriendo borrar con proezas de valor la infamia de la huída, combatían en todas partes, por aventajarse a los soldados legionarios. Al tanto los enemigos, ya sin esperanza de vida, se portaron con tal valentía, que al caer de los primeros, luego ocupaban su puesto los inmediatos, peleando por sobre sus cuerpos; derribados éstos y amontonados los cadáveres, desde los cuales como de parapeto nos disparaban los demás sus dardos, recogían los que les tirábamos y volvíanlos a arrojar contra nosotros: así que no es maravilla que hombres tan intrépidos osasen a esguazar un río tan ancho, trepar por ribazos tan ásperos y apostarse en lugar tan escarpado: y es que todas estas cosas, bien que de suyo muy difíciles, se las facilitaba su bravura.

XXVIII. Acabada la batalla, y con ella casi toda la raza y nombre de los Nervios, los viejos, que, según dijimos, estaban con los niños y las mujeres recogidos entre pantanos y lagunas, sabedores de la desgracia, considerando que para los vencedores todo es llano y para los vencidos nada seguro, en-

viaron, de común consentimiento de todos los que se salvaron, embajadores á César, entregándose á discreción; y encareciendo el infortunio de su república, afirmaron que de seiscientos senadores les quedaban solos tres, y de sesenta mil combatientes apenas llegaban a quinientos. A los cuales César, haciendo alarde de su clemencia para con los miserables y rendidos, conservó con el mayor empeño, dejólos en la libre posesión de sus tierras y ciudades, y mandó a los rayanos que nadie osase hacerles daño, ni en sus personas ni en sus bienes.

XXIX. Los Aduátucos, de quien se habló ya, viniendo con todas sus fuerzas en socorro de los Nervios, oído el suceso de la batalla, dieron desde el camino la vuelta a su casa; y abandonando las poblaciones y fortalezas, se retiraron con cuanto tenían a una plaza muy fuerte por naturaleza, que, rodeada por todas partes de altísimos riscos y despeñaderos, por una sola tenía la entrada, no muy pendiente, ni más ancha que de doscientos pies, pero guarnecida de dos elevadísimos muros, sobre los cuales habían colocado piedras gruesísimas y estacas puntiagudas. Eran los Aduátucos descendientes de los Cimbros y Teutones, que al partirse para nuestra provincia y la Italia, abandonando a la orilla del Rhin los animales y fardos que no podían llevar consigo, dejaron para su custodia y defensa a seis mil de los suyos. Los cuales, muertos aquéllos, molestados por muchos años de los vecinos con guerras, ya ofensivas, ya defensivas, hechas al fin las paces de común acuerdo, hicieron aquí su asiento.

XXX. Estos, pues, al principio de nuestra llegada hacían frecuentes salidas y escaramuzas con los nuestros. Después, habiendo nosotros tirado una empalizada de doce pies en alto y quince mil en circuito y bloqueádolos con baluartes de trecho en trecho, se mantenían cercados en la plaza. Mas cuando armadas ya las galerías y formado el terraplén vieron erigirse una torre a lo lejos, por entonces comenzaron desde los adarves a hacer mofa y fisga de los nuestros, gritando a qué fin erigían máquina tan grande a tanta distancia, y con qué brazos o fuerzas se prometían, mayormente siendo unos hombrezuelos, arrimar a los muros un torreón de peso tan enorme (y es que los más de los Galos, por ser de grande estatura, miran con desprecio la pequeñez de la nuestra).

XXXI. Mas cuando repararon que se movía y acercaba a las murallas, espantados del nuevo y desusado espectáculo, despacharon a César embajadores de paz, que hablaron en esta substancia: "que no podían menos de creer que los Romanos guerreaban asistidos de los dioses, cuando con tanta facilidad podían dar movimiento a máquinas de tanta elevación y pelear tan de cerca; por tanto, se entregaban con todas las cosas en sus manos. Que si por dicha, usando de su clemencia y mansedumbre, de que ya tenían noticia, quisiese perdonar también a los Aduátucos, una sola cosa le pedían y suplicaban: no los despojase de las armas; que casi todos los comarcanos eran sus enemigos y envidiosos de su poder, de quienes mal podían defenderse sin ellas.

En tal caso les sería mejor sufrir de los Romanos cualquier aventura, que no morir atormentados a manos de aquellos a quienes solían dar la ley."

XXXII. A esto respondió César: "que hubiera conservado la ciudad, no porque lo mereciese, sino por ser ésa su costumbre, caso de haberse rendido antes de que el ariete golpease la muralla; pero ya no había lugar a la rendición sin la entrega de las armas; haría, sí, con ellos lo mismo que con los Nervios, mandando a los confinantes que se guardasen de hacer ningún agravio a los vasallos del pueblo romano." Comunicada esta respuesta a los sitiados, dijeron estar prontos a cumplir lo mandado. Arrojada, pues, gran cantidad de armas desde los muros al foso que ceñía la plaza, de suerte que los montones de ellas casi tocaban con las almenas y la plataforma, con ser que habían escondido y reservado dentro una tercera parte, según se averiguó después, abiertas las puertas de par en par, estuvieron en paz aquel día.

XXXIII. Al anochecer César mandó cerrarlas, y a los soldados que saliesen fuera de la plaza, porque no se desmandase alguno contra los ciudadanos. Pero éstos de antemano, como se supo después, convenidos entre sí, bajo el supuesto de que los nuestros, hecha ya la entrega, o no harían guardias, o, cuando mucho, no estarían tan alerta, parte valiéndose de las armas reservadas y encubiertas, parte de rodelas hechas de cortezas de árbol y de mimbre entretejidas, que aforraron de pronto con pieles (no permitiéndoles otra cosa la falta de tiempo), so-

bre la media noche salieron de tropel al improviso con todas sus tropas, derechos adonde parecía más fácil la subida a nuestras trincheras. Dado aviso al instante con fuegos, como César lo tenía prevenido, acudieron allá luego de los baluartes vecinos; los enemigos combatieron con tal coraje cual se debía esperar de hombres reducidos a la última desesperación, sin embargo de la desigualdad del sitio contra los que desde la valle y torres les disparaban, como quienes tenían librada la esperanza de vivir en su brazo. Muertos hasta cuatro mil, los demás fueron rebatidos a la plaza. Al otro día, rompiendo las puertas, sin haber quien resistiese, introducida nuestra tropa, César vendió en almoneda todos los moradores de este pueblo con sus haciendas. El número de personas vendidas, según la lista que le exhibieron los compradores, fué de cincuenta y tres mil.

XXXIV. Al mismo tiempo Publio Craso, enviado por César con una legión a sujetar a los Venetos, Unelos, Osismos, Coriosolitas, Esuvios, Aulercos y Reñeses, pueblos marítimos sobre la costa del Océano, le dió aviso cómo todos quedaban sujetos al pueblo romano.

XXXV. Concluídas estas empresas, y pacificada la Galia toda, fué tan célebre la fama de esta guerra, divulgada hasta los bárbaros, que las naciones Transrenanas enviaban a porfía embajadores a César, prometiéndole la obediencia y rehenes en prendas de su lealtad. Cuyo despacho, por estar de partida para Italia y el Ilírico, difirió por entonces, re-

mitiéndolos al principio del verano siguiente. Con eso, repartidas las legiones en cuarteles de invierno por las comarcas de Chartres, Anjou y Tours, vecinas a los países que fueron el teatro de la guerra, marchó la vuelta de Italia. Por tan prósperos sucesos, leídas en Roma las cartas de César, se mandaron hacer fiestas solemnes por quince días (1), demostración hasta entonces nunca hecha con ninguno.

---

(1) Estas fiestas se hacían por decreto del Senado, abriendo todos los templos de los dioses y cerrando los tribunales y oficinas, para que hombres y mujeres acudiesen libres de otros negocios a los sacrificios en acción de gracias por la victoria conseguida.

LIBRO TERCERO

I. Estando César de partida para Italia, envió a Servio Galba con la duodécima legión y parte de la caballería a los Nantuates, Veragros y Sioneses, que, desde los confines de los Alóbroges, lago Lemano y río Ródano, se extienden hasta lo más encumbrado de los Alpes. Su mira en eso era franquear aquel camino, cuyo pasaje solía ser de mucho riesgo y de gran dispendio para los mercaderes por los portazgos. Dióle permiso para invernar allí con la legión, si fuese menester. Galba, después que hubo ganado algunas batallas, conquistado varios castillos de estas gentes y recibido embajadores de aquellos contornes y rehenes en prendas de la paz concluída, acordó de alojar a dos cohortes en los Nantuates, y él con las demás irse a pasar el invierno en cierta aldea de los Veragros llamada Octoduro (1), sita en una hondonada, a que seguía una llanura de corta extensión entre altísimas montañas. Como el lugar estuviese dividido por un río en dos partes, dejó una a los Galos para que invernasen, y

(1) Hoy Martigny.

destinó la otra, desocupada por éstos, para cuartel de las cohortes, guarneciéndola con estacada y foso.

II. Pasada ya buena parte del invierno, y habiendo dado sus órdenes para el acarreo de las provisiones, repentinamente le avisaron las espías cómo los Galos de noche habían todos abandonado el arrabal que les concedió para su morada, y que las alturas de los montañas estaban ocupadas de grandísimo gentío de Sioneses y Veragros. Los motivos que tuvieron los Galos para esta arrebatada resolución de renovar la guerra con la sorpresa de la legión fueron éstos: primero, porque les parecía despreciable por su corto número una legión, y ésa no completa, por haberse destacado de ella dos cohortes y estar ausentes varios piquetes de soldados enviados á buscar víveres por varias partes; segundo, porque considerada la desigualdad del sitio, bajando ellos de corrida desde los montes al valle, disparando continuamente, se les figuraba que los nuestros no podrían aguantar ni aun el primer ataque. Por otra parte, sentían en el alma se les hubiesen quitado sus hijos a título de rehenes, y daban por cierto que los Romanos pretendían apoderarse de los puertos de los Alpes, no sólo para seguridad de los caminos, sino también para señorearse definitivamente de aquellos lugares y unirlos a su provincia confinante.

III. Luego que recibió Galba este aviso (no estando todavía bien atrincherado ni proveído de grano y otros víveres, por parecerle que, supuesta la entrega y las prendas que tenía, no era de temer ninguna sorpresa), convocando de pronto consejo de

guerra, puso el caso en consulta. Entre los vocales, a vista de peligro tan grande, impensado y urgente, y de las alturas casi todas cubiertas de gente armada, sin poder ser socorridos con tropas ni víveres, cerrados los pasos, dándose casi por perdidos, eran algunos de dictamen que, abandonado el bagaje, rompiendo por medio de los enemigos, por los caminos que habían traído, se esforzasen a ponerse en salvo. Pero la mayor parte fué de sentir que, reservado este partido para el último trance, por ahora se probase fortuna, haciéndose fuertes en los reales.

IV. A poco rato, cuanto apenas bastó para disponer y ejecutar lo acordado, los enemigos, dada la señal, hételos que bajan corriendo a bandadas, arrojando piedras y dardos a las trincheras. Al principio los nuestros, estando con las fuerzas enteras, se defendían vigorosamente, sin perder tiro, desde las barreras, y en viendo peligrar alguna parte de los reales por falta de defensores, corrían allá luego a cubrirla. Mas los enemigos tenían esta ventaja: que cuando unos, rendidos de cansancio por el continuo pelear, se retiraban del combate, los reemplazaban otros de refresco, lo que no era posible por su corto número a los nuestros, pues no sólo el cansado no podía retirarse de la batalla, mas ni aun el herido desamparar su puesto.

V. Continuado el combate por más de seis horas, y faltando no sólo las fuerzas, sino también las armas a los nuestros, cargando cada vez con más furia los enemigos, como por la suma flaqueza de los nuestros comenzasen a llenar el foso y a querer for-

zar las trincheras, reducidas ya las cosas al extremo, el primer centurión, Publio Sextio Baculo, que, como queda dicho, recibió tantas heridas en la jornada de los Nervios, vase corriendo a Galba, y tras él Cayo Voluseno, tribuno, persona de gran talento y valor, y le representan que no resta esperanza de salvarse si no se aventuran a salir rompiendo por el campo enemigo. Galba, con esto, convocando los centuriones, advierte por su medio a los soldados que suspendan por un poco el combate, y que, no haciendo más que parar los golpes, tomen aliento; que después, al dar la señal, saliesen de rebato, librando en su esfuerzo toda esperanza de salvación.

VI. Como se lo mandaron, así lo hicieron: rompen de golpe por todas las puertas (1), sin dar lugar al enemigo ni para darse cuenta de lo que ocurría, ni menos para unirse. Con eso, trocada la suerte, cogiendo en medio a los que se imaginaban ya dueños de los reales, los van matando a diestro y siniestro, y muerta más de la tercera parte de más de treinta mil bárbaros (que tantos fueron, según consta, los que asaltaron los reales), los restantes, atemorizados, son puestos en fuga, sin dejarlos hacer alto ni aun en las cumbres de los montes. Batidas así y des-

(1) Cuatro solían ser las de los reales: la *Praetoria,* en la frente de ellos, donde alojaba el general; la *Decumana,* al lado opuesto, en las espaldas; la *Principal,* por donde solían entrar y salir los oficiales de la plana mayor; la *Quintana,* por donde se introducían las provisiones. La *Decumana,* que se llama *trasera* o *de socorro,* tenía también los nombres *extraordinaria, quaestoria.*

armadas las tropas enemigas, se recogieron los nuestros a sus cuarteles y trincheras. Pasada esta refriega, no queriendo Galba tentar otra vez fortuna, atento que el suceso de su jornada fué muy diverso del fin que tuvo en venir a invernar en estos lugares, y movido, sobre todo, de la escasez de bastimentos, al día siguiente, pegando fuego a todos los edificios del burgo, dió la vuelta hacia la provincia, y, sin oposición ni embarazo de ningún enemigo, condujo sana y salva la legión, primero a los Nantuates, y de allí a los Alóbroges, donde pasó el resto del invierno.

VII. Después de estos sucesos, cuando todo le persuadía a César que la Galia quedaba enteramente apaciguada, por haber sido sojuzgados los Belgas, ahuyentados los Germanos, vencidos en los Alpes los Sioneses, y como en esa confianza, entrado el invierno, se partiese para el Ilírico, con deseo de visitar también estas naciones y enterarse de aquellos países, se suscitó de repente una guerra improvisa en la Galia, con esta ocasión: Publio Craso el mozo, con la legión séptima, tenía sus cuarteles de invierno en Anjou, no lejos del Océano; por carecer de granos aquel territorio, despachó a las ciudades comarcanas algunos prefectos y tribunos militares en busca de provisiones. De éstos era Tito Terrasidio enviado a los Esuvios, Marco Trebio Galo a los Coriosolitas, Quinto Velanio, con Tito Silio, a los Venetos.

VIII. La república de estos últimos es la más poderosa entre todas las de la costa, por cuanto tienen gran copia de navíos, con que suelen ir a comer-

riar en Bretaña, y en la destreza y uso de la náutica se aventajan a los demás; y como son dueños de los pocos puertos que se encuentran en aquel golfo borrascoso y abierto, tienen puestos en contribución a cuantos por él navegan. Estos dieron principio a las hostilidades, arrestando a Silio y Velanio, con la esperanza de recobrar, en cambio, de Craso sus rehenes. Movidos de su ejemplo los confinantes (que tan prontas y arrebatadas son las resoluciones de los Galos), arrestan por el mismo fin a Trebio y Terrasidio, y al punto, con recíprocas embajadas, conspiran entre sí por medio de sus cabezas, juramentándose de no hacer cosa sino de común acuerdo y de correr una misma suerte en todo acontecimiento. Inducen igualmente a las demás comunidades a querer antes conservar la libertad heredada que no sufrir la esclavitud de los Romanos. Atraídos en breve todos los de la costa a su partido, despachan de mancomún a Publio Craso una embajada, diciendo: "que si quiere rescatar los suyos, les restituya los rehenes."

IX. Enterado César de estas novedades por Craso, como estaba tan distante, da orden de construir en tanto galeras en el río Loire, que desagua en el Océano; de traer remeros de la provincia, y juntar marineros y pilotos. Ejecutadas estas órdenes con gran diligencia, él, luego que se lo permitió la estación, vino derecho al ejército. Los Venetos y demás aliados, sabida su llegada, y reconociendo juntamente la enormidad del delito que cometieron en haber arrestado y puesto en prisiones a los embaja-

dores (cuyo carácter fué siempre inviolable y respetado de todas las naciones), conforme a la grandeza del peligro que les amenazaba, tratan de hacer los preparativos para la guerra, mayormente todo lo necesario para el armamento de los navíos, muy esperanzados del buen suceso por la ventaja del sitio. Sabían que los caminos por tierra estaban a cada paso cortados por los pantanos, la navegación embarazosa por la ninguna práctica de aquellos parajes y ser muy contados los puertos; presumían que nuestras tropas no podrían subsistir mucho tiempo en su país por falta de víveres, y cuando todo les saliese al revés, todavía por mar serían superiores sus fuerzas, pues los Romanos ni tenían navíos ni conocimiento de los bajíos, islas y puertos de los lugares en que habían de hacer la guerra; además, que no es todo uno navegar por el Mediterráneo entre costas, como por el Océano, mar tan dilatado y abierto. Con estos pensamientos, fortifican sus ciudades, transportan a ellas el trigo de los cortijos, juntan cuantas naves pueden en el puerto de Vanes, no dudando que César abriría por aquí la campaña. Se confederan con los Osismos, Lexovios, Nanteses, Ambiliatos, Morinos, Diablintes, Dublintes, Menapios, y piden socorro a la Bretaña, isla situada enfrente de estas regiones.

X. Tantas como hemos dicho eran las dificultades de hacer la guerra, pero no eran menos los incentivos que tenía César para emprender ésta: el atentado de prender a los caballeros romanos; la rebelión después de ya rendidos; la deslealtad contra

la seguridad dada con rehenes; la conjuración de tantos pueblos, y, sobre todo, el recelo de que, si no hacía caso de esto, no siguiesen su ejemplo otras naciones. Por tanto, considerando que casi todos los Galos son amigos de novedades, fáciles y ligeros en suscitar guerras, y que todos los hombres naturalmente son celosos de su libertad y enemigos de la servidumbre, antes que otras naciones se ligasen con los rebeldes, acordó dividir en varios trozos su ejército, distribuyéndolos por las provincias.

XI. Con este fin envió a los Trevirenses, que alindan con el Rhin, al legado Tito Labieno con la caballería, encargándole visitase de pasada a los Remenses y demás Belgas, y los tuviese a raya; que si los Germanos, llamados, a lo que se decía, de los Belgas, intentasen pasar por fuerza en barcas el río, se lo estorbase. A Publio Craso, con doce cohortes de las legiones y buen número de caballos, manda ir a Aquitania para impedir que de allá suministren socorros a la Galia y se coliguen naciones tan poderosas. Al legado Quinto Titurio Sabino, con tres legiones, envía contra los Unelos, Coriosolitas y Lexovios para contenerlos dentro de sus límites. Da el mando de la escuadra y de las naves que hizo aprestar del Poitu, del Santonge y de otros países fieles, al joven Décimo Bruto, con orden de hacerse cuanto antes a la vela para Vanes, adonde marchó él mismo por tierra con la infantería.

XII. Estando, como están, aquellas poblaciones fundadas sobre cabos y promontorios, ni por tierra eran accesibles en la alta marea que allí se experi-

menta dos veces al día, ni tampoco por cada mar en la baja, quedando entonces las naves encalladas en la arena. Conque, así por el flujo como por el reflujo, era dificultoso combatirlas; que si tal vez a fuerza de obras atajado el mar con diques y muelles terraplenados hasta casi emparejar con las murallas desconfiaban los sitiados de poder defenderse, a la hora, teniendo a mano gran número de bajeles, embarcábanse con todas sus cosas y se acogían a los lugares vecinos, donde se hacían fuertes de nuevo, logrando las mismas ventajas en la situación; y esto lo podían hacer más fácilmente gran parte del estío, porque nuestra escuadra estaba detenida por los vientos contrarios, y era sumamente peligroso el navegar por mar tan vasto y abierto, siendo tan grandes las mareas y casi ningunos los puertos.

XIII. Por eso la construcción y armadura de las naves enemigas era en esta forma: las quillas algo más planas que las nuestras, a fin de manejarse más fácilmente en la baja marea. La proa y popa muy erguidas contra las mayores olas y borrascas. La madera toda de roble, capaz de resistir a cualquier golpe violento. Los bancos de vigas tirantes de un pie de tabla (1) y otro de canto, clavadas con clavos de hierro gruesos como el dedo pulgar. Las áncoras, en vez de cables, amarradas con cadenas de hierro.

---

(1) César: *pedalibus in latitudinem trabibus.* Entiéndese que quiere decir que las vigas tenían un pie de grosor y otro de anchura, esto es, tanto de tabla como de canto, sin hablar de lo largo que vendrían a tener.

En lugar de velas, pieles y badanas delgadas, o por falta de lino, o por ignorar su uso, o, lo que parece más cierto, por juzgar que las velas no tendrían aguante contra las tempestades deshechas del Océano y la furia de los vientos, ni podrían impulsar navíos tan pesados en vasos de tanta carga. Nuestra escuadra, viniéndose a encontrar con semejantes naves, sólo les hacía ventaja en la ligereza y manejo de los remos; en todo lo demás, según la naturaleza del golfo y agitación de sus olas, nos hacían notables ventajas, pues ni los espolones de nuestras proas podían hacerles daño (tanta era su solidez), ni era fácil alcanzasen a su borde los tiros, por ser tan altas, y, por la misma razón, era sumamente arduo el sujetarlas con los bicheros. Demás de esto, en arreciándose el viento, entregadas a él, aguantaban más fácilmente la borrasca, y con mayor seguridad daban fondo en poca agua, y aun quedando en seco, ningún riesgo temían de las peñas y arrecifes, siendo así que nuestras naves estaban expuestas a todos estos peligros.

XIV. César, viendo que, si bien lograba apoderarse de los lugares, nada adelantaba, pues ni incomodar podía a los enemigos ni estorbarles la retirada, se resolvió a aguardar la escuadra. Luego que arribó ésta y fué avistada de los enemigos, salieron contra ella del puerto casi doscientas veinte naves, bien tripuladas y provistas de toda suerte de municiones. Pero ni Bruto, director de la escuadra, ni los comandantes y capitanes de los navíos sabían qué hacerse o cómo entrar en batalla, porque visto estaba

que con los espolones no podían hacerles mella, y que, aun erigidas torres encima, las sobrepujaba tanto la popa de los bajeles bárbaros, que, sobre no ser posible disparar bien desde abajo contra ellos, los tiros de los enemigos, por la razón contraria, nos habían de causar mayor daño. Una sola cosa, prevenida de antemano, nos hizo muy al caso, y fueron ciertas hoces bien afiladas, caladas en varapalos, a manera de guadañas murales. Enganchadas éstas una vez en las cuerdas con que ataban las antenas a los mástiles, remando de boga, hacían pedazos el cordaje, con lo cual caían de su peso las vergas; por manera que, consistiendo toda la ventaja de la marina galicana en velas y jarcias, perdidas éstas, por lo mismo, quedaban inservibles las naves. Entonces lo restante del combate dependía del valor, en que sin disputa se aventajaban los nuestros, y más que peleaban a vista de César y de todo el ejército, sin poder ocultarse hazaña de alguna cuenta, pues todos los collados y cerros que tenían las vistas al mar estaban ocupados de las tropas.

XV. Derribadas las antenas en la forma dicha, embistiendo a cada navío dos o tres de los nuestros, los soldados hacían el mayor esfuerzo por abordar y saltar dentro. Los bárbaros, visto el efecto y muchas de sus naves apresadas, no teniendo ya otro recurso, tentaron huir por salvarse. Mas apenas enderezaron las proas hacia donde las conducía el viento, de repente se les echó y calmó tanto, que no podían menearse ni atrás ni adelante. Esta circunstancia fué muy oportuna para completar la victoria,

porque, siguiendo los nuestros el alcance, las fueron apresando una por una, a excepción de muy pocas, que, sobreviniendo la noche, pudieron arribar a tierra, con ser que duró el combate desde las diez de la mañana hasta ponerse el sol.

XVI. Con esta batalla se terminó la guerra de los Vaneses y de todos los pueblos marítimos, pues no sólo concurrieron a ella todos los mozos y ancianos de algún crédito en dignidad y gobierno, sino que trajeron también de todas partes cuantas naves había; perdidas las cuales, no tenían los demás dónde guarecerse, ni arbitrio para defender los castillos. Por eso se rindieron con todas sus cosas a merced de César, quien determinó castigarlos severísimamente, a fin de que los bárbaros aprendiesen de allí adelante a respetar con mayor cuidado el derecho de los embajadores. Así que, condenados a muerte todos los senadores, vendió a los demás por esclavos.

XVII. Mientras esto pasaba en Vanes, Quinto Titurio Sabino llegó con su destacamento a la frontera de los Unelos, cuyo caudillo era Viridovige, como también de todas las comunidades alzadas, en donde había levantado un grueso ejército. Asimismo en este poco tiempo los Aulercos, Ebreusenses y Lexovios, degollando a sus senadores porque se oponían a la guerra, cerraron las puertas y se ligaron con Viridovige, juntamente con una gran chusma de bandoleros y salteadores que se les agregó de todas partes, los cuales, por la esperanza del pillaje y afición a la milicia, tenían horror al oficio y continuo

trabajo de la labranza. Sabino, que se había acampado en lugar ventajoso para todo, no salía de las trincheras, aunque Viridovige, alojado a dos millas de distancia, sacando cada día sus tropas afuera, le presentaba la batalla, con lo cual ya no sólo era despreciado Sabino de los contrarios, sino también zaherido de los nuestros, y a tanto llegó la persuasión de su miedo, que ya los enemigos se arrimaban sin recelo a las trincheras. Hacía él esto por juzgar que un simple lugarteniente no debía exponerse a pelear con tanta gente sino en sitio seguro o con alguna buena ocasión, mayormente en ausencia del general.

XVIII. Cuando andaba más válida esta opinión de su miedo, puso los ojos en cierto Galo de las tropas auxiliares, hombre abonado y sagaz, a quien con grandes premios y ofertas le persuade se pase a los enemigos, dándole sus instrucciones. El, llegado como desertor al campo de los enemigos, les representa el miedo de los Romanos; pondera cuán apretado se halla César de los Vaneses; que a más tardar, levantando el campo Sabino secretamente la noche inmediata, iría a socorrerle. Lo mismo fué oir esto, que clamar todos a una voz que no era de perder tan buen lance; ser preciso ir contra ellos. Muchas razones los incitaban a eso: la irresolución de Sabino en los días antecedentes; el dicho del desertor; la escasez de bastimentos, de que por descuido estaban mal provistos; la esperanza de que venciesen los Vaneses, y, en fin, porque de ordinario los hombres creen fácilmente lo que desean. Movidos de esto, no dejan á Viridovige ni a los demás

capitanes salir de la junta hasta darles licencia de tomar las armas e ir contra el enemigo. Conseguida, tan alegres como si ya tuviesen la victoria en las manos, cargados de fagina con que llenar los fosos de los Romanos, van corriendo a los reales.

XIX. Estaban en un altozano que poco a poco se levantaba del llano, al cual vinieron apresuradamente, corriendo casi una milla, por quitarnos el tiempo de apercibirnos, si bien ellos llegaron jadeando. Sabino, animados los suyos, da la señal que tanto deseaban. Mandóles salir de rebato por dos puertas, estando aún los enemigos con las cargas a cuestas. La ventaja del sitio, la poca disciplina y mucho cansancio de los enemigos, el valor de los nuestros y su destreza adquirida en tantas batallas, fueron causa de que los enemigos, sin resistir ni aun la primera carga nuestra, volviesen al instante las espaldas. Mas como iban tan desordenados, alcanzados de los nuestros, que los perseguían con las fuerzas enteras, muchos quedaron muertos en el campo; los demás, fuera de algunos que lograron escaparse, perecieron en el alcance de la caballería. Con esto, al mismo tiempo que Sabino recibió la noticia de la batalla naval, la tuvo César de la victoria de Sabino, a quien luego se rindieron todos aquellos pueblos, porque los Galos son tan briosos y arrojados para emprender guerras, como afeminados y mal sufridos en las desgracias.

XX. Casi a la misma sazón, llegado Publio Craso al Aquitania, que, como queda dicho, por la extensión del país y por sus poblaciones merece ser

reputada por la tercera parte de la Galia, considerando que iba a guerrear donde pocos años antes el legado Lucio Valerio Preconino perdió la vida con el ejército, y donde Lucio Manilio, procónsul, perdido el bagaje, había tenido que escapar, juzgó que debía prevenirse con la mayor diligencia. Con esa mira, proveyéndose bien de víveres, de socorros y de caballos, convidando en particular á muchos militares conocidos por su valor de Tolosa y Narbona, ciudades de nuestra provincia confinantes con dichas regiones, entró con su ejército por las fronteras de los Sonciates. Los cuales al punto que lo supieron, juntando gran número de tropas y su caballería, en que consistía su mayor fuerza, acometiendo sobre la marcha a nuestro ejército, primero avanzaron con la caballería; después, rechazada ésta, y yendo al alcance los nuestros, súbitamente presentaron las tropas de a pie que tenían emboscadas en una hondonada. Estas, arremetiendo a los nuestros desordenados, renovaron la batalla.

XXI. El combate fué largo y porfiado; como que, ufanos los Sonciates por sus antiguas victorias, estaban persuadidos a que de su valor pendía la libertad de toda la Aquitania. Los nuestros, por su parte, deseaban mostrar por la obra cuál era su esfuerzo aun en ausencia del general y sin ayuda de las otras legiones, mandándolos un mozo de poca edad. Al fin, acuchillados los enemigos, volvieron las espaldas, y, muertos ya muchos, Craso de camino se puso a sitiar la capital de los Sonciates. Viendo que era vigorosa la resistencia, armó las galerías y las torres.

Los sitiados a veces tentaban hacer salidas, a veces minar las trincheras y obras, en lo cual son diestrísimos los Aquitanos, a causa de las minas de cobre y canteras que tienen en muchas partes. Mas visto que nada les valía contra nuestra vigilancia, envían diputados a Craso, pidiéndole los recibiese a partido. Otorgándoselo y mandándoles entregar las armas, las entregan.

XXII. Estando todos los nuestros ocupados en esto, he aquí que sale por la otra parte de la ciudad su jefe supremo, Adiatunno, con seiscientos de su devoción, a quienes llaman ellos Soldurios. Su profesión es participar de todos los bienes de aquellos a cuya amistad se sacrifican, mientras viven; y si les sucede alguna desgracia, o la han de padecer con ellos, o darse la muerte: ni jamás hubo entre los tales quien, muerto su dueño, quisiese sobrevivirle. Habiendo, pues, Adiatunno intentado hacer una salida con ellos, a la gritería que alzaron los nuestros por aquella parte, corrieron los soldados a las armas, y después de un recio combate lo hicieron retirar adentro. No obstante, recabó de Craso el ser comprendido en la misma suerte de los ya entregados.

XXIII. Craso, luego que recibió las armas y rehenes, marchó la vuelta de los Vocates y Tarusates. En consecuencia, espantados los bárbaros de ver tomada a pocos días de cerco una plaza no menos fuerte por naturaleza que por arte, trataron, por medio de mensajeros despachados a todas partes, de mancomunarse, darse rehenes y alistar gente. En-

vían también embajadores a las ciudades de la España citerior que confinan con Aquitania, pidiendo tropas y oficiales expertos. Venidos que fueron, emprenden la guerra con gran reputación y fuerzas muy considerables. Eligen por capitanes a los mismos que acompañaron siempre a Quinto Sertorio, y tenían fama de muy inteligentes en la milicia. En efecto, abren la campaña conforme a la disciplina de los Romanos, tomando los puestos, fortificando los reales y cortándonos los bastimentos. Craso, advirtiendo no serle fácil dividir por el corto número sus tropas, cuando el enemigo andaba suelto ya en correrías, ya en cerrarles los pasos, dejando buena guarnición en sus estancias; que con eso le costaba no poco el proveerse de víveres, y que por días iba creciendo el número de los enemigos, determinóse a no esperar más, sino venir luego a batalla. Propuesta su resolución en consejo, viendo que todos la aprobaban, dejóla señalada para el día siguiente.

XXIV. En amaneciendo, hizo salir todos sus tropas, y habiéndolas formado en dos cuerpos con las auxiliares en el centro, estaba atento a lo que harían los contrarios. Ellos, si bien, por su muchedumbre y antigua gloria en las armas, y a vista del corto número de los nuestros, se daban por seguros del feliz éxito en el combate, todavía juzgaban por más acertado, tomando los pasos e interceptando los víveres, conseguir la victoria sin sangre; y cuando empezasen los Romanos a retirarse por falta de provisiones, tenían ideado dejarse caer sobre ellos a tiempo que con la faena de la marcha y del peso de

las cargas se hallasen con menos bríos. Aprobada por los capitanes la idea, aunque los Romanos presentaron la batalla, ellos se mantuvieron dentro de las trincheras. Penetrado este designio, Craso, como con el crédito adquirido en haber esperado a rostro firme al enemigo hubiese infundido temor a los contrarios y ardor a los nuestros para la pelea, clamando todos que ya no se debía dilatar un punto el asalto de las trincheras, exhortó a los suyos, conforme al deseo de todos, y marchó contra ellas.

XXV. Mientras unos se ocupaban en cegar los fosos, otros en derribar a fuerza de dardos a los defensores de las trincheras, y hasta las tropas auxiliares, aprontando piedras y armas y trayendo césped para el terraplén, daban la sensación de combatientes; mientras el enemigo se defendía asimismo con tesón y bravura, disparando a golpe seguro desde arriba, nuestros caballos, dado un giro a los reales, avisaron a Craso que hacia la puerta trasera no se veía igual diligencia, y era fácil la entrada.

XXVI. Craso, exhortando a los capitanes de caballería que animasen a sus soldados prometiéndoles grandes premios, les dice lo que han de hacer. Ellos, según la orden, sacadas de nuestros reales cuatro cohortes que estaban de guardia y descansadas, conduciéndolas por un largo rodeo para que no pudieran ser vistas del enemigo, cuando todos estaban más empeñados en la refriega, llegaron sin detención al lugar sobredicho de las trincheras, y rompiendo por ellas, ya estaban dentro cuando los enemigos pudieron verlos o caer en cuenta de lo acae-

cido. Los nuestros sí que, oída la vocería de aquella parte, cobrando nuevo aliento, como de ordinario acontece cuando se espera la victoria, comenzaron con mayor denuedo a batir los enemigos, que, acordonados por todas partes y perdida toda esperanza, se arrojaban de las trincheras abajo por escaparse. Más perseguidos de la caballería por aquellas espaciosas llanuras, de cincuenta mil hombres venidos, según constaba, de Aquitania y Cantabria, apenas dejó con vida la cuarta parte, y ya muy de noche se retiró a los cuarteles.

XXVII. A la nueva de esta batalla, la mayor parte de Aquitania se rindió a Craso, enviándole rehenes espontáneamente, como fueron los Tarbelos, los Bigerriones, los Ptianios, Vocates, Tarusates, Elusates, Gates, los de Aux y Garona, Sibuzates y Cocosates. Solas algunas naciones más remotas, confiadas en la proximidad del invierno, dejaron de hacerlo.

XXVIII. César casi por entonces, aunque ya el estío se acababa, sin embargo, viendo que después de sosegada toda la Galia solos los Morinos y Menapios se mantenían rebeldes, sin haber tratado con él nunca de paz, pareciéndole ser negocio de pocos días esta guerra, marchó contra ellos, los cuales determinaron hacerla siguiendo muy diverso plan que los otros Galos. Porque considerando cómo habían de ser destruídas y sojuzgadas naciones muy poderosas que se aventuraron a pelear, teniendo ellos alrededor grandes bosques y lagunas, trasladáronse a ellas con todos sus haberes. Llegado César a la entrada

de los bosques, y empezando a fortificarse, sin que por entonces apareciese enemigo alguno, de repente, cuando nuestra gente andaba esparcida en los trabajos, se dispararon por todas las partes de la selva y echáronse sobre ella. Los soldados tomaron al punto las armas y los rebatieron, matando a muchos, aunque, por querer seguirlos entre las breñas, perdieron tal cual de los suyos.

XXIX. Los días siguientes empleó César en rozar el bosque, formando de la leña cortada bardas opuestas al enemigo por las dos bandas, a fin de que por ninguna pudiesen asaltar a los soldados cuando estuvieran descuidados y sin armas. De este modo avanzando en poco tiempo gran trecho con presteza increíble, tanto que ya los nuestros iban a tomar sus ganados y la zaga del bagaje, emboscándose ellos en lo más fragoso de las selvas, sobrevinieron temporales tan recios, que fué necesario interrumpir la obra, pues no podían ya los soldados guarecerse por las continuas lluvias en las tiendas. Así que, talados sus campos, quemadas las aldeas y caserías, César retiró su ejército, alojándolo en cuarteles de invierno, repartido por los Aulercos, Lisienses y demás naciones que acababan de hacer la guerra.

LIBRO CUARTO

I. Al invierno siguiente, siendo cónsules Cneo Pompeyo y Marco Craso, los Usipetes y Tencteros de la Germania, en gran número pasaron el Rhin hacia su embocadura en el mar. La causa de su transmigración fué que los Suevos, con la porfiada guerra de muchos años, no los dejaban vivir ni cultivar sus tierras. Es la nación de los Suevos la más populosa y guerrera de toda la Germania. Dícese que tienen cien merindades, cada una de las cuales contribuye anualmente con mil soldados para la guerra. Los demás quedan en casa trabajando para sí y los ausentes. Al año siguiente alternan: van éstos a la guerra, quedándose los otros en casa. De esta suerte no se interrumpe la labranza, y están suplidas la teoría y práctica de la guerra. Pero ninguno de ellos posee aparte terreno propio, ni puede morar más de un año en su sitio; su sustento no es tanto de pan como de leche y carne, y son muy dados a la caza. Con eso, con la calidad de los alimentos, el ejercicio continuo y el vivir a sus anchuras (pues no sujetándose desde niños a oficio ni arte, en todo por todo hacen su voluntad), se crían muy robustos y

agigantados. Es tanta su habitual dureza, que, siendo tan intensos los fríos de estas regiones, no se visten sino de pieles, que, por ser cortas, dejan al aire mucha parte del cuerpo, y se bañan en los ríos.

II. Admiten a los mercaderes, más por tener a quien vender los despojos de la guerra, que por deseo de comprarles nada. Tampoco se sirven de caballos traídos de fuera, al revés de los Galos, que los estiman muchísimo y compran muy caros, sino que a los suyos, nacidos y criados en el país, aunque de mala traza y catadura, con la fatiga diaria los hacen de sumo aguante. Cuando pelean a caballo se apean si es menester, y prosiguen a pie la pelea; y teniéndolos enseñados a no menearse del puesto, en cualquier urgencia vuelven a montar con igual ligereza. No hay cosa, en su entender, tan mal parecida y de menos valer como usar de jaeces. Así, por pocos que sean, se atreven con cualquier número de caballos enjaezados. No permiten la introducción del vino, por juzgar que con él se hacen los hombres regalones, afeminados y enemigos del trabajo.

III. Tienen por la mayor gloria del Estado el que todos sus contornos por muchas leguas estén despoblados, como en prueba de que gran número de ciudades no ha podido resistir a su furia. Y aún aseguran que por la una banda de los Suevos no se ven sino páramos en espacio de seiscientas millas. Por la otra caen los Ubios, cuya república fué ilustre y floreciente para entre los Germanos; y es así que, respecto de los demás nacionales, están algo más civilizados, porque frecuentan su país muchos

mercaderes navegando por el Rhin, en cuyas riberas habitan ellos, y por la vecindad con los Galos se han hecho a sus costumbres. Los Suevos han tentado muchas veces con repetidas guerras echarlos de sus confines, y aunque no lo han logrado por la grandeza y buena constitución del gobierno, sin embargo, los han hecho tributarios, y los tienen ya mucho más humillados y enflaquecidos.

IV. Semejante fué la suerte de los Usipetes y Tencteros, arriba mencionados, los cuales resistieron también muchos años a las armas de los Suevos; pero al cabo echados de sus tierras, después de haber andado tres años errantes por varios parajes de Germania, vinieron a dar en el Rhin por la parte que habitan los Menapios en cortijos y aldeas a las dos orillas del río; los cuales, asustados con la venida de tanta gente, desampararon las habitaciones de la otra orilla, y apostando en la de acá sus cuerpos de guardia, no dejaban pasar a los Germanos. Estos, después de tentarlo todo, viendo no ser posible el paso ni a osadas por falta de barcas, ni a escondidas por las centinelas y guardias de los Menapios, fingieron que tornaban a sus patrias, y andadas tres jornadas dieron otra vez la vuelta, y desandado a caballo todo aquel camino en una noche, dieron de improviso sobre los Menapios cuando más desapercibidos y descuidados estaban, pues, certificados de sus atalayas del regreso de los Germanos, habían vuelto sin recelo a las granjas de la otra parte del Rhin. Muertos éstos y cogidas sus barcas, pasaron el río antes que los Menapios de ésta su-

piesen nada; conque, apoderados de todas sus caserías, se sustentaron a costa de ellos lo restante del invierno.

V. Enterado César del caso, y recelando de la ligereza de los Galos, que son inconstantes en sus resoluciones y por lo común noveleros, acordó de no confiarles nada. Tienen los Galos la costumbre de obligar a todo pasajero a que se detenga, quiera o no quiera, y de preguntarle qué ha oído o sabe de nuevo; y a los mercaderes en los pueblos, luego que llegan, los cerca el populacho, importunándolos a que digan de dónde vienen y qué han sabido por allá. Muchas veces, sin más fundamento que tales hablillas y cuentos, toman partido en negocios de la mayor importancia, de que forzosamente han de arrepentirse muy presto, gobernándose por voces vagas, y respondiéndoles los más, a trueque de complacerles, una cosa por otra.

VI. Como César sabía esto, por no dar ocasión a una guerra más peligrosa, parte para el ejército antes de lo que solía. Al llegar halló ser ciertas todas sus sospechas, y que algunas ciudades habían convidado por sus embajadores a los Germanos a dejar el Rhin, asegurándoles que tendrían a punto todo cuanto pidiesen. Los Germanos, en esta confianza, ya se iban alargando más y más en sus correrías, hasta entrar por tierras de los Eburones y Condrusos, que son dependientes de Tréveris. César, habiendo convocado a los jefes nacionales, determinó no darse por entendido de lo que sabía, sino que, acariciándolos y ganándolos la voluntad y ordenán-

dóles que tuviesen pronta la caballería, declara guerra contra la Germania.

VII. Proveído, pues, de víveres y reunida la caballería, dirigió su marcha hacia donde oía que andaban los Germanos. Estando ya a pocas jornadas de ellos, le salieron al encuentro sus embajadores, y le hablaron de esta manera: "Los Germanos no quieren ser los primeros a declarar la guerra al pueblo romano, ni tampoco la rehusan en caso de ser provocados; por costumbre, aprendida de sus mayores, deben resistir, y no pedir merced a agresor alguno; debe saber una cosa, y es que vinieron contra su voluntad desterrados de su patria. Si los Romanos quieren su amistad, podrá serles útil sólo con darles algunas posesiones ó dejarles gozar de las que hubiesen conquistado; que a nadie conocen ventaja sino a solos los Suevos, a quienes ni aun los dioses inmortales pueden contrastar; fuera de ellos, ninguno hay en el mundo a quien no puedan sojuzgar."

VIII. A tales proposiciones respondió César lo que juzgó a propósito; la conclusión fué: "que no podía tratar de amistad mientras no desocupasen la Galia, pues no era justo que vinieran a ocupar tierras ajenas los que no habían podido defender las propias; que no habiendo en la Galia campos baldíos que poder repartir sin agravio, mayormente a tanta gente, les daría licencia, si quisiesen, para morar en el distrito de Ubios, cuyos embajadores se hallaban allí a quejarse de las injurias de los Suevos y pedirle socorro; que se ofrecía él a recabarlo de los Ubios."

IX. Dijeron los Germanos que darían parte a los suyos, y volverían con la respuesta al tercer día. Suplicáronle que en tanto no pasase adelante. César dijo que ni tampoco eso podía concederles; y es que había sabido que algunos días antes destacaron gran parte de la caballería a pillar y forrajear en el país de los Ambivaritos, al otro lado del río Mosa; aguardábanla, a su parecer, y por eso pretendían la tregua.

X. El río Mosa nace en los montes Volsgos, adyacentes al territorio de Langres, y con un brazo que recibe del Rhin y se llama Wahal, forma la isla de Batavia, y a ochenta millas de dicho afluente, desagua en el Océano. El Rhin tiene su fuente en los Alpes, donde habitan los Leponcios, y corre muchas leguas rápidamente por las regiones de los Nantuates, Helvecios, Sequanos, Metenses, Tribocos, Trevirenses, y, al acercarse al Océano, se derrama en varios canales, formando muchas y grandes islas, en su mayor parte habitadas de naciones bárbaras y fieras, entre las cuales se cree que hay gentes que se mantienen solamente de la pesca y de los huevos de las aves; finalmente, por muchas bocas entra en el Océano.

XI. Hallándose César a doce millas no más de distancia del enemigo, vuelven los embajadores, según lo concertado, y saliéndole al encuentro, le rogaban encarecidamente que se detuviese. Habiéndoselo negado, instaban "que siquiera enviase orden a la caballería, que iba delante, que no cometiese hostilidades, y a ellos entretanto les diese facultad

de despachar una embajada a los Ubios; que como sus príncipes y el Senado les concediesen salvoconducto con juramento, prometían estar a lo que César dispusiese; que para ejecutar lo dicho les otorgase plazo de tres días". Bien echaba de ver César que todo esto se urdía con el mismo fin de que durante el triduo volviese a tiempo la caballería destacada; comoquiera, respondióles que aquel día no caminaría sino cuatro millas, para llegar a paraje donde hubiese agua; que al siguiente viniesen a verse con él los más que pudiesen, y examinaría entonces sus pretensiones. Envía luego orden a los capitanes que le precedían con la gente de a caballo que no provocasen al enemigo a combate, y que siéndolo ellos, aguantasen la carga mientras él llegaba con el ejército.

XII. Pero los enemigos, luego que descubrieron nuestra caballería, compuesta de cinco mil hombres, puesto que no eran más de ochocientos los suyos, porque los idos al forraje del otro lado del Mosa no eran todavía vueltos, estando sin ningún recelo los nuestros, fiados en que sus embajadores acababan de despedirse de César, y que los mismos habían solicitado una tregua durante aquel día, acometiendo de rebato, en un punto desordenaron a los nuestros. Volviendo éstos a rehacerse, los enemigos, conforme a su disciplina, echan pie a tierra, y derribando a varios con desjarretarles los caballos, pusieron a los demás en fuga, infundiéndoles tal espanto, que no cesaron de huir hasta tropezar con nuestro ejército. En este reencuentro perecieron setenta y cuatro de

los nuestros, entre ellos Pisón el Aquitano, varón fortísimo y de nobilísimo linaje, cuyo abuelo, siendo rey de su nación, logró de nuestro Senado el renombre de amigo. Este tal, acudiendo al socorro de su hermano, cercado de los enemigos, lo libró de sus manos; él, derribado del caballo, que se lo hirieron, mientras pudo se defendió como el más valeroso. Como rodeado por todas partes, acribillado de heridas, cayese en tierra y de lejos lo advirtiese su hermano, retirado ya del combate, metiendo espuelas al caballo, se arrojó a los enemigos, y también quedó muerto.

XIII. Después de esta función veía César no ser prudencia dar ya oídos a embajadas, ni escuchar proposiciones de los que dolosamente y con perfidia, tratando de paz, le hacían guerra; aguardar a que se aumentasen las tropas enemigas y volviese su caballería, teníalo por grandísimo desvarío, y atenta la mutabilidad de los Galos, consideraba cuán alto concepto habrían ya formado de los enemigos por un choque solo, y no era bien darles más tiempo para maquinar otras novedades. Tomada esta resolución, y comunicada con los legados y el cuestor, para no atrasar ni un día la batalla, ocurrió felizmente que luego al siguiente, de mañana, vinieron a su campo muchos Germanos con sus jefes y ancianos, usando de igual alevosía y ficción, so color de disculparse de haber el día anterior quebrantado la tregua, contra lo acordado y pedido por ellos mismos, como también para tentar si, dando largas, podían conseguir nuevas treguas. Alegróse

César de tan buena coyuntura, y mandó que los arrestasen; y sin perder tiempo alzó el campo, haciendo que la caballería siguiese la retaguardia, por considerarla intimidada con la reciente memoria de su rota.

XIV. Repartido el ejército en tres cuerpos, con una marcha forzada de ocho millas se puso sobre los reales de los enemigos primero que los Germanos lo echasen de ver. Los cuales, sobrecogidos de todo punto, sin acertar a tomar consejo ni las armas, así por la celeridad de nuestra venida como por la ausencia de los suyos, no acababan de atinar si sería mejor hacer frente al enemigo, o defender los reales, ó salvarse por medio de la fuga, manifestándose su terror por los alaridos y batahola que traían; nuestros soldados, hostigados de la traición del otro día, embistieron los reales. Aquí los que de pronto pudieron tomar las armas hicieron alguna resistencia, combatiendo entre los carros y el fardaje; pero la demás turba de niños y mujeres (que con todos los suyos salieron de sus tierras y pasaron el Rhin) echaron luego a huir unos tras de otros, en cuyo alcance destacó César la caballería.

XV. Los Germanos, sintiendo detrás la gritería y viendo degollar a los suyos, arrojadas las armas y dejadas las enseñas, desampararon los reales; y llegados al paraje donde se unen el Mosa y el Rhin, siendo ya imposible la huída, después de muchos muertos, los demás se precipitaron al río, donde, sofocados del miedo, del cansancio y del ímpetu de la corriente, se ahogaron. Los nuestros, todos con vida,

sin faltar uno, con muy pocos heridos, se recogieron a sus tiendas, libres ya del temor de guerra tan peligrosa, pues el número de los enemigos no bajaba de cuatrocientos treinta mil. César dió a los arrestados licencia de partirse. Mas ellos, temiendo las iras y tormentos de los Galos, cuyos campos saquearon, prefirieron quedarse con él. César les concedió plena libertad.

XVI. Fenecida esta guerra de los Germanos, César se determinó a pasar el Rhin por muchas causas, siendo de todas la más justa que, ya que los Germanos con tanta facilidad se movían a penetrar por la Galia, quiso meterlos en cuidado de sus haciendas con darles a conocer que también el ejército romano tenía maña y atrevimiento para pasar el Rhin. Añadíase a eso que aquel trozo de caballería de los Usipetes y Tencteros que antes dije haber pasado el Mosa con el fin de pillar y robar, y no se halló en la batalla, sabida la rota de los suyos, se habían retirado al otro lado del Rhin, a tierras de los Sicambros, y confederádose con ellos, los cuales, apercibidos por César para que se los entregasen como enemigos declarados suyos y de la Galia, respondieron: "que el imperio romano terminaba en el Rhin; y si él se daba por agraviado de que los Germanos contra su voluntad pasasen a la Galia, ¿con qué razón pretendía extender su imperio y jurisdicción más allá del Rhin?" Por el contrario, los Ubios, que habían sido los únicos que de aquellas partes enviaron embajadores a César, entablando amistad y dando rehenes, le instaban con grandes veras vi-

niese a socorrerlos, porque los Suevos los tenían en grave conflicto; que si los negocios de la república no se lo permitían, se dejase ver siquiera con el ejército al otro lado del Rhin: que esto sólo bastaría para remediarse de presente y esperar en lo porvenir mejor suerte, pues era tanto el crédito y fama de los Romanos aun entre los últimos Germanos después de la rota de Ariovisto y esta última victoria, que con sola su sombra y amistad podían vivir seguros. A este fin, le ofrecieron gran número de barcas para el transporte de las tropas.

XVII. César, por las razones ya insinuadas, estaba resuelto a pasar el Rhin; mas hacerlo en barcas ni le parecía bien seguro, ni conforme a su reputación y a la del pueblo romano. Y así, dado que se le representaba la suma dificultad de alzar puente sobre río tan ancho, impetuoso y profundo, todavía estaba fijo en emprenderlo, o de otra suerte no transportar el ejército. La traza, pues, que dió fué ésta: Trababa entre sí, con separación de dos pies, dos maderos de pie y medio de espesor, puntiagudos en la parte inferior y largos cuanto era el hondo del río; metidos éstos y encajados por medio de máquinas dentro el río, hincábalos con mazas batientes, no perpendicularmente a manera de postes, sino inclinados y tendidos hacia la corriente del río; luego más abajo, a distancia de cuarenta pies, fijaba enfrente de los primeros otros dos trabados del mismo modo y asestados contra el ímpetu de la corriente. De parte a parte atravesaban vigas gruesas de dos pies a medida del hueco entre las junturas de

los maderos, en cuyo intermedio eran encajadas, asegurándolas de ambas partes en la extremidad con dos clavijas, las cuales, separadas y abrochadas al revés una con otra, consolidaban tanto la obra y eran de tal arte dispuestas, que cuanto más batiese la corriente se apretaban tanto más unas partes con otras. Extendíase por encima la tablazón a lo largo, y cubierto todo con travesaños y zarzos, quedaba formado el piso; con igual industria por la parte inferior del río se plantaban puntales inclinados, y unidos al puente, que a manera de arietes (1) resistían a la fuerza de la corriente; y asimismo palizadas de otros semejantes a la parte arriba del puente a alguna distancia, para que si los bárbaros, con intento de arruinarle, arrojasen troncos de árboles o barcones, se disminuyese la violencia del golpe y no empeciesen al puente.

XVIII. Concluída toda la obra a los diez días que se comenzó a juntar el material, pasa el ejército. César, habiendo puesto buena guarnición a la entrada y salida del puente, va contra los Sucambros. Viénenle al camino embajadores de varias naciones, pidiéndole la paz y su amistad; responde a todos con agrado, y manda le traigan rehenes. Los Sucambros desde que se principió la construcción del puente, concertada la fuga a persuasión de los Tenc-

(1) César emplea esta expresión, un tanto obscura, porque la extremidad de los puntales, es decir, su cabeza, se apoyaba en el puente, como el ariete cuando golpea la muralla.

teros y Usipetes, que alojaban consigo, cargando con todas sus cosas, desamparadas sus tierras, se habían guarecido en los desiertos y bosques.

XIX. César, habiéndose detenido aquí algunos días en quemar todas las aldeas y caserías y segar las mieses, retiróse a la comarca de los Ubios, y ofreciéndoles su ayuda si los Suevos continuasen sus extorsiones, vino a entender que éstos, apenas se certificaron por sus espías que se iba fabricando el puente, habido según costumbre su consejo, despacharon mensajeros por todas partes, avisando que abandonasen sus pueblos, y poniendo a recaudo en los bosques sus hijos, mujeres y haciendas, todos los de armas llevar acudiesen a un mismo sitio: el señalado era como el centro de las regiones ocupadas por los Suevos, que allí esperaban la venida de los Romanos, resueltos a no pelear en otra parte. Con estas noticias, viendo César finalizadas todas las cosas que le movieron al pasaje del ejército, y fueron meter miedo a los Germanos, vengarse de los Sucambros y librar de la opresión a los Ubios, gastados solos diez y ocho días al otro lado del Rhin, pareciéndole haberse granjeado bastante reputación (1) y provecho, dió la vuelta a la Galia y deshizo el puente.

XX. Al fin ya del estío, aunque en aquellas partes se adelanta el invierno por caer toda la Galia

(1) En efecto, si se lee a Plutarco, se verá cuánta gloria mereció a César la construcción del puente y haber pasado por él con su ejército.

al Norte, sin embargo, intentó hacer un desembarco en Bretaña, por estar informado que casi en todas las guerras de la Galia se habían suministrado de allí socorros á nuestros enemigos; que, aun cuando la estación no le dejase abrir la campaña, todavía consideraba ser cosa de suma importancia ver por sí mismo aquella isla, reconocer la calidad de la gente y registrar los sitios, los puertos y las calas: cosas por la mayor parte ignoradas (1) de los Galos, pues por maravilla hay quien allá navegue, fuera de los mercaderes, ni aun éstos tienen más noticia que de la costa y de las regiones que yacen frente de la Galia. En efecto, después de haberlos llamado de todas partes, nunca pudo averiguar ni la grandeza de la isla, ni el nombre y el número de las naciones que habitaban en ella, ni cuál fuese su ejercicio en las armas, ni con qué leyes se gobernaban, ni qué puertos había capaces de muchos navíos de alto bordo.

XXI. Para enterarse previamente de todo esto, despachó á Cayo Voluseno, de quien estaba muy satisfecho, dándole comisión de que, averiguado todo, volviese con la razón lo más presto que pudiera. Entretanto marchó él con su ejército a los Morinos, porque desde allí era el paso más corto para la Bretaña. Aquí mandó juntar todas las naves de la co-

(1) También ignoraban todo esto los Romanos y Griegos; y aunque César llama siempre isla á la Bretaña, hasta los tiempos de Agrícola no se sabía de cierto que lo fuese, como refiere Tácito en la vida de este Emperador.

marca y la escuadra empleada el verano antecedente en la guerra de Vanes. En esto, sabido su intento y divulgado por los mercaderes entre los isleños, vinieron embajadores de diversas ciudades de la isla a ofrecerle rehenes y prestar obediencia al pueblo romano. Dióles grata audiencia y buenas palabras, y exhortándolos al cumplimiento de sus promesas, los despidió, enviando en su compañía a Comio Atrebatense, a quien él mismo, vencidos los de su nación, había coronado rey de ella, de cuyo valor, prudencia y lealtad no dudaba, y cuya reputación era grande entre aquellas gentes. Encárgale que se introduzca en todas las ciudades que pueda y las exhorte a la alianza del pueblo romano, asegurándolas de su pronto arribo. Voluseno, registrada la isla según que le fué posible, no habiéndose atrevido a saltar en tierra y fiarse de los bárbaros, volvió al quinto día a César con noticia de lo que había en ella observado.

XXII. Durante la estancia de César en aquellos lugares con motivo de aprestar las naves, viniéronle diputados de gran parte de los Morinos a excusarse de los levantamientos pasados; que por ser extranjeros y poco enseñados a nuestros usos, habían hecho la guerra, pero que ahora prometían estar a cuanto les mandasen. Pareciéndole a César hecha en buena coyuntura la oferta, pues ni quería dejar enemigos a la espalda, ni la estación le permitía emprender guerras, ni juzgaba conveniente anteponer a la expedición de Bretaña el ocuparse en estas menudencias, mándales entregar gran número de rehe-

parasen un poco de los transportes, se apostasen a fuerza de remos contra el costado descubierto de los enemigos, y desde allí, con hondas, trabucos y ballestas, los arredrasen y alejasen, lo que sirvió mucho a los nuestros, porque, atemorizados los bárbaros de la extrañeza de los buques, del impulso de los remos y de las máquinas de guerra nunca vistas, pararon y retrocedieron un poco. No acabando todavía de resolverse los nuestros, especialmente a vista de la profundidad del agua, el alférez de la décima legión, enarbolando el estandarte e invocando en su favor a los dioses, "Saltad, dijo, soldados, al agua, si no queréis ver el águila en poder (1) de los enemigos. Por lo menos, yo habré cumplido con lo que debo a la República y a mi general." Dicho esto a voz en grito, se arrojó al mar, y empezó a marchar con el águila derecho a los enemigos. Al punto los nuestros, animándose unos a otros a no pasar por tanta mengua, todos a una saltaron del navío. Como vieron esto los de las naves inmediatas, echándose al agua tras ellos, se fueron arrimando a los enemigos.

XXVI. Peleóse por ambas partes con gran denuedo. Mas los nuestros, que ni podían mantener las filas, ni hacer pie, ni seguir sus banderas, sino que,

---

(1) El estandarte principal de cada legión era una águila de plata o de oro, que miraban los Romanos como cosa sagrada, y el perderla como la mayor ignominia del ejército. El que la llevaba se decía *aquilifer*, y de aquí el español *alférez*.

quién de una nave, quién de otra, se agregaban sin distinción a las primeras con que tropezaban, andaban sobremanera confusos. Al contrario, los enemigos, que tenían sondeados todos los vados, en viendo de la orilla que algunos iban saliendo uno a uno de algún barco, corriendo a caballo, daban sobre ellos en medio de la faena. Muchos acordonaban a pocos, otros por el flanco descubierto disparabn dardos contra el grueso de los soldados. Notando César el desorden, dispuso que, así los esquifes de las galeras como los pataches, se llenasen de soldados, y en viendo a algunos en aprieto, los enviaba en su ayuda. Apenas los nuestros fijaron el pie en tierra, seguidos luego de todo el ejército, cargaron con furia a los enemigos y los ahuyentaron, si bien no pudieron ejecutar el alcance, á causa de no haber podido la caballería seguir el rumbo y ganar la isla. En esto sólo anduvo escasa con César su fortuna.

XXVII. Los enemigos, perdida la jornada, luego que se recobraron del susto de la huída enviaron embajadores de paz a César, prometiendo dar rehenes y sujetarse a su obediencia. Vino con ellos Comio el de Artois, de quien dije arriba haberle César enviado delante a Bretaña. Este, al salir de la nave a participarles las órdenes del general, fué preso y encarcelado. Después de la batalla le pusieron en libertad, y en los tratados de paz echaron la culpa del atentado al populacho, pidiendo perdón de aquel yerro, hijo de la ignorancia. César, quejándose de que, habiendo ellos de su agrado enviado embajadores al continente a pedirle la paz, sin motivo nin-

guno le hubiesen hecho guerra, dijo que perdonaba su yerro y que le trajesen rehenes, de los cuales parte le presentaron luego, y parte ofrecieron dar dentro de algunos días, por tener que traerlos de más lejos. Entretanto dieron orden a los suyos de volver a sus labranzas, y los señores concurrieron de todas partes a encomendar sus personas y ciudades a César.

XXVIII. Asentadas así las paces al cuarto día de su arribo a Bretaña, las diez y ocho naves en que se embarcó, según queda dicho, la caballería, se hicieron a la vela desde el puerto superior (1), con viento favorable; y estando ya tan cerca de la isla que se divisaban de los reales, se levantó de repente tal tormenta, que ninguna pudo seguir su rumbo, sino que unas fueron rechazadas al puerto de su salida, y otras, a pique de naufragar, fueron arrojadas a la parte inferior y más occidental de la isla; las cuales, sin embargo de eso, habiéndolas ancorado, como se llenasen de agua por la furia de las olas, siendo forzoso por la noche tempestuosa meterlas en alta mar, dieron la vuelta del continente.

XXIX. Por desgracia, fué esta noche luna llena, que suele en el Océano causar muy grandes mareas, lo que ignoraban los nuestros. Conque también las galeras en que César transportó la infantería, y estaban fuera del agua, iban a quedar anegadas en la

(1) Entiende un puerto situado más arriba, o a la derecha del puerto Iccio, de donde había salido el grueso de la armada.

creciente, al mismo tiempo que los navíos de carga puestos al ancla eran maltratados de la tempestad, sin que los nuestros tuviesen arbitrio para maniobrar ni remediarlas. En fin, destrozadas muchas naves, quedando las demás inútiles para la navegación, sin cables, sin áncoras, sin rastro de jarcias, resultó, como era muy regular, una turbación extraordinaria en todo el ejército, pues ni tenían otras naves para el reembarco, ni aprestos algunos para reparar las otras, y como todos estaban persuadidos a que se había de invernar en la Galia, no se habían hecho aquí provisiones para el invierno.

XXX. Los señores de Bretaña, que después de la batalla vinieron a tomar las órdenes de César, echando de ver la penuria en que se hallaban los Romanos de caballos, naves y granos y su corto número, por el recinto de los reales mucho más reducido de lo acostumbrado, porque César condujo las legiones sin los equipajes, conferenciando entre sí, deliberaron ser lo mejor de todo, rebelándose, privar a los nuestros de los víveres, y alargar de esta suerte hasta el invierno (1) la campaña, con la confianza de que, vencidos una vez éstos, o atajado su regreso, no habría en adelante quien osase venir a inquietarlos. En conformidad de esto, tramada una nueva conjuración, empezaron poco a poco a escabullirse de los reales y a convocar ocultamente la gente del campo.

---

(1) Si eso lograban, estaban ciertos de que los Romanos perecerían de hambre y de frío.

XXXI. César en tanto, bien que ignorante todavía de sus tramas, no dejaba de recelarse, vista la desgracia de la armada y su dilación en la entrega de los rehenes, que al cabo harían lo que hicieron. Por lo cual trataba de apercibirse para todo acontecimiento, acarreando cada día trigo de las aldeas a los cuarteles, sirviéndose de la madera y clavazón de las naves derrotadas para carenar las otras, y haciendo traer de tierra firme los aderezos necesarios. Con eso y la aplicación grande de los soldados a la obra, aunque se perdieron doce navíos, logró que los demás quedasen de buen servicio para navegar.

XXXII. En este entretanto, habiendo destacado la legión séptima en busca de trigo, como solía, sin que hasta entonces hubiese la más leve sospecha de guerra, puesto que de los isleños unos estaban en cortijos, otros iban y venían continuamente a nuestras tiendas, los que ante éstas hacían guardia dieron aviso a César que por la banda que la legión había ido se veía una polvareda mayor de la ordinaria. César, sospechando lo que era, que los bárbaros hubiesen cometido algún atentado, mandó que fuesen consigo las cohortes que estaban de guardia, que dos la mudasen, y que las demás tomasen las armas y viniesen detrás. Ya que hubo andado una buena pieza, advirtió que los suyos eran apremiados de los enemigos y a duras penas se defendían, lloviendo dardos por todas partes sobre la legión apiñada. Fué el caso que como sólo quedase por segar una heredad, estándolo ya las demás, previendo los

enemigos que a ella irían los nuestros, se habían emboscado por la noche en las selvas; y a la hora que los nuestros, desparramados y sin armas, se ocupaban en la siega, embistiendo de improviso, mataron algunos, y a los demás, antes de poder ordenarse, los asaltaron y rodearon con la caballería y carricoches.

XXXIII. Su modo de pelear en ellos es éste: corren primero por todas partes, arrojando dardos; con el espanto de los caballos y estruendo de las ruedas desordenan las filas, y si llegan a meterse entre escuadrones de caballería, desmontan y pelean a pie. Los carreteros en tanto se retiran algunos pasos del campo de batalla, y se apostan de suerte que los combatientes, si se ven apretados del enemigo, tienen a mano el asilo del carricoche. Así juntan en las batallas la ligereza de la caballería con la consistencia de la infantería; y por el uso continuo y ejercicio es tanta su destreza, que aun por cuestas y despeñaderos hacen parar los caballos en medio de la carrera, cejar y dar vuelta con sola una sofrenada; corren por el timón, se tienen en pie sobre el yugo, y con un salto dan la vuelta al asiento.

XXXIV. Hallándose, pues, los nuestros consternados a vista de tan extraños guerreros, acudió César a socorrerlos al mejor tiempo, porque con su venida los enemigos se contuvieron, y se recobraron del miedo los nuestros. Contento con eso, reflexionando ser fuera de sazón el provocar al enemigo y empeñarse en nueva acción, estúvose quieto en su puesto, y a poco rato se retiró con las legiones a los

reales. Mientras tanto que pasaba esto y los nuestros se empleaban en las maniobras, dejaron sus labranzas los que aún quedaban en ellas. Siguiéronse un día tras otro lluvias continuas, que impedían a los nuestros la salida de sus tiendas y al enemigo los asaltos. Entretanto los bárbaros despacharon mensajeros a todas partes ponderando el corto número de nuestros soldados y poniendo delante la buena ocasión que se les ofrecía de hacerse ricos con los despojos, y asegurar su libertad para siempre, si lograban desalojar a los Romanos. De esta manera en breve se juntó gran número de gente de a pie y de a caballo, con que vinieron sobre nuestro campo.

XXXV. Comoquiera que preveía César que había de suceder lo mismo que antes, que por más batidos que fuesen los enemigos escaparían al peligro con su ligereza, no obstante, aprovechándose de treinta caballos que Comio el Atrebatense había traído consigo, ordenó en batalla las legiones delante de los reales. Trabado el choque, no pudieron los enemigos sufrir mucho tiempo la carga de los nuestros, antes volvieron las espaldas. Corriendo en su alcance los nuestros hasta que se cansaron, mataron a muchos, y a la vuelta, quemando cuantos edificios encontraban, se recogieron a su alojamiento.

XXXVI. Aquel mismo día vinieron mensajeros de paz por parte de los enemigos. César les dobló el número de rehenes antes tasado, mandando que se los llevasen a tierra firme, pues acercándose ya el

equinoccio (1), no le parecía cordura exponerse con navíos estropeados a nagevar en invierno. Por tanto, aprovechándose del buen tiempo, levó poco después de media noche, y arribó con todas las naves al continente. Solas dos de carga no pudieron tomar el mismo puerto, sino que fueron llevadas un poco más abajo por el viento.

XXXVII. Cuando ya habían desembarcado cerca de trescientos soldados y se encaminaban a los reales, los Morinos, a quienes César dejó en paz en su partida a Bretaña, codiciosos del pillaje, los cercaron, no muchos al principio, intimándoles que rindiesen las armas si querían salvar las vidas; mas como los nuestros, formados en círculo (2), hiciesen resistencia, luego a las voces acudieron al pie de seis mil hombres. César al primer aviso destacó toda la caballería al socorro de los suyos. Los nuestros entretanto aguantaron la carga de los enemigos, y por más de cuatro horas combatieron valerosísimamente, matando a muchos y recibiendo pocas heridas. Pero después que se dejó ver nuestra caballería, arrojando los enemigos sus armas, volvieron las espaldas y se hizo en ellos gran carnicería.

XXXVIII. César al día siguiente envió al legado Tito Labieno con las legiones que acababan de llegar de la Bretaña contra los Morinos rebeldes. Es-

---

(1) Es el de otoño, y, por consiguiente, el invierno, que comienza presto en el Norte.

(2) Esto es, abroquelados *a la redonda* o *en rueda* y haciendo frente por todos lados al enemigo.

tos, no teniendo dónde refugiarse, por estar secas las lagunas que en otro tiempo les sirvieron de guarida, vinieron a caer casi todos en manos de Labieno. Por otra parte, los legados Quinto Titurio y Lucio Cota, que habían conducido sus legiones al país de los Menapios, por haberse éstos escondido entre las espesuras de los bosques, talados sus campos, destruídas sus mieses e incendiadas sus habitaciones, vinieron a reunirse con César, quien dispuso en los Belgas cuarteles de invierno para todas las legiones. No más que dos ciudades de Bretaña enviaron acá rehenes; las demás no hicieron caso. Por estas hazañas, y en vista de las cartas de César, decretó el Senado veinte días de solemnes fiestas en acción de gracias.

LIBRO QUINTO

I. En el consulado de Lucio Domicio y Apio Claudio, César, al partirse de los cuarteles de invierno para Italia, como solía todos los años, da orden a los legados comandantes de las legiones de construir cuantas naves pudiesen y de reparar las viejas, dándoles las medidas y forma de su construcción. Para cargarlas prontamente y tirarlas en seco, hácelas algo más bajas de las que solemos usar en el Mediterráneo, tanto más que tenía observado que, por las continuas mudanzas de la marea, no se hinchan allí tanto las olas; asimismo un poco más anchas que las otras para el transporte de los fardos y tantas bestias. Manda que las hagan todas muy veleras, a que contribuye mucho el ser chatas, mandando traer el aparejo (1) de España. El en persona, terminadas las Cortes de la Galia citerior, parte para el Ilírico, por entender que los Pirustas con sus correrías infestaban las fronteras de aquella provincia. Llegado allá, manda que las ciudades acudan con las milicias a cierto lugar que les señaló. Con

(1) Principalmente quiere significar el esparto (de que abunda) para sogas, gomenas y maromas.

esta noticia, los Pirustas envíanle embajadores que le informen cómo nada de esto se había ejecutado de público acuerdo, y que estaban prontos a darle satisfacción entera de los excesos cometidos. Admitida su disculpa, ordénales dar rehenes, señalándoles plazo para la entrega; donde no, protesta que les hará la guerra a fuego y sangre. Presentados los rehenes en el término asignado, elige jueces árbitros que tasen los daños y prescriban la multa.

II. Hecho esto y concluídas las juntas, vuelve a la Galia citerior, y de allí marcha al ejército. Cuando llegó a él, recorriendo todos los cuarteles, halló ya fabricados, por la singular aplicación de la tropa y a pesar de la universal falta de medios, cerca de seiscientos bajeles en la forma dicha y veintiocho galeras, que dentro de pocos días se podrían botar al agua. Dadas las gracias a los soldados y a los sobrestantes, manifiesta su voluntad, y mándales juntarlas todas en el puerto Icio, de donde se navega con la mayor comodidad a Bretaña por un estrecho de treinta millas poco más o menos. Destina a este fin un número competente de soldados, marchando él con cuatro legiones a la ligera y ochocientos caballos contra los Trevirenses, que ni venían a Cortes ni obedecían a los mandados, y aun se decía que andaban solicitando a los Germanos transrenanos.

III. La república de Tréveris es, sin comparación, la más poderosa de toda la Galia en caballería; tiene numerosa infantería, y es bañada del Rhin, como arriba declaramos. En ella se dispu-

taban la primacía Induciomaro y Cingetórige, de los cuales el segundo, al punto que supo la venida de César y de las legiones, fué a presentársele, asegurando que así él como los suyos guardarían lealtad, ni se apartarían de la amistad del pueblo romano, y le dió cuenta de lo que pasaba en Tréveris. Mas Induciomaro empezó a reunir gente de a pie y de a caballo y a disponerse para la guerra, después de haber puesto en cobro a los que por su edad no eran para ella en la selva Ardena, que desde el Rhin, con grandes bosques, atraviesa por el territorio trevirense hasta terminar en el de Rems. Con todo eso, después que algunos de los más principales ciudadanos, no menos movidos de la familiaridad con Cingetórige que intimidados con la entrada de nuestro ejército, fueron a César y empezaron a tratar de sus intereses particulares, ya que no podían mirar por los de la república, Induciomaro, temiendo quedarse solo, despacha embajadores a César, representando "no haber querido separarse de los suyos por ir a visitarle, con la mira de mantener mejor al pueblo en su deber, y que no se desmandase por falta de consejo en ausencia de toda la nobleza; que, en efecto, el pueblo estaba a su disposición, y que él mismo en persona, si César se lo permitía, iría luego a ponerse en sus manos con todas sus cosas y las del Estado".

IV. César, si bien penetraba el motivo de este lenguaje y de la mudanza de su primer propósito, comoquiera, por no gastar en Tréveris el verano, hechos ya todos los preparativos para la expedición

de Bretaña, le mandó presentarse con doscientos rehenes. Entregados juntamente con un hijo suyo y todos sus parientes, que los pidió César expresamente, tranquilizó a Induciomaro, exhortándole a perseverar en la fe prometida; mas no por eso dejó de convocar a los señores Trevirenses y de recomendar a cada uno la persona de Cingetórige, persuadido a que, sobre ser debido esto a su mérito, importaba mucho que tuviese la principal autoridad entre los suyos quien tan fina voluntad le había mostrado. Llevólo muy a mal Induciomaro, comprendiendo que su crédito se disminuía entre los suyos, y el que antes ya nos aborrecía, con este resentimiento quedó mucho más enconado.

V. Dispuestas así las cosas, en fin llegó César con las legiones al puerto Icio. Aquí supo que sesenta naves fabricadas en los Meldas (1) no pudieron por el viento contrario seguir su viaje, sino que volvieron de arribada al puerto mismo de donde salieron; las demás halló listas para navegar y bien surtidas de todo. Juntóse también aquí la caballería de toda la Galia, compuesta de cuatro mil hombres y la gente más granada de todas las ciudades, de que César tenía deliberado dejar en la Galia muy pocos, de fidelidad bien probada, y llevarse consigo los demás como en prendas, recelándose en su ausencia de algún levantamiento en la Galia.

(1) Su capital era Meaux; César, que había establecido su arsenal en la desembocadura del Sena, pudo traer estas naves por este río y por la Marne.

VI. Hallábase con ellos el eduo Dumnórige, de quien ya hemos hablado, al cual principalmente resolvió llevar consigo, porque sabía ser amigo de novedades y de mandar, de mucho espíritu y autoridad entre los Galos. A más que él se dejó decir una vez, en junta general de los Eduos, "que César le brindaba con el reino", dicho de que se ofendieron gravemente los Eduos, dado que no se atrevían a proponer a César por medio de una embajada sus representaciones y súplicas en contrario, lo que César vino a saber por alguno de sus huéspedes. El al principio pretendió, a fuerza de instancias y ruegos, que lo dejasen en la Galia, alegando unas veces que temía al mar, otras que se lo disuadían ciertos malos agüeros. Visto que absolutamente se le negaba la licencia y que por ninguna vía podía recabarla, empezó a ganar a los nobles, a hablarlos a solas y exhortarlos a no embarcarse, poniéndolos en el recelo de que no en balde se pretendía despojar a la Galia de toda la nobleza; ser bien manifiesto el intento de César: conducirlos a Bretaña para degollarlos, no atreviéndose a ejecutarlo a los ojos de la Galia; tras esto empeñaba su palabra, y pedía juramento a los demás, de que practicarían de común acuerdo cuanto juzgasen conveniente al bien de la patria. Eran muchos los que daban parte de estos tratos a César.

VII. Este, por la gran estimación que hacía de la nación edua, procuraba reprimir y enfrenar a Dumnórige por todos los medios posibles; mas viéndole tan empeñado en sus desvaríos, ya era forzoso

precaver que ni a él ni a la República pudiese acarrear daño. Por eso, cerca de veinticinco días que se detuvo en el puerto por impedirle la salida el coro, viento que suele aquí reinar gran parte del año, hacía por tener a raya a Dumnórige, sin descuidarse de velar sobre todas sus tramas. Al fin, soplando viento favorable, manda embarcar toda la infantería y caballería. Cuando más ocupados andaban todos en esto, Dumnórige, sin saber nada César, con la brigada de los Eduos empezó a desfilar hacia su tierra. Avisado César, suspende el embarco, y posponiendo todo lo demás, destaca un buen trozo de caballería en su alcance con orden de arrestarle, y en caso de resistencia y porfía, de matarle, juzgando que no haría en su ausencia cosa a derechas quien teniéndole presente despreciaba su mandamiento. Con efecto, reconvenido, comenzó a resistir y defenderse a mano armada y a implorar el favor de los suyos, repitiendo a voces "que él era libre y ciudadano de república independiente". Comoquiera, es cercado, según la orden, y muerto. Mas los Eduos de su séquito todos se volvieron a César.

VIII. Hecho esto, dejando a Labieno en el continente con tres legiones y dos mil caballos encargado de la defensa de los puertos, del cuidado de las provisiones y de observar los movimientos de la Galia, gobernándose conforme al tiempo y las circunstancias, él, con cinco legiones y otros dos mil caballos, al poner del sol se hizo a la vela; y navegando a favor de un ábrego fresco, a eso de media noche, calmado el viento, perdió el rumbo, y llevado de las

corrientes un gran trecho, advirtió la mañana siguiente que había dejado la Bretaña a la izquierda. Entonces, virando de bordo, a merced del reflujo y a fuerza de remos procuró ganar la playa que observó el verano antecedente ser la más cómoda para el desembarco. Fué mucho de alabar en este lance el esfuerzo de los soldados, que, con tocarles navíos de transporte y pesados, no cansándose de remar, corrieron parejas con las galeras. Arribó toda la armada a la isla casi al hilo del mediodía, sin que se dejara ver enemigo alguno por la costa; y es que, según supo después César de los prisioneros, habiendo concurrido a ella gran número de tropas, espantadas de tanta muchedumbre de naves (que con las del año antecedente y otras de particulares, fletadas para su propia conveniencia, aparecieron de un golpe en número de más de ochocientas), se habían retirado y metídose tierra adentro.

IX. César, desembarcado el ejército y cogido puesto acomodado para los reales, informándose de los prisioneros dónde estaban apostadas las tropas enemigas, dejando diez cohortes con trescientos caballos en la ribera para resguardo de las naves, de que, por estar ancladas en playa tan apacible y despejada, temía menos riesgo, partió contra el enemigo después de media noche, y nombró comandante del presidio naval a Quinto Atrio. Habiendo caminado de noche obra de doce millas, alcanzó a descubrir los enemigos, los cuales, avanzando con su caballería y carros armados hasta la ría, tentaron de lo alto estorbar nuestra marcha y trabar batalla.

Rechazados por la caballería, se guarecieron en los bosques, dentro de cierto paraje bien pertrechado por naturaleza y arte, prevenido de antemano, a lo que parecía, con ocasión de sus guerras domésticas, pues tenían tomadas todas las avenidas con árboles cortados, puestos unos sobre otros. Ellos desde adentro, esparcidos a trechos, impedían a los nuestros la entrada en las bardas. Pero los soldados de la legión séptima, empavesados, y levantando terraplén contra el seto, le montaron sin recibir más daño que algunas heridas. Verdad es que César no permitió seguir el alcance, así por no tener conocido el terreno, como por ser ya tarde y querer que le quedase tiempo para fortificar su campo.

X. Al otro día de mañana envió sin equipaje alguno tres partidas de infantes y caballos en seguimiento de los fugitivos. A pocos pasos, estando todavía los últimos a la vista, vinieron a César mensajeros a caballo, de parte de Quinto Atrio, con la noticia de que la noche precedente, con una tempestad deshecha que se levantó de repente, casi todas las naves habían sido maltratadas y arrojadas sobre la costa; que ni áncoras ni amarras las contenían, ni marineros ni pilotos podían resistir a la furia del huracán; que, por consiguiente, del golpeo de unas naves con otras había resultado notable daño.

XI. Con esta novedad, César manda volver atrás las legiones y la caballería; él da también la vuelta a las naves, y ve por sus ojos casi lo mismo que acababa de saber de palabra y por escrito: que, desgra-

ciadas cuarenta, las demás admitían, sí, composición, pero a gran costa. Por lo cual saca de las legiones algunos carpinteros, y manda llamar a otros de tierra firme. Escribe a Labieno que con ayuda de sus legiones apreste cuantas más naves pueda. El, por su parte, sin embargo de la mucha dificultad y trabajos, determinó para mayor seguridad sacar todas las embarcaciones a tierra, y meterlas con las tiendas dentro de unas mismas trincheras. En estas maniobras empleó casi diez días, no cesando los soldados en el trabajo ni aun por la noche. Sacados a tierra los buques, y fortificados muy bien los reales, deja el arsenal guarnecido de las mismas tropas que antes, y marcha otra vez al lugar de donde vino. Al tiempo de su llegada era ya mayor el número de tropas enemigas que se habían juntado allí de todas partes. Dióse de común consentimiento el mando absoluto y cuidado de esta guerra a Casivelauno, cuyos Estados separa de los pueblos marítimos el río Támesis a distancia de unas ochenta millas del mar. De tiempos atrás andaba éste en continuas guerras con esos pueblos; mas aterrados los Britanos con nuestro arribo, le nombraron por su general y caudillo.

XII. La parte interior de Bretaña es habitada de los naturales, originarios de la misma isla, según cuenta la fama; las costas, de los Belgas, que acá pasaron con ocasión de hacer presas y hostilidades, los cuales todos conservan los nombres de las ciudades de su origen de donde transmigraron, y fijando su asiento a fuerza de armas, empezaron a cul-

tivar los campos como propios. Es infinito el gentío, muchísimas las caserías y muy parecidas a las de la Galia; hay grandes rebaños de ganado. Usan por moneda cobre o dados de hierro de cierto peso. En medio de la isla se hallan minas de estaño, y en las marinas, de hierro, aunque poco. El cobre le traen de fuera. Hay todo género de madera, como en la Galia, menos de haya y pinabete. No tienen por lícito el comer liebre, ni gallina, ni ganso, puesto que los crían para su diversión y recreo. El clima es más templado que no el de la Galia, a causa de que los fríos no son tan intensos.

XIII. La isla es de figura triangular. El un costado cae enfrente de la Galia: de este costado, el ángulo que forma el promontorio Cancio, adonde ordinariamente vienen a surgir las naves de la Galia, está mirando al Oriente; el otro, inferior, a Mediodía. Este primer costado tiene casi quinientas millas; el segundo mira a España y al Poniente. Hacia la misma parte yace la Hibernia, que, según se cree, es la mitad menos que Bretaña, en igual distancia de ella que la Galia. En medio de este estrecho está una isla llamada Man. Dícese también que más allá se encuentran varias isletas, de las cuales algunos han escrito que hacia el solsticio del invierno por treinta días continuos es siempre de noche. Yo, por más preguntas que hice, no pude averiguar nada de eso, sino que, por las experiencias de los relojes de agua, observaba ser aquí más cortas las noches que en el continente. Tiene de largo este lado, en opinión de los isleños, setecientas millas. El tercero está con-

trapuesto al Norte, sin ninguna tierra enfrente, si bien la punta de él mira especialmente a la Germania. Su longitud es reputada de ochocientas millas. Conque toda la isla viene a tener el ámbito de dos mil.

XIV. Entre todos, los más tratables son los habitantes de Kent, cuyo territorio está todo en la costa del mar, y se diferencian poco en las costumbres de los Galos. Los que viven tierra adentro, por lo común, no hacen sementeras, sino que se mantienen de leche y carne, y se visten de pieles. Pero generalmente todos los Britanos se pintan de color verdinegro con el zumo de gualda, y por eso parecen más fieros en las batallas; dejan crecer el cabello, pelado todo el cuerpo, menos la cabeza y el bigote. Diez y doce hombres tienen de común las mujeres, en especial hermanos con hermanos y padres con hijos. Los que nacen de ellas son reputados hijos de los que primero esposaron las doncellas.

XV. Los caballos enemigos y los carreteros trabaron en el camino un recio choque con nuestra caballería, bien que ésta en todo llevó la ventaja, forzándolos a retirarse a los bosques y cerros. Mas como los nuestros, matando a muchos, fuesen tras ellos con demasiado ardimiento, perdieron algunos. Los enemigos, de allá un rato, cuando los nuestros estaban descuidados y ocupados en fortificar su campo, salieron al improviso del bosque, y arremetiendo a los que hacían guardia delante de los reales, pelearon bravamente; y enviadas por César las dos primeras cohortes de dos legiones en su ayuda,

haciendo éstas alto muy cerca una de otra, asustados los nuestros con tan extraño género de combate, rompieron ellos por medio de ambas cohortes con extremada osadía, y se retiraron sin recibir daño. Perdió la vida en esta jornada el tribuno Quinto Laberio Duro. En fin, con el refuerzo de otras cohortes, fueron rechazados.

XVI. Por toda esta refriega, como que sucedió delante de los reales y a la vista de todos, se echó de ver que los nuestros, no pudiendo ir tras ellos cuando cejaban por la pesadez de las armas, ni atreviéndose a desamparar sus banderas, eran poco expeditos en el combate con estas gentes; la caballería tampoco podía obrar sin gran riesgo, por cuanto ellos muchas veces retrocedían de propósito, y habiendo apartado a los nuestros algún trecho de las legiones, saltaban a tierra de sus carros y peleaban a pie con armas desiguales. Así que, o cediesen o avanzasen los nuestros, con esta forma de pelear daban en igual, antes en el mismo peligro. Fuera de que ellos nunca combatían unidos, sino separados y a grandes trechos, teniendo cuerpos de reserva apostados, con que unos a otros se daban la mano, y los de fuerzas enteras entraban de refresco a reemplazar los cansados.

XVII. Al día siguiente se apostaron los enemigos lejos de los reales en los cerros, y comenzaron a presentarse no tantos y a escaramuzar con la caballería más flojamente que el día antes. Pero al mediodía, habiendo César destacado tres legiones y toda la caballería con el legado Cayo Trebonio al

forraje, de repente se dejaron caer por todas partes sobre los que andaban muy desviados de las banderas y legiones. Los nuestros, dándoles una fuerte carga, los rebatieron, y no cesaron de perseguirlos hasta tanto que la caballería, fiada en el apoyo de las legiones que venían detrás, los puso en precipitada fuga; y haciendo en ellos gran riza, no les dió lugar a rehacerse ni detenerse o saltar de los carricoches. Después de esta fuga, las tropas auxiliares, que concurrieron de todas partes, desaparecieron al punto, ni jamás de allí adelante pelearon los enemigos de poder a poder con nosotros.

XVIII. César, calados sus intentos, fuése con el ejército al reino de Casivelauno, en las riberas del Támesis, río que por un solo paraje se puede vadear, y aun eso trabajosamente. Llegado a él, vió en la orilla opuesta formadas muchas tropas de los enemigos y las márgenes guarnecidas con estacas puntiagudas, y otras semejantes clavadas en el hondo del río, debajo del agua. Enterado César de esto por los prisioneros y desertores, echando delante la caballería, mandó que las legiones le siguiesen inmediatamente. Tanta priesa se dieron los soldados, y fué tal su coraje, si bien sola la cabeza llevaban fuera del agua, que, no pudiendo los enemigos sufrir el ímpetu de las legiones y caballos despejaron la ribera y se dieron a la fuga.

XIX. Casivelauno, como ya insinuamos, perdida toda esperanza de contrarrestar, y despedida la mayor parte de sus tropas, quedándose con cuatro mil combatientes de los carros, iba observando nuestras

marchas; tal vez se apartaba un poco del camino, y se ocultaba en barrancos y breñas; en sabiendo el camino que habíamos de llevar, hacía recoger hombres y ganados de los campos a las selvas, y cuando nuestra caballería se tendía por las campiñas a correrlas y talarlas, por todas las vías y sendas conocidas disparaba de los bosques los carros armados, y la ponía en gran conflicto, estorbando con esto que anduviese tan suelta. No había más arbitrio sino que César no la permitiese alejarse del grueso del ejército, y que las talas y quemas en daño del enemigo sólo se alargasen cuanto pudiera llevar el trabajo y la marcha de los soldados legionarios.

XX. A esta sazón, los Trinobantes, nación la más poderosa de aquellos países (de donde el joven Mandubracio, abrazando el partido de César, vino a juntarse con él en la Galia, cuyo padre, Imanuencio, siendo rey de ella, murió a manos de Casivelauno, y él mismo huyó por no caer en ellas), despachan embajadores a César, prometiendo entregársele y prestar obediencia, y le suplican que ampare a Mandubracio contra la tiranía de Casivelauno, se lo envíe y restablezca en el reino. César les manda dar cuarenta rehenes y trigo para el ejército, y les restituye a Mandubracio. Ellos obedecieron al instante, aprontando los rehenes pedidos y el trigo.

XXI. Protegidos los Trinobantes y libres de toda vejación de los soldados, los Cenimaños, Segonciacos, Ancalites, Bibrocos y Casos, por medio de sus diputados, se rindieron a César. Infórmanle éstos que no lejos de allí estaba la corte de Casivelauno,

cercada de bosques y lagunas, donde se había encerrado buen número de hombres y ganados. Dan los Britanos nombre de ciudad a cualquiera selva enmarañada guarnecida de valla y foso, donde se suelen acoger para librarse de las irrupciones de los enemigos. César va derecho allá con las legiones: encuentra el lugar harto bien pertrechado por naturaleza y arte; con todo, se empeña en asaltarlo por dos partes. Los enemigos, después de una corta detención, al cabo, no pudiendo resistir el ímpetu de los nuestros, echaron a huir por otro lado de la ciudad. Hallóse dentro crecido número de ganados, y en la fuga quedaron muchos prisioneros y muertos.

XXII. Mientras iban así las cosas en esta parte de la isla, despacha Casivelauno mensajeros a la provincia de Kent, situada, como se ha dicho, sobre la costa del mar. En aquellas regiones gobernaban cuatro (1) régulos, Cingetórige, Carvilio, Taximagulo y Segovax, y les manda que con todas sus fuerzas juntas ataquen los atrincheramientos navales. Venidos que fueron a los reales, los nuestros, en una salida que hicieron matando a muchos de ellos, y prendiendo, entre otros, al noble caudillo Lugotórige, se restituyeron a las trincheras sin pérdida alguna. Casivelauno, desalentado con la nueva de esta batalla, por tantos daños recibidos, por la desola-

(1) Serían feudatarios de Casivelauno, si ya no estaban obligados a obedecerle durante la guerra, por haberle nombrado el cuerpo de la nación por su generalísimo.

ción de su reino y mayormente por la rebelión de sus vasallos, valiéndose de la mediación de Comio Atrebatense, envía sus embajadores a César sobre la entrega. César, que estaba resuelto a invernar en el continente por temor de los motines repentinos de la Galia, quedándole ya poco tiempo del estío, y viendo que sin sentir podía pasársele aun ése, le manda dar rehenes, y señala el tributo que anualmente debía la Bretaña pechar al pueblo romano. Ordena expresamente y manda a Casivelauno que no moleste más a Mandubracio ni a los Trinobantes.

XXIII. Recibidos los rehenes, vuelve a la armada, y halla en buen estado las naves. Botadas éstas al agua, por ser grande el número de los prisioneros y haberse perdido algunas embarcaciones en la borrasca, determinó transportar el ejército en dos convoyes. El caso fué que, de tantos bajeles y en tantas navegaciones, ninguno de los que llevaban soldados faltó ni en este año ni en el antecedente; pero de los que volvían en lastre del continente, hecho el primer desembarco, y de los sesenta que Labieno había mandado construir, aportaron muy pocos; los demás casi todos volvieron de arribada. Habiendo César esperado en vano algún tiempo, temiendo que la estación no le imposibilitase la navegación por la proximidad del equinoccio, hubo de estrechar los soldados según los buques, y en la mayor bonanza zarpando ya bien entrada la noche, al amanecer tomó tierra, sin desgracia en toda la escuadra.

XXIV. Sacadas a tierra las naves, y tenida una

junta con los Galos en Samarobriva (1), por haber sido este año corta la cosecha de granos en la Galia por falta de aguas, le fué forzoso dar otra disposición que los años precedentes a los invernaderos del ejército, distribuyendo las legiones en diversos cantones: una en los Morinos, al mando de Cayo Fabio; la segunda en los Nervios, al de Quinto Cicerón; la tercera en los Esuvios, al de Lucio Roscio, ordenando que la cuarta, con Tito Labieno, invernase en los Remenses, a la frontera de Tréveris; tres alojó en los Bellovacos, a cargo del cuestor Marco Craso y de los legados Lucio Munacio Planco y Cayo Trebonio. Una nuevamente alistada en Italia y cinco cohortes envió a los Eburones, que por la mayor parte habitan entre el Mosa y el Rhin, sujetos al señorío de Ambiórige y Cativulco. Dióles por comandantes a los legados Quinto Titurio Sabino y Lucio Arunculeyo Cota. Repartidas en esta forma las legiones, juzgó que podrían proveerse más fácilmente en la carestía. Dispuso, sin embargo, que los cuarteles de invierno de todas estas legiones (salvo la que condujo Lucio Roscio al país (1) más quieto y pacífico) estuviesen comprendidos en término de cien millas. El resolvió detenerse en la Galia hasta tener alojadas las legiones y certeza de que los cuarteles quedaban fortificados.

XXV. Florecía entre los Chartreses Tasgecio,

---

(1) Hoy Amiens.

(1) Por tal se tenía entonces el de los Eduos, como tan amigos y favorecidos del pueblo romano.

persona muy principal, cuyos antepasados habían sido reyes de su nación. César le había restituído su Estado, en atención al valor y lealtad singularmente oficiosa de que se había servido en todas las guerras. Este año, que ya era el tercero de su reinado, sus enemigos le mataron públicamente, siendo asimismo cómplices muchos de los naturales. Dan parte a César de este atentado. Receloso él de que, por ser tantos los culpados, no se rebelase a influjo de ellos el pueblo, manda a Lucio Planco marchar prontamente con una legión de los Belgas a los Carnutes, tomar allí cuarteles de invierno y remitirle presos a los que hallase reos de la muerte de Tasgecio. En este entretanto todos los legados y el cuestor encargados del gobierno de las legiones, le avisaron cómo ya estaban acuartelados y bien atrincherados.

XXVI. A los quince días de alojados allí dieron principio a un repentino alboroto y alzamiento Ambiórige y Catuvulco, que, con haber salido a recibir a Sabino y a Cota a las fronteras de su reino y acarreado trigo a los cuarteles, instigados por los mensajeros del trevirense Induciomaro, pusieron en armas a los suyos, y sorprendiendo de rebato a los leñadores, vinieron con gran tropel a forzar las trincheras. Como los nuestros, cogiendo al punto las armas, montando la línea y destacada por una banda la caballería española, llevasen con ella la ventaja en el choque, los enemigos, malogrando el lance, desistieron del asalto. A luego dieron voces, como acostumbran, que saliesen algunos de los nuestros a con-

ferencia que sobre intereses comunes querían poner ciertas condiciones, con que esperaban se podrían terminar las diferencias.

XXVII. Va a tratar con ellos Cayo Arpineio, caballero romano, amigo de Quinto Titurio, con cierto español, Quinto Junio, que ya otras veces por parte de César había ido a verse con Ambiórige, el cual les habló de esta manera: "Que se confesaba obligadísimo a los beneficios recibidos de César, cuales eran haberle libertado del tributo que pagaba a los Aduáticos, sus confinantes, haberle restituído su hijo y un sobrino, que, siendo enviados entre los rehenes a los Aduáticos, los tuvieron en esclavitud y en cadenas; que en la tentativa del asalto no había procedido a arbitrio ni voluntad propia, sino compelido de la nación; ser su señorío de tal calidad, que no era menor la potestad del pueblo sobre él, que la suya sobre el pueblo; y el motivo que tuvo éste para el rompimiento fué sólo el no poder resistir a la conspiración repentina de la Galia, cosa bien fácil de probar en vista de su poco poder, pues no es él tan necio que presuma poder con sus fuerzas contrastar las del pueblo romano. La verdad es ser éste el común acuerdo de la Galia, y el día de hoy el aplazado para el asalto general de todos los cuarteles de César, con objeto de que ninguna legión pueda prestar ayuda a la otra; como Galos, no pudieron fácilmente negarse a los Galos, mayormente pareciendo ser su fin el recobrar la libertad común. Mas ya que tenía cumplido con ellos por razón de patriotismo, debía atender ahora a la ley del agra-

decimiento; así que, por respeto a los beneficios de César y al hospedaje de Titurio, le amonestaba y suplicaba mirase por su vida y la de sus soldados; que ya un gran cuerpo de Germanos venía a servir a sueldo y había pasado el Rhin; que llegaría dentro de dos días; viesen ellos si sería mejor, antes que lo entendiesen los comarcanos, sacar de sus cuarteles los soldados y trasladarlos a los de Cicerón o de Labieno, puesto que el uno distaba menos de cincuenta millas y el otro poco más. Lo que les prometía y aseguraba con juramento era darles paso franco por sus Estados, pues con eso procuraba al mismo tiempo el bien del pueblo, aliviándolo del alojamiento y el servicio de César en recompensa de sus mercedes." Dicho esto, se despide Ambiórix.

XXVIII. Arpineio y Junio cuentan a los legados lo que acababan de oir. Ellos, asustados con la impensada nueva, aunque venía de boca del enemigo, no por eso creían deberla despreciar; lo que más fuerza les hacía era no parecerles creíble que los Eburones, gente de ningún nombre y tan para poco, se atreviesen de suyo a mover guerra contra el pueblo romano. Y así ponen la cosa en consejo, donde hubo grandes debates. Lucio Arunculeyo, con varios de los tribunos y centuriones de la primera cohorte, era de parecer "que no se debía atropellar ni salir de los reales sin orden de César; proponían que dentro de las trincheras se podían defender contra cualesquiera tropas, aun de Germanos, por numerosas que fuesen; ser de esto buena prueba el hecho de haber resistido con tanto esfuerzo el primer ímpetu

del enemigo, rebatiéndole con gran daño; que pan no les faltaba; entretanto vendrían socorros de los cuarteles vecinos y de César; en conclusión: ¿puede haber temeridad ni desdoro mayor que tomar consejo del enemigo en punto de tanta monta?"

XXIX. Contra esto gritaba Titurio: "Que tarde caerían en la cuenta, cuando creciese más el número de los enemigos con la unión de los Germanos, o sucediese algún desastre en los cuarteles vecinos; que el negocio pedía pronta resolución, y creía él que César se hubiese ido a Italia; si no, ¿cómo era posible que los Chartreses conspirasen en matar a Tasgecio, ni los Eburones en asaltar con tanto descaro nuestros reales? Que no atendía él al dicho del enemigo, sino a la realidad del hecho: el Rhin inmediato, irritados los Germanos por la muerte de Ariovisto y nuestras pasadas victorias; la Galia enconada por verse después de tantos malos tratamientos sujeta al pueblo romano, obscurecida su antigua gloria en las armas; por último, ¿quién podrá persuadirse que Ambiórige se hubiese arriesgado a tomar este consejo sin tener seguridad de la cosa? En todo caso, ser seguro su dictamen: si no hay algún contratiempo grave, se juntarán a su salvo con la legión inmediata; si la Galia toda se coligare con Germania, el único remedio es no perder momento. El parecer contrario de Cota y sus parciales, ¿qué resultas tendrá? Cuando de presente no haya peligro, al menos en un largo asedio el hambre será inevitable."

XXX. En estas reyertas, oponiéndose vivamente

Cota y los primeros oficiales: "Norabuena, dijo Sabino, salid con la vuestra, ya que así lo queréis", y en voz más alta, de modo que pudiesen oirle muchos de los soldados, añadió: "No soy yo entre vosotros el que más teme la muerte; los presentes sabrán apreciar mi conducta y la tuya; si acaeciese algún revés, tú solo les serás responsable, y si los dejas, pasado mañana se verán juntos con los demás en los cuarteles vecinos para ser compañeros de su suerte, y no morir a hierro y hambre abandonados y apartados de los suyos."

XXXI. Levántanse con esto de la junta, y los principales se ponen de por medio y suplican a entrambos no aumenten el peligro de la situación con su discordia y empeño; cualquier partido que tomen, o de irse o de quedarse, saldrá bien si todos van a una; al contrario, si están discordes, se dan por perdidos. Durando la disputa hasta media noche, al cabo, rendido Cota, cede. Prevalece la opinión de Sabino. Publícase marcha para el alba. El resto de la noche pasan en vela, registrando cada uno su mochila, para ver qué podría llevar consigo, qué no, de los utensilios de los cuarteles. No parece sino que se discurren todos los medios de hacer peligrosa la detención, y aún más la marcha con la fatiga y el desvelo de los soldados. Venida la mañana, comienzan su viaje, en la persuasión de que no un enemigo, sino el mayor amigo suyo, Ambiórige, les había dado este consejo, extendidos en filas muy largas y con mucho equipaje.

XXXII. Los enemigos, que por la bulla e inquie-

tud de la noche barruntaron su partida, armadas dos emboscadas en sitio ventajoso y encubierto entre selvas, a distancia de dos millas estaban acechando el paso de los Romanos, y cuando vieron la mayor parte internada en lo quebrado de aquel hondo valle, al improviso se dejaron ver por el frente y espaldas picando la retaguardia, estorbando a la vanguardia la subida y forzando a los nuestros a pelear en el peor paraje.

XXXIII. Aquí vieras a Titurio, que nunca tal pensara, asustarse, correr acá y allá y ordenar las filas; pero todo como un hombre azorado que no sabe la tierra que pisa: que así suele acontecer a los que no se aconsejan hasta que se hallan metidos en el lance. Por el contrario, Cota, que todo lo tenía previsto y por eso se había opuesto a la salida, nada omitía de lo conducente al bien común, y, ya llamando por su nombre a los soldados, ya esforzándolos, ya peleando, hacía a un tiempo el oficio de capitán y soldado. Mas visto que, por ser las filas muy largas, con dificultad podían acudir a todas partes y dar las órdenes convenientes, publicaron una general para que, soltando las mochilas, se formasen en rueda, resolución que, si bien no es de tachar en semejante aprieto, produjo muy mal efecto, pues cuanto desalentó la esperanza de los nuestros, tanto mayor denuedo infundió a los enemigos, por parecerles que no se hacía esto sin extremos de temor y en caso desesperado. Además ocurrió que los soldados, como era regular, desamparaban en tropel sus banderas, y cada cual iba corriendo a su lío a sacar y recoger

hagan lo mismo. Durante la conferencia, mientras se trata de las condiciones y Ambiórix alarga de propósito la plática, cércanle poco a poco, y le matan. Entonces fué la grande algazara y el gritar descompasado, a su usanza, apellidando victoria, echándose sobre los nuestros y desordenándolos. Allí Lucio Cota pierde combatiendo la vida, con la mayor parte de los soldados. Los demás se refugian a los reales de donde salieron, entre los cuales, Lucio Petrosidio, alférez mayor, siendo acosado de un gran tropel de enemigos, tiró dentro del vallado el estandarte del águila, defendiendo a viva fuerza la entrada, hasta que cayó muerto. Los otros a duras penas sostuvieron el asalto hasta la noche, durante la cual todos, perdida la esperanza de salvarse, se dieron a sí mismos la muerte. Los pocos que de la batalla se escaparon, metidos entre los bosques, por caminos extraviados, llegan a los cuarteles de Tito Labieno, y le cuentan la tragedia.

XXXVIII. Engreído Ambiórix con esta victoria, marcha sin dilación con su caballería a los Aduátucos, confinantes con su reino, sin parar día y noche, y manda que le siga la infantería. Incitados los Aduátucos con la relación del hecho, al día siguiente pasa a los Nervios, y los exhorta a que no pierdan la ocasión de asegurar para siempre su libertad y vengarse de los Romanos por los ultrajes recibidos; póneles delante la muerte de dos legados, la matanza de gran parte del ejército, y lo fácil que era hacer lo mismo de la legión acuartelada con Cicerón, cogiéndola de sorpresa; él se ofrece a ayudarles en la

empresa. No le fué muy dicultoso persuadir a los Nervios.

XXXIX. Así que, despachando al punto correos a los Ceutrones, Grudios, Levacos, Pleumosios y Geidumnos, que son todos dependientes suyos, hacen las mayores levas que pueden, y de improviso vuelan a los cuarteles de Cicerón, que aún no tenía noticia de la desgracia de Titurio; conque no pudo precaver el que algunos soldados, esparcidos por las selvas en busca de leña y fagina, no fuesen sorprendidos con la repentina llegada de los caballos. Rodeados ésos, una gran turba de Eburones, Aduátucos y Nervios, con todos sus aliados y dependientes, empieza a batir la legión. Los nuestros a toda priesa toman las armas y montan las trincheras. Costó mucho sostenerse aquel día, porque los enemigos ponían toda su esperanza en la brevedad, confiando que, ganada esta victoria, para siempre quedarían vencedores.

XL. Cicerón al instante despacha cartas a César, ofreciendo grandes premios a los portadores, que son luego presos, por estar tomadas todas las sendas. Por la noche, del maderaje acarreado para fortificarse levantan ciento veinte torres con presteza increíble, y acaban de fortificar los reales. Los enemigos al otro día los asaltan con mayor golpe de gente, y llenan el foso. Los nuestros resisten como el día precedente, y así prosiguen en los consecutivos, no cesando de trabajar noches enteras hasta los enfermos y heridos. De noche se apresta todo lo necesario para la defensa del otro día. Se hace preven-

ción de cantidad de varales tostados a raigón y de garrochones, fórmanse tablados en las torres, almenas y parapetos de zarzos entretejidos. El mismo Cicerón, aunque de complexión delicadísima, no reposaba un punto ni aun de noche; tanto, que fué necesario que los soldados con instancias y clamores le obligasen a mirar por sí.

XLI. Entonces los jefes y personas de autoridad entre los Nervios, que tenían alguna cabida y razón de amistad con Cicerón, dicen que quieren abocarse con él. Habida licencia, repiten la arenga de Ambiórix a Titurio: "Estar armada toda la Galia; los Germanos, de esta parte del Rhin; los cuarteles de César y de los otros, sitiados. Añaden lo de la muerte de Sabino. Pónenle delante a Ambiórix (1), para que no dude de la verdad. Dicen ser gran desatino esperar socorro alguno de aquellos que no pueden valerse a sí mismos. Protestan, no obstante, que, por el amor que tienen a Cicerón y al pueblo romano, sólo se oponen a que invernen dentro de su país y a que esta costumbre tome arraigo; que por ellos bien pueden salir libres de los cuarteles y marchar seguros a cualquiera otra parte." La única respuesta de Cicerón a todo esto fué: "no ser costumbre del pueblo romano recibir condiciones del enemigo armado. Si dejan las armas, podrán servirse de su mediación y enviar embajadores a César; que, según es de benigno, espera lograrán lo que pidieren."

(1) Poco antes amigo de César y obligado con tantos beneficios; ahora enemigo declarado y cabeza de los rebeldes.

XLII. Los Nervios, viendo frustradas sus ideas, cercan los reales con un bastión de nueve pies, y su foso de quince. Habían aprendido esto de los nuestros con el trato de los años antecedentes, y no dejaban de tener soldados prisioneros que los instruyesen. Mas como carecían de las herramientas necesarias, les era forzoso cortar los céspedes con la espada, sacar la tierra con las manos y acarrearla en los sayos. De lo cual se puede colegir el gran gentío de los sitiadores, pues en menos de tres horas concluyeron una fortificación de diez millas de circuito; y los días siguientes, mediante la dirección de los mismos prisioneros, fueron levantando torres de altura igual a nuestras barreras y fabricando guadañas y galápagos.

XLIII. Al día séptimo del cerco, soplando un viento recio, empezaron a tirar con hondas bolas de arcilla caldeadas y dardos encendidos a las barracas, que, al uso de la Galia, eran pajizas. Prendió al momento en ellas el fuego, que con la violencia del viento se extendió por todos los reales. Los enemigos, cargando con grande algazara, como seguros ya de la victoria, van arrimando las torres y galápagos, y empiezan a escalar el vallado. Mas fué tanto el valor de los soldados, tal su intrepidez, que, sintiéndose chamuscar por todos lados y oprimir de una horrible lluvia de saetas, viendo arder todos sus ajuares y alhajas, lejos de abandonar nadie su puesto, ni aun casi había quien atrás mirase; antes, por lo mismo, peleaban todos con mayor brío y coraje. Penosísimo, sin duda, fué este día para los

nuestros, pero se consiguió hacer grande estrago en los enemigos, por estar apiñados al pie del vallado mismo, ni dar los últimos lugar de retirarse a los primeros. Cediendo un tanto las llamas, como los enemigos arrimasen por cierta parte una torre hasta pegarla con las trincheras, los centuriones de la tercera cohorte hicieron lugar, retirándose atrás con todos los suyos, y con ademanes y voces empezaron a provocarlos a entrar si querían; pero nadie osó aventurarse. Entonces los Romanos, arrojando piedras, los derrocaron y les quemaron la torre.

XLIV. Había en esta legión dos centuriones muy valerosos, Tito Pulio y Lucio Voreno, a punto de ser promovidos al primer grado. Andaban éstos en continuas competencias sobre quién debía ser preferido, y cada año con la mayor emulación se disputaban la precedencia. Pulio, uno de los dos, en el mayor ardor del combate, al borde de las trincheras: "¿Por qué vacilas, dice, oh Voreno? ¿O a cuándo aguardas a mostrar tu valentía? Este día decidirá nuestras competencias." En diciendo esto, salta las barreras y embiste al enemigo por la parte más fuerte. No se queda atrás Voreno, sino que, temiendo la censura de todos, síguele a corta distancia. Pulio, a corta distancia del enemigo, arroja su lanza, y pasa de parte a parte a uno que se adelantó, el cual, herido y muerto, es amparado con los escudos de los suyos, y todos revuelven contra Pulio, cerrándole el paso. Atraviésanle la rodela, y queda clavado el estoque en el tahalí. Esta desgracia le desvió de suerte la vaina, que, por mucho que forcejaba, no

podía sacar la espada, y en esta maniobra le cercan los enemigos. Acude a su defensa el competidor Voreno, y socórrele en el peligro. Al punto vuelve contra estotro el escuadrón sus tiros, dando a Pulio por muerto de la estocada. Aquí Voreno, espada en mano, arrójase a ellos, bátese cuerpo a cuerpo, y matando a uno, hace retroceder a los demás. Yendo tras ellos con demasiado coraje, resbala cuesta abajo, y da consigo en tierra. Pulio, que lo vió rodeado de enemigos, corre a su vez a librarle, y al fin ambos, sanos y salvos, después de haber muerto a muchos, se restituyen a los reales cubiertos de gloria. Así la fortuna en la emulación y en la contienda guió a entrambos, defendiendo el un émulo la vida del otro, sin que pudiera decirse cuál de los dos mereciese en el valor la primacía.

XLV. Cuanto más se agravaba cada día la fiereza del asedio, principalmente por ser muy pocos los defensores, estando gran parte de los soldados postrados de las heridas, tanto más se repetían correos a César, de los cuales algunos eran cogidos y muertos a fuerza de tormentos a vista de los nuestros. Había en nuestro cuartel un noble Nervio, llamado Verticón, que había desertado al primer encuentro y dado a Cicerón pruebas de su lealtad. Este tal persuade a un su esclavo, prometiéndole la libertad y grandes galardones, que lleve una carta a César. El la acomoda en su lanza (1), y, como Galo,

(1) Probablemente, colocándola entre la madera y el hierro del arma.

atravesando por entre los Galos sin la menor sospecha, la pone al fin en manos de César. Por ella vino a saber el peligro de Cicerón y de su legión.

XLVI. Recibida esta carta a las once del día, despacha luego aviso al cuestor Marco Craso, que tenía sus cuarteles en los Bellovacos, a distancia de veinticinco millas, mandándole que se ponga en camino a media noche con su legión y venga a toda priesa. Pártese Craso al aviso. Envía otro al legado Cayo Fabio, que conduzca la suya a la frontera de Artois, por donde pensaba él hacer su marcha. Escribe a Labieno que, si puede buenamente, se acerque con su legión a la frontera de los Nervios. No le pareció aguardar lo restante del ejército, por hallarse más distante. Saca de los cuarteles inmediatos hasta cuatrocientos caballos.

XLVII. A las tres de la mañana supo de los batidores la venida de Craso. Este día caminó veinte millas. Da el gobierno de Samarobriva, con una legión, a Craso, porque allí quedaba todo el bagaje, los rehenes, las escrituras públicas y todo el trigo acopiado para el invierno. Fabio, conforme a la orden recibida, sin detenerse mucho, le sale al encuentro en el camino. Labieno, entendida la muerte de Sabino y el destrozo de sus cohortes, viéndose rodeado de todas las tropas Trevirenses, temeroso de que si salía como huyendo de los cuarteles no podría sostener la carga del enemigo, especialmente sabiendo que se mostraba orgulloso con la recién ganada victoria, responde a César representando el gran riesgo que correría la legión si se movía; es-

críbele por menor lo acaecido en los Eburones, y añade que a tres millas de su cuartel estaban acampados los Trevirenses con toda la infantería y caballería.

XLVIII. César, pareciéndole bien esta resolución, aunque de tres legiones con que contaba se veía reducido a dos, sin embargo, en la presteza ponía todo el buen éxito. Entra, pues, a marchas forzadas por tierras de los Nervios. Aquí le informan los prisioneros del estado de Cicerón y del aprieto en que se halla. Sin perder tiempo, con grandes promesas persuade a uno de la caballería galicana que lleve a Cicerón una carta. Iba ésta escrita en griego, con el fin de que, si la interceptaban los enemigos, no pudiesen entender nuestros designios; previénele que si no puede dársela en su mano la tire dentro del campo atada con la coleta de un dardo. El contenido era: "que presto le vería con sus legiones", animándole a perseverar en su primera constancia. El Galo, temiendo ser descubierto, tira el dardo, según la instrucción. Este, por desgracia, quedó clavado en una torre, sin advertirlo los nuestros por dos días. Al tercero reparó en él un soldado, que lo alcanzó y trajo a Cicerón, quien después de leída la publicó a todos, llenándolos de grandísimo consuelo. En esto se divisaban ya las humaredas a lo lejos, con que se aseguraron totalmente de la cercanía de las legiones.

XLIX. Los Galos, sabida esta novedad por sus espías, levantan el cerco, y con todas sus tropas, que se componían de sesenta mil hombres, van sobre Cé-

sar. Cicerón, valiéndose de esta coyuntura, pide a Verticón, aquel Galo arriba dicho, para remitir con él otra carta a César, y le encarga haga el viaje con toda cautela y diligencia; decía en la carta cómo los enemigos, alzando el sitio, habían revuelto contra él todas las tropas. Recibida esta carta cerca de la media noche, la participa César a los suyos y los esfuerza para la pelea. Al día siguiente, muy temprano, mueve su campo, y habiendo avanzado cerca de cuatro millas, descubre la gente del enemigo, que asomaba por detrás de un valle y de un arroyo. Era cosa muy arriesgada combatir con tan exigua tropa en paraje menos ventajoso; comoquiera, certificado ya de que Cicerón estaba libre del asedio, y, por tanto, no era menester apresurarse, hizo alto, atrincherándose lo mejor que pudo, según la calidad del terreno; y aunque su ejército ocupaba bien poco, que apenas era de siete mil hombres, y ésos sin ningún equipaje, todavía lo reduce a menor espacio, estrechando todo lo posible las calles de entre las tiendas (1), con la mira de hacerse más y más despreciable al enemigo. Entretanto despacha por todas partes batidores a descubrir el sendero más seguro por donde pasar aquel valle.

L. Este día, sin hacer más que tal cual ligera escaramuza de los caballos junto al arroyo, unos y otros se estuvieron quedos en sus puestos: los Galos, porque aguardaban mayores refuerzos, que aún

(1) Las de los reales romanos eran ordinariamente de cincuenta y aun de cien pasos en ancho, con que se podían estrechar mucho en las ocurrencias.

no se habían juntado; César, por si pudiese con muestras de temor atraer al enemigo a esta banda del valle y darle la batalla sin mudar de terreno, delante de las trincheras; donde no, sendereada la ruta, pasar el valle y el arroyo con menos riesgo. La mañana siguiente, la caballería enemiga se acerca a los reales, y trábase con la nuestra. César de intento la manda cejar y retirarse adentro; manda juntamente alzar más la estacada, tapiar las puertas y ejecutar todo esto con grandísimo atropellamiento y apariencias de miedo.

LI. Estimulados con eso los enemigos, pasan su ejército, y se apuestan en mal sitio; y viendo a los nuestros retirarse aún de las mismas barreras, dan un avance, y arrojando de todas partes dardos dentro de las trincheras, a voz de pregonero publican por todos los cantones: "Que cualquiera, sea galo, sea romano, tiene libertad antes de la hora tercia (1) para pasarse a su campo; después de este plazo no habrá más recurso." Y llegó a tanto su menosprecio, que, creyendo no poder forzar las puertas, tapiadas sólo en la apariencia con una somera capa de césped, empezaron unos a querer aportillar el cercado con las manos, otros a llenar los fosos. Entonces César, abiertas todas las puertas, hace una salida, y soltando a la caballería, al punto pone en fuga a los enemigos, de suerte que ni uno solo hizo la menor resistencia, con que mató a muchos de ellos y desarmó a todos.

---

(1) Según nuestra cuenta, *a las nueve de la mañana.*

LII. No atreviéndose a perseguirles a causa de los bosques y pantanos intermedios y porque se le representaba que ya no tendría ocasión de causarles ni el más pequeño daño, se encaminó al campamento de Cicerón, adonde llegó aquel mismo día, sin pérdida de un solo hombre. Ve con asombro los torreones, galápagos y fortificaciones de los enemigos. Y hecha la revista de la legión, halla que de diez ni uno estaba sin herida, de lo cual infiere en qué conflicto se vieron y con qué valor se portaron. A Cicerón y a sus soldados hace los merecidos elogios; saluda por su nombre uno a uno a los centuriones y tribunos, de cuyo singular valor estaba bien informado por Cicerón. Cerciórase por los prisioneros de la desgracia de Sabino y Cota. El día inmediato, en presencia del ejército, la cuenta por extenso, consolando y animando a los soldados con decirles que deben sufrir con paciencia este descalabro, únicamente ocasionado por culpa y temeridad del legado, ya que quedaba vengado por beneficio de los dioses inmortales y su propio valor, aguándoseles tan presto a los enemigos el gozo, como quedaba remediado para ellos el motivo de sentimiento.

LIII. La fama, en tanto, de la victoria de César vuela con increíble velocidad por los Remenses a Labieno, pues distando cincuenta millas de los cuarteles de Cicerón, donde César entró después de las nueva del día, se oyó antes de media noche a la puerta de los reales el alborozo de los Remenses, que aclamaban la victoria con parabienes a Labieno. Divulgada esta noticia entre los Trevirenses, Indu-

ciomaro, que había resuelto asaltar el día siguiente los reales de Labieno, huye aquella noche con todas sus tropas a Tréveris. César hace que Fabio, con la legión, vuelva a sus cuarteles de invierno; él, con tres de ellas, determina invernar en las inmediaciones de Samarobriva en tres distintos alojamientos, y, a causa de tantas sublevaciones de la Galia, mantenerse a la frente del ejército todo aquel invierno, porque con la nueva del desastre de Sabino casi todos los pueblos de la Galia trataban de guerra, despachando mensajes y embajadas por todas partes, con el fin de averiguar cómo pensaban los otros y por dónde se daría principio al rompimiento; tenían sus juntas a deshoras de noche y en parajes ocultos. Ni hubo día en todo aquel invierno que no fuese de algún cuidado para César, recibiendo continuos avisos de los proyectos y alborotos de los Galos. Uno de ellos le comunicó el legado Lucio Roscio, a quien había dado el mando de la legión décimatercia, y fué que los pueblos llamados Armóricos habían levantado un grueso ejército con fin de atacarle, y ya no distaban de sus cuarteles sino solas ocho millas, cuando, sabida la noticia de la victoria de César, se retiraron tan apresuradamente, que más parecía fuga que no retirada.

LIV. Sin embargo, César, llamando ante sí los principales de cada nación, metiendo a unos miedo con darles a entender que sabía todas sus tramas, y amonestando a otros, tuvo a raya gran parte de la Galia. Todavía los de Sens, república de las primeras entre los Galos en poder y autoridad, intentaron

unidos matar a Cavarino, que César les había dado por rey, cuyo hermano, Moritasgo, lo era cuando César vino a la Galia, como lo habían sido antes sus abuelos. Como él lo barruntase y escapase, lo fueron persiguiendo hasta echarle de su casa y reino, y enviando embajada a César a fin de disculparse, mandando éste comparecer ante sí el Senado, no le obedecieron. Tanta impresión hizo en estos bárbaros el ejemplo de los autores de la rebelión, y trocó tanto sus voluntades, que, fuera de los Eduos y Remenses, a quienes César trató siempre con distinción, a aquéllos por su antigua y constante fidelidad al pueblo romano, a éstos por sus buenos oficios en la guerra presente, casi no quedó ciudad de quien podernos fiar. Lo que, bien mirado, quizá no debe causar maravilla, así por otros varios motivos como principalmente porque una nación tenida por superior a todas en la gloria militar, a más de haberla perdido, sentía en el alma verse súbdita de los Romanos.

LV. Lo cierto es que Induciomaro y los Trevirenses emplearon todo el invierno en despachar embajadas a la otra parte del Rhin, ganar los pueblos y prometer dineros, asegurándoles ser poquísimos los nuestros, destrozada ya la mayor parte del ejército. Mas no por eso pudieron persuadir a ninguno a pasar el Rhin, respondiendo todos que, habiéndoles ya salido mal dos veces, en la guerra de Ariovisto y en la transmigración de los Tencteros, no querían aventurarse la tercera. Sin embargo de estas repulsas, Induciomaro empezó a juntar gente de los suyos y de los confinantes, aparejar caballos y enganchar

con grandes promesas a los bandidos y proscritos de la Galia. Y con estas artes se había granjeado tanto crédito en la nación, que le venían embajadas de todas partes a nombre de comunidades y particulares solicitando su gracia y amistad.

LVI. Cuando él se vió buscado, y que por una parte los de Sens y de Chartres andaban despechados por el remordimiento de su atentado, que por otro los Nervios y Aduátucos se armaban contra los Romanos, y que no le faltarían tampoco regimientos de voluntarios si una vez salía a campaña, convoca una junta general de gente armada. Tal es la usanza de los Galos en orden a emprender la guerra: obligan por ley a todos los mozos a que se presenten armados, y al que llega el último, a la vista de todo el concurso, descuartízanlo. En esta junta Induciomaro hace declarar enemigo de la patria y confiscar los bienes a Cingetórige, su yerno, cabeza del bando contrario, el cual, como se ha dicho, siempre se mantuvo fiel a César. Concluído este auto, publica en la junta cómo venía llamado de los de Sens y Chartres y de otras varias ciudades de la Galia; que pensaba dirigir allá su marcha por el territorio remense, talando sus campos, y antes de esto forzar las trincheras de Labieno, para lo cual da sus órdenes.

LVII. Labieno, estando como estaba en puesto muy bien fortificado por naturaleza y arte, ninguna pena le daba el peligro de su persona y de la legión; andaba, sí, cuidadoso de no perder ocasión de algún buen lance. En consecuencia, informado por Cingetórige y sus allegados del discurso de Induciomaro

en el congreso, envía mensajeros a los pueblos comarcanos pidiendo soldados de a caballo y que vengan sin falta para tal día. Entretanto Induciomaro casi diariamente andaba girando alderredor de los reales con toda su caballería, ya para observar el sitio, ya para trabar conversación o poner espanto. Los soldados, al pasar todos, de ordinario tiraban sus dardos dentro del cercado. Labieno tenía a los suyos encerrados en las trincheras, y procuraba por todos los medios aumentar en el enemigo el concepto de su miedo.

LVIII. Mientras de día en día prosigue con mayor avilantez Induciomaro insultando al campo, una noche Labieno, introducido todo el cuerpo de caballería congregado de la comarca, dispuso con tanta cautela las guardias para tener quietos dentro a los suyos, que por ninguna vía pudo traslucirse ni llegar a los Trevirenses la noticia de este refuerzo. Induciomaro en tanto viene a los reales, como solía cotidianamente, y gasta en eso gran parte del día. La caballería hizo su descarga de flechas, y con grandes baldones desafían a nuestro campo. Callando los nuestros a todo, ellos, cuando les pareció, al caer del día se van desparramados y sin orden. Entonces Labieno suelta toda la caballería por dos puertas, mandando expresamente que, al ver asustados y puestos en huída los enemigos, lo que sucedería infaliblemente como sucedió, todos asestasen a solo Induciomaro, sin herir a nadie hasta ver a éste muerto; que no quería que, deteniéndose con otros, él, aprovechándose de la ocasión, escapase.

Promete grandes premios al que le mate, y destaca parte de la legión para sostener a la caballería. La fortuna favorece la traza de Labieno, pues yendo todos tras de solo Induciomaro, preso al vadear un río (1), es muerto, y su cabeza traída en triunfo a los reales. La caballería de vuelta persigue y mata a cuantos puede. Con esta noticia, todas las tropas armadas de Eburones y Nervios se disipan, y después de este suceso logró César tener más sosegada la Galia.

---

(1) Es el Mosa, que separa los *Trevirenses* de los *Remenses*, donde invernaba Labieno.

LIBRO SEXTO

I. Recelándose César por varios indicios de mayor revolución en la Galia, trata de reclutar nuevas tropas por medio de sus legados Marco Silano, Cayo Antistio Regino y Tito Sextio; pide asimismo al procónsul Cneo Pompeyo, pues que por negocios de la república se hallaba mandando cerca de Roma (1), ordenase a los soldados que en la Galia Cisalpina había alistado mediante juramento (2) siendo cónsul, acudiesen a sus banderas y viniesen a juntarse con él, juzgando importar mucho, aun para en adelante, que la Galia entendiese ser tanto el poder de Italia, que si alguna pérdida padecía en la guerra, no sólo era capaz de resarcirla presto, sino también de sobreponerse a ella. En efecto, satisfaciendo Pompeyo a la petición de César como celoso del bien público y buen amigo, llenando su comisión prontamente los legados, completas tres legiones y conducidas antes de acabarse el invierno, doblado el nú-

(1) No podía entrar en ella, según el fuero romano, por estar nombrado procónsul de las Españas.

(2) Se refiere al segundo consulado de Pompeyo en 699-55.

mero de las cohortes que perecieron con Titurio, hizo ver, no menos por la presteza que por los refuerzos, hasta dónde llegaban los fondos de la disciplina y potencia del pueblo romano.

II. Muerto Induciomaro, como se ha dicho, los Trevirenses dan el mando a sus parientes. Estos no pierden ocasión de solicitar a los Germanos y ofrecer dineros. No pudiendo persuadir a los vecinos, van tierra adentro. Ganados algunos, hacen que los pueblos presten juramento, y para seguridad de la paga les dan fiadores (1), haciendo liga con Ambiórix. Sabido esto, César, viendo por todas partes aparatos de guerra; Nervios, Aduátucos y Menapios, juntamente con todos los Germanos de esta parte del Rhin, armados; no venir los de Sens al emplazamiento, sino coligarse con los Chartreses y rayanos, y los Germanos instigados con repetidos mensajes de los Trevirenses, determinó salir cuanto antes a campaña.

III. En consecuencia, sin esperar al fin del invierno, a la frente de cuatro legiones las más inmediatas, entra por tierras de los Nervios, y antes que pudiesen o apercibirse o escapar, habiendo tomado gran cantidad de ganados y personas y repartido entre los soldados, gastados sus campos, los obligó a entregarse y darle rehenes. Concluído con brevedad este negocio, remitió las legiones a sus cuarteles de invierno. En la primavera, llamando a Cortes

(1) Los Trevirenses a las comunidades atraídas con promesas de dinero a su partido.

de la Galia, según lo tenía pensado, y asistiendo todos menos los de Sens, de Chartres y Tréveris, persuadido a que tal proceder era lo mismo que rebelarse y declarar la guerra, y queriendo mostrar que todo lo posponía a esto, trasladó las Cortes a París. Su distrito confinaba con el de Sens, y en tiempos pasados estaban unidos los dos; pero se creía que no había tenido parte en esta conjuración. Intimada la traslación desde el solio, en el mismo día se puso en camino para Sens, acompañado de las legiones, y a grandes jornadas llegó allá.

IV. Luego que Acón, autor de la conjura, supo su venida, manda que todos se recojan a las fortalezas. Mientras se disponen, antes de poderlo ejecutar, viene la noticia de la llegada de los Romanos, con que por fuerza mudan de parecer: envían diputados a excusarse con César, y ponen por mediadores a los Eduos, sus antiguos protectores. César, a petición de ellos, les perdona de buena gana y admite sus disculpas, atento que se debía emplear el verano en la guerra inminente, y no en averiguaciones. Multándolos en cien rehenes, se los entrega a los Eduos en custodia. También los de Chartres envían allá embajadores y rehenes, valiéndose de la intercesión de los Remenses, sus patronos, y reciben la misma respuesta de César, que cierra las Cortes, mandando a las ciudades contribuir con gente de a caballo.

V. Sosegada esta parte de la Galia, todas sus miras y atenciones se dirigen a la expedición contra los Trevirenses y Ambiórix. Da orden a Cavarino que le siga con la brigada de Sens, para evitar las

pendencias que podrían originarse, o del enojo de éste, o del odio que se había acarreado de sus ciudadanos. Arreglado esto, teniendo por cierto que Ambiórix no se arriesgaría a una batalla, andaba indagando cuáles eran sus ideas. Los Menapios, vecinos a los Eburones, cercados de lagunas y bosques, eran los únicos que nunca trataron de paz con César. No ignoraba tener con ellos Arbiórix derecho de hospedaje y haber también contraído amistad con los Germanos por medio de los Trevirenses. Parecióle, por tanto, privarle ante todas cosas de estos recursos, no fuese que, o desesperado se guareciese entre los Menapios, o se viese obligado a unirse con los Germanos de la otra parte del Rhin. Con este fin remite a Labieno los bagajes de todo el ejército con la escolta de dos legiones, y él, con cinco, a la ligera marcha contra los Menapios. Estos, sin hacer gente alguna, fiados en la fortaleza del sitio, se refugian entre los sotos y lagos con todos sus haberes.

VI. César, repartiendo sus tropas con el legado Cayo Fabio y el cuestor Marco Craso, formados de pronto unos pontones, acomete por tres partes, quema caserías y aldeas, y coge gran porción de ganado y gente. Con cuya pérdida forzados los Menapios, le despachan embajadores pidiendo paz. El, recibidos rehenes en prendas, protesta que los tratará como a enemigos si dan acogida en su país o a la persona de Ambiórix o a sus legados. Ajustadas estas cosas, deja en los Menapios a Comio el de Artois con su caballería para tenerlos a raya, y él toma el camino de Tréveris.

VII. En esto los Trevirenses, con un grueso ejército de infantes y caballos, se disponían a sorprender a Labieno, que con una legión sola invernaba en su comarca. Y ya estaban a dos jornadas no más de él, cuando tienen noticia de las dos legiones enviadas por César. Con eso, acampándose a quince millas de distancia, determinan aguardar los socorros de Germania. Labieno, calado el intento de los enemigos, esperando que su arrojo de ellos le presentaría ocasión de pelear con ventaja, dejadas cinco cohortes en guardia de los bagajes, él, con veinticinco y buen golpe de caballería, marcha contra el enemigo, y a una milla de distancia fortifica su campo. Mediaba entre Labieno y el enemigo un río (1) de difícil paso y de riberas escarpadas. Ni él pensaba en atravesarlo, ni creía tampoco que los enemigos lo pasasen. Creciendo en éstos cada día la esperanza de pronto socorro, dice Labieno en público: "Que supuesto corren voces de que los Germanos están cerca, no quiere aventurar su persona ni el ejército, y que al amanecer del día siguiente alzará el campo." Al punto dan parte de esto al enemigo, que, como había tantos Galos en la caballería, algunos, llevados del afecto nacional, favorecían su partido. Labieno por la noche, llamando a los tribunos y centuriones principales, les descubre lo que pensaba hacer, y a fin de confirmar a los enemigos en la sospecha de su miedo, manda mover las tropas con mayor estruendo y batahola de lo que ordinaria-

(1) Ya se ha dicho que era el Mosa.

mente se usa entre los Romanos. Así hace que *la* marcha tenga apariencias de huída. También de esto avisan sus espías a los enemigos antes del alba, estando como estaban tan cercanos a nuestras tiendas.

VIII. No bien nuestra retaguardia había desfilado de las trincheras, cuando los Galos unos a otros se convidan a no soltar la presa de las manos; ser por demás, estando intimidados los Romanos, esperar el socorro de los Germanos, y, contra su decoro, no atreverse con tanta gente a batir un puñado de hombres, y ésos fugitivos y embarazados. En resolución, atraviesan el río y traban batalla en lugar harto desfavorable. Labieno, que lo había adivinado, llevando adelante su estratagema, caminaba lentamente hasta tenerlos a todos de esta parte del río. Entonces, enviando algún trecho adelante los bagajes y colocándolos en un ribazo: "He aquí, dice, oh soldados, la ocasión que tanto habéis deseado: tenéis al enemigo empeñado en paraje donde no puede revolverse; mostrar ahora bajo mis órdenes el esfuerzo de que habéis dado ya tantas pruebas a nuestro jefe; haced cuenta que se halla él aquí presente y os está mirando." Dicho esto, manda volver las armas contra el enemigo, y destacando algunos caballos para resguardo del fardaje, con los demás cubre los flancos. Los nuestros súbitamente, alzando un grande alarido, disparan sus dardos contra los enemigos. Estos, cuando impensadamente vieron venir contra sí a banderas desplegadas a los que suponían fugitivos, ni aun sufrir pudieron su carga, y vueltas al primer choque las espaldas, huyeron a

los bosques cercanos; mas alcanzándolos Labieno con su caballería, mató a muchos, prendió a varios, y en pocos días recobró todo el país. Porque los Germanos que venían de socorro, sabida la desgracia, se volvieron a sus casas, yendo tras ellos los parientes de Induciomaro, que, como autores de la rebelión, abandonaron su patria. El señorío y gobierno recayó en Cingetórige, que, según va declarado, siempre se mantuvo leal a los Romanos.

IX. César, llegado a Tréveris después de la expedición de los Menapios, determinó pasar el Rhin, por dos razones: la primera, porque los Germanos habían enviado socorros a los Trevirenses; la segunda, porque Ambiórix no hallase acogida en sus tierras. Con esta resolución, da orden de tirar un puente poco más arriba del sitio por donde la otra vez transportó el ejército. Instruídos ya de la traza y modo los soldados, a pocos días, con su gran esmero, dieron concluída la obra. César, puesta buena guarnición en el puente por la banda de Tréveris para precaver toda sorpresa, pasa las demás tropas y caballería. Los Ubios, que antes le habían dado rehenes y la obediencia, por sincerarse le despachan embajadores, protestando no haber concurrido al socorro de los Trevirenses ni violado la fe; por tanto, le suplican rendidamente no los maltrate ni los envuelva en el odio común de los Germanos, castigando a los inocentes por los culpados; que si quiere más rehenes, están prontos a darlos. Averiguado el hecho, se certifica de que los Suevos fueron los que prestaron los socorros; conque recibe a

los Ubios en su gracia, y se informa de los caminos por donde se podía entrar en la Suevia.

X. En esto, a pocos días le avisan los Ubios cómo los Suevos iban juntando todas sus tropas en un lugar, obligando a las naciones sujetas a que acudiesen con sus gentes de a pie y de a caballo. Conforme a estas noticias, hace provisión de granos, y asienta sus reales en sitio ventajoso. Manda a los Ubios recoger los ganados y todas sus haciendas de los campos a poblado, esperando que los Suevos, como gente ruda y sin disciplina, forzados de la penuria de alimentos, se resolverían a pelear, aun siendo desigual el partido. Encarga que por medio de frecuentes espías averigüen cuanto pasa en los Suevos. Hacen ellos lo mandado, y después de algunos días vienen con la noticia de que los Suevos, desde que supieron de cierto la venida de los Romanos, con todas sus tropas y las auxiliares se habían retirado tierra adentro a lo último de sus confines, donde se tiende una selva interminable llamada Bacene, que, puesta por naturaleza como por barrera entre los Suevos y Queruscos, los defiende recíprocamente para que no se hagan mal ni daño los unos a los otros; que a la entrada de esta selva tenían determinado los Suevos aguardar a los Romanos.

XI. Mas ya que la ocasión se ha ofrecido, no será fuera de propósito describir las costumbres de la Galia y la Germania y la diferencia que hay entre ambas naciones. En la Galia no sólo los Estados, partidos y distritos están divididos en bandos, sino también cada familia. De estos bandos son ca-

bezas los que, a juicio de los otros, se reputan por hombres de mayor autoridad, a cuyo arbitrio y prudencia se confía la decisión de todos los negocios y deliberaciones. Lo que a mi ver establecieron los antiguos con el fin de que a ningún plebeyo faltase amparo contra los poderosos, pues quien es cabeza de partido no permite que sus parciales sean oprimidos o calumniados, y si así no lo hace, pierde todo el crédito entre los suyos. Esta misma práctica se observaba en el gobierno de toda la Galia, cuyas provincias están todas divididas en dos facciones.

XII. Cuando César vino a la Galia, de la una eran jefes los Eduos, y los Sequanos de la otra. Estos, reconociéndose inferiores, porque de tiempo antiguo los Eduos los sobrepujaban en autoridad y en número de vasallos, se coligaron con los Germanos y Ariovisto, empeñándolos en su partido a costa de grandes dádivas y promesas. Con eso, ganadas varias victorias y degollada toda la nobleza de los Eduos, vinieron a tal pujanza, que les quitaron gran parte de los vasallos, y los obligaron a dar en prendas los hijos de los principales y a jurar solemnemente que nunca emprenderían cosa en perjuicio de los Sequanos; a la sazón poseían una porción del territorio confinante, que ocuparon por fuerza, con el principado de toda la Galia. Esta fué la causa que obligó a Diviciaco a ir a Roma a pedir auxilio al Senado, si bien no le obtuvo. Trocáronse con la venida de César las suertes: restituyéronse a los Eduos sus rehenes, recobrados los antiguos vasallos

y adquiridos otros nuevos por el favor de César, pues veían que los que se aliaban con ellos mejoraban de condición y de gobierno; distinguidos y privilegiados en todo los Eduos, perdieron los Sequanos el principado. En su lugar sucedieron los Remenses, que, como privaban igualmente con César, los que por enemistades envejecidas no podían avenirse con los Eduos, se hicieron del bando de los Remenses, los cuales procuraban protegerlos con todo empeño. Así sostenían la nueva dignidad a que de repente habían subido. La cosa, por fin, estaba en términos que los Eduos gozaban, sin disputa, el primer lugar, y el segundo los Remenses.

XIII. En toda la Galia dos son los estados de personas de que se hace alguna cuenta y estimación. Los plebeyos son mirados como esclavos, que por sí nada emprenden, ni son jamás admitidos a consejo. Los más, en viéndose adeudados o apremiados del peso de los tributos o de la tiranía de los poderosos, se dedican al servicio de los nobles, que con ellos ejercitan los mismos derechos que los señores con sus esclavos. De los dos estados, uno es el de los druidas, el otro de los caballeros. Aquéllos atienden al culto divino, ofrecen los sacrificios públicos y privados, interpretan los misterios de la religión. A su escuela concurre gran número de jóvenes a instruirse. El respeto que les tienen es grande. Ellos son los que sentencian casi todos los pleitos del común y de los particulares; si algún delito se comete, si sucede alguna muerte, si hay disensión sobre herencia o sobre linderos, ellos son los que deci-

den: determinan los premios y los castigos; cualquiera persona, ora sea privada, ora pública, que no se rinde a su sentencia, es excomulgada, que para ellos es la pena más grave. Los tales excomulgados se miran como impíos y facinerosos; todos se esquivan de ellos, rehuyendo su encuentro y conversación, por no contaminarse; no se les hace justicia por más que la pidan, ni se les fía cargo alguno honroso. A todos los druidas preside uno con autoridad suprema. Muerto éste, le sucede quien a los demás se aventaja en prendas. En caso de haber muchos iguales, se hace la elección por votos de los druidas, y más de una vez se disputan la primacía a mano armada. En cierta estación del año se congregan en el país de Chartres, tenido por centro de toda la Galia, en un lugar sagrado. Aquí concurren todos los que tienen pleitos y están a sus juicios y decisiones. Créese que la tal ciencia fué inventada en Bretaña y trasladada de allí a la Galia. Aun hoy día, los que quieren saberla a fondo van allá por lo común a estudiarla.

XIV. Los druidas no suelen ir a la guerra, ni pagan tributos, como los demás; están exentos de la milicia y de toda clase de obligaciones. Con el atractivo de tantos privilegios, son muchos los que se dedican a esta profesión, unos por inclinación propia, otros por destino de sus padres y parientes. Dícese que allí aprenden gran número de versos. Así es que algunos gastan los veinte años en la escuela. No tienen por lícito escribir lo que aprenden, no obstante que casi en todo lo demás de negocios

públicos y particulares se sirven de caracteres griegos. Por dos causas, según yo pienso, han establecido esta ley, porque ni quieren divulgar su doctrina, ni tampoco que los estudiantes, fiados en los escritos, descuiden en el ejercicio de la memoria, lo que suele acontecer a muchos, que, teniendo a mano los libros, aflojan en el ejercicio de aprender y retener las cosas en la memoria. Esméranse, sobre todo, en persuadir la inmortalidad de las almas y su transmigración de unos cuerpos a otros, cuya creencia juzgan ser grandísimo incentivo para el valor, poniendo aparte el temor de la muerte. Otras muchas cosas disputan y enseñan a la juventud acerca de los astros y su movimiento, de la magnitud del orbe terrestre, de la naturaleza de las cosas, del poder y soberanía de los dioses inmortales.

XV. El segundo estado es de los caballeros. Todos éstos salen a campaña siempre que lo pide el caso u ocurre alguna guerra (y antes de la venida de César ocurría casi todos los años, ya fuese ofensiva, ya defensiva), y cuanto uno es más noble y rico, tanto mayor acompañamiento lleva de dependientes y criados (1), lo cual tiene por único distintivo de su grandeza y poder.

XVI. Toda la nación de los Galos es supersticiosa en extremo, y, por esta causa, los que padecen enfermedades graves y se hallan en batallas y peligros, o sacrifican hombres, o hacen voto de sacrifi-

(1) *Ambactos clientesque:* Los *ambacti* ocupaban una posición intermedia entre los *esclavos* y *clientes*.

carlos, para cuyos sacrificios se valen del ministerio de los druidas, persuadidos a que no se puede aplacar la ira de los dioses inmortales en orden a la conservación de la vida de un hombre si no se hace ofrenda de la vida de otro; y por pública ley tienen ordenados sacrificios de esta misma especie. Otros forman de mimbres entretejidos ídolos colosales, cuyos huecos llenan de hombres vivos, y pegando fuego a los mimbres, rodeados ellos de las llamas, rinden el alma. En su estimación, los sacrificios (1) de ladrones, salteadores y otros delincuentes son los más gratos a los dioses inmortales, si bien, a falta de éstos, no reparan sacrificar los inocentes.

XVII. Su principal devoción es al dios Mercurio, de quien tienen muchísimos simulacros; celébranle por inventor de todas las artes, por guía de los caminos y viajes; atribúyenle grandísima virtud para las ganancias del dinero y para el comercio. Después de éste son sus dioses Apolo, Marte, Júpiter y Minerva, de los cuales sienten lo mismo que las demás naciones: que Apolo cura las enfermedades, que Minerva es maestra de las manufacturas y artefactos, que Júpiter gobierna el cielo y Marte preside la guerra. A éste, cuando entran en batalla, suelen ofrecer con voto los despojos del enemigo. Los animales que sobran del pillaje son sacrificados, y lo demás de la presa amontonan en

(1) *Supplicia* significa la ofrenda, el voto o la víctima que se ofrece en sacrificio.

dísima infamia; y es cosa que no se puede ocultar, porque se bañan sin distinción de sexo en los ríos, y se visten de pellicos y zamarras, dejando desnuda gran parte del cuerpo.

XXII. No se dedican a la agricultura, y la mayor parte de su vianda se reduce a leche, queso y carne. Ninguno tiene posesión ni heredad fija, sino que los magistrados y personajes influyentes cada un año señalan a cada familia y parentela, que hacen un cuerpo, tantas yugadas en tal término, según les parece, y el año siguiente los obligan a mudarse a otro sitio. Para esto alegan muchas razones: no sea que, encariñados al territorio, dejen la milicia por la labranza; que traten de ampliar sus linderos, y los más poderosos echen a los más flacos de su pertenencia; que fabriquen casas demasiado cómodas para repararse contra los fríos y calores; que se introduzca el apego al dinero, seminario de rencillas y discordias; en fin, para que la gente menuda esté contenta con su suerte, viéndose igualada en bienes con la más granada.

XXIII. Los pueblos ponen su gloria en estar rodeados de páramos vastísimos, asolados todos los contornos. Juzgan ser gran prueba de valor que los confinantes, exterminados, les cedan el campo, y que ninguno de fuera ose hacer asiento cerca de ellos. Demás que con eso se dan por más seguros, quitado el miedo de toda sorpresa. Cuando una nación sale a la guerra, ya sea defensiva, ya ofensiva, nombran un jefe con derecho de vida y muerte. En tiempo de paz no hay magistrado sobre toda la na-

ción; sólo en cada provincia y partido los más sobresalientes administran a los suyos justicia y deciden los pleitos. Los robos hechos en territorio ajeno no se tienen por reprensibles, antes los cohonestan con decir que sirven para ejercicio de la juventud y destierro del ocio. Si es que alguno de los principales se ofrece en el concejo a ser capitán, convidando a los que quieran seguirle, se alzan en pie los que aprueban la empresa y la persona, y prometen acompañarle, y el pueblo los vitorea; los que no cumplen lo prometido son mirados como desertores y traidores, quedando para siempre desacreditados. Nunca tienen por lícito el violar a los forasteros; los que van a sus tierras por cualquier motivo, gozan de salvoconducto y son respetados de todos: ni hay para ellos puerta cerrada, ni mesa que no sea franca.

XXIV. En lo antiguo los Galos eran más valientes que los Germanos, y les movían guerras; y por la multiplicación de la gente y estrechez del país, enviaban colonias al otro lado del Rhin. Así fué que los Volcas Tectosages (1) se apoderaron de los campos más fértiles de Germania en los contornos de la selva Hercinia (de que veo haber tenido noticia Eratostenes y algunos Griegos, que la llaman Orcinia); fundaron allí pueblos, y hasta el día de hoy

(1) Créese que salieron de las tierras de Narbona y de Tolosa. Otra colonia enviaron al Asia Menor, y la provincia que poblaron se llamó por ellos *Gallatia* o *Gallogræcia*. Los Volcas Arecómicos eran distintos de éstos de la merindad de *Nemauso*, hoy Nimes.

habitan en ellos con gran fama de justicia y gloria militar, hechos ya al rigor y pobreza de los Germanos y a sus alimentos y traje. A los Galos la cercanía del mar y el comercio ultramarino surte de muchas cosas de conveniencia y regalo; conque, acostumbrados insensiblemente a experimentar la superioridad de los contrarios y a ser vencidos en muchas batallas, al presente ni aun ellos mismos se comparan en valor con los Germanos.

XXV. La selva Hercinia, de que arriba se hizo mención, tiene de ancho nueve largas (1) jornadas, sin que se pueda explicar de otra suerte, pues no tienen medidas itinerarias. Comienza en los confines de los Helvecios, Nemetes y Rauracos, y por las orillas del Danubio va en derechura hasta las fronteras de los Dacos y Anartes. Desde allí tuerce a mano izquierda por regiones apartadas del río, y por ser tan extendida, entra en los términos de muchas naciones. Ni hay hombre de la Germania conocida que asegure haber llegado al principio de esta selva aun después de haber andado sesenta días de camino o que tenga noticia de dónde nace. Sábese que cría varias razas de fieras nunca vistas en otras partes. Las más extrañas y notables son éstas:

XXVI. Cierto buey parecido al ciervo (2), de cuya frente, entre las dos orejas, sale un cuerno

---

(1) Cuales suelen ser las que anda uno que va horro o a la ligera, y eso es lo que César quiere significar con decir: *latitudo novem dierum iter expedito patet.*

(2) César describe el *reno.*

más elevado y más derecho que los conocidos. En su punta se esparcen muchos ramos muy anchos, a manera de palmas. La hembra tiene el mismo tamaño, figura y cornamenta del macho.

XXVII. Otras fieras hay que se llaman alces, semejantes en la figura y variedad de la piel a los corzos: verdad es que son algo mayores y carecen de cuernos, y por tener las piernas sin junturas y artejos, ni se tienen para dormir, ni pueden levantarse o valerse si por algún azar caen en tierra. Los árboles les sirven de albergue. Arrímanse a ellos, y así, reclinadas un tanto, descansan; observando los cazadores por las huellas cuál suele ser la guarida, socavan en aquel paraje el tronco, o asierran los árboles con tal arte que a la vista parezcan enteros. Cuando vienen a reclinarse en su apoyo acostumbrado, con el propio peso derriban los árboles endebles, y caen juntamente con ellos.

XXVIII. La tercera raza es de los que llaman uros, los cuales vienen a ser algo menores que los elefantes; la catadura, el color, la figura, de toros. Es grande su bravura y ligereza. Sea hombre o bestia, en avistando el bulto, se tiran a él. Mátanlos cogiéndolos en hoyos con trampas. Con tal afán se curten los jóvenes, siendo este género de caza su principal ejercicio; los que hubiesen muerto más de éstos, presentando por prueba los cuernos al público, reciben grandes aplausos. Pero no es posible domesticarlos ni amansarlos, aunque los cacen de chiquitos. La grandeza, figura y encaje de sus cuernos se diferencia mucho de los de nuestros bueyes.

Recogidos con diligencia, guarnecen de plata sus bordes, y les sirven de copas en los más espléndidos banquetes.

XXIX. Después que supo César por relación de los exploradores Ubios cómo los Suevos se habían retirado a los bosques, temiendo la falta de trigo, porque los Germanos, como apuntamos arriba, no cuidan de labrar los campos, resolvió no pasar adelante. Sin embargo, para contener a los bárbaros con el miedo de su vuelta y embarazar el tránsito de sus tropas auxiliares, pasado el ejército, derribó doscientos pies de la punta del puente, que terminaba en tierra de los Ubios, y en la otra levantó una torre de cuatro pisos, y puso en ella para guarnición y defensa del puente doce cohortes, quedando bien pertrechado este puesto, y por su gobernador el joven Cayo Volcacio Tulo. El, cuando ya los panes iban madurando, de partida para la guerra de Ambiórix, envía delante a Lucio Minucio Basilo, con toda la caballería, por la selva Arduena, la mayor de la Galia, que, de las orillas del Rhin y fronteras de los Trevirenses, corre por más de quinientas millas, alargándose hasta los Nervios; y por ver si con la celeridad de la marcha y coyuntura del tiempo podía lograr algún buen lance, le previene no permita hacer lumbres en el campo, a fin de que no aparezca de lejos señal de su venida, y añade que presto le seguirá.

XXX. Ejecutada por Basilo la orden, y hecho en diligencia y contra toda expectación el viaje, sorprende a muchos en medio de sus labores; por las

señas que le dieron éstos, va volando al paraje donde decían estar Ambiórix con unos cuantos caballos. En todo vale mucho la fortuna, y más en la guerra. Pues como fué gran ventura de Basilo cogerle descuidado y desprevenido y ser visto de aquellos hombres antes que supiesen nada de su venida, así fué no menor la de Ambiórix en poder escapar, aunque después de ser despojado de todo el armamento, carros de guerra y caballos que tenía consigo. Su dicha estuvo en que sus compañeros y sirvientes detuvieron un rato el ímpetu de nuestra caballería dentro del recinto de su palacio, el cual estaba cercado de un soto, como suelen estarlo las casas de los Galos, que, para defenderse de los calores del estío, buscan la frescura de florestas y ríos. Con esto, mientras pelean los demás, uno de sus criados le hizo montar a caballo, y él, huyendo, se perdió de vista en el bosque. Así la fortuna mostró su mucho poder en meterle y sacarle del peligro.

XXXI. Dúdase si Ambiórix dejó de juntar sus tropas de propósito, por haber creído que no serían necesarias, o si, por falta de tiempo y nuestra repentina llegada, no pudo hacerlo, persuadido a que venía detrás el resto del ejército. Lo cierto es que despachó luego secretamente correos por todo el país, avisando que se salvasen como pudiesen. Con eso unos se refugiaron a la selva Arduena, otros entre las lagunas inmediatas, los vecinos al Océano, en los islotes que suelen formar los esteros. Muchos, abandonada su patria, se pusieron con todas sus cosas en manos de las gentes más extrañas. Catu-

gidos, era preciso destacar varias partidas de tropa, desmembrando el ejército; si mantener los batallones formados según la disciplina militar de los Romanos, la situación misma sería la mejor defensa para los bárbaros, no faltándoles osadía para armar emboscadas y cargar a los nuestros en viéndolos separados. Comoquiera, en tales apuros se tomaban todas las providencias posibles, mirando siempre más a precaver el daño propio que a insistir mucho en el ajeno, aunque todos ardían en deseos de venganza. César despacha correos a las ciudades comarcanas, convidándolas con el cebo del botín al saqueo de los Eburones, queriendo más exponer la vida de los Galos en aquellos jarales que la de sus soldados, tirando también a que, ojeándolos el gran gentío, no quedase rastro ni memoria de tal casta, en pena de su alevosía. Mucha fué la gente que luego acudió de todas partes a este llamamiento.

XXXV. Tal era el estado de las cosas en los Eburones en vísperas del día séptimo, plazo de la vuelta prometida de César a la legión que guardaba el bagaje. En esta ocasión se pudo echar de ver cuánta fuerza tiene la fortuna en los varios accidentes de la guerra. Deshechos y atemorizados los enemigos, no quedaba ni una partida que ocasionase el más leve recelo. Vuela entretanto la fama del saqueo de los Eburones a los Germanos del otro lado del Rhin, y como todos, eran convidados a la presa. Los Sugambros vecinos al Rhin, que recogieron, según queda dicho, a los Tencteros y Usipetes fugitivos, juntan dos mil caballos, y pasando el río en barcas y

balsas treinta millas más abajo del sitio donde estaba el puente cortado y la guarnición puesta por César, entran por las fronteras de los Eburones, cogen a muchos que huían descarriados, y juntamente grandes hatos de ganados, de que ellos son muy codiciosos. Cebados en la presa, prosiguen adelante, sin detenerse por lagunas ni por selvas, como gente criada en guerras y ladronicios. Preguntan a los cautivos dónde para César. Respondiéndoles que fué muy lejos, y con él todo su ejército, uno de los cautivos, "¿Para qué os cansáis, dice, en correr tras esta ruin y mezquina ganancia, pudiendo haceros riquísimos a poca costa? En tres horas podéis estar en Aduátuca, donde han almacenado los Romanos todas sus riquezas. La guarnición es tan corta, que ni aun a cubrir el muro alcanzan, ni hay uno que ose salir del cercado." Los Germanos, que esto supieron, ponen a recaudo la presa hecha, y vanse derechos al castillo, llevando a su consejero por guía.

XXXVI. Cicerón, que todos los días precedentes, según las órdenes de César, había contenido con el mayor cuidado a los soldados dentro de los reales, sin permitir que saliese de la fortaleza ni siquiera un furrier, el día séptimo, desconfiando que César cumpliese su palabra, por haber oído que se había alejado mucho, ni tener la menor noticia de su vuelta, picado al mismo tiempo de los dichos de algunos que calificaban su tesón con el nombre de asedio, pues no les era lícito dar fuera un paso; sin recelo de desgracia alguna, como que en espacio sólo de tres

millas estaban acuarteladas nueve legiones con un grueso cuerpo de caballería, disipados y casi reducidos a nada los enemigos, destaca cinco cohortes a forrajear en las mieses vecinas, entre las cuales y los cuarteles sólo mediaba un collado. Muchos soldados de otras legiones habían quedado enfermos en los reales. De éstos, al pie de trescientos, ya convalecidos, son también enviados con su bandera; tras ellos va, obtenido el permiso, una gran cáfila de vivanderos que se hallaban en el campo con su gran recua de acémilas.

XXXVII. A tal tiempo y coyuntura sobrevienen los Germanos a caballo, y a carrera abierta, formados como venían, forcejean a romper por la puerta decinuana en los reales, sin que, por la interposición de las selvas, fuesen vistos de nadie hasta que ya estaban encima; tanto, que los mercaderes, que tenían sus tiendas junto al campo, no tuvieron lugar de meterse dentro. Sorprendidos los nuestros con la novedad, se asustan, y a duras penas las centinelas sufren la primera carga. Los enemigos se abalanzan a todas partes, por si pueden hallar entrada por alguna. Los nuestros, con harto trabajo, defienden las puertas; que las esquinas bien guarnecidas estaban por situación y por arte. Corren azorados, preguntándose unos a otros la causa de aquel tumulto; ni aciertan a dónde acudir con las banderas, ni a qué parte agregarse. Quién dice que los reales han sido tomados, quién asevera que, degollado el ejército con el general, los bárbaros vencedores se han echado sobre ellos; los más se ima-

ginan nuevos malos agüeros, representándoseles vivamente la tragedia de Cota y Titurio, que allí mismo perecieron. Atónitos todos del espanto, los bárbaros se confirman en la opinión de que no hay dentro guarnición de provecho, como había dicho el cautivo, y pugnan por abrir brecha, exhortándose unos a otros a no soltar de las manos dicha tan grande.

XXXVIII. Había quedado enfermo en los reales Publio Sextio Baculo, ayudante mayor de César (1), de quien hemos hecho mención en las batallas anteriores, y había ya cinco días que estaba sin comer. Este, desesperanzado de su vida y de la de todos, sale desarmado del pabellón; viendo a los enemigos encima y a los suyos en el último apuro, arrebata las armas al primero que encuentra, y plántase en la puerta; síguenle los centuriones de la cohorte que hacía la guardia, y juntos sustentan por un rato la pelea. Desfallece Sextio, traspasado de graves heridas; y desmayado, aunque con gran pena, y pasándoselo de mano en mano, le retiran vivo del combate. A favor de este intermedio los demás cobran aliento, de modo que ya se atreven a dejarse ver en las barreras y aparentar defensa.

XXXIX. En esto, nuestros soldados, a la vuelta del forraje, oyen la gritería; adelántanse los caballos: reconocen lo grande del peligro; pero sobrecogidos del terror, no hay para ellos lugar seguro.

(1) Literalmente: que había mandado en el ejército de César la primera centuria del primer manípulo de la primera cohorte.

Como todavía eran bisoños y sin experiencia en *el* arte militar, vuelven los ojos al tribuno y capitanes para ver qué les ordenan. Ninguno hay tan bravo que no esté sobresaltado con la novedad del caso. Los bárbaros, descubriendo a lo lejos estandartes, desisten del ataque, creyendo a primera vista de retorno las legiones, que por informe de los cautivos suponían muy distantes. Mas después, visto el corto número, arremeten por todas partes.

XL. Los vivanderos suben corriendo a un altillo vecino. Echados luego de allí, se dejan caer entre las banderas y pelotones de los soldados, que, ya intimidados, con eso se asustan más. Unos son de parecer que, pues tan cerca se hallan de los reales, cerrados en forma triangular, se arrojen de golpe; que si algunos cayeren, siquiera los demás podrán salvarse. Otros, que no se muevan de la colina, resueltos a correr todos una misma suerte. No aprobaban este partido aquellos soldados viejos, que fueron también con su bandera en compañía de los otros, como se ha dicho, y así, animándose recíprocamente, capitaneados del caballero romano Cayo Trebonio, su comandante, penetran por medio de los enemigos, y todos, sin faltar uno, entran en los reales. Los vivanderos y jinetes, corriendo tras ellos por el camino abierto, amparados del valor de los soldados, se salvan igualmente. Al contrario, los que se quedaron en el cerro, como bisoños, ni perseveraron en el propósito de hacerse fuertes en aquel lugar ventajoso, ni supieron imitar el vigor y actividad que vieron haber sido tan saludable a los otros, sino que, intentando aco-

gerse a los reales, se metieron en un barranco. Algunos centuriones que del grado inferior de otras legiones, por sus méritos, habían sido promovidos al superior de ésta, por no amancillar el honor antes ganado en la milicia, murieron peleando valerosamente. Por el denuedo de éstos, arredrados los enemigos, una parte de los soldados, contra toda esperanza, llegó sin lesión a los reales; la otra, rodeada de los bárbaros, pereció.

XLI. Los Germanos, perdida la esperanza de apoderarse de los reales, viendo que los nuestros pusieron pie dentro de las trincheras, se retiraron tras el Rhin, con la presa guardada en el bosque. Pero el terror de los nuestros, aun después de la retirada de los enemigos, duró tanto, que, llegando aquella noche Cayo Voluseno con la caballería, enviado a darles noticia de la venida próxima de César con el ejército entero, nadie se lo creía. Tan atolondrados estaban del miedo, que, sin escuchar razones, se cerraban en decir que, destrozada toda la infantería, la caballería sola había podido salvarse, pues nunca los Germanos hubieran intentado el asalto estando el ejército en pie. La presencia sola de César pudo, en fin, serenarlos.

XLII. Vuelto éste, haciéndose cargo de los incidentes de la guerra, una cosa reprendió no más: que se hubiesen destacado las cohortes que debían estar de guardia en el campo; que por ningún caso convino aventurarse; por lo demás, hizo esta reflexión: que si la fortuna tuvo mucha parte en el inopinado ataque de los enemigos, mucho más propicia se mos-

tró en que hubiesen rechazado a los bárbaros, estando ya casi dentro del campo. Sobre todo, era de admirar que los Germanos, salidos de sus tierras con el fin de saquear las de Ambiórix, dando casualmente en los reales de los Romanos, le viniesen a hacer el mayor beneficio que pudiera desear.

XLIII. Marchando César a molestar de nuevo a los enemigos, despachó por todas partes gran número de tropas recogidas de las ciudades comarcanas. Quemaban cuantos cortijos y caserías encontraban, entrando a saco todos los lugares. Las mieses no sólo eran destruídas de tanta muchedumbre de hombres y bestias, sino también, por causa de la estación y de las lluvias, estaban echadas; de suerte que aun los que por entonces se guareciesen, retrocediendo el ejército, se vieran necesitados a perecer de pura miseria. Y como tanta gente de a caballo, dividida en piquetes, discurría por todas partes, más de una vez llegó la cosa a términos que los prisioneros afirmaban no sólo haber visto cómo iba huyendo Ambiórix, sino estarle todavía viendo; con que, por la esperanza de alcanzarle, a costa de infinito trabajo, muchos que pensaban ganarse con eso suma estimación de César, hacían más que hombres por salir con su intento; y siempre a punto de prenderle, por un si es no es erraban el golpe más venturoso, escapándoseles de entre las manos en los escondrijos, matorrales y sotos, favorecido de la obscuridad de la noche, huyendo a diversas regiones y parajes, sin más guardia que la de cuatro caballeros, a quien únicamente osaba fiar su vida.

XLIV. Asoladas en la dicha forma las campiñas, César recoge su ejército, menoscabado de dos cohortes, a la ciudad de Rems, donde, llamando a Cortes de la Galia, deliberó tratar en ellas la causa de la conjuración de los Senones y Chartreses, y pronunciada sentencia de muerte contra el príncipe Acón, que había sido su cabeza, la ejecutó, según costumbre de los Romanos. Algunos, por temor a la justicia, se ausentaron. César, habiéndolos desnaturalizado (1), alojó dos legiones para aquel invierno en tierra de Tréveris, dos en Langres, las otras seis en Sens, y dejándolas todas provistas de bastimentos, partió para Italia a celebrar las acostumbradas juntas.

---

(1) César: *quum aqua et igni interdixisset.* Quiere decir que los extrañó o expatrió.

LIBRO SÉPTIMO

I. Sosegada ya la Galia, César, conforme a su resolución, parte para Italia a presidir las juntas. Aquí tiene noticia de la muerte de Publio Clodio. Sabiendo asimismo que por decreto del Senado todos los mozos de Italia eran obligados a alistarse, dispone hacer levas en toda la provincia. Espárcense luego estas nuevas por la Galia Transalpina, abultadas por los Galos, quienes añadieron de su cosecha lo que les pareció oportuno: "Que, detenido César por las turbulencias de Roma, no podía durante las diferencias venir al ejército." Con esta ocasión, los que ya de antemano estaban desabridos por el imperio del pueblo romano, empiezan con mayor libertad y descaro a tratar de guerra. Citándose los grandes a consejo en los montes y lugares retirados, quéjanse de la muerte de Acón; y reflexionando que otro tanto puede sucederles a ellos mismos, laméntanse de la común desventura de la Galia. No hay premios ni galardones que no prometan al que primero levante bandera y arriesgue su vida por la libertad de

la patria. Ante todas cosas, dicen: "Mientras la conspiración está secreta, se ha de procurar cerrar a César el paso al ejército; esto es fácil, porque ni las legiones en ausencia del general han de atreverse a salir de los cuarteles, ni el general puede juntarse con las legiones sin escolta. En conclusión: más vale morir en campaña, que dejar de recobrar nuestra antigua militar gloria y la libertad heredada de los mayores."

II. Ponderadas estas cosas, salen a la empresa los Chartreses, prometiendo exponerse a cualquier peligro por el bien común y dar principio a la guerra; y por cuanto era imposible en el día recibir y darse rehenes, por no propalar el secreto, piden pleito homenaje sobre las banderas reunidas (ceremonia para ellos la más sacrosanta), que no serán desamparados de los demás, una vez comenzada la guerra. Con efecto, entre los aplausos de los Chartreses, prestando juramento todos los circunstantes y señalado el día del rompimiento, se despide la junta.

III. Llegado el plazo, los de Chartres, acaudillados de Gutruato y Conconetodumno, dos hombres desaforados, hecha la señal, van corriendo a Cenabo, y matan a los ciudadanos romanos que allí residían por causa del comercio, y entre ellos el noble caballero Cayo Fufio Cita, que, por mandado de César, cuidaba de las provisiones, y roban sus haciendas. Al instante corre la voz por todos los Estados de la Galia. Porque siempre que sucede alguna cosa ruidosa y muy notable, la pregonan por los campos y caminos; los primeros que oyen pasan

a otros la noticia, y éstos, de mano en mano, la van comunicando a los inmediatos, como entonces acaeció, pues lo ejecutado en Cenabo al rayar el sol, antes de tres horas de noche se supo en la frontera de los Arvernos, a distancia de ciento sesenta millas.

IV. De la misma suerte, aquí Vercingetórix (joven muy poderoso, cuyo padre fué Celtilo, el mayor príncipe de toda la Galia, y al fin muerto por sus nacionales por querer hacerse rey), convocando sus apasionados, los amotinó fácilmente. Mas sabido su intento, ármanse contra él, y es echado de Gergovia (1) por Gobanición, su tío, y los demás señores que desaprobaban este atentado. No se acobarda por eso; antes corre los campos, enganchando a los desvalidos y facinerosos. Junta esta gavilla, induce a su partido a cuantos encuentra de los ciudadanos. Exhórtalos a tomar las armas en defensa de la libertad, con que abanderizada mucha gente, echa de la ciudad a sus contrarios, que poco antes le habían a él echado de ella. Proclámanle rey los suyos. Despacha embajadas a todas partes, conjurando a todos a ser leales. En breve hace de su bando a los de Sens, de París, del Poitú, Cuerci, Turena, a los Aulercos Limosines, a los de Anjou y demás habitantes de las costas del Océano. Todos a una voz le nombran generalísimo. Valiéndose de esta potestad

---

(1) No se sabe con certeza si este famoso pueblo corresponde hoy a Clermont, Saint-Flour u otro. Parece hubo dos del mismo nombre, uno en los Boyos, otro en los Alvernos.

absoluta, exige rehenes de todas estas naciones, y manda que le acudan luego con cierto número de soldados. A cada una de las provincias determina la cantidad de armas y el tiempo preciso de fabricarlas. Sobre todo, cuida de proveerse de caballos. Junta en su gobierno un sumo celo con una severidad suma. A fuerza de castigos se hace obedecer de los que andaban perplejos. Por delitos graves son condenados al fuego y a todo género de tormentos; por faltas ligeras, cortadas las orejas o sacado un ojo, los remite a sus casas, para poner escarmiento y temor a los demás con el rigor del castigo.

V. Con el miedo de semejantes suplicios, formado en breve un grueso ejército, destaca con parte de él a Lucterio de Querci, hombre sumamente arrojado, al país de Ruerga, y él marcha al de Berri. Los Berrienses, sabiendo su venida, envían a pedir socorro a los Eduos, sus protectores, para poder más fácilmente resistir al enemigo. Los Eduos, de acuerdo con los legados, a quienes César tenía encomendado el ejército, les envían de socorro algunos regimientos de a pie y de a caballo, los cuales, ya que llegaron al río Loire, que divide a los Berrienses de los Eduos, detenidos a la orilla algunos días sin atreverse a pasarlo, dan a casa la vuelta, y por excusa a nuestros legados, el temor que tuvieron de la traición de los Berrienses, que supieron estar conjurados con los Arvernos para cogerlos en medio, caso que pasasen el río. Si lo hicieron por el motivo que alegaron a los legados, y no por su propia deslealtad, no me parece asegurarlo, porque de cierto

no me consta. Los Berrienses, al punto que se retiraron los Eduos, se unieron con los Arvernos.

VI. César, informado en Italia de estas novedades, viendo que las cosas de Roma, por la buena maña de Cneo Pompeyo, habían tomado mejor semblante, se puso en camino para la Galia Transalpina. Llegado allá, se vió muy embarazado para disponer el modo de hacer su viaje al ejército. Porque si mandaba venir las legiones a la Provenza, consideraba que se tendrían que abrir el camino espada en mano en su ausencia; si él iba solo al ejército, veía no ser cordura el fiar su vida ni aun a los que de presente parecían estar en paz.

VII. Entretanto Lucterio, el de Querci, enviado a los Rodenses, los trae al partido de los Arvernos. De aquí, pasando a los Nitióbriges y Gábalos, de ambas naciones saca rehenes, y reforzadas sus tropas, se dispone a romper por la Provenza, del lado de Narbona. Avisado de este designio César, juzgó ser lo más acertado de todo el ir derecho a Narbona. Entrado en ella, los serena; pone guarniciones en los Rodenses pertenecientes a la Provenza, en los Volcas Arecómicos (1), en los Tolosanos y en los contornos de Narbona, vecinos al enemigo. Parte de las milicias provinciales y las reclutas venidas de Italia manda pasar a los Helvios, confinantes con los Arvernos.

VIII. Dadas estas disposiciones, reprimido ya y vuelto atrás Lucterio por considerar arriesgada la

(1) Distintos de los Volcas Tectosages.

irrupción de los presidios, César dirige su marcha a los Helvios. Y no obstante que la montaña Cebena, que separa los Arvernos de los Helvios, cubierta de altísima nieve, por ser entonces lo más rigoroso del invierno, le atajaba el paso, sin embargo, abriéndose camino por seis pies de nieve, con grandísima fatiga de los soldados, penetra en los confines de los Arvernos, los cuales, cogidos de sorpresa, porque se creían defendidos del monte como de un muro impenetrable, y en estación tal que ni aun para un hombre solo jamás hubiera senda descubierta, da orden a la caballería de correr aquellos campos a rienda suelta, llenando de terror a los enemigos. Vuela la fama de esta novedad por repetidos correos a Vercingetórix, y todos los Arvernos lo rodean espantados, y suplican "mire por sus cosas; que no permita sean destrozados de los enemigos, viendo convertida contra sí toda la guerra". Rendido en fin a sus amonestaciones, levanta el campo de Berri, encaminándose a los Arvernos.

IX. Pero César, a dos días de estancia en estos lugares, como quien tenía previsto lo que había de hacer Vercingetórix, con pretexto de reclutar nuevas tropas y caballos, se ausenta del ejército, cuyo mando entrega al joven Bruto, con encargo de emplear la caballería en correrías por todo el país; que él haría lo posible para volver dentro de tres días. Ordenadas así las cosas, corriendo a todo correr, entra en Viena cuando menos le aguardaban los suyos. Encontrándose aquí con la caballería descansada, dirigida mucho antes a esta ciudad,

sin parar día y noche por los confines de los Eduos, marcha a los de Langres, donde invernaban las legiones, para prevenir con la presteza cualquiera trama, si también los Eduos por amor de su libertad intentasen urdirla. Llegado allá, despacha sus órdenes a las demás legiones, y las junta todas en un sitio, antes que los Arvernos pudiesen tener noticia de su llegada. Luego que la entendió Vercingetórix, vuelve de contramarcha con su ejército a Berri, de donde pasó a sitiar a Gorgobina (1), población de los Boyos, que se la concedió César, con dependencia de los Eduos, cuando los venció en la guerra helvética.

X. Este sitio daba mucho que pensar a César, porque si mantenía en cuarteles las legiones el tiempo que faltaba del invierno, temía no se rebelase la Galia toda por la rendición de los tributarios de los Eduos, visto que los amigos no hallaban en él ningún amparo; si las sacaba de los cuarteles antes de sazón, exponíase a carecer de víveres, por lo penoso de su conducción. En todo caso, le pareció menos mal sufrir antes todas las incomodidades que, con permitir tan grande afrenta (2), enajenar las voluntades de todos sus aliados. En conformidad de esto, exhortando a los Eduos a cuidar del acarreo de vituallas, anticipa a los Boyos aviso de su venida, alentándolos a mantenerse fieles y resistir vigorosamente al asalto de los enemigos. Dejadas, pues, en

(1) Probablemente St.-Parize-le-Châtel (Nièvre).
(2) O sea el sitio de Gorgobina.

Agendico (1) dos legiones con los equipajes de todo el ejército, toma el camino de los Boyos.

XI. Al día siguiente, llegado a Velaunoduno (2), castillo de los Senones, determinó sitiarlo, por no dejar a las espaldas enemigo que impidiese las remesas de bastimentos. A los dos días le tenía circunvalado; al tercero, saliendo de la plaza comisarios a tratar de la entrega, les mandó presentar las armas, sacar fuera las cabalgaduras y dar seiscientos rehenes. Encomienda la ejecución de esto a Cayo Trebonio, su legado; él, por no perder un punto de tiempo, mueve contra Genabo (3), ciudad de los Chartreses, los cuales, acabando entonces de oir el cerco de Velaunoduno, y creyendo que iría muy despacio, andaban haciendo gente para meterla de guarnición en Genabo, adonde llegó César en dos días, y plantando enfrente sus reales, por ser ya tarde, difiere para el otro día el ataque, haciendo que los soldados preparen lo necesario; y por cuanto el puente del río Loire estaba contiguo al muro, recelándose que a favor de la noche no huyesen los sitiados, ordena que dos legiones velen sobre las armas. Los Genabeses, hacia la media noche, saliendo de la ciudad con silencio, empezaron a pasar el río, de lo cual avisado César por las escuchas, quemadas las puertas, mete dentro las legiones que por orden suya estaban alerta, y se apodera del castillo, que-

(1) Hoy Sens.
(2) Hoy Toucy.
(3) Hoy Gien.

dando muy pocos de los enemigos que no fuesen presos, porque la estrechura del puente y de las sendas habían embarazado a tanta gente la huída. Saquea la ciudad, y la quema; da los despojos a los soldados, pasa con ellos el Loire y entra en el país de Berri.

XII. Cuando Vercingetórix supo la venida de César, levanta el cerco y le sale al encuentro. César había pensado asaltar a Neuvy (1), fortaleza de los Berrienses, situada en el camino. Pero vinieron de ella diputados a suplicarle les hiciese merced del perdón y de la vida, y por acabar lo que restaba con la presteza que tanto le había valido en todas sus empresas, les manda entregar las armas, presentar los caballos, dar rehenes. Entregada ya de éstos una parte, y estándose entendiendo en lo demás, y los centuriones con algunos soldados dentro para el reconocimiento de las armas y bestias, se dejó ver a lo lejos la caballería enemiga, que venía delante del ejército de Vercingetórix. Al punto que la divisaron los sitiados, con la esperanza del socorro, alzan el grito, toman las armas, cierran las puertas, y cubren a porfía la muralla. Los centuriones que estaban dentro, conociendo por la bulla de los Galos que maquinaban alguna novedad, desenvainadas las espadas, tomaron las puertas y se pusieron en salvo con todos los suyos.

XIII. César destaca su caballería, que se traba con la enemiga; yendo ya los suyos de vencida, los

(1) César: *Noviodunum.*

XVI. Vercingetórix a paso lento va siguiendo las huellas de César, y se acampa en un lugar defendido de lagunas y bosques, a diez y seis millas de Avarico. Aquí le informaban sus espías puntualmente y a todas horas de lo que se hacía en Avarico, y daba las órdenes correspondientes. Acechaba todas nuestras salidas al forraje, y en viendo algunos desbandados que por necesidad se alejaban, arremetía y causábales gran molestia, a pesar de que los nuestros procuraban cautelarse todo lo posible, variando las horas y las veredas.

XVII. César, asentados sus reales enfrente de aquella parte de la plaza que, por no estar cogida del río y de la laguna, tenía, según se ha dicho, una subida estrecha, empezó a formar el terraplén, armar las baterías y levantar dos bastidas, porque la situación impedía el acordonarla. Instaba continuamente a los Boyos y a los Eduos sobre las provisiones, pero bien poco le ayudaban: éstos, porque no hacían diligencia alguna; aquéllos, porque no podían mucho, siendo, como eran, poca gente y sin medios; conque presto consumieron los Romanos lo que tenían. Reducido el ejército a suma escasez de víveres por la poquedad de los Boyos, negligencia de los Eduos, incendios de las granjas, en tanto grado que por varios días carecieron de pan los soldados, y para no morir de hambre tuvieron que traer de muy lejos carnes para alimentarse, con todo eso, no se les escapó ni una palabra menos digna de la majestad del pueblo romano y de las pasadas victorias. Antes bien, hablando César a las legiones en medio

de sus fatigas, y ofreciéndose a levantar el cerco si les parecía intolerable aquel trabajo, todos a una voz le conjuraban que no lo hiciese; que, pues tantos años habían militado bajo su conducta sin la menor mengua, no dejando jamás por acabar empresa comenzada, desistir ahora del asedio emprendido sería para ellos la mayor ignominia; que mejor era sufrir todas las miserias del mundo que dejar de vengar la muerte alevosa que dieron los Galos a los ciudadanos romanos en Genabo. Estas mismas razones daban a los centuriones y tribunos para que se las propusiesen a César.

XVIII. Arrimadas ya las bastidas al muro, supo César de los prisioneros que Vercingetórix, acabado el forraje, había movido su campo más cerca de Avarico, y él mismo en persona, con la caballería y los volantes, hechos a pelear al estribo de los caballos, se había puesto en celada hacia el paraje donde pensaba irían los nuestros a forrajear el día siguiente. Con esta noticia, César á media noche, marchando a la sordina, llegó por la mañana al campo de los enemigos. Estos, luego que fueron avisados por las escuchas, escondieron el carruaje y las cargas entre la espesa maleza del bosque, y ordenaron todas sus tropas en un lugar alto y despejado. Sabido esto, César al punto mandó poner aparte los fardos y aprestar las armas.

XIX. Estaba el enemigo en una colina que se alzaba poco a poco del llano. Ceñíala casi por todas partes una laguna pantanosa, de cincuenta pies no más en ancho. Aquí, rotos los pontones, se hacían

fuertes los Galos, confiados en la ventaja del sitio; y repartidos por naciones, tenían apostadas sus guardias en todos los vados y trancos de la laguna, con firme resolución de cargar a los Romanos atollados, si tentasen atravesarla; por manera que quien viese la cercanía de su posición pensaría que se disponían a pelear casi con igual partido; mas quien mirase la desigualdad del sitio echaría de ver que todo era no más que apariencia y vana ostentación. Indignados los soldados de que los enemigos estuviesen firmes a su vista en tan corta distancia, y clamando por la señal de acometer, César les representa "cuánto daño se seguiría y a cuántos soldados valerosos costaría la vida, sin poderlo remediar, esta victoria; que pues ellos se mostraban tan prontos a cualquier peligro por su gloria, sería él tenido por el hombre más ingrato del mundo si no estimase la vida de ellos más que la suya". Contentando así a los soldados, se retiró con ellos ese mismo día a los reales, y prosiguió aparejando lo que faltaba para el ataque de la plaza.

XX. Vercingetórix, cuando a los suyos dió la vuelta, es acusado de traidor, "por haberse acercado tanto a los Romanos, por haberse ido con toda la caballería, por haber dejado el grueso del ejército sin cabeza, y haber sido causa con su partida de que los Romanos viniesen tan a punto y tan presto; no ser creíble que todo este conjunto de cosas hubiese acaecido casualmente o sin trato; ser visto que quería más ser rey de la Galia por gracia de César que por beneficio de los suyos". A tales acusaciones res-

pondió él en esta forma: "Que si partió fué por falta de forraje y a instancias de ellos mismos; el haberse acercado a los Romanos fué por la seguridad que le daba la ventaja del sitio, que por sí mismo estaba bien guardado; que la caballería de nada hubiera servido en aquellos pantanos, y fué útilmente empleada en el lugar de su destino; que de propósito, al partirse, a ninguno entregó el mando, temiendo no se arriesgase al combate por instigación de la chusma, a lo cual veía inclinados a todos, por la demasiada falta de energías y el poco aguante para el trabajo. Los Romanos, si es que vinieron por acaso, dad gracias a la fortuna; si alguien los convidó, dádselas a éste, pues que, mirándolos de alto, pudisteis enteraros de su corto número y valor, que, no osando combatir, se retiraron vergonzosamente a los reales; que muy lejos estaba de pretender el reino de mano de César, teniéndole en la suya con la victoria, que él y todos los Galos daban por cierta. Todavía les perdonaba si pensaban no tanto recibir de él la libertad y la vida, cuanto hacerle mucha honra. Y para que veáis, dice, que hablo la pura verdad, escuchad a los soldados romanos." Saca unos prisioneros hechos pocos días antes en las dehesas, transidos de hambre y de las cadenas, los cuales, de antemano instruídos de lo que habían de responder, dicen "ser soldados legionarios; haber huído de los cuarteles forzados del hambre y laceria, por si podían encontrar por esos campos un pedazo de pan o carne; estar todo el ejército reducido a la misma miseria: ni hay quien pueda tenerse en pie ni sufrir las fatigas; y

así, el general está resuelto, si no se rinde la plaza dentro de tres días, a levantar el cerco". "Todo esto, dice entonces Vercingetórix, debéis al que acusáis de traidor, por cuya industria, sin costaros gota de sangre, veis un ejército tan poderoso casi muerto de hambre; que si, huyendo vergonzosamente, buscare algún asilo, precavido tengo que no lo halle en parte ninguna."

XXI. Le vitorean todos, y batiendo las armas, como usan hacerlo en señal de que aprueban las razones del que habla, repiten a voces que Vercingetórix es un capitán consumado, que ni se debe dudar de su fe, ni administrarse puede mejor la guerra. Ordena que diez mil hombres escogidos entren en la plaza, no juzgando conveniente fiar de los Berrienses solos la común libertad, porque de la conservación de esta fortaleza pendía, según pensaban, toda la seguridad de la victoria.

XXII. Los Galos, siendo, como son, gente por extremo mañosa y habilísima para imitar y practicar las invenciones de otros, con mil artificios eludían el valor singular de nuestros soldados. Unas veces con lazos corredizos se llevaban a los sitiadores las hoces, y, teniéndolas prendidas, las tiraban adentro valiéndose de máquinas; otras veces con minas desbarataban el vallado, en lo que son muy diestros por los grandes minerales de hierro que tienen, para cuya cava han ideado y usan toda suerte de ingenios. Todo el muro estaba guarnecido con torres de tablas cubiertas de pieles. Demás de esto, con salidas continuas de día y de noche, o arrojaban fuego

a las trincheras, o sorprendían a los soldados ocupados en las maniobras; y cuanto subían nuestras torres sobre el terraplén que de día en día se iba levantando, otro tanto alzaban las suyas, trabando postes con postes; y contraminando nuestras minas, impedían a los minadores, ya con vigas tostadas y puntiagudas, ya con pez derretida, ya con cantos muy gruesos, el arrimarse a las murallas.

XXIII. La estructura de todas las de la Galia viene a ser ésta: Tiéndense en el suelo vigas de una pieza, derechas y pareadas, distantes entre sí dos pies, y se enlazan por dentro con otras al revés, llenos de fagina los huecos; la fachada es de gruesas piedras encajonadas. Colocado esto y hecho de todo un cuerpo, se levanta otro en la misma forma y distancia paralela, de modo que nunca se toquen las vigas, antes queden separadas por trechos iguales con la interposición de las piedras bien ajustadas. Así prosigue la fábrica hasta que tenga el muro competente altura. Este, por una parte, no es desagradable a la vista, por la variedad con que alternan vigas y piedras, unas y otras en línea recta paralela, sin perder el nivel; por otra parte, es de muchísimo provecho para la defensa de las plazas, por cuanto las piedras resisten al fuego, y la madera defiende de las baterías; que, como está por dentro asegurada con las vigas de una pieza por la mayor parte de cuarenta pies, ni se puede romper ni desunir.

XXIV. En medio de tantos embarazos, del frío y de las lluvias continuas, que duraron toda esta temporada, los soldados, a fuerza de incesante trabajo,

todo lo vencieron, y en veinticinco días construyeron un baluarte de trescientos treinta pies en ancho, con ochenta de alto. Cuando ya éste pegaba casi con el muro, y César, según costumbre, velaba sobre la obra, metiendo priesa a los soldados porque no se interrumpiese ni un punto el trabajo, poco antes de media noche se reparó que humeaba el terraplén, minado de los enemigos, y que al mismo tiempo, alzando el grito sobre las almenas, empezaban a salir por dos puertas de una y otra banda de las torres. Unos arrojaban desde los adarves teas y materias combustibles al terraplén, otros pez derretida y cuantos betunes hay propios para cebar el fuego; de suerte que apenas se podía resolver a dónde se acudiría primero, o qué cosa pedía más pronto remedio. Con todo eso, por la providencia de César, que tenía siempre dos legiones alerta delante del campo, y otras dos por su turno empleadas en los trabajos, se logró que al instante unos se opusiesen a las surtidas, otros retirasen (1) las torres y cortasen el fuego del terraplén, y todos los del campo acudiesen a tiempo de apagar el incendio.

XXV. Cuando en todas partes se peleaba, pasada ya la noche, creciendo siempre más y más en los enemigos la esperanza de la victoria, mayormente viendo quemadas las cubiertas de las torres y no ser fácil que nosotros fuésemos al socorro a cuerpo descubierto, mientras ellos a los suyos cansados enviaban sin cesar gente de refresco, y considerando

(1) Eran movedizas, con ruedas por debajo.

que toda la fortuna de la Galia pendía de aquel momento, aconteció a nuestra vista un caso que, por ser tan memorable, he creído no deberlo omitir. Cierto galo que a la puerta del castillo las pelotas de sebo y pez que le iban dando de mano en mano las tiraba en el fuego contra nuestra torre, atravesado el costado derecho con un venablo, cayó muerto. Uno de sus compañeros, saltando sobre el cadáver, proseguía en hacer lo mismo; muerto este segundo de otro golpe semejante, sucedió el tercero, y al tercero el cuarto, sin que faltase quien ocupase sucesivamente aquel puesto, hasta que, apagado el incendio y rechazados enteramente los enemigos, se puso fin al combate.

XXVI. Convencidos los Galos con tantas experiencias de que nada les salía bien, tomaron al día siguiente la resolución de abandonar la plaza por consejo y mandato de Vercingetórix. Como su intento era hacerlo en el silencio de la noche, esperaban ejecutarlo sin pérdida considerable, porque los reales de Vercingetórix no estaban lejos de la ciudad, y una laguna continuada que había de por medio los cubría de los Romanos en la retirada. Ya que venida la noche disponían la partida, salieron de repente las mujeres corriendo por las calles, y postradas a los pies de los suyos, con lágrimas y sollozos les suplicaban que ni a sí ni a los hijos comunes, incapaces de huir por su natural flaqueza, los entregasen al furor enemigo. Mas viéndolos obstinados en su determinación (porque de ordinario en un peligro extremo puede más el miedo que la compasión),

empezaron a dar voces y hacer señas a los Romanos de la fuga intentada. Por cuyo temor, asustados los Galos, desistieron del intento, recelándose que la caballería romana no les cerrase los caminos.

XXVII. César el día inmediato, adelantada la torre y perfeccionadas las baterías conforme las había trazado, cayendo a la sazón una lluvia deshecha, se aprovechó de este incidente, pareciéndole al caso para sus designios; y por haber notado algún descuido en las centinelas apostadas en las murallas, ordenó a los suyos aparentasen flojedad en las maniobras, declarándoles su intención. Exhortando, pues, a las legiones, que ocultas en las galerías estaban listas, a recoger de una vez en recompensa de tantos trabajos el fruto de la victoria, propuso premios a los que primero escalasen el muro, y dió la señal del asalto. Inmediatamente los soldados volaron de todas partes, y en un punto cubrieron la muralla.

XXVIII. Los enemigos, sobresaltados de la novedad, desalojados del muro y de las torres, se acuñaron (1) en la plaza y sitios espaciosos, con ánimo de pelear formados, si por algún lado los acometían. Mas visto que nadie bajaba al llano, sino que todos se atropaban en los adarves, temiendo no hallar después escape, arrojadas las armas, corrieron de tro-

---

(1) César: *cuneatim constiterunt.* Esta evolución se hacía en forma triángular por la frente angosta, y ensanchándose poco a poco por los lados, que cubría por detrás una línea de banda a banda en forma de cuña.

pel al último barrio de la ciudad; allí, unos, no pudiendo coger las puertas por la apretura del gentío, fueron muertos por la infantería; otros, después de haber salido, degollados por la caballería. Ningún romano cuidaba del pillaje; encolerizados todos por la matanza de Cenabo y por los trabajos del sitio, no perdonaban ni a viejos, ni a mujeres, ni a niños. Baste decir que de unas cuarenta mil personas se salvaron apenas ochocientas, que al primer ruido del asalto, echando a huir, se refugiaron en el campo de Vercingetórix. Este, sintiéndolos venir ya muy entrada la noche, y temiendo algún alboroto por la concurrencia de ellos y la compasión de su gente, los acogió con disimulo, disponiendo les saliesen lejos al camino personas de su confianza y los principales de cada nación, y separándolos allí unos de otros, llevasen a cada cual a los suyos para que los alojasen en los cuarteles correspondientes, según la división hecha desde el principio.

XXIX. Al día siguiente, convocando a todos, los consoló y amonestó "que no se amilanasen ni apesadumbrasen demasiado por aquel infortunio; que no vencieron los Romanos por valor ni por armas, sino con cierto ardid y pericia en el modo de asaltar una plaza, de que no tenían ellos práctica; que se equivocaría quien creyese que todos los sucesos de la guerra les han de ser favorables; que él nunca fué de dictamen que se conservase Avarico, de que ellos mismos le podían ser testigos: la imprudencia de los Berrienses y la condescendencia mal entendida de los demás ocasionaron este daño, bien que presto

lo resarciría él con ventajas, pues con su diligencia uniría las demás provincias de la Galia disidentes hasta ahora, formando de todas una liga general, que sería incontrastable al orbe todo, y ya la tenía casi concluída; entretanto era razón que, por amor de la común libertad, no se negasen a fortificar el campo para más fácilmente resistir a los asaltos repentinos del enemigo".

XXX. No fué mal recibido de los Galos este discurso, mayormente viendo que después de una tan grande rota no había caído de ánimo, ni escondídose ni avergonzádose de parecer en público; demás que concebían que a todos se aventajaba en providenciar y prevenir las cosas, pues antes del peligro había sido de parecer que se quemase Avarico, y después que se abandonase. Así que, al revés de otros generales, a quien los casos adversos disminuyen el crédito, el de éste se aumentaba más cada día después de aquel mal suceso, y aun por sola su palabra esperaban atraer los demás Estados de la Galia; esta fué la primera vez que los Galos fortificaron sus campamentos, y quedaron tan consternados, que, siendo, como son, enemigos del trabajo, estaban determinados a sufrir cuanto se les ordenase.

XXXI. No menos cuidaba Vercingetórix de cumplir la promesa de coligar consigo las demás naciones, ganando a sus jefes con dádivas y ofertas. A este fin valíase de sujetos abonados, que, con palabras halagüeñas o muestras de amistad, fuesen los más diestros en granjearse las voluntades. A los de Avarico refugiados a su campo proveyó de armas y

vestidos. Para completar los regimientos desfalcados, pide a cada ciudad cierto número de soldados, declarando cuántos y en qué día se los deben presentar en los reales; manda también buscar todos los ballesteros, que había muchísimos en la Galia, y enviárselos. Con tales disposiciones, en breve queda restaurado lo perdido en Avarico. A este tiempo Teutomato, hijo de Olovicon, rey de los Nitióbriges, cuyo padre mereció de nuestro Senado el renombre de amigo, con un grueso cuerpo de caballería suya y de Aquitania se juntó con Vercingetórix.

XXXII. César, con la detención de muchos días en Avarico y la gran copia de trigo y demás abastos que allí encontró, reparó su ejército de las fatigas y miserias. Acabado ya casi el invierno, cuando la misma estación convidaba a salir a campaña y él estaba resuelto a ir contra el enemigo, por si pudiese, o bien sacarle fuera de las lagunas y bosques, o forzarle con cercos, se halla con una embajada solemne de los Eduos principales, suplicándole: "Que ampare a la nación en las circunstancias más críticas; que se ve en el mayor peligro, por cuanto, siendo antigua costumbre crear anualmente un solo magistrado, que con potestad regia gobierne la república, dos ahora se arrogan el gobierno, pretendiendo cada uno que su elección es la legítima. Uno de éstos es Convictolitave, mancebo bien quisto y de grandes créditos; el otro Coto, de antiquísima prosapia, hombre asimismo muy poderoso y de larga parentela, cuyo hermano, Vedeliaco, tuvo el año antecedente la misma dignidad; que toda la nación

estaba en armas, dividido el Senado y el pueblo en bandos, cada uno por su favorecido. Que si pasa adelante la competencia, será inevitable una guerra civil. César es quien con su dilígencia y autoridad puede atajarla."

XXXIII. Este, si bien consideraba el perjuicio que se le seguía de interrumpir la guerra y alejarse del enemigo, todavía, conociendo cuántos males suelen provenir de las discordias, juzgó necesario precaverlos, impidiendo que una nación tan ilustre, tan unida con el pueblo romano, a quien él siempre había favorecido y honrado muchísimo, viniese a empeñarse en una guerra civil, y el partido que se creyese más flaco solicitase ayuda de Vercingetórix. Mas porque, según las leyes de los Eduos, no era lícito al magistrado supremo salir de su distrito, por no contravenir a ellas, quiso él mismo ir allá, y en Decisa convocó el Senado y a los competidores. Congregada casi toda la nación, y enterado por las declaraciones secretas de varios que Vedeliaco había proclamado por sucesor a su hermano, donde y cuando no debiera contra las leyes, que prohiben no sólo el nombrar por magistrados a dos de una misma familia viviendo actualmente ambos, sino también el tener asiento en el Senado, depuso a Coto del Gobierno, y se lo adjudicó a Convictolitave, creado legalmente por los sacerdotes, en ausencia de otro poder público, conforme al estilo de la república.

XXXIV. Dada esta sentencia, y exhortando a los Eduos a que, olvidadas las contiendas y disensiones, y dejándose de todo, sirviesen en la guerra

presente (seguros de recibir el premio merecido conquistada la Galia) con remitirle cuanto antes toda la caballería y diez mil infantes, para ponerlos en varias partes de guardia por razón de los bastimenmentos; dividido el ejército en dos trozos, cuatro legiones dió a Labieno para que las condujese al país de Sens y al de París; él marchó a los Arvernos, llevando seis a Gergovia, siguiendo el río Alier abajo. De la caballería dió una parte a Labieno, otra se quedó consigo. Noticioso Vercingetórix de esta marcha, cortando todos los puentes del río, empezó a caminar por su orilla opuesta.

XXXV. Estando los dos ejércitos a la vista, acampados casi frente a frente, y apostadas atalayas para impedir a los Romanos hacer puente por donde pasar a la otra banda, hallábase César muy a pique de no poder obrar la mayor parte del verano por el embarazo del río, que ordinariamente no se puede vadear hasta el otoño. Para evitar este inconveniente, trasladados los reales a un boscaje enfrente de uno de los puentes cortados por Vercingetórix, al día siguiente se ocultó con dos legiones (1) formadas de la cuarta parte de las cohortes de cada legión, con tal arte, que pareciese cabal el número

(1) Teniendo cada legión diez cohortes, las seis legiones venían a tener sesenta, de que la cuarta parte son quince cohortes, que bastaban para muestra contrahecha de dos legiones, y *parecía cabal el número de las seis legiones*, quedando cada una con las tres partes de sus cohortes, o siete cohortes y media, mayormente si cada cohorte se componía de quinientos hombres.

de las seis legiones; a las cuatro envió, como solía, con todo el bagaje; y ordenándoles que avanzasen todo lo que pudiesen, cuando le pareció era ya tiempo de que se hubiesen acampado, empezó a renovar el puente roto con las mismas estacas, que por la parte inferior todavía estaban en pie. Acabada la obra con diligencia, transportadas sus dos legiones y delineado el campo, mandó venir las demás tropas. Vercingetórix, sabido el caso, por no verse obligado a pelear mal de su grado, se anticipó a grandes jornadas.

XXXVI. César, levantando el campo, al quinto día llegó a Gergovia; y en el mismo, después de una ligera escaramuza de la caballería, registrada la situación de la ciudad, que, por estar fundada en un monte muy empinado, por todas partes era de subida escabrosa, desconfió de tomarla por asalto; el sitio no lo quiso emprender hasta estar surtido de víveres. Pero Vercingetórix, asentados sus reales cerca de la ciudad, en el monte, colocadas en semicírculo las tropas de cada pueblo, a mediana distancia unas de otras, y ocupados todos los cerros de aquella cordillera, en cuanto alcanzaba la vista presentaba un objeto de horror. Cada día, en amaneciendo, convocaba los jefes de diversas naciones que había nombrado por consejeros, ya para consultar con ellos, ya para ejecutar lo que fuese menester; y casi no pasaba día sin hacer prueba del coraje y valor de los suyos mediante alguna escaramuza de caballos entreverados con los flecheros. Había enfrente de la ciudad un ribazo a la misma falda del

monte, harto bien pertrechado y por todas partes desmontado, que, cogido una vez por los nuestros, parecía fácil cortar a los enemigos el agua en gran parte, y las salidas libres al forraje. Pero tenían puesta en él guarnición, aunque no muy fuerte. Comoquiera, César en el silencio de la noche, saliendo de los reales, desalojada la guarnición primero que pudiese ser socorrida de la plaza, apoderado del puesto, puso en él dos legiones, y tiró dos fosos de seis pies cada una, que sirviesen de comunicación a entrambos reales, para que pudiesen sin miedo de sorpresa ir y venir, aun cuando fuesen uno a uno.

XXXVII. Mientras esto pasa en Gergovia, Convictolinave el eduo, a quien, como dijimos, adjudicó César el gobierno, sobornado por los Arvernos, se manifiesta con ciertos jóvenes, entre los cuales sobresalían Litavico y sus hermanos, nacidos de nobilísima sangre. Dales parte de la recompensa, exhortándolos "a que se acuerden que nacieron libres y para mandar a otros; ser solo el Estado de los Eduos el que sirve de rémora a la victoria indubitable de la Galia; que por su respeto se contenían los demás; con su mudanza no tendrían en la Galia dónde asentar el pie los Romanos; no negaba él haber recibido algún beneficio de César, si bien la justicia estaba de su parte; pero en todo caso más estimaba la común libertad. Porque ¿qué razón hay para que los Eduos en sus pleitos vayan a litigar en los estrados de César, y los Romanos no vengan al consejo de los Eduos?" Persuadidos sin dificultad aquellos mozos, no menos de las palabras de su ma-

gistrado que de la esperanza del premio, hasta ofrecerse por los primeros ejecutores de este proyecto, sólo dudaban del modo, no esperando que la nación se moviese sin causa a emprender esta guerra. Determinóse que Litavico fuese por capitán de los diez mil hombres que se remitían a César, encargándose de conducirlos, y sus hermanos se adelantasen para verse con César; establecen asimismo el plan de las demás operaciones.

XXXVIII. Litavico al frente del ejército, estando como a treinta millas de Gergovia, convocando al improviso su gente: "¿Adónde vamos, dice llorando, soldados míos? Toda nuestra caballería, la nobleza toda, acaba de ser degollada; los príncipes de la nación, Eporedórix y Viridomaro, calumniados de traidores, sin ser oídos, han sido condenados a muerte. Informaos mejor de los que han escapado de la matanza; que yo, con el dolor de la pérdida de mis hermanos y de todos mis parientes, ya no puedo hablar más." Preséntanse los que tenía él bien instruídos de lo que habían de decir, y con sus aseveraciones confirman en público cuanto había dicho Litavico: "Que muchos caballeros eduos habían sido muertos por achacárseles secretas inteligencias con los Arvernos; que ellos mismos pudieron ocultarse entre el gentío y librarse así de la muerte." Claman a una voz los Eduos, instando a Litavico que mire por sí. "Como si el caso, replica él, pidiese deliberación, no restándonos otro arbitrio sino ir derechos a Gergovia y unirnos con los Arvernos. ¿No es claro que los Romanos, después de un desafuero tan ale-

voso, están afilando las espadas para degollarnos? Por tanto, si somos hombres, vamos a vengar la muerte de tantos inocentes, y acabemos de una vez con esos asesinos." Señala con el dedo a los ciudadanos romanos que por mayor seguridad venían en su compañía. Quítales al punto gran cantidad de trigo y otros comestibles, y los mata cruelmente a fuerza de tormentos. Despacha mensajeros por todos los lugares de los Eduos, y los amotina con la misma patraña del degüello de los caballeros y grandes, incitándolos a que imiten su ejemplo en la venganza de sus injurias.

XXXIX. Venía entre los caballeros eduos (1), por llamamiento expreso de César, Eporedórix, joven nobilísimo y de alta jerarquía en su patria, y con él Viridomaro, de igual edad y valimiento, bien que de linaje inferior, a quien César, por recomendación de Diviciaco, de bajos principios había elevado a suma grandeza. Estos se disputaban la primacía, y en aquel pleito de la magistratura echaron el resto, uno por Convictolitave, otro por Coto. Eporedórix, sabida la trama de Litavico, casi a media noche se la descubre a César, rogándole no permita que su nación, por la mala conducta de aquellos mozos, se rebelase contra el pueblo romano, lo que infaliblemente sucedería si tantos millares de hombres llegasen a juntarse con los enemigos, pues ni los parientes descuidarían de su vida, ni la república podrá menospreciarla.

(1) Entiéndese de los que ya estaban incorporados con el ejército de César.

XL. César, que siempre se había esmerado en favorecer a los Eduos, entrando en gran cuidado con esta novedad, sin detenerse saca de los reales cuatro legiones a la ligera y toda la caballería. Por la priesa no tuvo tiempo para reducir a menos espacio los alojamientos (1), que el lance no sufría dilación. Al legado Cayo Fabio, con dos legiones, deja en ellos de guarnición. Mandando prender a los hermanos de Litavico, halla que poco antes se habían huído al enemigo. Hecha una exhortación a los soldados sobre que no se les hiciese pesado el camino siendo tanta la urgencia, yendo todos gustosísimos, andadas veinticinco millas, como avistasen el ejército de los Eduos, disparada la caballería, detiene y embaraza su marcha, y echa bando que a ninguno maten. A Eporedórix y Viridomaro, a quienes tenían ellos por muertos, da orden de mostrarse a caballo y saludar a los suyos por su nombre. Con tal evidencia, descubierta la maraña de Litavico, empiezan los Eduos a levantar las manos y hacer señas de su rendición, y depuestas las armas, a pedir por merced la vida. Litavico, con sus devotos (que, según fuero de los Galos, juzgan alevosía desamparar a sus patronos aun en la mayor desventura), se refugió en Gergovia.

XLI. César, después de haber advertido por cartas a la república eduana que por beneficio suyo vivían los que pudiera matar por justicia, dando tres

(1) Siendo el ámbito grande y pocos los soldados, se hacía más difícil la defensa, como se vió poco después.

horas de la noche para reposo al ejército, dió la vuelta a Gergovia. A la mitad casi del camino, unos caballos, despachados por Fabio, le traen la noticia "del peligro grande en que se han visto; los reales asaltados con todas las fuerzas del enemigo, que de continuo enviaba gente de refresco a la que se iba cansando, sin dejar respirar a los nuestros de la fatiga, precisados por lo espacioso de los reales a estar fijos todos cada uno en su puesto; ser muchos los heridos por tantas flechas y tantos dardos de todas suertes, bien que contra esto les habían servido mucho las baterías; que Fabio, a su partida, dejadas solas dos puertas, tapiaba las demás y añadía nuevos pertrechos al vallado, apercibiéndose para el asalto del día siguiente". En vista de esto, César, seguido con gran denuedo de los soldados, antes de rayar el sol llegó a los reales.

XLII. Tal era el estado de las cosas en Gergovia, cuando los Eduos, recibido el primer mensaje de Litavico, sin más ni más, instigados unos de la codicia, otros de la cólera y temeridad (vicio sobre todos connatural a esta gente, que cualquier hablilla cree como cosa cierta), meten a saco los bienes de los Romanos, dando a ellos la muerte o haciéndolos esclavos. Atiza el fuego Convictolitave, encendiendo más el furor del populacho para que, despeñado en la rebelión, se avergüence de volver atrás. Hacen salir sobre seguro de Chalón (1) a Marco Aristio, tribuno de los soldados, que iba a juntarse con su

(1) *Cabillonum:* Chalon-sur-Saône.

legión; obligan a lo mismo a los negociantes de la ciudad, y asaltándolos al improviso en el camino, los despojan de todos sus fardos; a los que resisten cercan día y noche, y muertos de ambas partes muchos, llaman en su ayuda mayor número de gente armada.

XLIII. En esto, viniéndoles la noticia de que toda su gente estaba en poder de César, corren a excusarse con Aristio, diciendo "que nada de esto se había hecho por autoridad pública"; mandan que se haga pesquisa de los bienes robados, confiscan los de Litavico y sus hermanos, y despachan embajadores a César en orden a disculparse; todo con el fin de recobrar a los suyos. Pero envueltos ya en la traición, y bien hallados con la ganancia del saqueo, en que interesaban muchos, y temerosos del castigo, tornan clandestinamente a mover especies de guerra y empeñar en ella con embajadas a las demás provincias. Lo cual, dado que César no lo ignoraba, todavía respondió con toda blandura a los enviados: "Que no por la inconsideración y ligereza del vulgo formaba él mal concepto de la república, ni disminuiría un punto su benevolencia para con los Eduos." El, por su parte, temiendo mayores revoluciones de la Galia, para no ser cogido en medio por todos los nacionales, andaba discurriendo cómo retirarse de Gergovia y reunir todo el ejército, de suerte que su retirada, ocasionada del miedo de la rebelión, no tuviese visos de huída.

XLIV. Estando en estos pensamientos, presentósele ocasión, al parecer, de un buen lance. Porque

yendo a reconocer los trabajos del campo menor, reparó que la colina ocupada de los enemigos estaba sin gente, cuando los días anteriores apenas se podía divisar por la muchedumbre que la cubría. Maravillado, pregunta la causa a los desertores, que cada día pasaban a bandadas a su campo. Todos convenían en afirmar lo que ya el mismo César tenía averiguado por sus espías: que la loma de aquella cordillera era casi llana, mas por donde comunicaba con la otra parte de la plaza, fragosa y estrecha; que temían mucho perder aquel puesto, persuadidos a que si los Romanos, dueños ya del uno, los echaban del otro, forzosamente se verían como acorralados y sin poder por vía alguna salir al forraje; que por eso Vercingetórix los había llamado a todos a fortalecer aquel sitio.

XLV. En consecuencia, César manda ir allá varios piquetes de caballos a media noche, ordenándoles que corran y metan ruido por todas partes. Al rayar del día manda sacar de los reales muchas recuas de mulos sin albardas, y a los arrieros, montados encima con sus capacetes, correr al derredor de las colinas, como si fueran unos diestros jinetes. Mezcla con ellos algunos caballos, que con alargar más las cabalgadas representen mayor número, mandándoles caracolear y meterse todos en un mismo término. Esta maniobra se alcanzaba a ver desde la plaza, como que tenía las vistas a nuestro campo, aunque a tanta distancia no se podía bien distinguir el verdadero objeto. César destaca una legión por aquel cerro, y a pocos pasos apuéstala en la ba-

jada, oculta en el bosque. Crece la sospecha en los Galos, y vanse a defender aquel puesto todas las tropas. Viendo César avacuados los reales enemigos, cubriendo las divisas de los suyos y plegadas las banderas, hace desfilar de pocos en pocos, porque no fuesen notados de la plaza, los soldados del campo mayor al menor, y declara su intento a los legados comandantes de las legiones; sobre todo les encarga repriman a los soldados, no sea que por la gana de pelear o codicia del pillaje se adelanten demasiado; háceles presente cuánto puede incomodarles lo fragoso del sitio, a que sólo se puede obviar con la presteza; ser negocio éste de ventura, no de combate. Dicho esto, da la señal, y al mismo tiempo a mano derecha, por otra subida, destaca los Eduos.

XLVI. El muro de la ciudad distaba del llano y principio de la cuesta, por línea recta, si no fuese por los rodeos, mil doscientos pasos; todo lo que se rodeaba para suavizar la pendiente alargaba el camino. En la mitad del collado, a lo largo, y siguiendo los accidentes del terreno, habían los Galos fabricado de grandes piedras una cortina de seis pies contra nuestros asaltos, y desocupada la parte inferior del collado, la superior, hasta tocar con el muro de la plaza, estaba toda erizada de fortificaciones y gente armada. Los soldados, dada la señal, llegan de corrida a la cortina, y saltándola, se apoderan de tres diversas estancias; pero con tanta aceleración, que Teutomato, rey de los Nitiobriges, cogido de sobresalto en su pabellón durmiendo la siesta medio desnudo, apenas pudo escapar, herido

el caballo, de las manos de los soldados que saqueaban las tiendas.

XLVII. César, ya que consiguió su intento, mandó tocar la retirada, y la legión décima, que iba en su compañía, hizo alto. A los soldados de las otras legiones, bien que no percibieron el sonido de la trompeta a causa de un gran valle intermedio, todavía los tribunos y legados, conforme a las órdenes de César, los tenían a raya. Pero inflamados con la esperanza de pronta victoria, con la fuga de los enemigos y con los buenos sucesos de las batallas anteriores, ninguna empresa se proponían tan ardua que fuese a su valor insufrible, ni desistieron del alcance hasta tropezar con las murallas y puertas de la ciudad. Aquí fueron los alaridos, que resonaban por todas partes, tanto, que los de los últimos barrios, asustados con el repentino alboroto, creyendo a los enemigos dentro de la plaza, echaron a huir corriendo. Las mujeres desde los adarves arrojaban sus galas y joyas, y descubiertos los pechos, con los brazos abiertos, suplicaban a los Romanos las perdonasen, y no hiciesen lo que en Avarico, donde no respetaron ni al sexo flaco ni a la edad tierna. Algunas, descolgadas por las manos de los muros, se entregaban a los soldados. Lucio Fabio, centurión de la legión octava, a quien se oyó decir este mismo día que se sentía estimulado de los premios que se dieron en Avarico, ni consentiría que otro escalase primero el muro, tomando a tres de sus soldados, y ayudado de ellos, montó la muralla, y dándoles después la mano, los fué subiendo uno a uno.

XLVIII. Entretanto los enemigos, que, según arriba se ha dicho, se habían reunido a la parte opuesta de la plaza para guardarla, oído el primer rumor, y sucesivamente aguijados de continuos avisos de la toma de la ciudad, con la caballería delante, corrieron allá presurosos. Conforme iban llegando, parábanse al pie de la muralla, y aumentaban el número de los combatientes. Juntos ya muchos a la defensa, las mujeres, que poco antes pedían merced a los Romanos, volvían a los suyos las plegarias, y desgreñado el cabello, al uso de la Galia, les ponían sus hijos delante. Era para los Romanos desigual el combate, así por el sitio como por el número; demás que, cansados de correr y de tanto pelear, dificultosamente contrastaban a los que venían de refresco y con las fuerzas enteras.

XLIX. César, viendo la desigualdad del puesto y que las tropas de los enemigos se iban engrosando, muy solícito de los suyos, envía orden al legado Tito Sestio, a quien había encargado la guarda de los reales menores, que, sacando prontamente algunos batallones, los apueste a la falda del collado, hacia el flanco derecho de los enemigos, a fin de que, si desalojasen a los nuestros del puesto, pudiese rebatir su furia en el alcance. César, adelantándose un poco con su legión, estaba a la mira del suceso.

L. Trabado el choque cuerpo a cuerpo con grandísima porfía, los enemigos confiados en el sitio y en el número, los nuestros en sola su valentía, de repente, por el costado abierto de los nuestros, aparecieron los Eduos destacados de César por la otra

ladera, a mano derecha, para divertir al enemigo. Esos, por la semejanza de las armas gálicas, espantaron terriblemente a los nuestros, y aunque los veían con el hombro derecho desarmado, que solía ser la contraseña de los sometidos, eso mismo atribuían los soldados a estratagema de los enemigos para deslumbrarlos. En aquel punto el centurión Lucio Fabio y los que tras él subieron a la muralla, rodeados de los enemigos, y muertos, son tirados el muro abajo. Marco Petronio, centurión de la misma legión, queriendo romper las puertas, viéndose rodeado de la muchedumbre, y desesperando de su vida por las muchas heridas mortales, vuelto a los suyos: "Ya que no puedo, les dijo, salvarme con vosotros, por lo menos aseguraré vuestra vida, que yo he puesto a riesgo por amor de la gloria. Vosotros aprovechad la ocasión de poneros en salvo." Con esto se arroja en medio de los enemigos, y matando a dos, aparta los demás de la puerta. Esforzándose a socorrerle los suyos: "En vano, dice, intentáis salvar mi vida, que ya me faltan la sangre y las fuerzas. Por tanto, idos de aquí, mientras hay tiempo, a incorporaros con la legión." Así peleando, poco después cae muerto, y dió a los suyos la vida.

LI. Los nuestros, apretados por todas partes, perdidos cuarenta y seis centuriones, fueron rechazados de allí; pero siguiéndolos desapoderadamente los Galos, la décima legión, que estaba de respeto en lugar menos incómodo, los detuvo; al socorro de esta legión concurrieron las cohortes de la décimotercia, que al mando de Tito Sestio, sacadas de los

reales menores, estaban apostadas en lugar ventajoso. Las legiones, luego que pisaron el llano, se pusieron en orden de batalla contra el enemigo. Vercingetórix retiró de las faldas del monte los suyos dentro de las trincheras. Este día perecieron poco menos de setecientos hombres.

LII. Al siguiente, César, convocando a todos, reprendió la temeridad y desenfreno de los soldados, "que por su capricho resolvieron hasta dónde se había de avanzar o lo que se debía hacer, sin haber obedecido al toque de la retirada ni podido ser contenidos por los tribunos y legados". Púsoles delante "cuánto daño acarrea la mala situación, y su ejemplo mismo en Avarico, donde, sorprendido el enemigo sin caudillo y sin caballería, quiso antes renunciar a una victoria cierta que padecer en la refriega ningún menoscabo, por pequeño que fuese, por la fragura del sitio. Cuanto más admiraba su magnanimidad, que ni por la fortificación de los reales, ni por lo encumbrado del monte, ni por la fortaleza de la muralla se habían acobardado, tanto más desaprobaba su sobrada libertad y arrogancia en presumirse más prόvidos que su general en la manera de vencer y dirigir las empresas; que él no apreciaba menos en un soldado la docilidad y obediencia que la valentía y grandeza de ánimo".

LIII. A esta amonestación, añadiendo, por último, para confortar a los soldados, "que no por eso se desanimasen ni atribuyesen al valor del enemigo la desgracia originada del mal sitio", firme en su resolución de partirse, movió el campo y ordenó las

tropas en lugar oportuno. Como ni aun así bajase Vercingetórix al llano, después de una escaramuza de la caballería, y ésa con ventaja suya, retiró el ejército a su campamento. Hecho al día siguiente lo mismo, juzgando bastar esto para humillar el orgullo de los Galos y alentar a los suyos, tomó la vía de los Eduos. No moviéndose ni aun entonces los enemigos, al tercer día, preparado el puente del Alier, pasó el ejército.

LIV. Inmediatamente los dos eduos Viridomaro y Eporedórix le hacen saber que Litavico, con toda su caballería, era ido a cohechar a los Eduos; que sería bien se anticipasen los dos, para confirmar en su fe a la nación. Comoquiera que ya por las muchas experiencias tenía César bien conocida la deslealtad de los Eduos, y estaba cierto que con la ida de éstos se apresuraba la rebelión, con todo, no quiso negarles la licencia, porque no pareciese, o que les hacía injuria, o que daba muestras de miedo. Al despedirse les recordó en pocas palabras "cuánto le debían los Eduos; cuáles y cuán abatidos los había encontrado (1), forzados a no salir de los castillos, despojados de sus labranzas, robadas todas sus haciendas, cargados de tributos, sacándoles por fuerza con sumo vilipendio los rehenes, y a qué grado de fortuna los había sublimado, tal,

(1) Para saber el estado infeliz en que se hallaban los Eduos al tiempo que llegó César, basta leer la arenga que el eduo Diviciaco le hizo ponderando sus calamidades, libro I.

que no sólo recobraron su antiguo estado, sino que nunca se vieron en tanta pujanza y estimación". Con estos recuerdos los despidió.

LV. En Nevers, fortaleza de los Eduos, fundada sobre el Loire, en un buen sitio, tenía César depositados los rehenes de la Galia, los granos, la caja militar, con gran parte de los equipajes suyos y del ejército, sin contar los muchos caballos que con ocasión de esta guerra, comprados en Italia y España, había remitido a este pueblo. Adonde habiendo venido Eporedórix y Viridomaro, e informándose en orden al estado de la república, cómo Litavico había sido acogido por los Eduos en Bibracte, ciudad entre ellos principalísima, Convictolitave el magistrado y gran parte de los senadores unídose con él, y que de común acuerdo eran enviados embajadores a Vercingetórix a tratar de paces y liga, les pareció no malograr tan buena coyuntura. En razón de esto, degollados los guardas de Nevers con todos los negociantes y pasajeros, repartieron entre sí el dinero y los caballos; los rehenes de los pueblos remitiéronlos a Bibracte, a manos del magistrado; al castillo, juzgando que no podrían defenderlo, porque no se aprovechasen de él los Romanos, pegáronle fuego; del trigo, cuanto pudieron de pronto lo embarcaron; el resto lo echaron a perder en el río o en las llamas. Ellos mismos empezaron a levantar tropas por la comarca, a poner guardias y centinelas a las riberas del Loire y a correr toda la campiña con la caballería para meter miedo a los Romanos, por si pudiesen cortarles los víveres o el

paso para la Provenza cuando la necesidad los forzare a la vuelta. Confirmábase su esperanza con la crecida del río, que venía tan caudaloso por las nieves derretidas, que por ningún paraje parecía poderse vadear.

LVI. Enterado César de estas cosas, determinó darse priesa, para que si al echar puentes se viese precisado a pelear, lo hiciese antes de aumentarse las fuerzas enemigas. Porque dar a la Provenza la vuelta, eso ni aun en el último apuro pensaba ejecutarlo, pues que se lo disuadían la infamia y la vileza del hecho, y también la interposición de las montañas Cebenas y aspereza de los senderos; sobre todo, temía por Labieno y las legiones que con él estaban. Así que a marchas forzadas, continuadas día y noche, arribó cuando menos se le esperaba a las orillas del Loire, y hallado por los caballos un vado, según la urgencia, pasadero, donde los brazos y los hombros quedaban libres fuera del agua lo bastante para sostener las armas, puesta en orden la caballería para quebrantar el ímpetu de la corriente, y desconcertados a la primera vista los enemigos, pasó sano y salvo el ejército, y hallando a mano en las campiñas trigo y abundancia de ganado, abastecido de esto el ejército, dispónese a marchar la vuelta de Sens.

LVII. Mientras pasa esto en el campo de César, Labieno, dejadas en Agendico, para seguridad del bagaje, las reclutas recién venidas de Italia, marcha con cuatro legiones a París, ciudad situada en una isla del río Sena. A la noticia de su arribo acu-

dieron muchas tropas de los partidos comarcanos, cuyo mando se dió a Camulogeno Aulerco, que, sin embargo de su edad muy avanzada, fué nombrado para este cargo por su singular inteligencia en el arte militar. Habiendo éste observado allí una laguna contigua que comunicaba con el río y servía de grande embarazo para la entrada en todo aquel recinto, púsose al borde, con la mira de atajar el paso a los nuestros.

LVIII. Labieno, al principio, valiéndose de las barracas movibles, tentaba cegar la laguna con zarzos y fagina y hacer camino. Mas después, vista la dificultad de la empresa, moviendo el campo a media noche, sin ruido, por la misma senda que había traído, llegó a Melun (1), ciudad de los Seneses, asentada en otra isla del Sena, bien así como París. Cogidas aquí cincuenta barcas, trabadas prontamente unas con otras, y metidos en ellas los soldados, atónito de la novedad el poco vecindario, porque la mayor parte se había ido a la guerra, se apodera de la ciudad sin resistencia. Restaurado el puente, que los días atrás habían roto los enemigos, pasa el ejército y empieza río abajo a marchar a París. Los enemigos, sabiéndolo por los fugitivos de Melun, mandan quemar París y cortar sus puentes; y dejando la laguna, se acampan a las márgenes del río enfrente de París y los reales de Labieno.

LIX. Ya corrían voces de la retirada de César

(1) Según otros, Meudon; el estado de los manuscritos dificulta la resolución de este problema.

lejos de Gergovia, igualmente que del alzamiento de los Eduos y de la dichosa revolución de la Galia, y los Galos en sus corrillos afirmaban que César, cortado el paso del Loire y forzado del hambre, iba desfilando hacia la Provenza. Los Beoveses al tanto, sabida la rebelión de los Eduos, siendo antes de suyo poco fieles, comenzaron a juntar gente y hacer a las claras preparativos para la guerra. Entonces Labieno, viendo tan mudado el teatro, conoció bien ser preciso seguir otro plan muy diverso del que antes se había propuesto. Ya no pensaba en conquistas ni en provocar al enemigo a batalla, sino en cómo retirarse con su ejército sin pérdida a Agendico, puesto que por un lado le amenazaban los Beoveses, famosísimos en la Galia por su valor, y el otro le guardaba Camulogeno con mano armada. Demás que un río caudalosísimo cerraba el paso de las legiones al cuartel general donde estaban los bagajes. A vista de tantos tropiezos, el único recurso era encomendarse a sus bríos.

LX. En efecto, llamando al anochecer a consejo, los animó a ejecutar con diligencia y maña lo que ordenaría; reparte a cada caballero romano una de las barcas traídas de Melun, y a las tres horas de la noche les manda salir en ellas de callada río abajo y aguardarle allí a cuatro millas. Deja de guarnición en los reales cinco cohortes que le parecían las menos aguerridas; a las otras cinco de la misma legión manda que a media noche se pongan en marcha río arriba con todo el bagaje, metiendo mucho ruido. Procura también coger unas canoas, las cuales, agi-

tadas con gran retumbo de remos, hace dirigir hacia la misma banda. El poco después, moviendo a la sorda con tres legiones, va derecho al paraje donde mandó parar las barcas.

LXI. Arribado allá, los batidores de los enemigos, distribuídos como estaban por todas las orillas del río, fueron sorprendidos por los nuestros, a causa de una recia tempestad que se levantó de repente; a la hora es transportada la infantería y la caballería mediante la industria de los caballeros romanos escogidos para este efecto. Al romper del día, casi a un tiempo vienen nuevas al enemigo de la extraordinaria batahola que traían los Romanos en su campo; que un grueso escuadrón iba marchando río arriba; que allí mismo se sentía estruendo de remos, y que poco más abajo transportaban en barcas a los soldados. Con estas noticias, creyendo que las legiones pasaban en tres divisiones, y que, aturdidos todos con la sublevación de los Eduos, se ponían en huída, dividieron también ellos sus tropas en tres tercios, porque dejando uno de guardia enfrente de los reales, y destacando hacia Melun una partida pequeña que fuese siguiendo paso a paso nuestras naves, el resto del ejército llevároнlo sobre Labieno.

LXII. Al amanacer ya los nuestros estaban desembarcados y se divisaban las tropas enemigas. Labieno, después de haber exhortado a los soldados "que se acordasen de su antiguo esfuerzo y de tantas victorias ganadas, haciendo ahora cuenta que César, bajo cuya conducta innumerables veces ha-

bían vencido a los enemigos, los estaba mirando", da la señal de acometer. Al primer encuentro por el ala derecha, donde la séptima legión peleaba, son derrotados y ahuyentados los enemigos; por la izquierda, que cubría la legión duodécima, cayendo en tierra las primeras filas de los enemigos atravesados con los dardos, todavía los demás se defendían vigorosamente, sin haber uno que diese señas de querer huir. El mismo general de los enemigos, Camulogeno, acudía a todas partes animando a los suyos. Mas estando aún suspensa la victoria, llegando a saber los tribunos de la legión séptima la resistencia porfiada en el ala izquierda, cogieron y cargaron a los enemigos por la espalda. Ni tampoco entonces se movió ninguno de su puesto, sino que, cogidos todos en medio, fueron muertos, y con ellos también Camulogeno. El cuerpo de observación apostado contra los reales de Labieno, a la nueva del choque, corrió a socorrer a los suyos, y tomó un collado, mas no pudo aguantar la carga cerrada de los vencedores. Conque así mezclados en la fuga con los suyos, los que no se ocultaron en las selvas y montes fueron degollados por la caballería. Concluída esta acción, vuelve Labieno a la ciudad de Agendico, donde habían quedado los bagajes de todo el ejército. Desde allí con todas sus tropas vino a juntarse con César a los tres días.

LXIII. Divulgado el levantamiento de los Eduos, se aviva más la guerra. Van y vienen embajadas por todas partes. Echan el resto de su valimiento, autoridad y dinero en cohechar los Estados. Con el

suplicio de los rehenes confiados a su custodia por César, aterran a los indecisos. Ruegan los Eduos a Vercingetórix se sirva de venir a tratar con ellos del plan de operaciones. Logrado esto, pretenden para sí la superintendencia, y puesto el negocio en litigio, convócanse Cortes de toda la Galia en Bibracte. Congréganse allí de todas partes en gran número. La decisión se hace a pluralidad de votos. Todos, sin faltar uno, quieren por general a Vercingetórix. No asistieron a la junta los Remenses, Langreses ni Trevirenses: aquéllos, por razón de su amistad con los Romanos; los Trevirenses, por vivir lejos y hallarse infestados de los Germanos, que fué la causa de no aparecer en toda esta guerra y de mantenerse neutrales. Los Eduos sienten en el alma el haber perdido la soberanía; quéjanse del revés de la fortuna, y ahora echan de menos la benignidad de César para consigo; mas ya empeñados en la guerra, no tienen valor para separarse de los demás. Eporedórix y Viridomaro, mozos de grandes esperanzas, se sujetan da mala gana a Vercingetórix.

LXIV. Este exige rehenes de los demás pueblos, señalándoles plazo. Manda que le acudan luego todos los soldados de a caballo hasta el número de quince mil, diciendo que se contentaría con la caballería que hasta entonces había tenido; que no pensaba aventurarse ni dar batalla, sino estorbar a los Romanos las salidas a las mieses y pastos, cosa muy fácil teniendo tanta caballería, sólo con que tengan ellos mismos por bien malear sus granos y quemar

las caserías, a trueque de conseguir para siempre, con el menoscabo de sus haciendas, el imperio y la independencia. Determinadas estas cosas, da orden a los Eduos y Segusiavos, que confinan con la Provenza, de aprontar diez mil infantes y a más ochocientos caballos. Dales por capitán un hermano de Eporedórix, y le manda romper por los Alóbroges. Por otra parte, envía los Gabalos y los Arvernos de los contornos contra los Helvios, como los de Ruerga y Cuerci contra los Volcas Arecómicos. En medio de esto, no pierde ocasión de ganar ocultamente con emisarios y mensajes a los Alóbroges, cuyos ánimos sospechaba estar aún resentidos por la guerra precedente. A los grandes promete dineros, y a la república el señorío de toda la provincia.

LXV. Para prevenir todos estos lances estaban alerta veintidós batallones, que, reclutados en la misma Provenza, el legado Lucio César tenía distribuídos por todas partes. Los Helvios, adelantándose a pelear con los pueblos comarcanos, son batidos; y muerto con otros muchos el príncipe de aquel Estado, Cayo Valerio Donotauro, hijo de Caburo, se ven forzados a encerrarse dentro de sus fortalezas. Los Alóbroges, poniendo guardias a trechos en los pasos del Ródano, defienden con gran solicitud y diligencia sus fronteras. César, reconociendo la superioridad de la caballería enemiga, y que, por estar tomados todos los caminos, ningún socorro podía esperar de la Provenza y de Italia, procúralos en Germania de aquellas naciones con quien los años atrás había sentado paces, pidiéndoles soldados de a ca-

ballo con los peones ligeros, hechos a pelear entre ellos. Llegados que fueron, por no ser castizos sus caballos, toma otros de los tribunos, de los demás caballeros romanos y de los soldados veteranos (1), y los reparte entre los Germanos.

LXVI. En este entretanto se unen las tropas de los enemigos venidas de los Arvernos con la caballería que se mandó aprontar a toda la Galia. Junto este grueso cuerpo, Vercingetórix, al pasar César por las fronteras de Langres a los Sequanos, para estar más a mano de poder cubrir la Provenza, se acampó como a diez millas de los Romanos, en tres divisiones, y llamando a consejo a los jefes de caballería: "Venido es, les dice, ya el tiempo de la victoria. Los Romanos van huyendo a la Provenza, y desamparan la Galia; si esto nos basta para quedar libres por ahora, no alcanza para vivir en paz y sosiego en adelante, pues volverán con mayores fuerzas, ni jamás cesarán de inquietarnos. Esta es la mejor ocasión de cerrar con ellos en la faena de la marcha. Que si la infantería sale a la defensa y en ella se ocupa, no pueden proseguir el viaje; si tiran, lo que parece más cierto, a salvar sus vidas, abandonado el bagaje, quedarán privados de las cosas más necesarias, y sin honra. Pues de la caballería enemiga ninguno aun de nosotros duda que no

(1) César: *evocatis*. Así se decían aquellos que después de haber servido los años de la ley se retiraban de la milicia como *jubilados*. Si alguna vez, atenta la urgencia, eran llamados al ejército, acudían como *voluntarios*, por atención al cónsul, *in gratiam consulis*.

habrá un solo jinete que ose dar paso fuera de las filas. Para más animarlos, les promete tener ordenadas sus tropas delante de los reales, y poner así espanto a los enemigos." Los caballeros, aplaudiéndole, añaden "que deben todos juramentarse solemnísimamente a no dar acogida ni permitir que jamás vea sus hijos, sus padres, su esposa, quien no atravesase dos veces a caballo por las filas de los enemigos".

LXVII. Aprobada la propuesta, y obligados todos a jurar en esta forma, el día inmediato, dividida la caballería en tres cuerpos, dos se presentan a los dos flancos; el tercero por la frente comenzó a cortar el paso. Al primer aviso César da también orden que su caballería, en tres divisiones, avance contra el enemigo. Empiézase un combate general; detiénese la marcha; recógese el bagaje en medio de las legiones. Dondequiera que los nuestros iban de caída o se veían más acosados, César estaba encima, revolviendo allá todas sus fuerzas. Con eso cejaban los enemigos, y con la esperanza del refuerzo se rehacían los nuestros. Al cabo los Germanos por la banda derecha, ganando un repecho, derrocan a los enemigos, y echando tras ellos, matan a muchos hasta el río, donde acampaba Vercingetórix con la infantería. Lo cual visto, los demás, temiendo ser cogidos en medio, huyen de rota batida, y es general el estrago. Tres de los Eduos más nobles son presentados a César: Coto, general de la caballería, el competidor de Convictoritave en la última creación de magistrados; Cavarilo, que después de la rebe-

lión de Litavico mandaba la infantería, y Époredórix, que antes de la venida de César fué caudillo en la guerra de los Eduos con los Sequanos.

LXVIII. Desbaratada toda la caballería, Vercingetórix recogió sus tropas según las tenía ordenadas delante los reales, y sin detención tomó la vía de Alesia, plaza fuerte de los Mandubios, mandando alzar luego los bagajes y conducirlos tras sí. César, puestos a recaudo los suyos en un collado cercano con la escolta de dos legiones, siguiendo el alcance cuanto dió de sí el día, muertos al pie de tres mil hombres de la retaguardia enemiga, al otro día sentó sus reales cerca de Alesia. Reconocida la situación de la ciudad, y amedrentados los enemigos con la rota de la caballería, en que ponían su mayor confianza, después de alentar a los soldados al trabajo, empezó a delinear el cerco formal de Alesia.

LXIX. Estaba esta ciudad fundada en la cumbre de un monte muy elevado, por manera que parecía inexpugnable sino por bloqueo. Dos ríos por dos lados bañaban el pie de la montaña. Delante la ciudad se tendía una llanura cuasi de tres millas a lo largo. Por todas las demás partes la ceñían de trecho en trecho varias colinas de igual altura. Debajo del muro toda la parte oriental del monte estaba cubierta de tropas de los Galos, defendidos de un foso y de un muro de piedra de seis pies en alto. Las trincheras trazadas por los Romanos ocupaban once millas de ámbito. Los alojamientos estaban dispuestos en lugares convenientes, fortificados con veintitrés baluartes, donde nunca faltaban entre día

cuerpos de guardia contra cualquier asalto repentino; por la noche se aseguraba con centinelas y buenas guarniciones.

LXX. Comenzada la obra, trábanse los caballos en aquella llanura, que por entre las colinas se alargaba tres millas, según queda dicho. Peléase con sumo esfuerzo de una y otra parte. Apretados los nuestros, César destaca en su ayuda los Germanos, y pone delante de los reales las legiones para impedir toda súbita irrupción de la infantería contraria. Con el socorro de las legiones se aviva el coraje de los nuestros. Los enemigos, huyendo a todo huir, se atropellan unos a otros por la muchedumbre, y quédanse hacinados a las puertas, demasiado angostas. Tanto más los aguijan los Germanos hasta las fortificaciones. Hácese gran riza. Algunos, apeándose, tientan a saltar el foso y la cerca. César manda dar un avance a las legiones apostadas delante los reales. No es menor entonces la turbación de los Galos que dentro de las fortificaciones estaban. Creyendo que venían derechos a ellos, todos se alarman. Azorados algunos, entran de tropel en la plaza. Vercingetórix manda cerrar las puertas, porque no queden sin defensa los reales. Muertos muchos, y cogido buen número de caballos, los Germanos retíranse al campo.

LXXI. Vercingetórix, primero que los Romanos acabasen de atrincherarse, toma la resolución de despachar una noche toda la caballería, ordenándoles al partir: "Vaya cada cual a su patria, y fuerce para la guerra a todos los que tuvieren edad. Re-

preséntales sus méritos para con ellos, y los conjura que tengan cuenta con su vida, y no lo abandonen a la saña cruel de los enemigos para ser despedazado con tormentos, siendo tan benemérito de la pública libertad; que por poco que se descuiden verán perecer consigo ochenta mil combatientes, la flor de la Galia; que por su cuenta escasamente le quedan víveres para treinta días, aunque podrán durar algunos más cercenando la ración." Con estos encargos despide la caballería sin ruido, antes de media noche, por la parte que aún no estaba cerrada con nuestro vallado. Manda le traigan todo el trigo, poniendo pena de la vida a los desobedientes; reparte por cabeza las reses recogidas con abundancia por los Mandubios; el pan lo va distribuyendo poco a poco y por tasa. Todas las tropas acampadas delante de la plaza las mete dentro. Tomadas estas providencias, dispone aguardar los refuerzos de la Galia y proseguir así la guerra.

LXXII. Informado César de estos proyectos por los desertores y prisioneros, formó de esta suerte las líneas: Cavó un foso de veinte pies de ancho, con las paredes perpendiculares, de suerte que el suelo fuese igual en anchura al borde. Todas las otras fortificaciones tirólas a distancia de cuatrocientos pies de este foso, por razón de que, habiendo abarcado por necesidad tanto espacio, no siendo fácil poner cordón de soldados en todas partes, quería evitar los ataques improvisos o nocturnos del enemigo, y entre día los tiros contra los soldados empleados en las obras. Después de este espacio inter-

medio abrió dos zanjas, anchas de quince pies y de igual altura; la interior llenó de agua, guiada del río por sitios llanos y bajos. Tras éstas levantó el terraplén y estacada de doce pies, guarnecida con su parapeto y almenas, con grandes horquillas a manera de astas de ciervo, sobresalientes entre las junturas de la empalizada, para estorbar al enemigo la subida. Todo el terraplén cercó de torres, distantes entre sí ochenta pies.

LXXIII. Era forzoso a un tiempo ir a cortar madera, buscar trigo y fabricar tan grandes obras, divididas las tropas, que tal vez se alejaban demasiado de los reales, y los Galos no perdían ocasión de atajar nuestras labores, haciendo salidas de la plaza con gran furia por varias puertas. Por lo cual a las obras dichas trató César de añadir nuevos reparos, para poder cubrir las trincheras con menos gente. Para esto, cortando troncos de árboles o ramas muy fuertes, acepilladas y bien aguzadas las puntas, tirábanse fosas seguidas, cuya hondura era de cinco pies. Aquí se hincaban aquellos leños, y afianzados por el pie para que no pudiesen ser arrancados, sacaban las puntas sobre las enramadas. Estaban colocados en cinco hileras, tan unidos y enlazados entre sí, que quien allí entraba, él mismo se clavaba con aquellos agudísimos espolones, a que daban el nombre de cepos. Delante de éstos se cavaban unas hoyas puestas en forma de ajedrez, al sesgo, su hondura de tres pies, que poco a poco se iban estrechando hacia bajo. Aquí se metían estacas rollizas del grueso del muslo, aguzadas y tostadas

sus puntas de arriba, de modo que no saliesen fuera del suelo más de cuatro dedos. Asimismo, a fin de asegurarlas y que no se moviesen, cada pie desde el hondón se calzaba (1) con tierra, y para ocultar el ardid se tapaba la boca de la hoya con mimbres y matas. Ocho eran las hileras de este género de hoyas, distantes entre sí tres pies, que llamaban lirios por la semejanza con su flor. Delante las hoyas se soterraban unos zoquetes del tamaño de un pie, erizados (2) con púas de hierro, sembrados a trechos por todas partes, con el nombre de abrojos.

LXXIV. Concluídas estas cosas, siguiendo las veredas más acomodadas que pudo según la calidad del terreno, abarcando catorce millas, dió traza como se hiciesen otras fortificaciones semejantes, vueltas a la otra banda contra los enemigos de fuera, para que ni aun con mucha gente, si llegase el caso de su retirada, pudiesen acordonar las guarniciones de las trincheras, y también porque no se viesen obligados a salir de ellas con riesgo, manda que todos hagan provisión de pan y heno para treinta días.

LXXV. Mientras iban así las cosas en Alesia, los Galos, en una junta de grandes, determinan, no lo que pretendía Vercingetórix, que todos los que fue-

---

(1) De forma que los tres pies de la hoya se llenaban de tierra bien apretada o apisonada alrededor de las estacas, como lo entendió el intérprete griego.

(2) César: *ferreis hamis inflxis*. Esto es, armados por todo el sobrehaz, como lo está el erizo de la castaña y el animal de este nombre.

sen de armas tomar se alistasen, sino que cada nación contribuyese con cierto número de gente, temiendo que con la confusión de tanta chusma no les sería posible refrenar ni distinguir a los suyos, ni hallar medio de abastecerse. A los Eduos y a sus dependientes los Segusiavos, Ambivaretos, Aulercos Branovices y Branovios echan la cuota de treinta y cinco mil hombres; igual número a los Arvernos y a sus vasallos, que solían ser los Eleuteros (1) de Caors, los Gabalos y Velavios; a los Sens, los Sequanos, los de Berri, del Santonge, de Rodes, de Chartres, doce mil; a los Beoveses diez mil; otros tantos a los Lemosines; cada ocho mil a los de Potiers, de Turs, París y Helvios; a los de Soisos, a los Amienses, los Metenses, los Perigordenses, Nervios, Morinos, Nitióbriges, a cinco mil; otros tantos a los Aulercos de Maine; cuatro mil a los de Artois; a los Belocases, Lisienses, Aulercos Eburones, cada tres mil; a los Rauracos y Boyos treinta mil; a seis mil a todas las merindades de la costa del Océano, llamadas en su lenguaje Armóricas, a que pertenecen los Coriosolitas, de Renes, los Ambibaros, Caletes, Osismos, Lexovios y Unelos. De éstos los Beoveses solos rehusaron contribuir con su cuota, diciendo querían hacer la guerra a los Romanos por sí y como les pareciese, sin dependencia de nadie; no obstante, a ruego de Comio y por su amistad, enviaron dos mil hombres.

---

(1) Por ventura se decían así porque fueron antiguamente libres, pues eso significa en griego *Eleutheri*.

LXXVI. Este Comio es el mismo que los años pasados hizo fieles e importantes servicios a César en Bretaña, por cuyos méritos había declarado libre a su república, restituídole sus fueros y leyes, sujetando a su jurisdicción los Morinos. Pero fué tan universal la conspiración de toda la Galia en orden a defender su libertad y recuperar su primera gloria militar, que ninguna fuerza les hacían ni los beneficios recibidos ni las obligaciones de amigos, sino que todos, con todo su corazón y con todas sus fuerzas, se armaban para esta guerra, en que se contaban ocho mil caballos y cerca de doscientos cincuenta mil infantes. Hacíase la masa del ejército y la revista general en las fronteras de los Eduos; nombrábanse capitanes. Fíase todo el peso del gobierno a Comio el de Artois, a los eduos Viridomaro y Eporedórix, a Vercasilauno, arverno, primo de Vercingetórix, dándoles por consejeros varones escogidos de todos los Estados. Alborozados todos y llenos de confianza, van camino de Alesia. Ni había entre todos uno solo que pensase hallar quien se atreviese a sufrir ni aun la vista de tan numeroso ejército, y más estando entre dos fuegos (1) : de la plaza, con las salidas; de fuera, con el terror de tantas tropas de a caballo y de a pie.

---

(1) César : *praesertim ancipiti proelio*. Bien veo que esta locución castellana lleva un género de anacronismo respecto del tiempo en que habla César y del en que comenzaron en la guerra las bocas de fuego; muchos siglos pasaron del uno al otro. Con todo eso ha parecido explicar así el *ancipiti proelio*, pues da a entender que César, cogido

LXXVII. Pero los sitiados de Alesia, pasado el plazo en que aguardaban el socorro, consumidos todos los víveres, ignorantes de lo que se trataba en los Eduos, juntándose a consejo, consultaban acerca del remedio de sus desventuras. Entre los varios partidos propuestos, inclinándose unos a la entrega, otros a una salida mientras se hallaban con fuerzas, no me pareció pasar en silencio el que promovió Critognato por su inaudita y bárbara crueldad. Este, nacido en Albernia, de nobilísimo linaje y tenido por hombre de grande autoridad: "Ni tomar quiero en boca, dice, el parecer de aquellos que llaman entrega la más infame servidumbre; estos tales para mí no son ciudadanos, ni deben ser admitidos a consejo. Hablo, sí, con los que aconsejan la salida, cuyo dictamen, a juicio de todos vosotros, parece más conforme a la hidalguía de nuestro valor heredado. Mas yo no tengo por valor, sino por flaqueza, el no poder sufrir un tanto la carestía. Más fácil es hallar quien se ofrezca de grado a la muerte, que quien sufra con paciencia el dolor. Yo por mí aceptaría este partido, por lo mucho que aprecio la honra, si viese que sólo se arriesgaba en él nuestra vida; pero antes de resolvernos volvamos los ojos a la Galia, la cual tenemos toda empeñada en nuestro socorro. ¿Cuál, si

---

en medio, tendría que atender a su defensa por las dos bandas, peleando contra los sitiados de Alesia y contra estas numerosas tropas, que le atacarían por de fuera; así se ve más abajo que César recibió a los enemigos *omni exercitu ad utramque partem munitionum disposito*. Véase lo que queda dicho en la nota 1 de la pág. 30.

pensáis, será la consternación de nuestros allegados y parientes al ver tendidos en tierra ochenta mil ciudadanos, y haber por fuerza de pelear entre sus mismos cadáveres? No privéis, os ruego, del auxilio de vuestro brazo a los que por salvar vuestras vidas han aventurado las suyas, ni arruinar a toda la Galia, condenándola a perpetua esclavitud por vuestra inconsideración y temeridad, o mejor diré por vuestra cobardía. ¿Acaso dudáis de su lealtad y firmeza porque no han venido al plazo señalado? ¿Cómo? ¿Creéis que los Romanos se afanan tanto en hacer aquellas líneas de circunvalación por mero entretenimiento? Si no podéis haber nuevas de ellos, cerradas todas las vías, recibir de su próxima venida el anuncio de los mismos enemigos, que, con el temor de ser sobresaltados, no cesan de trabajar día y noche. Diréisme: "Pues ¿qué nos aconsejas tú?" Que se haga lo que ya hicieron nuestros mayores en la guerra de los Cimbros y Teutones, harto diferente de ésta, que, sitiados y apretados de semejante necesidad, sustentaron su vida con la carne de la gente a su parecer inútil para la guerra, por no rendirse a los enemigos. Aunque no tuviéramos ejemplo de esto, yo juzgaría cosa muy loable el darlo por amor de la libertad, para imitación de los venideros. Y ¿qué tuvo que ver aquella guerra con ésta? Los Cimbros, saqueada toda la Galia y hechos grandes estragos, al fin salieron de nuestras tierras y marcharon a otras, dejándonos nuestros fueros, leyes, posesiones y libertad; mas los Romanos, ¿qué otra cosa pretenden o quieren sino, por envidia de nuestra

gloria y superioridad experimentada en las armas, usurparnos las heredades y poblaciones e imponernos el yugo de una eterna esclavitud, puesto que nunca hicieron a otro precio la guerra? Y si ignoráis lo que sucedió a las naciones lejanas, ahí tenéis vecina la Galia, que, convertida en provincia suya, mudado el gobierno, sujeta a su tiranía, se ve oprimida de perpetua servidumbre."

LXXVIII. Tomados los votos, deciden "que los inútiles por sus ajes o edad despejen la plaza, y que se pruebe todo primero que seguir el consejo de Critognato; pero a más no poder, si tarda el socorro, se abrace, antes que admitir condición alguna de rendición o de paz". Los Mandubios, que los habían recibido en la ciudad, son echados fuera con sus hijos y mujeres. Los cuales, arrimados a las trincheras de los Romanos, deshechos en lágrimas, les pedían rendidamente que les diesen un pedazo de pan, y serían sus esclavos. Mas César, poniendo guardias en la barrera, no quería darles cuartel.

LXXIX. Entretanto Comio y los demás comandantes llegan con todas sus tropas a la vista de Alesia, y, ocupada la colina de afuera, se acampan a una milla de nuestras fortificaciones. Al día siguiente, sacando la caballería de los reales, cubren toda aquella vega, que, como se ha dicho, tenía de largo tres millas, y colocan la infantería detrás de este sitio, en los recuestos. Las vistas de Alesia caían al campo. Visto el socorro, búscanse unos a otros; danse mil parabienes, rebosando todos de alegría. Salen, pues, armados de punta en blanco, plántanse

delante de la plaza, llenan de zarzos y tierra el foso inmediato, y se disponen para el ataque y cualquier otro trance.

LXXX. César, distribuído el ejército por las dos bandas de las trincheras, de suerte que cada cual en el lance pudiese conocer y guardar su puesto, echa fuera la caballería, con orden de acometer. De todos los reales que ocupaban los cerros de toda aquella cordillera se descubría el campo de batalla, y todos los soldados estaban en grande expectación del suceso. Los Galos habían entre los caballos mezclado a trechos flecheros y volantes armados a la ligera, que los protegiesen al retroceder y contuviesen el ímpetu de los nuestros. Por estos tales heridos al improviso varios, se iban retirando del combate. Con eso los Galos, animados por la ventaja de los suyos, y viendo a los nuestros cargados de la muchedumbre, tanto los sitiados como las tropas auxiliáres, con gritos y alaridos atizaban por todas partes el coraje de los suyos. Como estaban a la vista de todos, que no se podía encubrir acción alguna o bien o mal hecha, a los unos y a los otros daba bríos no menos el amor de la gloria que el temor de la ignominia. Continuándose la pelea desde mediodía hasta ponerse el sol, con la victoria en balanzas, los Germanos, cerrados en pelotones, arremetieron de golpe y rechazaron a los enemigos, por cuya fuga los flecheros fueron cercados y muertos. En tanto los nuestros, persiguiendo por las demás partes a los fugitivos hasta sus reales, no les dieron lugar a rehacerse. Entonces los que habían salido fuera de la

plaza, perdida la esperanza de la victoria, se recogieron muy mustios adentro.

LXXXI. Un día estuvieron los Galos sin pelear, gastándolo todo en aparejar gran número de zarzos, escalas, garabatos; con que, saliendo a media noche a sordas de los reales, se fueron arrimando a la línea de circunvalación, y de repente, alzando una gran gritería que sirviese a los sitiados por seña de su acometida, empiezan a tirar zarzos, y con hondas, saetas y piedras a derribar de las barreras a los nuestros y aprestar los demás instrumentos para el asalto. Al mismo punto Vercingetórix, oída la grita, toca a rebato, y saca su gente de Alesia. De los nuestros cada cual corre al puesto que de antemano le estaba señalado en las trincheras, donde con hondas que arrojaban piedras de a libra (1), con espontones puestos a mano y con balas de plomo arredraban al enemigo. Los golpes dados y recibidos eran a ciegas por la obscuridad de la noche, muchos los dardos lanzados por las máquinas de guerra. Pero los legados Marco Antonio y Cayo Trebonio, encargados de la defensa por esta parte, donde veían ser mayor el peligro de los nuestros, iban destacando en su ayuda de los fortines más lejanos soldados de refresco.

LXXXII. Mientras los Galos disparaban de le-

---

(1) César: *fundis librilibus*. Algunos distinguen las hondas de *librilibus*. En efecto, *librilia* son instrumentos diversos de las hondas, según la descripción de Festo: *Librilia appellantur instrumenta bellica, saxa scilicet ad brachii crassitudinem, in modum flagellorum, loris revincta.*

jos, hacían más efecto con la gran cantidad de tiros; después que se fueron arrimando a las líneas, o se clavaban con los abrojos, o, caídos en las hoyas, quedaban empalados en las estacas, o, atravesados desde las barreras y torres con los rejones, rendían el alma. En fin, recibidas de todas partes muchas heridas, sin poder abrir una brecha, rayando ya el día, por miedo de ser cogidos por el flanco de las tropas de la cuesta, tocaron la retirada. En esto los de la plaza, mientras andan afanados en manejar las máquinas preparadas por Vercingetórix para el asalto, en cegar los primeros fosos, gastado gran rato en tales maniobras, entendieron la retirada de los suyos antes de haberse acercado ellos a nuestras fortificaciones. Así volvieron a la plaza sin hacer cosa de provecho.

LXXXIII. Rebatidos por dos veces con pérdida los Galos, deliberan sobre lo que conviene hacer; consultan con los prácticos del país; infórmanse de ellos sobre la posición y fortificaciones de nuestro campamento de arriba. Yacía por la banda septentrional una colina que, no pudiendo abrazarla con el cordón los nuestros por su gran circunferencia, se vieron forzados a fijar sus estancias en sitio menos igual y algún tanto pendiente. Guardábanlas los legados Cayo Antistio Regino y Cayo Caninio Rebilo con dos legiones. Batidas las estradas, los jefes enemigos entresacan sesenta mil combatientes de las tropas de aquellas naciones que corrían con mayor fama de valerosas, y forman entre sí en secreto el plan de operaciones. Determinan para la empresa la

hora del mediodía, y ponen al frente de la facción a Vercasilauno, arverno, uno de los cuatro generales, pariente de Vercingetórix. Sale, pues, de los reales a prima noche, y terminada su marcha cerca del amanecer, se oculta tras del monte, y ordena a los soldados que descansen de la fatiga nocturna. Al hilo ya del mediodía va derecho sobre los reales arriba mencionados, y a la misma hora empieza la caballería a desfilar hacia las trincheras del llano, y el resto del ejército a escuadronarse delante de sus tiendas.

LXXXIV. Vercingetórix, avistando desde el alcázar de Alesia a los suyos, sale de la plaza, llevando consigo zarzos, puntales, galerías cubiertas, hoces y las demás baterías aparejadas para forzar las trincheras. Embisten a un tiempo por todas partes, y hacen todos los esfuerzos posibles. Si ven algún sitio menos pertrechado, allá se abalanzan. La tropa de los Romanos se halla embarazada con tantas fortificaciones, ni es fácil acudir a un tiempo a tan diversos lugares. Mucho contribuyó al terror de los nuestros la vocería que sintieron en el combate a las espaldas, midiendo su peligro por el ajeno orgullo. Y es así, que los objetos distantes hacen de ordinario más vehemente impresión en los pechos humanos.

LXXXV. César desde un alto registra cuanto pasa, y refuerza a los que peligran. Unos y otros se hacen la cuenta de ser esta la ocasión en que se debe echar el resto. Los Galos, si no fuerzan las trincheras, se dan por perdidos; los Romanos con la victo-

ria esperan poner fin a todos sus trabajos. Su mayor peligro era en los reales altos, atacados, según referimos, por Vercasilauno. Un pequeño recuesto cogido favorece mucho a los contrarios. Desde allí unos arrojan dardos, otros avanzan empavesados; rendidos unos, suceden otros de refresco. La fagina (1), que todos a una echan contra la estacada, así facilita el paso a los Galos como inutiliza los pertrechos que tenían tapados en tierra los Romanos. Ya no pueden más los nuestros, faltos de armas y fuerzas.

LXXXVI. En vista de esto, César destaca en su amparo a Labieno con seis batallones; ordénale que si dentro no puede sufrir la carga, rompa fuera, arremetiendo con su gente; pero no lo haga sino a más no poder. El mismo va recorriendo las demás líneas, esforzando a todos a que no desfallezcan, que aquel era el día y la hora de recoger el fruto de tantos sudores. Los de la plaza, desconfiando de abrir brecha en las trincheras del llano por razón de su extensión tan vasta, trepan lugares escarpados, donde ponen su armería; con un granizo de flechas derriban de las torres a los defensores, con terrones y zarzos allanan el camino, y con las hoces destruyen estacada y parapetos.

LXXXVII. César destaca primero al joven Bruto con seis batallones, y tras él al legado Fabio con otros siete. Por último, él mismo en persona, arre-

---

(1) Es decir, tierra y piedras, destinadas a la fabricación del terraplén.

ciándose más la pelea, acude con nuevos refuerzos. Reintegrado el combate y rechazados los enemigos, corre a unirse con Labieno. Saca del baluarte inmediato cuatro batallones. Una parte de la caballería ordena que le siga; otra que, rodeando la línea de circunvalación, acometa por las espaldas al enemigo. Labieno, visto que ni estacadas ni fosos eran bastantes a contener su furia, juntando cuarenta cohortes que por dicha se le presentaron de los baluartes más cercanos, da parte a César de lo que pensaba ejecutar. César viene a toda priesa, por hallarse presente a la batalla.

LXXXVIII. No bien hubo llegado, cuando fué conocido por la vistosa sobreveste que solía traer en las batallas; vistos también los escuadrones de caballería y el cuerpo de infantería que venía tras él por su orden (pues se descubría desde lo alto lo que pasaba en la bajada de la cuesta), los enemigos traban combate. Alzado de ambas partes el grito, responden al eco iguales clamores del vallado y de todos los bastiones. Los nuestros, tirando sus dardos, echan mano de las espadas. Déjase ver de repente la caballería sobre el enemigo. Avanzan los otros batallones; los enemigos echan a huir, y en la huída encuentran con la caballería. Es grande la matanza. Sedulio, caudillo y príncipe de los Lemovicos, es muerto; Vercasilauno, en la fuga, preso vivo; setenta y cuatro banderas presentadas a César; pocos los que de tanta muchedumbre vuelven sin lesión a los reales. Viendo desde la plaza el estrago y derrota de los suyos, desesperados de sal-

varse, retiran sus tropas de las trincheras. Entendido esto, sin más aguardar, los Galos desamparan sus reales. Y fué cosa que, a no estar los nuestros rendidos de tanto correr a reforzar los puestos y del trabajo de todo el día, hubieran acabado totalmente con el enemigo. Sobre la media noche, destacada la caballería, dió alcance a su retaguardia, prendiendo y matando a muchos; los demás huyen a sus tierras.

LXXXIX. Al otro día Vercingetórix, convocada su gente, protesta "no haber emprendido él esta guerra por sus propios intereses, sino por la defensa de la común libertad; mas ya que es forzoso ceder a la fortuna, él está pronto a que lo sacrifiquen, o dándole, si quieren, la muerte, o entregándolo vivo a los Romanos para satisfacerlos". Despachan diputados a César. Mándales entregar las armas y las cabezas de partido. El puso su pabellón en un baluarte delante los reales. Aquí se le presentan los generales. Vercingetórix es entregado. Arrojan a sus pies las armas. Reservando los Eduos y Arvernos, a fin de valerse de ellos para recobrar sus Estados, de los demás cautivos da uno a cada soldado, a título de despojo.

XC. Hecho esto, marcha a los Eduos, y se le rinden. Allí recibe embajadores de los Arvernos, que se ofrecen a estar en todo a su obediencia. Mándales dar gran número de rehenes. Restituye cerca de veinte mil prisioneros a los Eduos y Arvernos. Envía las legiones a cuarteles de invierno. A Tito Labieno manda ir con dos y la caballería a los Sequa-

nos, dándole por ayudante a Marco Sempronio Rutilo. A Cayo Fabio y a Lucio Minucio Basilo aloja con dos legiones en los Remenses, para defenderlos de toda invasión contra los Beoveses, sus fronterizos. A Cayo Antistio Regino remite a los Ambivaretos; a Tito Sestio a los Berrienses; a Cayo Caninio Rebilo a los Rodenses, cada uno con su legión. A Quinto Tulio Cicerón y a Publio Sulpicio acuartela en Chalón y Macón, ciudades de los Eduos a las riberas del Arar, para el acopio y conducción del trigo. El determina pasar el invierno en Bibracte. Sabidos estos sucesos por cartas de César, se mandan celebrar en Roma fiestas por veinte días.

LIBRO OCTAVO

ESCRITO POR

AULO HIRCIO

PRÓLOGO

Movido de tus instancias continuas, Balbo, pues te parece que mi porfiada resistencia no tanto se dirigía a excusar la dificultad de la empresa como la flojedad mía, he entrado en un empeño sumamente difícil. He compuesto un Comentario de los hechos de nuestro César en las Galias, no comparable a sus escritos antecedentes y posteriores; y he formado otro, bien que imperfecto, de los sucesos de Alejandría, hasta el fin no de la disensión civil, que éste hasta ahora no le vemos, sino de la vida de César. Los cuales ojalá sepan los que los leyeren cuán contra mi voluntad he emprendido escribirlos, para que más fácilmente me absuelvan del crimen de necio y arrogante en haberme interpolado con los escritos de César. Porque es constante entre todos que no se halla obra de alguno escrita con todo el trabajo y esmero posible, que no quede obscurecida a vista de la elegancia de estos Comentarios, *los cuales se han publicado para que los escritores tuviesen noticia de*

tales sucesos, y han merecido tanta estimación en lo opinión de todos, que no parece dan facultad a los autores, sino que se la quitan, para escribir sobre ellos una historia. Acerca de lo cual es mucho mayor la admiración mía que de los demás. Porque los otros saben al cabo con cuánta elegancia y pureza están escritos, pero yo fuí testigo de cuán pronta y fácilmente los concluyó. Tenía César no sólo una suma facilidad y elegancia en el escribir, sino también una rara habilidad para explicar sus pensamientos. Además, no tuve yo la suerte de hallarme en la guerra de Africa ni en la de Alejandría, de las cuales, aunque en mucha parte tuve noticia por conversaciones del mismo César, con todo, con diferente impresión oímos aquellos hechos que nos preocupan con la novedad o la admiración, de aquellá con que referimos los sucesos como testigos de vista. Mas cuando voy recogiendo todas las razones de excusarme de ser puesto en paralelo con César, caigo en este mismo delito de arrogancia de pensar que, a juicio de algunos, pueda yo ser comparado con él. Adiós.

CAPÍTULO PRIMERO

Reprime César un nuevo levantamiento, primero en Berry y después en Chartrain.

I. Sujeta toda la Galia, no habiendo interrumpido César el ejercicio de las armas en todo el verano antecedente, y deseando que descansasen las tropas de tantos trabajos en los cuarteles de invierno, tuvo noticia de que muchas naciones trataban de renovar la guerra a un mismo tiempo y conjurarse para este fin. De lo cual se decía que verosímilmente sería la causa el haber conocido los Galos que ni con la mayor multitud junta en un lugar se podía resistir a los Romanos; pero si a un tiempo muchas provincias les declarasen diversas guerras, no tendría su ejército bastantes auxilios, ni tiempo ni gente para acudir a todas partes. Y así ninguna ciudad debía rehusar la suerte de la incomodidad, si con esta lentitud podían las demás recobrar su libertad.

II. Para que no se confirmase la opinión de los Galos, dejó César el mando de los cuarteles de invierno al cuestor M. Antonio, y marchó con la caballería el último día de Diciembre de la ciudad de Bibracte, a juntarse con la legión trece, que invernaba no lejos de las fronteras de los Eduos, y le añadió la undécima, que era la más inmediata. Dejó

dos cohortes para resguardo del equipaje, y marchó con el resto del ejército a la fertilísima campaña de Berry, cuyos moradores, como tenían espaciosos términos y muchas ciudades, no podían ser contenidos con una sola legión de hacer prevenciones de guerra y conspiraciones con este intento.

III. Sucedió con la repentina llegada de César lo que era preciso a gente desprevenida y desparramada: que estando cultivando los campos sin temor alguno, fueron sorprendidos por la caballería antes que pudiesen refugiarse a las poblaciones. Porque aun aquella ordinaria señal de sobrevenir el enemigo, que acostumbra a hacerse entender incendiando los edificios, había sido prohibida con orden formal de César, para que no le faltase abundancia de pasto y trigo si acaso pasaba más adelante, ni los enemigos se amedrentasen con los incendios. Atemorizados los de Berry con la presa de muchos millares de hombres, los que pudieron escapar de la primera entrada de los Romanos se acogieron a las ciudades circunvecinas, o fiados en los privados hospedajes, o en la sociedad de los designios. Mas fué en vano, porque haciendo César marchas muy largas, acudió a todas partes, sin dar tiempo a ninguna ciudad de mirar antes por la salud y conservación ajena que por la suya propia, con cuya prontitud mantuvo en su fidelidad a los amigos, y con el terror obligó a los dudosos a las condiciones de la paz. Propuesta ésta, y viendo los de Berry que la clemencia de César les abría camino para volver a su amistad, y que las ciudades de su comarca habían

sido admitidas sin otra pena que haberle dado rehenes, hicieron ellos lo mismo.

IV. César, a vista de la constancia con que los soldados habían tolerado tan grandes trabajos, siguiéndole con tan buen deseo en tiempo de hielos por caminos muy trabajosos y con unos fríos intolerables, prometió regalarlos con doscientos sextercios a cada uno, y dos mil denarios a los centuriones con título de presa, y enviadas las legiones a sus cuarteles, se volvió a Bibracte a los cuarenta días de haber salido. Estando aquí administrando justicia, llegaron comisionados de Berry a pedirle socorro contra los de Chartres, quejándose de que les habían declarado la guerra. Con cuya noticia, sin haber sosegado más que diez y ocho días, mandó salir a las legiones décimocuarta y sexta, que invernaban sobre el Saona, de las cuales se dijo en el libro anterior que estaban destinadas aquí para facilitar las provisiones de víveres. Con estas legiones partió a castigar el atrevimiento de los Chartreses.

V. Llegada a los enemigos la fama del ejército, y temiendo iguales daños que los otros, desamparando los villorrios y plazas fuertes que habitaban, en que por necesidad habían levantado unas pequeñas chozas y cabañas para guarecerse del frío (porque recién conquistados habían perdido muchas de sus ciudades), dieron a huir por diversas partes. César, que no quería exponer sus tropas a los rigores de la estación que amenazaba entonces, puso su real sobre Orleans, ciudad de Chartrain, y alojó parte de los soldados en las casas de los Galos, parte en las

covachas que hicieron de pronto con la paja recogida para cubrir las tiendas; pero a la caballería e infantería auxiliar despachó por todos aquellos parajes por donde se decía que habían escapado los enemigos; y no en vano, pues volvieron casi todos cargados de presa. Oprimidos los Chartreses por el rigor del invierno y el miedo del peligro, echados de sus casas, sin atreverse a permanecer en un paraje mucho tiempo ni poderse refugiar al amparo de las selvas por la crueldad del temporal, dispersos, y con pérdida considerable de los suyos, se fueron repartiendo por las ciudades comarcanas.

CAPITULO II

Levantamiento del Bovesis. Escaramuzas ecuestres con los Cesarianos.

VI. César, considerando el rigor de la estación, y teniendo por bastante deshacer estos cuerpos de tropas para que no se originase algún nuevo principio de guerra, y conociendo cuánto alcanzaba con la razón que no se podía mover empresa considerable para el verano, puso a C. Trebonio en el cuartel de Orleans con las dos legiones que tenía consigo. Noticioso por frecuentes avisos de Rheims que los del Bovesis, señalados entre todos los Galos y Belgas en la gloria militar, y las ciudades de su comarca prevenían ejército y se juntaban en sitio señalado, teniendo por caudillos a Correo, natural del

Bovesis, y a Comio, de Arras, para hacer una entrada con toda su gente en las tierras de Soisons, de la jurisdicción de Rheims, y juzgando que importaba, no sólo a su reputación, sino a su propio interés, que los aliados beneméritos de la república no recibiesen daño alguno, volvió a sacar de los cuarteles de invierno a la legión undécima, escribió a C. Fabio que se fuese acercando a Soisons con las dos que tenía, y envió a pedir a Labieno una de las que estaban a su mando. De esta manera, cuanto lo permitía la inmediación de las cuarteles y el presupuesto de la guerra, repartía el cargo de ella alternativamente a las legiones, sin descansar él en ningún tiempo.

VII. Juntas estas tropas, marchó la vuelta del Bovesis, y habiendo acampado en sus términos, destacó varias partidas de caballos a diversas partes, que hiciesen algunos prisioneros de quienes informarse de los designios de los enemigos. Hicieron éstos su deber, y volvieron diciendo que habían hallado muy poca gente en las poblaciones, y ésta no que hubiese quedado por causa del cultivo de los campos, pues se había retirado con diligencia de toda la comarca, sino que eran enviados como espías. A quienes preguntando César dónde estaba la multitud de los Boveses, o cuál era su designio, halló que todos los que podían tomar las armas habían formado un cuerpo, y con ellos los de Amiens, Aulercos, de Caux, de Roan y Artois, y elegido para su real una eminencia rodeada de una laguna embarazosa; que habían retirado todo el equipaje a los

montes más apartados; que eran muchos los capitanes de aquella empresa, pero que toda la multitud obedecía a Correo, por haber entendido era el que más odio mostraba al pueblo romano; que pocos días antes había marchado Comio de este campo a traer tropas auxiliares de sus vecinos los Germanos, cuya multitud era infinita; que tenían determinado los del Bovesis, por consentimiento de los jefes principales y con gran contento de la plebe, en caso de venir César, como se decía, con tres legiones, presentarle desde luego la batalla, para no verse después precisados a pelear con menos ventaja con todo el resto de su ejército; pero si traía mayores tropas, permanecer en el puesto que habían tomado, y con emboscadas estorbar a los Romanos el forraje, escaso y disperso por la estación, y las provisiones de víveres.

VIII. Hechas estas averiguaciones, por convenir muchos en lo mismo, y viendo que las resoluciones que le proponían estaban llenas de prudencia y muy distantes de la temeridad de gentes bárbaras, pensó todos los medios posibles para que, menospreciando los enemigos el corto número de su gente, saliesen a campo raso. Tenía consigo las legiones séptima, octava y nona, las más veteranas y de singular valor; la undécima, de grandes esperanzas, compuesta de mozos escogidos, que, llevando ya cumplidos ocho años de servicio, con todo, no había llegado aún a igual reputación de valiente y veterana. Y así, convocada una junta, y expuestas en ella todas las noticias adquiridas, aseguró los ánimos de los solda-

dos. Para el caso de que pudiera atraer a los enemigos a la batalla con el número de las tres legiones, ordenó el ejército en esta forma: Hizo marchar delante del equipaje a las legiones séptima, octava y nona; después todo el equipaje (que no era considerable, como suele en tales expediciones), al cual cerrase la legión undécima, para no darles apariencia de mayor número que el que ellos habían pedido. Ordenado así el ejército, casi en forma de cuadro, llegó a la vista de los enemigos antes de lo que pensaban.

IX. Viendo ellos que se acercaban las tropas con paso firme y en ademán de pelear, aunque se le había dado a entender a César su mucha confianza en sus designios, o por el peligro de la batalla, o por la llegada repentina, o por esperar nuestra resolución, ordenaron sus haces delante de los reales, sin apartarse de la eminencia. César, aunque había deseado venir a las manos, con todo, admirado de la multitud de los enemigos, acampó enfrente de ellos, dejando en medio un valle más profundo que de grande espacio. Mandó fortalecer sus reales con un muro de doce pies, y a proporción de esta altura fabricar un parapeto. Asimismo que se hiciesen dos fosos de quince pies de profundidad, tan anchos por arriba como por abajo; que se levantasen varias torres de tres altos, unidas con puentes y galerías, cuyas frentes se fortaleciesen con un parapeto de zarzos, para que fuese rechazado el enemigo por dos órdenes de defensores, uno que disparase sus flechas de más lejos, y con mayor atrevimiento desde las

galerías, cuanto estaba más seguro en la altura, y el otro más cercano al enemigo en la trinchera se cubriese con los puentes de sus flechas; y a todas las entradas hizo poner puertas y torres muy altas.

X. Dos eran las intenciones de esta fortificación: con tan grandes obras y la sospecha de temor esperaba aumentar la confianza de los bárbaros, y habiéndose de ir lejos por el forraje y víveres, se podrían defender los reales con menos gente. Entretanto, adelantándose muchas veces algunos soldados de una y otra parte, se peleaba sobre una laguna que había en medio, la cual pasaban a veces nuestras tropas auxiliares galas o germanas, persiguiendo con gran ardor a los enemigos, y a veces la pasaban ellos retirando a los nuestros. Además sucedía diariamente en los forrajes (como era preciso yéndose a buscar a los edificios aislados y dispersos) que, desparramados los que le buscaban en parajes quebrados, eran cercados, cosa que, aunque de poco daño para los nuestros, de caballerías y esclavos, con todo, no dejaba de levantar los necios pensamientos de los bárbaros, y más habiendo venido Comio, de quien dijimos había ido por socorros a Germania, con una partida de caballos, que, aunque no eran más que quinientos, bastaban para hincharlos con el socorro de los Germanos.

XI. Viendo César que se mantenía el enemigo mucho tiempo en sus reales, fortificados con una laguna y en sitio ventajoso por naturaleza, y que no podía asaltarlos sin un choque peligroso, ni cercar el sitio con obras sin un ejército más numeroso, es-

cribió a C. Trebonio que lo más pronto que pudiese llamase a sí la legión décimotercia, que invernaba en Berry al mando del lugarteniente T. Sextio, y viniese a largas marchas a incorporarse con él con tres legiones. Entretanto destacaba todos los días la caballería de Rheims y Langres y de las demás naciones, de que tenía un número considerable, de escolta a los forrajeadores para que contuviesen las correrías repentinas de los enemigos.

XII. Como esto se hiciese todos los días, y con la costumbre, como suele suceder, se fuese disminuyendo la diligencia, dispusieron los del Bovesis una emboscada con un trozo de infantería escogida, habiendo advertido de antemano dónde solían apostarse nuestros caballos, y enviaron allí mismo su caballería al día siguiente, para sacar primero a los nuestros al lugar de la emboscada, y acometerlos después cogiéndolos en medio. Esta desgracia cayó sobre la caballería de Rheims, a quien tocó aquel día resguardar a los forrajeadores. Porque advirtiendo de pronto la de los enemigos, y despreciándolos por verse superiores en número, los siguieron con demasiado ardor, y fueron cercados por la infantería emboscada. Con cuyo hecho perturbados, se retiraron más presto de lo acostumbrado en las batallas de a caballo, con pérdida de su general, Vertisco, sujeto muy principal de su estado. El cual, pudiendo apenas manejar el caballo por su avanzada edad, con todo, según la costumbre de la nación, ni se había excusado de tomar el mando, ni permitido que se pelease sin su presencia. Se hin-

charon y levantaron más los ánimos de los enemigos con la prosperidad de la batalla y la muerte de una persona tan principal como el general de la caballería de Rheims, y los nuestros fueron avisados con aquel daño para apostarse examinando antes los parajes con más diligencia y seguir con más moderación las retiradas de los enemigos.

XIII. Con todo, no cesaban las diarias escaramuzas a vista de uno yotro campo en los vados y pasos de la laguna. En una de ellas los Germanos que César había traído para pelear mezclados con nuestros caballos, habiendo pasado todos la laguna con gran tesón, y muerto a algunos que les quisieron hacer frente, y persiguiendo con denuedo a todo el resto de la multitud, se amedrentaron de suerte, no sólo los oprimidos de cerca o heridos desde lejos, sino los que a más distancia solían acudir de refuerzo, que huyeron vergonzosamente, sin dejar de correr, perdiendo siempre las alturas que ocupaban, unos hasta meterse dentro de sus reales, y otros mucho más lejos, movidos de su propia vergüenza. Con cuyo riesgo llegaron a cobrar tal miedo todas las tropas, que apenas se podía discernir si eran más insolentes en las cosas favorables y muy pequeñas, que pusilánimes en las adversas de alguna mayor consideración.

CAPITULO III

Fuga y otra batalla adversa de los Boveses. Muerte de su general Correo, y conclusión de la guerra.

XIV. Pasados muchos días en los reales, y noticiosos los generales de los enemigos que se acercaban las legiones y el lugarteniente C. Trebonio, temiéndose un cerco semejante al de Alesia, despacharon una noche a los que por sus años, debilidad o falta de armas eran menos a propósito para la guerra, y enviaron con ellos el resto de los equipajes, cuyo perturbado y confuso escuadrón, mientras se dispuso a la marcha (pues aunque marchen estas gentes a la ligera les sigue siempre una gran multitud de carros), sorprendidos por la luz del día, formaron algunas tropas al frente de los reales, no fuese que los Romanos salieran en su seguimiento antes que se adelantase el equipaje. Pero ni César tenía por conveniente provocarlos cuando se defendían desde una cuesta muy escarpada, ni tampoco dejar de acercar las legiones hasta no poder retirarse los bárbaros de aquel puesto sin recibir algún daño. Y así, visto que la laguna embarazosa separaba un campo de otro, cuya dificultad podía estorbar la prontitud de seguirles el alcance, y que el collado, pegado al real enemigo a espaldas de la laguna, estaba también separado de los suyos por un mediano valle, echando puente sobre la laguna, pasó

las legiones del otro lado, y tomó prontamente el llano de encima del collado, que, con suave declive, estaba fortalecido por los lados. Ordenadas aquí las legiones, subió a lo alto de la cuesta y sentó su real en un paraje desde donde con máquinas podían herir las flechas al enemigo.

XV. Confiando los bárbaros en la situación de su campo, y no rehusando pelear si los Romanos intentaban subir la cuesta, pero no atreviéndose a echar partidas separadas por no ser sorprendidos hallándose dispersos, se estuvieron quietos. César, vista su pertinacia, previno veinte cohortes, señaló el espacio para los reales y mandó que se fortaleciesen. Concluída la obra, formó las legiones en batalla al frente de la trinchera, y dió orden de tener los caballos aparejados en sus puestos. Viendo los enemigos dispuestos a los Romanos para perseguirlos, y no pudiendo pernoctar ni permanecer más tiempo en aquel paraje sin vitualla, tomaron para retirarse esta resolución: Fueron pasando de mano en mano delante del campamento todos los haces de paja y fagina sobre que estaban sentados los reales, y de que tenían gran copia (pues, como se ha dicho en los libros anteriores, así lo acostumbraban), y dada la señal al anochecer, a un tiempo les pusieron fuego. Así, extendida la llama, quitó todas las tropas de la vista de los Romanos, lo cual hecho, dieron a huir con gran prisa.

XVI. César, aunque no podía distinguir la fuga de los enemigos por el estorbo de las llamas, con todo, sospechando que habrían tomado aquella re-

solución para escaparse, adelantó las legiones, y echó delante algunas compañías de caballos que los siguiesen. El marchaba más despacio, temiendo alguna emboscada, por si permanecía el enemigo en el mismo puesto y pretendía llamar a los nuestros a algún desfiladero. Los de a caballo temían penetrar por el humo y por las llamas muy espesas; y si algunos más animosos penetraban, como apenas viesen las cabezas de sus propios caballos, temerosos de alguna celada, dieron a los enemigos oportunidad para ponerse en salvo. De esta manera, con una fuga llena de temor y astucia, habiendo caminado sin estorbo no más que diez millas, sentaron su real en un puesto muy ventajoso. Desde allí, poniendo muchas veces en celada ya la infantería, ya la caballería, hacían mucho daño a los nuestros en los forrajes.

XVII. Como esto sucediese con frecuencia, supo César, por un prisionero, que Correo, general de los enemigos, había escogido seis mil infantes de los más esforzados y mil caballos de todo el resto de su gente para armar una celada en cierto paraje, adonde creía que enviarían los Romanos a hacer forraje, porque le había en abundancia. Sabido este designio, sacó César más legiones de las que acostumbraba, y echó delante la caballería, según solía enviarla, para escolta de los forrajeadores. Puso entre ellos algunas partidas de tropa ligera, y se acercó lo más que pudo con las legiones.

XVIII. Los enemigos puestos en la emboscada eligieron para lograr el golpe un lugar que sólo se extendía hasta mil pasos, fortalecido alrededor con

selvas muy embarazosas y con un río muy profundo, y le cercaron todo. Los nuestros, averiguada la intención de los enemigos, prevenidos de armas y valor para la batalla, y no rehusando peligro alguno, por saber que los seguían las legiones, llegaron al paraje en varios escuadrones. Con su venida pensó Correo que se le había ofrecido la ocasión del logro de su empresa; y así se mostró a lo primero con poca gente, y arremetió a las partidas que tenía más inmediatas. Los nuestros sufrieron constantemente el ataque de los emboscados, sin juntarse el mayor número, como sucede en los choques de a caballo, así por algún temor como por el daño que se recibe de la misma multitud de la caballería.

XIX. Como ésta pelease a pelotones, dispuestas alternativamente las compañías, sin permitir que los cercasen por los lados, salió corriendo todo el resto de las selvas mientras Correo peleaba. Trabóse la batalla muy reñida, la cual mantenida largo rato sin conocida ventaja, se dejó ver poco a poco la multitud de infantería en forma de batalla, la cual obligó a retirarse a nuestra caballería; pero acudió presto a su socorro la infantería ligera, que dije había marchado delante de las legiones, y peleaba con grande esfuerzo entreverada con los caballos. Peleóse algún tiempo con igual resistencia; mas después, como el lance lo pedía de suyo, los que sostuvieron los primeros encuentros de la emboscada, por esto mismo eran superiores, porque aunque fueron cogidos de sobresalto, no habían recibido daño alguno. Entretanto se iban acercando ya las legiones,

y a un mismo tiempo llegaban frecuentes avisos a los nuestros y a los enemigos de que se acercaba el general con todo el resto del ejército. Con esta noticia, confiados los nuestros con el socorro de las legiones, peleaban con grande esfuerzo, para que no se creyese que por descuido comunicaban la gloria con el ejército. Los enemigos cayeron de su estado, y por diversos caminos buscan la fuga en vano, pues se veían cercados en las mismas dificultades en que habían pretendido encerrar a los nuestros. Al fin, vencidos, derrotados y perdida la mayor parte, huyen consternados por donde los llevaba la suerte, parte a guarecerse de las selvas, parte a escapar por el río, los cuales acabaron de perecer en la fuga, siguiendo el alcance porfiadamente los nuestros. Correo, sin embargo, no pudiendo ser vencido de la calamidad ni reducido a salir de la batalla y esconderse en las selvas, ni a rendirse, como le instaban los nuestros, peleando valerosamente e hiriendo a muchos, obligó al cabo a los vencedores a que, airados de su obstinación, le atravesasen de una multitud de flechas.

XX. Con este suceso siguió César los pasos de la victoria; y creyendo que, desmayados los enemigos con tan gran derrota, desampararían sus reales, que se decía distaban sólo ocho millas de donde había pasado la refriega, aunque veía el embarazo del río, con todo, pasó adelante con su ejército. Los del Bovesis y sus aliados, habiendo recogido muy pocos de los suyos, y éstos maltratados y heridos, que evitaron la muerte al favor de las selvas, viendo las cosas

tan contrarias, informados de la calamidad, muerto Correo, perdida la caballería y la mejor parte de la infantería, y creyendo que vendrían sobre ellos los Romanos, convocada una junta al son de las trompetas, clamaron todos a una voz que se enviasen comisionados y rehenes a César.

XXI. Aprobada por todos esta resolución, Comio se pasó huyendo a aquellos pueblos de Germania de quienes había recibido auxilios para esta guerra. Los demás sin detención enviaron diputados a César, pidiéndole "se contentase con aquel castigo, que aun pudiendo, y sin haber abatido sus fuerzas con la victoria, nunca se le impondría tal por su clemencia y humanidad; que había quedado desbaratado su poder con la batalla ecuestre; habían perecido muchos millares de gente escogida de infantería, quedando apenas quienes les llevasen la infausta noticia; pero que con todos estos males le aseguraban haber conseguido un gran bien en que Correo, autor de aquel levantamiento y alborotador de la muchedumbre, hubiese quedado sepultado en sus ruinas, pues nunca en vida de él había podido tanto en la ciudad el Senado como la necia plebe".

XXII. Hecha esta súplica por los diputados, les trajo César a la memoria: "Que el año pasado ellos y todas las demás provincias de la Galia habían emprendido a un mismo tiempo la guerra, pero que ninguno se había obstinado como ellos en su resolución, no habiéndose querido reducir a la razón y cordura con la entrega y rendición de los demás; que sabía y entendía muy bien con cuánta facilidad se atri-

buyen las causas de los yerros a los muertos, pero que nadie era tan poderoso que con el flaco ejército de la plebe fuese capaz de emprender y sostener una guerra contra la voluntad de los principales, contradiciéndolo el Senado y oponiéndose todos los buenos. Mas con todo eso, él quedaría satisfecho con aquel castigo que ellos mismos se habían acarreado."

XXIII. A la noche siguiente volvieron los diputados con la respuesta de los suyos, y sin más detención, aprontaron los rehenes. Concurrieron allí mismo los comisionados de otras ciudades que observaban el éxito de los Boveses; trajeron sus rehenes, y obedecieron las órdenes que se les dieron, menos Comio, a quien el temor no dejaba fiar de nadie su persona. Porque estando César el año antes administrando justicia en Lombardía, averiguó Labieno que este Comio solicitaba las ciudades y tramaba una conjuración contra César, por lo cual, creyendo que sin injusticia podía oprimir su perfidia y que aunque le llamase a sus reales no vendría, por no hacerle más cauto por otros medios, envió a C. Voluseno Cuadrato, que, con pretexto de alguna conferencia, procurase matarle, para cuya empresa le dió unos centuriones escogidos. Habiendo venido a la plática y tomado la mano a Comio, que era la seña acordada, uno de los centuriones, como irritado de la familiaridad tan poco usada, arremetiendo a él, le dejó maltrecho de la primer cuchillada que le descargó en la cabeza, aunque no acabó de matarle, porque se lo estorbaron prontamente los que le acompañaban. Unos y otros sacaron las espadas, pensan-

do no tanto en ofenderse como en huir, los nuestros por creer que era mortal la herida de Comio, y los Galos porque, conocida la traición, temían más de lo que veían. Con esto se dijo que Comio había hecho propósito de no ponerse jamás delante de ningún romano.

CAPÍTULO IV

Vence Fabio a Dumnaco, general de Agen, sobre el Loire.

XXIV. Debeladas estas gentes tan belicosas, y viendo César que no quedaba ya nación que pudiese romper la guerra para oponérsele, pero que todavía se salían algunos de los pueblos y huían de los campos para evitar el yugo del imperio, determinó repartir el ejército en diversas partes. Incorporó consigo al cuestor M. Antonio con la legión undécima. Despachó al lugarteniente C. Fabio con veinticinco cohortes a una parte de la Galia más distante, porque tenía noticia que estaban todavía en armas algunas ciudades de ella, y creía que Caninio Rebilo, que mandaba en aquel paraje, no tenía muy seguras las dos legiones de su cargo. Llamó a sí a T. Labieno, y envió la legión duodécima, que éste había mandado en la invernada, a Lombardía, para defensa de las colonias romanas, y que no las sucediese una desgracia igual a la que había acaecido el verano anterior a los pueblos de Istria, que fueron sorprendidos de una inundación y pillaje repentino de los bárbaros. El marchó a talar y destruir las

tierras de Ambiórix, el cual andaba atemorizado y fugitivo, y desconfiando de reducirle a su obediencia, creía que era lo más conveniente a su reputación abrasar de tal manera sus tierras, haciendo todo el daño posible en los hombres, en los ganados y en los edificios, que, cayendo en odio de los suyos, si algunos amigos le había dejado la fortuna, no tuviese acogida en su país por haberle causado tantas calamidades.

XXV. Extendidas por sus tierras o las legiones o las tropas auxiliares, asolado todo con muertes, incendios y robos, matando y cautivando muchas gentes, envió a Labieno con dos legiones contra Tréveris, cuyos moradores, ejercitados en continuas guerras por la inmediación a Germania, no se diferenciaban mucho de los Germanos en su grosería y fiereza, ni obedecían jamás a las órdenes sino obligados por fuerza de armas.

XXVI. En este intermedio, informado el teniente general C. Caninio por cartas y avisos de Duracio de que se había congregado una gran multitud de gente en los términos de Poitou, el cual, aunque rebelada una parte de su estado, se había mantenido siempre fiel a la amistad del pueblo romano, marchó la vuelta de la ciudad de Potiers. Cuando ya estaba cerca, sabiendo con certeza de los cautivos que, encerrado en ella Duracio, era combatido por muchos millares de hombres a las órdenes de Dumnaco, general de Agen, y no atreviéndose a oponer sus legiones debilitadas a los enemigos, sentó su real en un sitio fuerte por naturaleza. Informado Dumnaco de

que se acercaba Caninio, dirigió todas sus tropas contra los Romanos, resuelto a atacar su campo. Después de consumidos muchos días en este intento, sin haber podido forzar parte alguna de las fortificaciones, volvió otra vez al cerco de Potiers.

XXVII. A este tiempo el lugarteniente Fabio redujo muchas ciudades a la obediencia, las aseguró con rehenes, y fué avisado por cartas de Caninio de lo que pasaba en Poitou, con cuya noticia se puso en marcha para socorrer a Duracio. Dumnaco, que supo la venida de Fabio, desconfiando de su salud si a un mismo tiempo se veía en precisión de resistir al ejército de Fabio, al enemigo de afuera y estar atento y recelarse de los sitiados, levantó al momento el campo, y aun no se tuvo por seguro si no pasaba con sus tropas el Loire, que, por su profundidad, tenía construído puente. Fabio, aunque no había llegado a avistar al enemigo ni incorporádose con Caninio, con todo, guiado por gentes prácticas de la tierra, creyó más bien que amedrentados los enemigos se encaminarían a aquel paraje, adonde, con efecto, se enderezaban. Así dirigió su marcha al mismo puente, y dió orden a la caballería que se adelantase a las legiones tanto cuanto pudiese volver a los mismos reales sin cansar los caballos. Alcanzó nuestra caballería, conforme a la orden, y acometió al ejército de Dumnaco; y dando sobre la marcha en los fugitivos y temerosos con el peso de sus cargas, mató una gran parte y se apoderó de mucha presa. Con esto, logrado el golpe, se retiró a los reales.

XXVIII. La noche siguiente echó Fabio delante la caballería, dispuesta para pelear y estorbar la marcha hasta que él llegase. Para que se ejecutase la acción según sus órdenes, Q. Acio Varo, general de la caballería, varón de singular valor y prudencia, animó a su gente; y habiendo alcanzado el ejército enemigo, dispuso parte de los suyos en puestos ventajosos, y con otra parte dió la batalla. Atacó animosamente la caballería enemiga, sostenida de toda la infantería, la cual hizo alto con el resto de la columna para dar socorro a los suyos. Trabóse la batalla con gran denuedo, porque los nuestros, despreciando al enemigo, a quien habían vencido el día antes, y en la confianza de que venían detrás las legiones, con el pundonor de no ceder y la codicia de acabar por sí la acción, pelearon contra la infantería con el mayor esfuerzo; y los enemigos, creyendo que no se les juntarían más tropas, como el día anterior, juzgaban se les había venido a las manos la ocasión de deshacer del todo nuestra caballería.

XXIX. Duraba algún tiempo el choque muy porfiado, y preparaba Dumnaco la infantería para que sirviese de refuerzo a los suyos, cuando llegaron de repente las legiones formadas a la vista de los enemigos. Con su vista desbaratadas las compañías de a caballo, amedrentadas las de a pie y perturbado el escuadrón del convoy, con gran grita y carrera se pusieron en fuga. Entonces nuestra caballería, que había peleado antes con tanto valor contra los que le hacían frente, animados con la alegría de la victoria y levantando una gran algazara, partieron

en seguimiento de los fugitivos, y mataron cuantos las fuerzas de los caballos pudieron alcanzar y los brazos descargar golpes. Así, muertos más de doce mil hombres, unos armados, otros que de miedo habían arrojado las armas, se tomó todo el equipaje.

CAPÍTULO V

Rinde Fabio a Chartrain y las ciudades armóricas, y Caninio a Lucterio y Drapes junto a Cahors.

XXX. Después de esta derrota se supo que Drapes, de Sens (el cual, luego que se rebeló la Galia, recogiendo la gente perdida de todas partes, llamando a la libertad a los esclavos, convidando a los desterrados de todas las ciudades y admitiendo a los ladrones, había robado varias veces nuestros convoyes y vituallas), se encaminaba a la provincia con solos dos mil hombres recogidos de la fuga, y se había unido con él Lucterio, de Cahors, de quien se dijo en el libro anterior (1) que había intentado hacer una entrada en la provincia en el primer levantamiento de la Galia. Marchó en su seguimiento el lugarteniente Caninio con dos legiones, no fuese que con el miedo o daños de la provincia se recibiese una infamia grande por los latrocinios de aquella gente perdida.

XXXI. Cayo Fabio con el resto del ejército marchó la vuelta de Chartrain y de las demás ciudades

(1) Vid. lib. VII, capítulos V y VII.

de donde sabía se habían sacado tropas para la batalla en que fué Dumnaco derrotado, no dudando hallarlas más sumisas por la reciente pérdida, pero que si se les daba lugar y tiempo, podrían volverse a levantar a instancias del mismo Dumnaco. Acompañó a Fabio una suma presteza y felicidad para recobrarlas. Porque los de Chartrain, que, muchas veces maltratados, jamás habían hecho mención de paz, dándole rehenes, vinieron a rendirse, y las demás ciudades, sitas en los últimos confines de la Galia, junto a las orillas del Océano, que se llaman armóricas, movidas de la autoridad de los de Chartres, con la venida de Fabio y las legiones, al punto obedecieron la ley. Dumnaco, desterrado y fugitivo de su país, solo y oculto, se vió precisado a huir a los últimos rincones de la Galia.

XXXII. Pero Drapes y Lucterio, sabiendo que venían sobre ellos las legiones y Caninio, desconfiando de poder entrar en la provincia persiguiéndolos el ejército, y perdida la disposición de andar salteando y robando libremente, hicieron alto en la campaña de Quercy. Allí, habiendo sido Lucterio hombre de mucho poder entre sus ciudadanos cuando se hallaban las cosas de mejor semblante, y alcanzado siempre grande autoridad por favorecedor de novedades, ocupó con sus tropas y las de Drapes la ciudad de Cahors, que había antes estado bajo su protección, muy fuerte por su situación, y atrajo a su partido a los ciudadanos.

XXXIII. Vino prontamente sobre ella C. Caninio, y viendo que por todas partes estaba muy for-

talecida con unas peñas escarpadísimas, adonde, aun sin otra resistencia, era muy difícil que subiese gente armada, y observando el grande equipaje de los ciudadanos, el cual si intentasen retirar con una fuga secreta, no sólo no podrían escaparse de la caballería, pero ni aun de las legiones, dividió en tres trozos sus cohortes y formó tres campamentos en un sitio muy elevado, desde donde poco a poco, según lo permitía el número de sus tropas, empezó a tirar una línea de contravalación alrededor de la plaza.

XXXIV. Advertido esto por los de adentro, y solícitos con la memoria tristísima de Alesia, temiendo semejante suceso del cerco, y aconsejando más vivamente Lucterio, que había probado aquella fortuna, que se cuidase de la provisión de trigo, determinaron de común acuerdo dejar allí una parte de sus tropas y salir ellos con toda prontitud a conducir vitualla. Aprobado este parecer, la noche siguiente, dejando dos mil soldados, salieron Lucterio y Drapes con el resto de la ciudad. En pocos días acopiaron gran cantidad de trigo en el país de Quercy, que en parte deseaban ayudarlos con esta provisión, y tampoco podían estorbar que lo tomasen. Algunas veces con salidas de noche acometían a nuestros fuertes. Por lo que se detuvo Caninio en rodear toda la plaza con fortificaciones, no fuese que, o no pudiese defender las obras hechas, o se viese precisado a poner débiles presidios en muchas partes.

XXXV. Acopiada gran provisión de trigo, hicieron alto Drapes y Lucterio a diez millas de la plaza,

desde donde pensaban conducir poco a poco el trigo. Repartieron entre sí la ocupación, de manera que Drapes quedó de guarnición en los reales con parte de las tropas, y Lucterio conducía a la plaza una porción de caballerías cargadas. Dispuestas por allí ciertas guarniciones, acerca de las cuatro de la mañana empezó a conducir el trigo por caminos montuosos y estrechos. Cuyo estrépito sentido de nuestras centinelas, y enviados batidores que trajesen noticia de lo que pasaba, salió Caninio prontamente con las cohortes de los castillos inmediatos, y al amanecer dió sobre los conductores. Estos, atemorizados del acontecimiento repentino, huyeron a sus escoltas, las cuales cuando fueron vistas de los nuestros, movidos con vehemencia contra ellas, no permitieron que se hiciese un prisionero de todos ellos. Escapó Lucterio con unos pocos, sin atreverse a parar en los reales.

XXXVI. Logrado este golpe, supo Caninio de los cautivos que parte de las tropas estaban con Drapes en los reales a distancia de diez millas. Confirmado lo cual por otros muchos, y entendiendo que puesto en fuga el uno de los dos capitanes fácilmente podrían ser desbaratados los demás con el miedo, juzgaba gran fortuna el que nadie se hubiese retirado a los reales que llevase a Drapes la noticia de la rota primera. Mas como no veía riesgo en hacer la experiencia, envió delante a los reales del enemigo toda la caballería y la infantería germana, que es de una ligereza increíble. Repartió una legión por sus tres campos, y partió con la otra a la ligera.

Cuando estaba ya cerca del enemigo, supo por los corredores que, conforme a la costumbre de los bárbaros, habían éstos sentado su real a las orillas del río, abandonando las alturas, y que los Germanos y nuestra caballería, cogiéndolos de improviso, se habían echado sobre ellos y trabado la batalla. Con esta noticia encaminó hacia aquel paraje la legión armada y en orden de batalla; y así, de repente, dando señal en todas partes, se tomaron todas las alturas. Lo cual hecho, los Germanos y la caballería, viendo las insignias de la legión, pelearon con gran denuedo. Al punto acometieron las cohortes por todas partes, y muertos todos o hechos prisioneros, se apoderaron de la presa, que era cuantiosa, y quedó el mismo Drapes prisionero.

XXXVII. Caninio, logrado el lance felicísimamente, sin tener apenas un hombre herido, volvió a cercar a los ciudadanos, y deshecho el enemigo de afuera, cuyo temor le había impedido aumentar sus presidios y fortificar la plaza, dió orden de que por todas partes se adelantasen las obras. Al día siguiente llegó C. Fabio con sus tropas, y tomó a su cargo el ataque de una parte de la ciudad.

CAPÍTULO VI

Condena César a muerte a Gutruato.
Entrégase Cahors por falta de agua.

XXXVIII. En este intermedio dejó César en el Bovesis al cuestor M. Antonio con quince cohortes,

para que no les quedase otra vez disposición de alterar las cosas y mover la guerra. Visitó las otras ciudades, las hizo aprontar muchos rehenes, y aseguró y consoló todos los ánimos temerosos. Llegando a Chartres, en donde dejó dicho César en el libro anterior que se había suscitado la guerra, y entendiendo que los de este país tenían más miedo que todos por el remordimiento de su atentado, para sacarlos más presto del temor, pidió al principal autor de la guerra, Gutruato, para castigarle a su arbitrio. El cual, aunque ni de los suyos se fiaba, con todo, buscado con gran cuidado, fué llevado a los reales. Se vió obligado César a su castigo contra su propio natural, con gran contento de todos los soldados, que le atribuían todos los peligros y daños de la guerra. Y así, se le dió muerte después de cruelmente azotado.

XXXIX. Aquí tuvo noticia por cartas frecuentes de Caninio de los sucesos con Drapes y Lucterio y de la resolución en que permanecían los cercados. Cuyo corto número, aunque miraba con desprecio, con todo, juzgaba merecía grave castigo su pertinacia, para que no pensase la Galia que le habían faltado fuerzas, sino constancia para resistir a los Romanos, y para que con su ejemplo las demás ciudades, fiadas en la proporción de sus situaciones, no pensasen en recobrar la libertad, sabiendo que no ignoraban los Galos que no le faltaba ya más que un año de su gobierno, el cual si hubieran podido sostenerse, no tenían que temer otro peligro. Así que dejó a Q. Caleno, su lugarteniente, con dos legiones

que le siguiese por sus marchas regulares (1), y él partió lo más pronto que pudo con toda la caballería a juntarse con Caninio.

XL. Llegado César a Cahors contra la expectación de todos, y viendo concluída la contravalación de la plaza y que con ningún pretexto se podía levantar el cerco, e informado por los desertores de que los de adentro tenían gran copia de vitualla, empezó a tentar cómo privarles del agua. A la parte inferior cortaba el río un valle que ceñía casi todo el monte en que estaba sita la ciudad, áspero y quebrado por todos lados. La naturaleza del sitio no permitía echar el río por otra parte, porque tan bajo corría por la falda del monte, que a ningún lado se le podía sangrar con grandes fosos. Era también áspera y difícil para los cercados la bajada al río, de suerte que, sin mucho daño, como lo resistiesen los nuestros, ni podían llegar a él, ni retirarse por la fragosidad de la subida. Conocida esta dificultad por César, dispuestos sus honderos y flecheros en ciertos parajes, y colocadas también algunas máquinas contra los más fáciles descensos, estorbaba a los de la plaza tomar agua del río.

XLI. La muchedumbre de los sitiados acudía después a un solo paraje a proveerse de ella. Porque debajo de la misma muralla brotaba una gran fuente, por la parte que no bañaba el río, que se extendía como a trescientos pies. Deseando todos que se les cortase el agua de esta fuente, y sabiendo so-

(1) Veinticinco kilómetros por día, aproximadamente.

lamente César que no se lograría sin grave peligro, empezó a formar manteletes enfrente de ella, contra el monte, y a levantar valladar con mucho trabajo y continuos combates. Porque acudían los cercados desde puestos ventajosos, y peleaban a lo lejos sin riesgo, hiriendo a muchos que con porfía se arrimaban. Con todo, no se recelaban los nuestros de adelantar los manteletes y vencer con el trabajo y reparos las dificultades del terreno. Al mismo tiempo hacían minas al origen de la fuente, la cual obra podía hacerse sin peligro ni sospecha de los enemigos. Levantóse un valladar de sesenta pies de alto; se colocó en él una torre de diez altos, no que igualase a las murallas, que esta era obra imposible, sino que excediese la situación de la fuente. Desde ella se disparaban dardos con máquinas a las cercanías de la fuente. Los cercados no podían tomar el agua sin mucho peligro; se morían de sed no sólo los ganados y caballerías, sino también las personas.

XLII. Atemorizados de esto, empezaron a disparar contra nuestros reparos barriles llenos de sebo, pez y bardas ardiendo. Al mismo tiempo hicieron una vigorosa salida para estorbar a los Romanos el apagar el fuego con el peligro del combate. En un instante se extendió una llama terrible por nuestras obras. Porque todos los fuegos que arrojaban por aquel sitio precipitado, detenidos en el valladar y el parapeto, incendiaban todo cuanto tropezaban. Con todo eso, nuestros soldados, aunque se veían apretados de un peligroso combate y un puesto muy contrario, toleraban con el mayor espíritu todos es-

tos trabajos. Porque pasaba la acción en un paraje exento y a la vista del resto del ejército. Levantábase una grande algazara de ambas partes, de suerte que el que más presto podía, y como podía, para que fuese más claro y patente su valor, se ofrecía a las armas y fuego del enemigo.

XLIII. Viendo César que recibían mucho daño los suyos, dió orden a las cohortes de que por todos los lados de la ciudad subiesen al monte y levantasen un algazara falsa, como si se apoderasen de las murallas. Con esto, atemorizados los cercados, sin saber lo que pasaba en los otros parajes, retiraron sus tropas del ataque de las obras, para acudir a coronar la muralla. De esta manera pudieron los nuestros, puesto fin al combate, apagar parte del fuego y cortar lo restante. Resistíanse los cercados con tanta obstinación, que, aun habiendo perecido mucha gente por falta de agua, con todo, estaban firmes en su resolución; cuando al fin fueron cortados con las minas los conductos de la fuente y echados por otra parte, de suerte que, viniendo a secarse el manantial que los sustentaba, los puso en tal desesperación, que creyeron no haberse ejecutado sin particular disposición de los dioses, no que por obra de hombres. Y así, obligados de la necesidad, se rindieron.

CAPÍTULO VII

Muerte de Drapes.—Prisión de Lucterio.—Rendición de la Aquitania y de Comio.

XLIV. César, puesto que todos tenían bien conocida su clemencia, no recelando entendiesen que había obrado por crueldad de su propio natural, y por otra parte, no sabiendo qué fin tendrían sus designios si empezaban a rebelarse del mismo modo otros en diversas partes, pensó hacer con éstos un ejemplar castigo, que contuviese a los demás. Y así mandó cortar las manos a todos cuantos habían tomado las armas, concediéndoles la vida para que fuese más notorio el castigo de los malvados. Drapes, de quien dije que había sido preso por Caninio, o por indignación y sentimiento de las prisiones, o por temor de un castigo más severo, no quiso comer en unos días, y así murió. Al mismo tiempo Lucterio, de quien dije había escapado huyendo de la batalla, habiendo caído en manos de Epasnacto, auvernate, pues mudando frecuentemente de estancia, se fiaba de muchos en la inteligencia de que no estaba fuera de peligro en parte alguna, sabiendo cuán enojado debía tener a César, fué entregado preso a éste por su grande amigo Epasnacto.

XLV. En este intermedio ganó Labieno una batalla a los de Tréveris, y habiéndoles muerto mucha gente, y también a los Germanos, que a nadie negaban socorro contra los Romanos, vinieron a su poder

las personas más principales, y entre ellas el eduo Suro, que, así por su valor como por su nacimiento, era famoso, y el único de este país que se había mantenido hasta entonces en campaña.

XLVI. Avisado César de estas victorias, vistos los buenos sucesos de sus armas en toda la Galia, y juzgando que con la campaña pasada quedaba sujeta y debelada, determinó pasar el resto del verano en visitar la Aquitania, adonde él no había estado en persona, sino que le había rendido en parte por P. Craso. Se puso en marcha la vuelta de ella con dos legiones, y logró esto, como todo lo demás, con presteza y felicidad. Porque todas las ciudades de Aquitania le enviaron embajadores y le dieron rehenes. Lo cual hecho, partió hacia Narbona con una escolta de caballería, y destinó el ejército a los cuarteles de invierno, al mando de sus tenientes. Colocó en la Galia bélgica cuatro legiones, a cargo de los legados M. Antonio, C. Trebonio y P. Vatinio; dos envió a Autun, que eran los pueblos de más reputación y autoridad, entre todos; otras dos alojó en Turena, cerca de Chartrain, para contener a toda la región confinante con el Océano, y las dos restantes en el Limosin, no lejos de Auverna, para que no faltasen tropas en ninguna provincia de la Galia. Detúvose muy pocos días en la provincia; recorrió prontamente todas las audiencias; juzgó las diferencias públicas; repartió premios entre los beneméritos, porque tenía la mayor habilidad para conocer de qué ánimo había estado cada uno en la universal rebelión contra la república, a quien había conte-

nido con la fidelidad y socorros de esta provincia, y concluída la visita, se restituyó a las legiones que invernaban en la Galia bélgica y se alojó en Arras.

XLVII. Aquí supo que Comio había tenido un choque con su caballería, pues habiendo pasado Antonio a su cuartel de invierno, y estando los pueblos de Artois bajo nuestra obediencia, Comio, que después de aquella herida de que arriba se hizo mención, siempre había estado a la mira para que si sus pueblos querían renovar la guerra no les faltase caudillo, se mantenía a sí y a una compañía de caballos con robos, interceptando con correrías diversos bastimentos que se conducían a los cuarteles de invierno de los Romanos.

XLVIII. Estaba a las órdenes de Antonio, en el mismo alojamiento, el prefecto de caballería C. Voluseno Quadrato. Dióle Antonio la comisión de perseguir la caballería del enemigo. Voluseno acompañaba el valor, en que era muy señalado, con el odio grande que profesaba a Comio; y así hacía con más gusto lo que se le mandaba. Dispuso, pues, varias celadas e hizo algunas salidas contra la caballería enemiga, en que llevó siempre lo mejor; pero últimamente, trabada una recia batalla, y habiendo perseguido Voluseno a los contrarios con demasiado ardor por el deseo de acabar con Comio, llevado por éste algo lejos con precipitada fuga, invocó de repente la fidelidad y socorro de los suyos para que no dejasen sin venganza la herida que recibió con amistad fingida. Dijo, y revolviendo el caballo, se adelantó desapoderadamente sobre el prefecto. Todos los su-

yos, haciendo lo mismo, desbarataron y retiraron el corto número de los nuestros. Comio, apretando el caballo, llegó a encontrarse con el de Quadrato, y la lanza en el ristre, le pasó con gran fuerza un muslo. Herido el comandante, no dudaron los nuestros hacer frente a los enemigos; volvieron sobre ellos unidos todos, y los desbarataron. Muchos de los contrarios fueron heridos en el primer encuentro, otros murieron en la fuga, y parte quedaron prisioneros; el general se escapó por la velocidad del caballo, y el prefecto fué conducido a los reales herido gravemente y casi en el último riesgo de la vida. Mas Comio, o por haber satisfecho su resentimiento, o por haber perdido la mayor parte de los suyos, envió sus diputados a Antonio, y dándole rehenes, le aseguró que estaría a su obediencia donde le señalase; sólo le suplicó concediese a su temor el no ponerse delante de ningún romano. Antonio condescendió a esta pretensión, creyendo que nacía de un justo miedo; le perdonó, y recibió sus rehenes.

CAPÍTULO VIII

Visita César la Galia citerior, vuelve a la ulterior, y pone guarniciones en ella; pasa a Italia, y se informa de los designios de sus contrarios.

No ignoro que César hizo de cada año un comentario; mas yo he pensado que no debía hacer lo mismo, porque en el año siguiente en que fueron cónsules L. Paulo y C. Marcelo no hubo suceso me-

morable en la Galia. Pero para que se sepa en qué parajes estuvo César y su ejército, he añadido estas pocas noticias al mismo comentario.

XLIX. Pasaba César el invierno en la Galia bélgica, sólo con el propósito de mantener la amistad de las ciudades y no dar a nadie esperanza o motivo de renovar la guerra. Porque nada deseaba menos que el que al tiempo de partir se le ofreciese alguna precisión de volver a tomar las armas, por no dejar algún movimiento, habiendo de licenciar el ejército, que excitase con gusto a toda la Galia sin el temor del peligro presente. Y así, tratando honoríficamente a las ciudades, honrando con premios a las personas principales, no imponiendo nuevos tributos, contuvo en paz fácilmente con la condición de una suave obediencia a la Galia, trabajada con tantas batallas adversas.

L. Después de concluída la invernada, partió a largas marchas la vuelta de la Italia, contra su costumbre, para hablar a las colonias y municipios y recomendarles la pretensión del sacerdocio que tenía su cuestor M. Antonio, en la cual se empeñaba, así por favorecer a un sujeto con quien tenía suma estrechez y a quien había enviado un poco antes a seguir su pretensión, como por resistir animosamente a la poderosa facción de algunos que con la repulsa de Antonio intentaban abatir la exaltación de César, que le favorecía. Y aunque en el camino, antes de llegar a Italia, supo que Antonio estaba nombrado agorero, con todo, pensó tener no menos justo motivo de visitar las colonias y municipios,

para darles las gracias de haber interpuesto su asistencia y favor para con Antonio, y para recomendarse a sí y a su empleo (1) para el año siguiente, porque se vanagloriaban sus émulos con insolencia de que habían sido creados cónsules Lentulo y Marcelo con el fin de despojar a César de su honra y dignidad, habiendo quitado además el consulado a Sergio Galba, que había tenido más votos y crédito que ellos, por ser muy amigo suyo y su lugarteniente.

LI. Fué recibido César en todos los municipios y colonias con increíbles demostraciones de amor y estimación, por ser esta la primera vez que volvía de la conquista de toda la Galia. Nada quedaba que hacer de cuanto se podía inventar para el adorno de las puertas, caminos y lugares por donde había de pasar. En todas partes salía el pueblo con los hijos a recibirle, en todas partes se ofrecían sacrificios; ocupábanse las plazas y los templos con mesas prevenidas, igualándose la alegría a la del más deseado triunfo: tanta era la magnificencia en los más poderosos, y tanto el entusiasmo de los más humildes.

LII. Habiendo recorrido César toda la Galia togada, volvió con prontitud a Arras a incorporarse con su ejército, y convocadas las legiones para los confines de Trêveris, partió hacia allí y las pasó revista. Dió a Tito Labieno el gobierno de la Lombardía para hacerle más recomendable en la pretensión del consulado. El mismo marchaba sólo lo que le parecía suficiente para conservar la salud de las

(1) Se refiere al consulado.

tropas mudando de país. Y aunque oía a menudo que sus émulos solicitaban a Labieno, y tenía noticia de que se trataba por consejo de unos pocos de quitarle una parte del ejército, interpuesta la autoridad del Senado, con todo, ni creyó en Labieno mudanza alguna, ni se movió a hacer nada contra la autoridad del Senado. Juzgaba que alcanzaría fácilmente el logro de sus deseos estando libres los padres conscriptos para decir sus pareceres. Pues habiendo tomado a su cargo C. Curión, tribuno del pueblo, defender la causa y dignidad de César, había prometido muchas veces al Senado que si le causaban algún recelo las armas de César, supuesto que la dominación y tropas de Pompeyo ponían no poco pavor y grima en el foro, dejasen uno y otro las armas y licenciasen los ejércitos: de esta manera quedaría la ciudad libre y señora de sí misma. Mas no sólo prometió esto, sino que ya el Senado por sí se inclinaba a tomar este partido, cuando los cónsules y los amigos de Pompeyo se pusieron de por medio, y así, dilatándolo, hicieron fracasar la proposición.

LIII. Era grande el testimonio de todo el Senado y muy conforme a lo que antes había pasado. Porque hablando Marcelo el año anterior contra la dignidad de César, dió parte antes de tiempo al Senado contra la ley de Pompeyo y Craso sobre las provincias de César; y dichos los pareceres, retirado Marcelo como cabeza de partido, pretendiendo acrecentar su dignidad con el odio de César, pasó el Senado a tratar de otras cosas muy diversas. Con estos sucesos no se aquietaban los ánimos de los enemigos

de César, sino que se excitaban a buscar nuevas amistades para obligar al Senado a aprobar lo que ellos tenían determinado.

LIV. Hízose después un decreto para que Pompeyo y César enviase cada uno una legión para la guerra de los Partos, las cuales se le quitaron a César claramente. Porque Pompeyo dió como de su número la legión primera que había enviado a César, compuesta de gente joven escogida en la provincia; pero César, aunque nadie dudaba que era despojado por amor de los contrarios, envió la legión a Cn. Pompeyo, y mandó que de las suyas se entregase la décimoquinta, conforme a la orden del Senado, la cual estaba en Lombardía. En su lugar destacó a la Italia la legión décimotercia, para defensa de los presidios de donde salía la décimoquinta, y distribuyó su ejército por los cuarteles de invierno. Puso a C. Trebonio en la Galia bélgica con cuatro legiones; envió a C. Fabio con otras tantas a Autun, pensando que así estaba más segura la Galia, contenidos con las tropas los Belgas, cuyo valor era el más respetado, y los Autuneses, que por su autoridad daban la ley en toda la Galia. El partió la vuelta de Italia.

LV. Allí supo que las dos legiones que había enviado, las cuales, según la orden del Senado, debían destinarse a la guerra de los Partos, habían sido entregadas por el cónsul Marcelo a Cn. Pompeyo y retenidas en Italia. Con este hecho, aunque nadie dudaba que se trataba de tomar las armas contra César, con todo eso, determinó éste sufrirlo todo

mientras le quedaba alguna esperanza de disputar sus derechos en justicia antes que romper la guerra. Esforzóse... (1).

---

(1) La frase última es incompleta; servía probablemente de transición entre los *Comentarios de la Guerra de las Galias* y los de la Guerra civil.

ÍNDICE

Páginas.

De la guerra de las Galias:

Libro primero..... 9
Libro segundo..... 57
Libro tercero..... 81
Libro cuarto..... 101
Libro quinto..... 127
Libro sexto..... 169
Libro séptimo..... 201
Libro octavo, por Aulo Hircio..... 269

CALPE

COLECCIÓN UNIVERSAL

Precio del número, 0,30.

La **Colección Universal,** inaugurada por la editorial CALPE, publicará las mejores producciones literarias del ingenio humano, en todos los órdenes: novela, historia, poesía, ciencia, filosofía, teatro, memorias, viajes, ensayos, etc.

La **Colección Universal** será pronto, para los lectores de habla española, un elemento indispensable de educación y cultura. Hará asequibles a todo el mundo los beneficios y los goces del trato espiritual con los más grandes genios de la humanidad.

La **Colección Universal** publicará las obras en su ABSOLUTA INTEGRIDAD, sin supresiones ni adiciones de ninguna especie.

La **Colección Universal** cuidará con extremado celo de que las traducciones sean siempre fidelísimas y correctas; no publicará traducciones anónimas; encargará sus traducciones a reputados escritores.

La **Colección Universal** cuenta, para las ediciones de autores españoles, con el consejo y la colaboración de eminentes filólogos.

La **Colección Universal** se vende á 0,30 el número. La extensión de un número es, aproximadamente, de 100 pági-

nas. Las obras que tengan mayor extensión irán publicadas en volúmenes de 200, 300, 400 y más páginas, valuándose cada volumen como 2, 3, 4 y más números.

La **Colección Universal,** por su extraordinaria baratura, representa un esfuerzo editorial, nunca realizado en España.

La **Colección Universal** publicará todos los meses VEINTE números, o sean unas DOS MIL páginas de selecta lectura, repartidas en ocho o diez tomos de presentación elegante y de cómodo uso. Los 240 números anuales de la **Colección Universal** constituirán una copiosa y elegida biblioteca de unos 100 tomos.

La **Colección Universal** admite suscripciones por un trimestre, un semestre y un año. Para los suscriptores, el precio del número será de 0,25.

Suscripción	trimestral....	15 ptas.
—	semestral....	30 —
—	anual.....	60 —

Para las suscripciones y pedidos de volúmenes sueltos, dirigirse a

Compañía Anónima CALPE

Consejo de Ciento, 416 y 418

Apartado: 89 BARCELONA

Colección Universal.

OBRAS PUBLICADAS

N.° 1-4.—**Poema del Cid.** Texto y traducción.—La traducción ha sido hecha por Alfonso Reyes, del Centro de Estudios Históricos.

N.° 5-6.—LOPE DE VEGA: **Fuente Ovejuna.** Comedia. — Edición revisada por Américo Castro.

N.° 7.—M. KANT: **La paz perpetua.** Ensayo filosófico.—La traducción ha sido hecha por F. Rivera Pastor.

N.° 8-10.—O. GOLDSMITH: **El vicario de Wakefield.** Novela.—La traducción ha sido hecha por Felipe Villaverde.

N.° 11-13.—LA ROCHEFOUCAULD: **Memorias.**—La traducción ha sido hecha por Cipriano Rivas Cherif.

N.° 14-15.—J. ORTEGA MUNILLA, de la Real Academia Española: **Relaciones contemporáneas.**

N.° 16.—P. MERIMÉE: **Doble error.** Novela.—La traducción ha sido hecha por A. Sánchez Rivero.

N.° 17-20.—STENDHAL: **Rojo y Negro.** Novela. Tomo I.—La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.

N.° 21-24.—STENDHAL: **Rojo y Negro.** Novela. Tomo II.—La traducción ha sido hecha por Enrique de Mesa.

N.° 25-26.—J. W. GOETHE: **Werther.** Novela.—La traducción, de D. José Mor de Fuentes, ha sido cuidadosamente revisada y corregida.

N.° 27.—ANTONIO MACHADO: **Soledades, galerías y otros poemas.**—Segunda edición.

N.° 28-29.—CERVANTES: **Novelas ejemplares.** Tomo I. «La gitanilla» y «El amante liberal».

N.° 30-33.—L. ANDREIEV: **Sachka Yegulev.** Novela.—La traducción del ruso ha sido hecha por N. Tasin.

N.° 34-35.—C. CASTELLO-BRANCO: **Dos novelas del Miño.**—La traducción del portugués ha sido hecha por P. Blanco Suárez.

N.° 36-37.—CICERON: **Cuestiones académicas.**—La traducción del latín ha sido hecha por A. Millares.

N.° 38-40.—VILLALÓN: **Viaje de Turquía.** Tomo I.

N.° 41-43.—VILLALÓN: **Viaje de Turquía.** Tomo II.

N.° 44-45.—W. KOROLENKO: **El día del juicio.** Novela.—La traducción del ruso ha sido hecha por N. Tasin.

N.° 46-47.—ESTÉBANEZ CALDERÓN: (El Solitario). **Novelas y cuentos.**

N.° 48.—LEIBNITZ: **Opúsculos filosóficos.**—La traducción del francés ha sido hecha por Manuel G. Morente.

Y otras obras de Mme. de Stael, Antón Chejov, Trindade Coelho, Moratín, Plutarco, Barbey d'Aurevilly, Tácito, George Eliot, Massimo d'Azeglio, Kant, Leopoldo Alas (Clarín), César, Garcilaso de la Vega, Sterne, Schiller, Jules Sandeau, Montesquieu, A. Kuprin, etc.

89097938187
b89097938187a

89097938187

B89097938187A

COLECCION

Precio del n

ALGUNAS DE LAS

His

N.º 49, 50 y 51.—PLUTARCO: **VIDAS PARALELAS.** Tomo I.—Traducción de D. Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida.

N.º 78, 79 y 80.—C. J. [illegible] **RIOS DE LA GUERRA DE LAS GALIAS.**—Traducción del latín por D. J. Goya y Muniain, revisada y corregida.

Viajes y Memorias.

N.º 11, 12 y 13.—LA ROCHEFOUCAULD: **MEMORIAS.** Traducción, por Cipriano Rivas Cherif.

N.º 38, 39 y 40.—VILLALON: **VIAJE DE TURQUIA.** Tomo I.—Edición por A. G. Solalinde.

N.º 41, 42 y 43.—VILLALON: **VIAJE DE TURQUIA.** Tomo II.—Edición por A. G. Solalinde.

N.º 66, 67 y 68.—M. DAME DE STAEL: **DIEZ AÑOS DE DESTIERRO.**—Traducción del francés, por M. A [illegible]aña.

N.º 76 y 77.—L. STERNE: **VIAJE SENTIMENTAL.** — Traducción del inglés, po Alfonso Reyes.

Novela.

N.º 16.—P. MERIMEE: **DOBLE ERROR.**—Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.

N.º 17, 18, 19 y 20.—STENDHAL: **ROJO Y NEGRO.** Tomo I.—Traducción del francés por Enrique de Mesa.

N.º 21, 22, 23 y 24.—STENDHAL: **ROJO Y NEGRO.** Tomo II.—Traducción del francés por Enrique de Mesa.

N.º 25 y 26.—W. GOETHE: **LAS CUITAS DE WERTHER.** — Traducción del alemán por D. José Mor de Fuentes, revisada y corregida.

N.º 30, 31, 32 y 33.—L. ANDREIEV: **SACHKA YEGULEV.** — Traducción del ruso, por N. Tasin.

N.º 44 y 45.—V. KOROLENKO: **EL DIA DEL JUICIO.** — Traducción del ruso, por N. Tasin.

N.º 52, 53 y 54.—ABATE PREVOST: **MANON LESCAUT.** — Traducción del francés por Enrique de Mesa.

N.º 63, 64 y 65.—TRINDADE COELHO: **MIS AMORES.** Cuentos.—Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.

N.º 74 y 75.—LEOPOLDO ALAS (CLARIN): **EL SEÑOR Y LO DEMAS SON CUENTOS.**